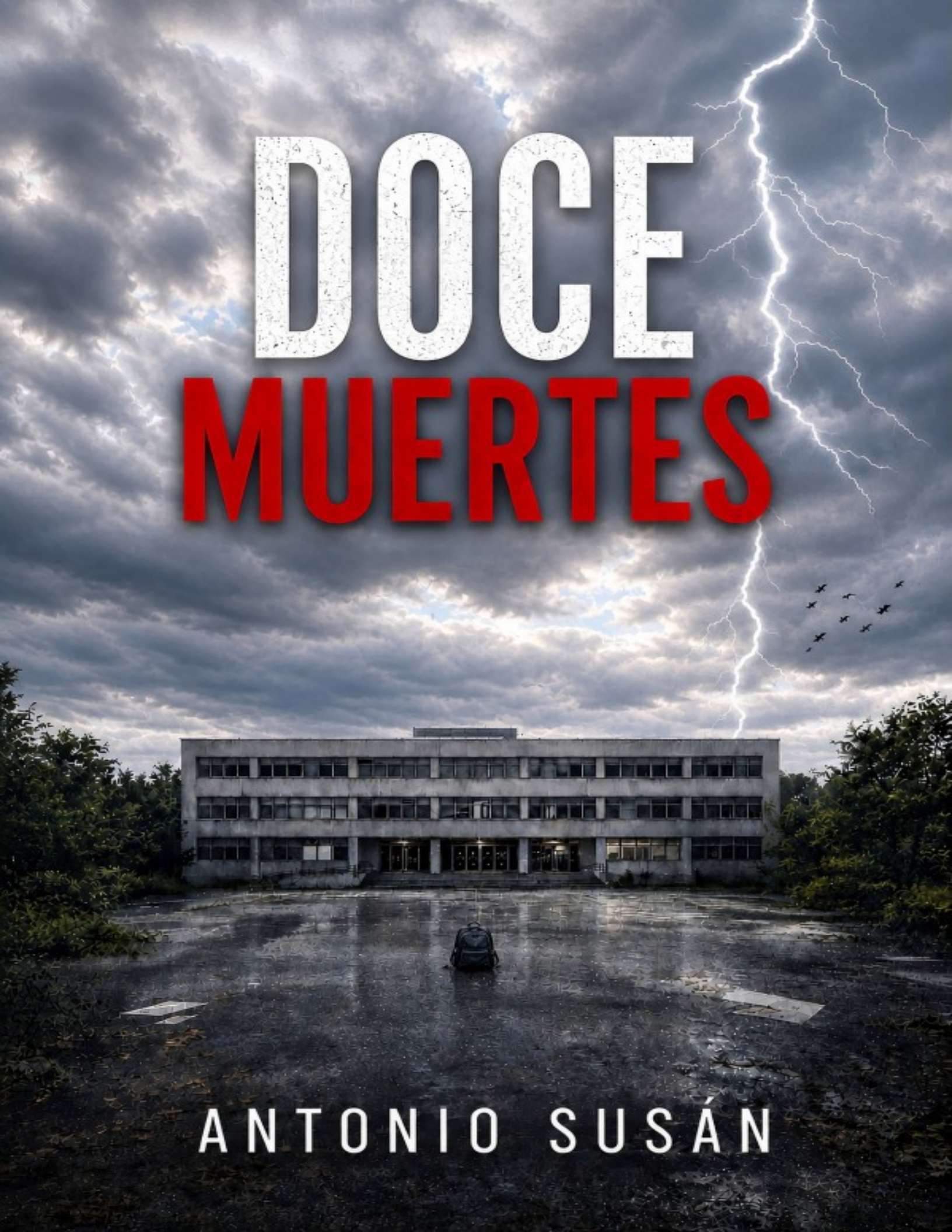

DOCE
MUERTES
ANTONIO SUSÁN

Antonio Susán

Doce muertes

Copyright © 2026, Antonio Susán

Reservados todos los derechos. Salvo excepción prevista por la ley, no se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos conlleva sanciones legales y puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

A mi madre, por toda su ayuda con este libro.
A mis alumnos y compañeros, por servirme de inspiración.

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Epílogo

Capítulo 1

Era noche de tormenta, llovía a cántaros y todas las calles estaban encharcadas, pero eso no impidió a Samuel salir de casa. Tenía una misión que cumplir, una misión a vida o muerte que estaba totalmente determinado a lograr. La sucesión de poderosos rayos y ensordecedores truenos, que asolaban el cielo nocturno, era la viva imagen de su estado de ansiedad y estrés emocional.

Mientras toda la ciudad dormía, resguardada del imponente aguacero, echó a correr por las solitarias y oscuras calles, sin paraguas; no le importaba mojarse. Debía llegar a su destino lo antes posible, sin lastres que le hicieran perder tiempo. Desesperado por alcanzar su objetivo, se desplazaba por las resbaladizas aceras tan rápido como podía, dejando tras de sí tan solo un rastro de vaho y angustia.

Afortunadamente, era un treintañero que hacía deporte con regularidad, se encontraba en buena forma y tenía bastante resistencia aeróbica. Sin embargo, en aquella tenebrosa noche estaba llevando su cuerpo al límite, a la máxima velocidad, forzando de forma absoluta a sus pulmones y a su corazón. Los poderosos músculos de sus piernas se contraían sin cesar, gastando hasta las últimas reservas de energía que les quedaban.

Con gran habilidad, Samuel iba sorteando los charcos que encontraba en su camino, pero la urgencia por llegar cuanto antes le hizo bajar la guardia. Sus sentidos dejaron de estar en máxima alerta y lo traicionaron: resbaló y cayó dentro de una gran balsa de agua.

Sintió cómo su coxis chocaba violentamente contra las duras baldosas de la acera de la calle y gritó de dolor, pero se incorporó lo más rápido de lo que fue capaz. No podía permitirse perder ni un segundo, por mucho que aquel fuerte golpe le hubiera causado un daño terrible. Se había llenado de barro y toda su ropa se había ensuciado; aun así, no le importaba lo más mínimo. Aquello no eran

más que minucias frente a la tarea tan importante que debía llevar a cabo.

Cuando por fin llegó al portal del bloque de pisos que buscaba, estaba completamente empapado, su ropa chorreaba lodo y apenas podía ver por la densa cortina de agua que caía desde su pelo, del color del café, hasta su rostro. Encontró el portal entreabierto, dio gracias por ello y, empujando la puerta, accedió rápidamente al interior. Aunque su respiración agitada y entrecortada le suplicaba que tomara el ascensor, lo dejó atrás y se dirigió directamente a las escaleras: estaba convencido de que esperar a que llegara sería una pérdida de tiempo.

Samuel subía las escaleras tan deprisa como podía, desesperado por llegar antes de que fuera demasiado tarde. Una vez más, los nervios le jugaron una mala pasada y acabó tropezando con uno de los peldaños. Cayó contra la escalera golpeándose con fuerza la mandíbula y una de las rodillas. Dejó escapar un grito ahogado mientras se retorcía de dolor.

Su primer instinto fue llevarse la mano al mentón para comprobar que seguía intacto; por suerte, no parecía haberse roto el hueso. Intentó incorporarse, pero el dolor que sentía en la rodilla era bastante intenso. Acercó las manos a la zona lastimada, como intentando aplacarlo, y al retirarlas se dio cuenta de que tenía una herida abierta con muy mala pinta. Sus manos, llenas de sangre, se habían manchado a través del desgarro producido en sus pantalones vaqueros.

Probablemente necesitaría un médico, aunque eso tendría que esperar; no podía detenerse en ese momento, no cuando estaba tan cerca de llegar. Con un inusitado arrebato de fuerza, consiguió ponerse en pie y, agarrado a la barandilla, subió con dificultad el último tramo de escaleras hasta alcanzar la segunda planta del inmueble.

Localizó la puerta del piso y, para su sorpresa, también la encontró entreabierta. Sin pensarlo, entró empujándola con ímpetu, provocando que esta chocara contra la pared con gran estrépito. Cojeando, avanzó por el pasillo mientras dejaba en el elegante parqué un reguero de sangre, que señalaba su camino.

Al fin llegó a la habitación situada al fondo a la derecha, su objetivo final, pero al acceder, fue consciente de que era demasiado tarde. No había logrado llegar a tiempo. En el suelo yacía un chico moreno, de tez pálida, no muy alto, que aparentaba tener unos trece años. Su inánime cuerpo estaba rodeado de botellas de alcohol y blísteres vacíos de medicamentos. Instintivamente, Samuel se agachó y colocó los dedos índice y corazón sobre el cuello del joven para comprobar si aún tenía pulso, a pesar de que ya conocía la respuesta: el niño estaba muerto. Una vez más había llegado a destiempo, como todas las noches. Nunca conseguía salvarlo.

—¡Joder! —gritó Samuel, encolerizado, llevándose las manos a la cabeza—. ¡Mierda! ¡Mierda!

La intensa molestia que recorría su pierna, cada vez más insoportable, y el tormento que sentía en lo más profundo de su corazón por no haber logrado evitar la muerte del chico acabaron derribando a Samuel, que cayó de rodillas junto al cuerpo sin vida del adolescente. Aulló de dolor al sentir el golpe de su articulación herida contra el suelo de la habitación. En un arranque de rabia, cogió una de las botellas de alcohol que rodeaban al cadáver y la lanzó contra la ventana. El estruendo al romperse el cristal en mil pedazos fue ensordecedor.

Tan ensordecedor que acabó despertando a Samuel. Se incorporó en la cama como impulsado por un resorte, agitado, con el pulso acelerado, los ojos desorbitados y sudando por todos y cada uno de los poros de su piel. Por fin se dio cuenta de que todo había sido una pesadilla: la misma de siempre, la que lo asaltaba cada noche desde hacía seis largos meses.

—No puedo más… —murmuró mientras se limpiaba el molesto sudor de la frente.

«Si sigo así, tendré que acabar yendo al psicólogo», pensó. Y quizás eso fuera lo mejor; llevaba demasiado tiempo atrapado en la misma angustiosa situación, sin mejorar ni un solo ápice. A pesar de ello, Samuel siempre encontraba una excusa u otra para descuidar su salud mental, y eso que, en su puesto laboral, solía predicar justo lo contrario.

Giró la cabeza hacia el reloj de la mesilla. Marcaba las 5:32, aún le quedaban casi dos horas para tener que levantarse y acudir al trabajo. Cansado y abatido, tanto física como mentalmente, volvió a tumbarse boca arriba en la cama, cerró los ojos y deseó dormir profundamente, sin sueños perturbadores, hasta que sonara el despertador.

A las nueve en punto de la mañana, Samuel entró por la puerta principal del IES Unión Europea. Se trataba de un pequeño edificio de tres plantas, bastante antiguo y algo descuidado, de un supuesto color blanco difícil de apreciar, pues el ennegrecimiento de sus paredes lo deslucía de forma poco estética. Sin duda, necesitaba una o dos manos de pintura, además de unos cuantos arreglos, pero Samuel no reparó en nada de eso al cruzar el quicio de la puerta.

Su cuerpo estaba allí presente; su mente, en cambio, seguía en la casa de aquel chico. Si bien había conseguido dormir plácidamente al menos durante las dos últimas horas, el descanso no había sido reparador ni había logrado compensar el tormento provocado por la pesadilla.

Saludó a Josefina, la sexagenaria y dicharachera conserje, sin ser consciente siquiera de que lo hacía. Se dirigió hacia la derecha, subió las escaleras a paso lento, como si sus piernas tuvieran agujetas provocadas por la intensa carrera nocturna de su subconsciente, y accedió a la sala de profesores. Allí buscó con la mirada hasta encontrar a su buena amiga Marina, una profesora veinteañera, unos cinco años más joven que él, de pelo largo color cobrizo, tez blanca salpicada de pequeñas pecas y unos ojos marrones que siempre brillaban de felicidad.

—Buenos días —saludó Samuel dejándose caer en una silla vacía junto a su compañera, que trabajaba con su portátil.

—¡Hola, Samuel! ¿Qué tal?

—Bien… —contestó él sin mucho ánimo.

Su respuesta no convenció a Marina. Unas grandes ojeras apagaban la mirada de Samuel, opacando los ojos que tanto le gustaban a ella, con esa bella mezcla de tonalidades marrones y

verdes. El rostro de su compañero denotaba cansancio y preocupación.

—¿Seguro? Te noto alicaído, ¿has dormido bien? —repreguntó Marina parando de escribir en su ordenador.

—Bueno, a ratos… Ya sabes, lo de siempre —contestó Samuel de forma escueta. No quería que el resto de los profesores que se encontraban en la sala se enteraran de sus problemas.

Samuel era trabajador, conciliador y amable, por lo que apenas había tenido problemas con ninguno de sus compañeros, y se llevaba bastante bien con casi todo el claustro. No obstante, se reservaba sus traumas para quienes gozaban de su mayor confianza y, sin duda, Marina era una de esas personas.

Habían sido compañeros durante casi dos cursos completos y, aunque no pertenecían al mismo departamento, habían forjado una gran amistad a base de encuentros en la sala de profesores y, más habitualmente, en la cafetería del centro. El cariño y la alegría que la profesora de Biología y Geología transmitía de forma habitual habían acabado por ganarse su aprecio.

—¡Ays! ¡Ánimo, compi! Verás cómo, tarde o temprano, todo pasará —dijo Marina, que sabía perfectamente que su amigo se refería a su recurrente sueño nocturno.

Una de las profesoras presentes en la sala se levantó, cogió la llave del baño y salió al pasillo, como si hubiese intuido que los dos colegas necesitaban algo más de intimidad. El resto de los docentes estaban más alejados o de espaldas, concentrados en su trabajo, como el pluriempleado TIC, también jefe del Departamento de Inglés y coordinador bilingüe, que se afanaba en arreglar uno de los ordenadores. Samuel aprovechó la circunstancia para desahogarse un poco más con su confidente.

—No lo sé, Marina. Si esto sigue así, tendré que considerar seriamente ir a un psicólogo o al psiquiatra.

—No es nada malo ir a terapia. Ya hemos hablado de esto mil veces. Si lo necesitas, adelante, seguro que te iría muy bien. De todas maneras, puedes darte un poco más de tiempo si aún no te sientes preparado para dar ese paso —propuso cariñosamente

Marina colocando su mano en el hombro de su amigo para reconfortarlo.

—Ya van seis meses y no logro superarlo por mí mismo…

—Lo sé. Lo que pasó fue muy duro. A todos nos ha dejado secuelas, créeme.

—No tanto como a mí —protestó Samuel mientras soltaba en el suelo la mochila que llevaba en los hombros hasta ese momento—. Al menos, que sepamos, nadie está tan afectado por el suceso como yo.

—Exacto, que sepamos —recalcó Marina tratando de quitarle hierro al asunto—. Además, probablemente se deba a que tú eres un profesor muy cercano con los alumnos y, por tanto, cualquier cosa que les pase te aflige más que al resto.

—Puede ser… —Samuel bajó la mirada.

Marina llevaba razón: la relación de Samuel con sus pupilos iba más allá del vínculo profesor-alumno, cruzando la raya del *colegueo*. Desde que comenzó su carrera como docente, había notado un innegable *feeling* con los adolescentes. Sus compañeros de la Licenciatura en Historia siempre le habían dicho que era un Peter Pan, un niño que se resistía a convertirse en adulto, y puede que tuvieran razón. Quizás ese niño interior, que Samuel aún conservaba, era capaz de conectar a la perfección con su alumnado.

—Aunque tú también eres muy cercana con ellos y no estás tan destrozada como yo por lo ocurrido… —añadió Samuel al tiempo que jugaba con un boli abandonado sobre la mesa.

—Me llevo bien con ellos, sí —concedió Marina, quien no podía negar que su juventud y buen rollo atraía sobremanera a los estudiantes—, pero ni de lejos les permito que cojan tanta confianza conmigo. Tú, en cambio… ¡si los sigues hasta en Instagram!

—Porque me lo piden ellos… y no es mi cuenta personal, es una especial que creé para este fin —puntualizó Samuel dejando claro que sabía dónde poner los límites.

En ese momento sonó el timbre que marcaba el comienzo de su primera clase; eran las 9:10.

—¡Mierda! Llego tarde. Tengo que ir al departamento a por el libro. —Samuel recogió su mochila del suelo y se dirigió rápidamente

hacia la puerta de la sala de profesores.

—¡Luego nos vemos! —le gritó Marina a la par que cerraba su portátil. Por suerte era martes y ese día los dos tenían libre la media hora del recreo; seguro que se encontrarían en la cafetería para continuar la conversación.

Samuel salió al pasillo como una exhalación, sin darse cuenta de que la profesora que había abandonado la sala poco antes regresaba del baño. Los buenos reflejos del joven docente evitaron que colisionara con ella.

—¡Uy! Perdona, Hortensia, que voy tarde a clase y no miro ni por dónde ando —se disculpó, sorteando ágilmente a su compañera casi sexagenaria, sin darle opción a réplica.

Cuando Samuel por fin se acercaba a las escaleras que daban acceso al segundo piso del instituto, se cruzó con dos alumnos de 4.º de ESO, que lo frenaron en seco.

—¡Hombre, Samuel! —lo saludó uno de ellos ofreciéndole la mano, como solía hacer cada vez que lo veía.

Se trataba de Rodrigo, un chico muy alto que casi le sacaba una cabeza a Samuel. Era bastante delgado, moreno, de ojos marrones, con un moderno corte de pelo degradado que dejaba caer un liso flequillo sobre su frente; lucía un pequeño pendiente de aro en su oreja izquierda. Su pícara sonrisa, que achinaba ligeramente sus ojos, le otorgaba un aura especial.

Era uno de sus alumnos favoritos, un título que se había ganado a pulso: no solo le había dedicado goles a Samuel durante los partidos de fútbol en los recreos, sino que incluso lo había invitado varias veces a ir de botellón con él y sus amigos. Hasta en una ocasión, además, había sido de las primeras personas en felicitarle el cumpleaños mediante un vídeo a las doce en punto de la noche.

—¿Qué tal, Rodri? —Samuel le dio un apretón de manos mientras sonreía de oreja a oreja; no podía negar que esas muestras de cariño por parte de los estudiantes le alegraban el día.

Dirigió entonces la mirada al otro alumno: también de ojos marrones, algo más bajo que su amigo, de complexión más atlética y con un corte de pelo similar, aunque más oscuro y rizado. Se

trataba de otro de los que formaban parte del selecto grupo de preferidos.

—Buenas, Pablo.

—Hola, Samu —le devolvió el saludo el siempre sonriente Pablo. Si la sonrisa de Rodri era traviesa, la de su amigo reflejaba a la perfección el gran corazón que tenía—. Mira, tienes que ver este nuevo *challenge*, está todo guapo.

—¡Sí, hombre! ¡Guarda ese móvil! —ordenó Samuel apartando el móvil de su alumno con una mano en cuanto este lo sacó de su bolsillo—. Ya sabes que no puedes utilizarlo en el instituto. Lo que faltaba es que lo uses para enseñarme las cosas que os hacen perder un tiempo que deberíais dedicar a estudiar

—Bueno, ya te lo enseñaré a la salida. —Pablo volvió a bloquear el teléfono y se lo guardó en sus anchos pantalones vaqueros, salpicados de puntos blancos, sin darle ningún tipo de importancia a la infracción.

—*Bro*, déjalo, que al profe no le interesan estas cosas —determinó Rodri—. Por cierto, ¿tú cuándo trabajas? ¡Estás siempre por los pasillos!

Samuel se echó a reír mientras negaba con la cabeza. Estaba acostumbrado a ese tipo de vaciles por parte de sus alumnos. Era una de las consecuencias de la relación de confianza que mantenía con muchos de ellos. No solo no le importaba que los adolescentes lo trataran como a uno más, sino que le gustaba y le divertía sobremanera. Le hacía sentir joven, vivo, lejos de los dramas y las responsabilidades de la vida adulta. El trato cercano con los estudiantes era, sin duda, lo que más le llenaba de su trabajo.

—Oye, me gusta tu camiseta —halagó Pablo a su profesor haciendo un gesto de aprobación con la cabeza, sin dejar de mirar la prenda azul con el logo de Calvin Klein.

Lo cierto era que Samuel solía vestir con prendas de firmas de ropa juveniles, por lo que su estilo se parecía más al de sus alumnos que al del resto de profesores.

—Mucho mejor que cuando llevas esas camisas de viejos —remató el propio Pablo, compitiendo a guasón con su amigo Rodri.

—Al menos yo no parezco que acabe de pintar la casa… —le devolvió el golpe el profesor aludiendo a las motas blancas de sus vaqueros—. Va, chicos, id a clase, que llegáis tarde y os van a echar la bronca. ¡Sin mencionar que también me estáis retrasando a mí! Ya hablaremos otro rato.

Con esa frase, Samuel dio por finalizada la conversación y echó a correr hacia las escaleras. Aunque los había culpado a ellos, era plenamente consciente de que, en realidad, su deber habría sido no darles coba. Sin embargo, para él resultaba totalmente imposible ignorar a los estudiantes cuando le demandaban su atención de forma tan afectuosa. Se sentía entre la espada y la pared cada vez que tenía que elegir entre cumplir las normas del centro a rajatabla o transgredirlas levemente en favor de la felicidad de sus alumnos.

Terminó de subir las escaleras mientras daba vueltas a esa reflexión y se dirigió a paso ligero hacia su departamento, pero, al girar la esquina del pasillo, se encontró con otros dos adolescentes. Estaban abrazados de manera excesivamente empalagosa, como si se hubieran fundido en una sola persona, acurrucados contra la pared.

—¡Pero bueno! ¡Comportaos! ¡Esto es un instituto, no el parque! —se escandalizó Samuel—. Además, deberíais estar en clase.

—Es el cambio de hora, profe —dijo tranquilamente el chico sin dejar de abrazar a su novia.

—¡No hay tiempo entre clases! —les recordó Samuel simulando un gesto de enfado.

—¡Jo! Es que es el único rato del día en el que nos podemos ver. —La chica intentó dar pena al profesor.

—¿Y el recreo, qué? —replicó Samuel con ironía.

—No es suficiente, Samu —contestó el joven mirando con cara de enamorado a su pareja.

Eran los Barbie y Ken del instituto. O, al menos, ese era el mote con el que todo el mundo se refería a ellos, profesores incluidos. El chico, Izan, era amigo de Pablo y Rodri; los tres iban juntos a la misma clase, 4.ºC, de la cual Samuel era el tutor. Su pelo rubio natural, siempre perfectamente peinado, con un largo flequillo hacia

adelante, sus facciones armoniosas, sus ojos azules, su altura y su constitución atlética le habían valido el apodo de Ken.

Sara, sin embargo, era rubia de bote, aunque eso no le restaba mérito a la magnífica y larga cabellera ondulada que siempre lucía suelta. Aquello, sumado a su delgadez, al tamaño de su busto, a su simétrico rostro y a sus profundos ojos verdes, le había permitido ganarse el sobrenombre de Barbie. Eran la pareja perfecta, salvo por un detalle: Sara era alumna de 3.ºA, y al no pertenecer al mismo grupo que su chico, los momentos para pasar tiempo juntos a lo largo de la mañana eran reducidos.

—No puedes culparnos. ¡Seguro que tú, a nuestra edad, hacías cosas peores! —acusó Izan en tono de broma.

Los adolescentes eran hormonas con patas y, por eso, él entendía su necesidad de estar todo el día pegados. Izan tenía razón, él también había pasado por aquella fase de la vida, aunque de eso hiciera ya mucho, como a veces le recordaban sus alumnos intentando picarle. No obstante, eso no quería decir que no hubiera límites ni que no fuera necesario reprenderlos de vez en cuando, algo que Samuel siempre procuraba hacer desde el afecto y la asertividad.

—¡Izan y Sara, moveos! Id a vuestras respectivas clases, ¡ya! —mandó Samuel dejando claro que su paciencia se estaba agotando —. Luego os veréis otra vez. En dos horas es el recreo; sobreviviréis hasta entonces.

Sara puso los ojos en blanco; estaba en desacuerdo con el mandato. Izan, sin embargo, miró a Samuel e hizo un gesto afirmativo; no quería provocar el enfado de uno de sus profesores favoritos.

—Venga, Sarita, vamos para clase —casi susurró a su novia mientras echaba a andar, todavía abrazado a ella.

—¡Y que corra un poquito el aire! ¡Que parecéis lapas! —recomendó Samuel mientras se alejaban.

Como tutor de Izan, se comunicaba de forma habitual con sus padres, quienes estaban bastante preocupados por el bajón en las notas de su hijo; un menor rendimiento escolar que había comenzado justo a la vez que su relación con Sara. Sin duda, Izan

había pasado a destinar gran parte de su tiempo a quedar con ella, a mensajearse por redes sociales o, simplemente, a tenerla constantemente en su cabeza. La consecuencia era disponer de menos rato para estudiar, lo que había terminado reflejándose en el boletín trimestral.

Samuel pactó con sus padres intentar, entre todos, hacerle entender que no podía depender emocionalmente tanto de una sola persona, pues estaba descuidando los estudios y, en menor medida, también a sus amigos. Samuel había hablado muchas veces con él y, aunque Izan siempre se mostraba receptivo a escucharlo y a seguir sus consejos, en ese caso todo parecía entrarle por una oreja y salirle por la otra. «Veremos cómo acaba el curso este…», pensó.

Salió de su ensimismamiento y alcanzó la puerta del departamento, que encontró cerrada. Rebuscó la llave en su llavero, con la figura de un tiburón ballena, y abrió la fría y grisácea puerta de metal. Corrió hasta su mesa, abarrotada de papeles, como era habitual, y cogió el libro de Geografía e Historia de 1.º de ESO. Cuando volvía a salir al pasillo, a punto estuvo de darse de bruces contra otra profesora.

—¡Ah! Venía a buscarte… Te están esperando tus alumnos de primero… Llegas tarde, como siempre…

Samuel fulminó con la mirada a su interlocutora. Se trataba de Sandra, la orientadora: una mujer cuarentona, regordeta y más bien bajita, con una nariz prominente, ojos minúsculos y el pelo siempre recogido en un estrafalario moño. La enemistad entre ambos era manifiesta desde hacía bastante tiempo. Samuel creía que su compañera no ejercía correctamente sus funciones y así se lo había dicho, lo que a Sandra, lógicamente, no le había hecho ninguna gracia.

—Llego tarde porque, sin estar yo de guardia, me he dedicado a enviar a clase a todos los alumnos a los que me he ido encontrando por los pasillos —Samuel lanzó su dardo envenenado, obviando su parada de charla social con Rodri y Pablo.

—¿Y qué pretendes? ¿Que esté vigilando las clases y los pasillos a la vez? No tengo el don de la ubicuidad —se ofendió la orientadora, que se encontraba en su hora de guardia.

—Mira…, no me entretengas más. ¡Ya podría estar en el aula!

Samuel zanjó la discusión cerrando la puerta del departamento y echando a andar, por fin, hacia la clase de 1.ºB. Comprobó la hora en su reloj: eran las 9:15. Al pasar junto al aula de 2.ºB, miró hacia el interior, como llevaba haciendo desde hacía seis meses. Los alumnos, que se encontraban haciendo un Kahoot con su profesora, parecían animados y felices, algo que hacía mucho tiempo que no veía en ellos. «Me alegro de que las cosas estén volviendo a la normalidad en el instituto», pensó Samuel. Pero se equivocaba. Aún no era consciente de todas las desgracias que estaban a punto de suceder.

La jornada escolar había terminado e Izan se dirigió hacia su casa, no sin antes acompañar a Sara hasta la suya. Tras comer con su madre, Carmen, se echó una siesta de media hora, hasta que ella lo despertó para que se pusiera a estudiar el examen de Matemáticas que tenía el viernes.

Se sentó frente a su escritorio, abrió el libro por el tema de funciones y fingió leerlo, pues entre sus páginas se encontraba oculto su móvil. Aunque, tras su bajón académico, sus padres habían decidido de mutuo acuerdo requisarle el teléfono durante dos horas diarias para forzarlo a estudiar, la realidad era que aquella sanción solo la estaba llevando a cabo su padre cuando Izan pasaba la semana en su casa.

En cuanto Carmen se dio cuenta de que su matrimonio ya no funcionaba, decidió cortar por lo sano y pedir el divorcio a Joaquín. Desde entonces, estaban a la gresca, generando una situación de tensión que ella creía que podía haber afectado a Izan y a su rendimiento escolar. Se sentía culpable de la situación y, por ello, era más permisiva con él. Lo que no sabía era que su hijo la engañaba usando el móvil cada vez que se suponía que se encontraba estudiando.

Izan se sobresaltó cuando su madre abrió la puerta de su cuarto sin llamar.

—Cariño, me voy a ver a la abuela. Te dejo tranquilo estudiando.

—Claro, mamá, no te preocupes. —Izan pasó una hoja del libro para camuflar su teléfono bajo ella—. Dale un beso a la *abu* de mi parte.

—Descuida —aseguró Carmen al tiempo que lo achuchaba—. Te quiero.

El remordimiento afloró en su interior en cuanto su madre se marchó de su habitación. Se sentía culpable por engañarla, por aparentar estudiar cuando no lo hacía y por afirmar que iba a empollar durante su ausencia, cuando no pensaba hacerlo. Su madre era muy buena con él y le sabía mal mentirle. «Bueno, son mentiras sin importancia, nada grave», se autoexculpó Izan antes de volver a pasar la página del libro de matemáticas para recuperar su móvil. En ese momento le llegó un mensaje de WhatsApp de Sara:

> "Cuando m vas a dar esa sorpresa q llevas todo el día anunciandome?"

—Nena, no vas a tener que esperar más. Estate pendiente de Instagram, que voy a hacer un directo en cero coma —le contestó por mensaje de audio.

Se acercó a su armario de madera de cerezo, lo abrió y cogió el soporte para el móvil. Se lo había comprado hacía unos meses para grabar contenido que después subía a sus redes sociales, sobre todo a TikTok. No es que fuera un *influencer* ni nada por el estilo; de hecho, no llegaba siquiera a los mil seguidores en sus cuentas.

Aun así, le gustaba crear vídeos, hacer *challenges*, seguir modas… y de cara a un futuro cercano sí se planteaba dedicarse al cien por cien a las redes, labrarse un puesto como *instagramer*. Sabía que tenía una cara bonita, un cuerpo fibrado y mucho desparpajo, y esas eran tres cualidades que él consideraba que podían abrirle las puertas de ese mundillo. Y, para eso, las matemáticas no le servían de nada.

Salió de su cuarto, revestido de pósters de jugadores del Real Madrid, y se dirigió al único baño que había en la casa. Instaló el soporte frente a la bañera y corrió la cortina para dejarla a la vista. Se quedó mirando los azulejos que recubrían la pared. Siempre le habían recordado a la serie de televisión "Cuéntame": eran feos, poco estéticos y muy antiguos; no le gustaban nada. «No es el

entorno más *cool* para emitir en Instagram, no sé qué pensarán mis *followers*…, pero no tengo otra opción que hacerlo aquí», caviló.

Colocó el móvil en posición vertical en las clavijas del soporte, accedió a la cámara y seleccionó la opción frontal. Se metió en la bañera para comprobar que, a la hora de emitir, solo se le viera de cintura para arriba, ya que iba a estar semidesnudo. Era consciente de que a su novia ya le molestaría bastante que enseñara el torso como para mostrar algo más. «No se me ve el paquete, perfecto», pensó, satisfecho.

Salió de la bañera y accionó el grifo para que el agua comenzara a salir por la alcachofa; quería que fuera corriendo hasta alcanzar la temperatura ideal. Después se quitó la camiseta y el pantalón, los dejó en un colgador de la pared y se observó en el espejo para comprobar que su cuidado flequillo no se había descolocado. Abrió el cajón superior del mueble del baño, pero no encontró lo que buscaba.

—¿Dónde coño dejó el secador? —se preguntó mientras cerraba el cajón, dado que era el lugar en el que solía estar habitualmente.

Sacó el cajón inferior y, por fin, dio con él. Introdujo la clavija en el enchufe y lo dejó sobre el váter, justo al lado de la bañera. El cable era lo suficientemente largo como para llegar hasta allí; ya lo había comprobado antes. Con una mano bajo la alcachofa verificó que la temperatura del agua era la correcta y volvió a entrar en la bañera.

Seleccionó la *app* de Instagram en su iPhone 12 y comenzó a emitir el directo. Esperó a que la gente fuera entrando poco a poco. Estaba claro que no iban a acceder todos sus seguidores, pero al menos quería reunir a una veintena de personas que lo vieran y lo comentaran en vivo; luego ya colgaría el vídeo para que el resto lo visualizara cuando pudiera. Su novia fue una de las primeras que se conectó.

Lo que vio Sara desde su casa al entrar al directo de Izan no le gustó nada. En realidad, le encantaba lo que aparecía en la pantalla: al fin y al cabo, se trataba de su novio con el torso al aire, y no había nada en el mundo que la deleitase tanto como eso. Sin

embargo, no soportaba la idea de que otras chicas pudieran estar contemplándolo también.

Siempre había sido excesivamente celosa, actitud que había ido a peor cuanto más y más se enamoraba de él. Ya le había advertido en más de una ocasión de que no subiera *stories* o vídeos ligeritos de ropa; ese era un placer que debía reservar exclusivamente para ella.

Su rostro reflejaba el disgusto por la acción de su novio, pero tras recordar que, supuestamente, lo que estaba haciendo era una sorpresa para ella, no le quedó más remedio que tragarse sus enfermizos celos por una vez. Escribió en el chat del directo:

"Q guapo es mi chico!!"

Después añadió un emoji de corazón rojo. No iba a reprender a Izan en aquel momento, y menos en público; tampoco iba a dejar pasar la oportunidad de marcar territorio. Quería dejar claro a todas aquellas lobas que estuvieran babeando mientras miraban a su Izan que él era solo suyo.

Le hirvió la sangre cuando Erika, una chica de otro instituto del barrio, envió dos iconos de fuego al chat. No se le escapaba que aquellos emojis se utilizaban para hacerle saber a alguien que lo que veía le parecía *hot*. «Maldita guarra, como la pille por el barrio, se va a enterar», se dijo a sí misma. Decidió volver a señalar su posesión sobre Izan y, al mismo tiempo, apremiar a su novio escribiendo en el chat:

"A ver amor, cuál es la sorpresa q me tienes preparada? No puedo esperar más!!"

Una vez Izan comprobó que estaba conectada no solo su novia, sino también sus mejores amigos y unas veinticinco personas más, dio comienzo a su *show*.

—¡¿Qué pasa, gente?! Bienvenidos a mi directo. Hoy voy a realizar un *challenge* que circula estos días por TikTok, y se lo voy a dedicar a mi nena, a la chica de mis sueños, mi Sarita.

Pablo no tardó en comentar en el chat:

"Buah! Que empalagoso eres bro"

—Pableras dice que soy un empalagoso. Lo que pasa es que tienes envidia de que yo tenga un pivón de novia y tú no. ¡Y lo sabes! —contraatacó Izan haciendo el gesto del famoso meme de Julio Iglesias.

"A mi si q me gustaría tener un novio asi. Vaya abdominales!!"

Izan leyó el comentario de Erika y supo al instante que a Sara le iba a saber a cuerno quemado. Había tonteado con Erika tiempo atrás por redes sociales, antes de empezar con Sara, y aunque nunca había pasado nada, no podía negar que existía cierta tensión sexual entre ellos. Quizás no debería haber emitido sin camiseta, pero corría el riesgo de mojarse y, además, sabía que, una vez colgara el vídeo, sería mucho más viral si enseñaba su apolíneo cuerpo. La reacción de Sara no se hizo esperar:

"Es una pena q ya esté pillado… Buscate a otro!"

—El nombre del *challenge* que voy a hacer es Aphrowater —siguió Izan obviando los últimos comentarios; no había que echar más leña al fuego—. Lo está petando, así que seguramente algunos de vosotros ya lo habréis visto. Se trata de, con la ayuda de un secador, empujar al agua que cae de la ducha hacia la pared para dibujar con ella un corazón.

Mientras todo aquello ocurría, Samuel se encontraba trabajando en el escritorio del salón de su pequeño piso, situado en el centro de la ciudad. Los aproximadamente cuarenta metros cuadrados de superficie eran suficientes para él y su soltería. Decorado de forma minimalista, con muebles de colores claros de inspiración nórdica, el espacio apenas contaba con elementos ornamentales. De esa manera, había conseguido una casa diáfana y con sensación de amplitud pese a su reducida extensión.

Samuel odiaba tener las paredes llenas de cuadros, el suelo cubierto de alfombras y las estanterías atestadas de objetos inservibles que no hacían más que acumular polvo. A lo que no se había podido resistir era a colgar un gran mapa de madera en el que señalaba, con sus respectivas banderas, los países que había ido

visitando a lo largo de sus viajes, su gran pasión más allá de la enseñanza.

Sobre el escritorio estaban apilados los exámenes de los alumnos de 1.º de ESO, que habían hecho el día anterior. Las notas que había puesto hasta ese momento eran, como venía siendo habitual en aquel grupo, en general mediocres, aunque siempre había algunos estudiantes que sobresalían, para bien y para mal. El control que tenía delante de él en ese instante destacaba claramente para mal. Según su alumno, Alejandro Magno había conquistado España. «¿En serio? ¿España? ¡Vaya tela! Necesito un descanso», pensó Samuel. Le puso la tapa al boli rojo y lo tiró sobre la mesa. Llevaba una hora corrigiendo y su cerebro ya no daba más de sí.

Cogió el móvil y, al encender la pantalla, Instagram le notificó que Izan10_ferrer estaba emitiendo en directo. Samuel no solía entrar a ver los habituales directos de sus alumnos en esa *app*. Le gustaba respetar su intimidad, aunque, en realidad, ellos la estuvieran compartiendo con todo el mundo. No obstante, teniendo en cuenta el bajón académico de Izan y el seguimiento que, como tutor, le estaba haciendo, consideró interesante comprobar a qué se dedicaba su alumno en lugar de estudiar.

Accedió al directo y lo que apareció en su pantalla lo dejó helado. «¿Qué hace dentro de la bañera con el agua corriendo y un secador en la mano? ¡¿Está mal de la cabeza?!», se dijo a sí mismo Samuel. Decidió intentar frenar aquella locura escribiendo en el chat:

> "¡Izan! ¡Sal de ahí ahora mismo!"
>
> "Lo que estás haciendo es muy peligroso. ¡Te puedes electrocutar!"

Pero Izan no lo leyó. Había terminado de explicar en qué consistía el *challenge* y se disponía a llevarlo a cabo. Apretó el botón *ON* del secador y, en cuanto se encendió, saltó una chispa.

—¡Ahhhh! —gritó, dolorido.

Incapaz de soportar la quemazón que sintió en la mano, soltó de manera instintiva el secador, dejando que cayera al interior de la bañera. El contacto del aparato con el agua desencadenó de inmediato una descarga eléctrica que recorrió su cuerpo de abajo

arriba. La sobreestimulación producida por la corriente al pasar por sus nervios y músculos hizo que comenzara a convulsionar de forma desenfrenada hasta que, finalmente, se desplomó fuera de la bañera.

Al caer, el cuerpo de Izan derribó el soporte del móvil, por lo que lo único que Samuel veía en su pantalla en ese instante era el techo del baño de su alumno.

—¡Joder! ¡Joder! ¡Otra vez no! ¡Otra vez no! —gritó Samuel, al borde de un ataque de pánico.

No podía creer lo que acababa de ver con sus propios ojos. No podía ser verdad; debía de estar soñando de nuevo. Se pellizcó, como si pretendiera despertarse, aunque solo le sirvió para darse cuenta de que no se trataba de una pesadilla. Seguía sentado frente a su teléfono, esperando desde lo más profundo de su corazón que Izan apareciera de nuevo ante la cámara para decir que se encontraba bien. No ocurrió; la imagen estaba congelada.

Debía llamar a una ambulancia, pero no sabía dónde vivía Izan. De pronto, recordó que era su tutor y que, desde el programa informático de la Consejería de Educación, podía acceder a sus datos. De un manotazo apartó los exámenes que tenía sobre la mesa y colocó en su lugar el portátil. Lo tenía en modo hibernación, así que tardó unos segundos en arrancar; los segundos más largos de toda su vida. Accedió al explorador y tecleó el nombre de la aplicación. «Página web no encontrada», leyó en el navegador.

—¡Mierda! —exclamó mientras corregía la URL que había escrito mal.

Al segundo intento consiguió entrar en la web. Por suerte, tenía el usuario y la contraseña guardados, lo que le permitió conectarse automáticamente. Le dio un vuelco el corazón al ver su foto en el listado de alumnos de 4.ºC. Nadie la había actualizado desde que entró al instituto con tan solo doce años: mostraba a un feliz niño sonriendo a la cámara. Un niño, cuya vida podía estar a punto de terminar. Seleccionó «Datos» en el desplegable, donde encontró la dirección de su casa. Cogió el móvil y, tras comprobar que la pantalla

todavía mostraba el techo del baño, salió de Instagram y marcó el 112.

—Emergencias, ¿dígame? —respondió una mujer en cuestión de segundos.

—Por favor, mande una ambulancia a la calle Ávila 25 6.ºD. Un chico acaba de electrocutarse. ¡Es urgente!

—Enseguida —aseveró la mujer antes de cortar la llamada.

Samuel se levantó de la silla y comenzó a dar vueltas por el salón con las manos en la cabeza. Con el corazón desbocado, hiperventilando y la mente completamente atribulada, parecía al borde de un ataque de ansiedad. El agobio lo consumía; se sentía impotente, inútil sin poder hacer nada más por ayudar a su alumno. Le mataba la incertidumbre: ¿llegaría la ambulancia a tiempo para salvarle la vida?

No podía quedarse en casa esperando noticias mientras uno de sus estudiantes favoritos agonizaba. Decidió acudir a casa de Izan para salir de dudas. Temblando, buscó en su móvil cómo llegar hasta allí: se encontraba a veinte minutos en transporte público. Se quitó las viejas zapatillas de casa, se puso las primeras deportivas que encontró en el zapatero, cogió las llaves y salió de su piso dando un potente y sonoro portazo. No se molestó siquiera en cerrar con llave; debía ahorrar tiempo.

Corrió hasta la parada del autobús en vano, pues tuvo que esperar cinco minutos hasta que pasó un vehículo de la línea 22. A esas horas de la tarde iba abarrotado y tuvo que quedarse de pie, agarrado a una de las barras verticales. La cabeza no paraba de darle vueltas y el corazón parecía a punto de salírsele del pecho. Estaba muy nervioso, casi histérico.

Agarraba la barra con tanta fuerza, fruto de la tensión, que comenzó a dolerle la muñeca. Cambió de mano y aprovechó para sacar su móvil y comprobar en Instagram si el directo de su alumno seguía activo. Efectivamente, la cámara aún mostraba la misma imagen, segundo tras segundo: el techo del baño. «Izan, resiste, por favor», suplicó para sí mismo Samuel.

Bajó en la parada correspondiente y recorrió unos cuantos metros a pie, atravesando unos jardines como alma que lleva el diablo. Ni

siquiera se fijó en la bella mariposa gitana que sobrevolaba unas flores. Unos veinte minutos después de salir de casa, siguiendo las indicaciones de Google Maps, llegó al portal del edificio donde vivía Izan. Frente a él observó, ya aparcada, la ambulancia que él mismo había solicitado.

—¡Menos mal! ¡Han sido rápidos! —gritó, aliviado, sin importarle parecer un loco que hablara solo por la calle.

Encontró el vehículo vacío; supuso que los sanitarios debían de estar en casa de Izan. Dudó si esperar a que bajaran o subir directamente al piso. La duda duró solo unos segundos: necesitaba información urgente, necesitaba saber si uno de sus alumnos iba a morir o a vivir. Justo en ese momento, una repeinada señora salió del portal, ocasión que aprovechó para colarse antes de que se cerrara la puerta. Subió corriendo las escaleras; no era capaz de esperar al ascensor. Deseó no caerse, como le ocurría habitualmente en su pesadilla.

Cuando llegó al sexto piso, le faltaba el aire; apenas podía respirar. La fatiga por el esfuerzo físico, sumada al estrés traumático de la situación, lo hizo desplomarse en el suelo del descansillo, agotado. Permaneció unos segundos apoyado contra la pared, recuperando algo de oxígeno a través de su agitada respiración.

Al levantar la mirada, se dio cuenta de que la puerta del 6.ºD estaba abierta: se encontraba a tan solo unos pasos de conocer el destino de Izan. «Vamos, Samuel, ya falta poco», se animó a sí mismo. Reuniendo las pocas fuerzas que le quedaban, se levantó del suelo y caminó hacia allí. Entró en el piso y se dirigió a la habitación de la que había visto salir a un sanitario.

—¿Es usted el padre del chico? —le preguntó el Técnico en Emergencias Sanitarias al cruzarse con él en el pasillo.

—¿Qué? No… —respondió Samuel con la mirada perdida.

—¿Es familiar de la víctima?

—No… —apenas pudo articular Samuel retomando el camino hacia el baño.

—¡Entonces no puede estar aquí! —protestó el paramédico.

Samuel ni siquiera escuchó sus palabras; acababa de llegar a la puerta del aseo. Allí, junto al cuerpo de Izan, tendido en el suelo, se

encontró con otro TES arrodillado. Estaba terminando de extender sobre él, con delicadeza, una manta dorada, que acabó cubriendo por completo su rostro. Samuel, al comprender lo que aquello suponía, cayó de rodillas ante la peor escena que jamás había podido imaginar. Ni siquiera sintió dolor al golpearse contra las baldosas; estaba en *shock*. Su peor pesadilla se había hecho realidad.

El sanitario, sobresaltado por el ruido, se dio cuenta entonces de que había alguien más en la habitación. Le impactó muchísimo la cara desencajada del profesor.

—¿Se encuentra bien, señor?

—¿Ha muerto? —preguntó Samuel sin apartar la vista de la manta térmica. Quería que se lo confirmara, aunque ya conocía la respuesta.

—Sí. No hemos podido hacer nada. Cuando hemos llegado, ya se le había parado el corazón.

—¡No puede ser! ¡No puede ser! ¡Haz algo! —demandó Samuel al técnico, desesperado.

—No podemos hacer nada más. Lo siento.

Samuel, en un arrebato de rabia, empujó al paramédico, retiró la manta, se colocó sobre el cuerpo sin vida de Izan y empezó a sacudirlo.

—¡Izan! ¡Izan! ¡Despierta! ¡Vamos! —rogó Samuel, consumido por el sufrimiento—. No puedes irte aún, por favor….

Pero nada sucedió: Izan seguía inerte. Aunque su cuerpo todavía estaba caliente, su rostro comenzaba a tornarse pálido y sus inexpresivos ojos no le devolvían la mirada. Horrorizado, Samuel soltó el cadáver y se alejó de él. Comenzó a sollozar desconsoladamente. Había perdido a uno de sus alumnos preferidos, uno de los pocos a los que había dado clase todos y cada uno de los cursos desde su llegada al instituto. Lo había visto crecer, madurar, evolucionar, aprobar, suspender, enamorarse, enfadarse, reír… y, en ese instante, lo veía morir.

Capítulo 2

Samuel abandonó la casa de Izan poco antes de que llegara la jueza de guardia acompañada del equipo médico forense y de la policía judicial. Un tal inspector De la Fuente estaba al frente de la misma, o eso le pareció escuchar. Salió del portal sin percatarse de los desconchones que presentaba el rellano del viejo inmueble y se apoyó sobre la pared de la calle.

Su cuerpo seguía en estado de *shock*: temblaba de forma extrema, su respiración estaba totalmente descontrolada y las náuseas, que ascendían desde su revuelto estómago, no cesaban. Su mente no dejaba de visualizar el cuerpo sin vida de su alumno. Su pesadilla nocturna se había hecho realidad. Solo que esta vez no era Lucas el fallecido; era Izan a quien no había logrado salvar.

Tenía la sensación de que su subconsciente le había estado avisando de que algo así iba a ocurrir. Recordó una conversación que había tenido tiempo atrás con Marina, a quien le había preguntado sobre el significado científico del mundo onírico. "Algunos estudios afirman que los sueños son proyecciones de la mente de posibles futuros escenarios, con el objetivo de prepararnos para afrontarlos, como si de una especie de entrenamiento virtual se tratara", le había explicado su compañera.

—Marina… Debería llamarla y contarle lo que ha pasado antes de que se entere de otra manera… —dijo Samuel, agitado, sin darse cuenta de que estaba hablando solo de nuevo.

Marina siempre era la primera persona que le venía a la cabeza, aunque Samuel todavía no fuese consciente de ello. Su mente justificó la decisión de contactarla, ya que ella también era profesora de Izan en aquel curso escolar. Evocar a su amiga logró que sus arcadas cesaran y que su respiración se calmara ligeramente, pero cuando sacó su móvil del bolsillo, su mano todavía temblequeaba.

Aunque estaba totalmente dispuesto a llamarla, en el último momento cambió de parecer: lo correcto y lo necesario era avisar

antes a otras personas. En primer lugar, a sus padres. Enseguida rechazó la idea; imaginaba que de ello se encargaría la policía judicial. Además, no se sentía con fuerzas para comunicar a unos padres la pérdida de su hijo.. Pensar en el dolor que iba a asolarlos al recibir esa espantosa llamada le provocó una fuerte punzada en el estómago.

La policía, que ya se habría hecho con el móvil de Izan, lo tendría fácil para acceder a los números de teléfono de ambos progenitores y podría transmitirles la triste noticia de la manera más adecuada posible; al fin y al cabo, ellos estaban habituados a ese tipo de situaciones.

En segundo lugar, consideró que su responsabilidad era contactar con el director del instituto para comunicarle lo sucedido. Adolfo era una persona a la que le gustaba tenerlo todo bajo control; para él era fundamental que nada se saliera del guion ni alterase los planes que tenía para el centro. Samuel era consciente de que, si llegaba a oídos del director que había presenciado el fallecimiento y no se lo había comunicado para que pudiera trazar un plan de contingencia, entraría en cólera. Y lo último que necesitaba Samuel en ese momento era discutir con su jefe.

Resignado, se decidió a marcar el número de Adolfo. Desde la muerte de Lucas, seis meses atrás, su relación con el director había cambiado. No le había gustado su forma de gestionar el fallecimiento del joven. Aquello supuso un punto de inflexión que le hacía sentir un inmenso rechazo hacia su figura. Suspiró mientras se colocaba el móvil en la oreja; solo le quedaba la esperanza de que, en esa ocasión, fuera capaz de manejar mejor el triste suceso.

—¿Sí? —contestó Adolfo tras el tercer tono de espera.

—Adolfo… ha pasado algo terrible.

—No me asustes, Samuel.

—Ha muerto Izan Ferrer, alumno de 4.ºC. —A Samuel le costó un mundo verbalizarlo. Decirlo en voz alta, transmitir la noticia por primera vez, era para él como certificar oficialmente su muerte. Todavía no se creía que estuviera pronunciando esas palabras.

—¿Muerto? ¿Cómo? ¿Quién te ha dicho eso? ¿Estás seguro? —se puso nervioso el director.

—Lo he visto con mis propios ojos, Adolfo. Se ha electrocutado.

—Espero que no me estés vacilando. ¡No tiene ninguna gracia! ¡Te puede caer un buen puro por esto!

—¡Pero cómo te voy a mentir con una cosa así! ¡¿Por quién me tomas?! —se enfadó sobremanera Samuel.

—¿Entonces es verdad? ¡Me cago en la puta! ¡El instituto no puede permitirse otra muerte!

A punto estuvo Samuel de colgarle el teléfono. «¿En serio? ¿Ha fallecido un joven de dieciséis años y todo lo que te preocupa es la imagen del centro?», pensó. Sintió cómo la ira invadía cada célula de su cuerpo; no podía entender cómo alguien podía ser tan frívolo. Quería gritarle, insultarlo, decirle de todo…, pero no podía: era su superior. Se giró y propinó un fuerte manotazo a la pared del edificio. Le dolió, pero le vino bien para liberar su rabia.

—¡¿Y cómo es eso de que lo has visto?! ¡¿Cómo coño lo has presenciado?! —gritó Adolfo, cabreado, desde el otro lado de la línea.

—A través de Instagram. Ha emitido su muerte en directo —respondió Samuel respirando hondo para no decirle cuatro cosas a su jefe.

—No me jodas, Samuel. ¿Otro suicidio?

—No. Ha sido un accidente.

—¿Quién más lo ha visto?

—Probablemente medio instituto. No me fijé en quién estaba conectado en ese momento. Seguramente Sara…. ¡Oh! ¡Madre mía! ¡Sara! —Samuel se llevó la mano libre a la frente. Acababa de recordar que Izan tenía novia. No quería ni imaginarse el sufrimiento que iba a atravesar aquella chica, tan apegada a él; la noticia la iba a destrozar.

—¡Ostia puta! ¡Menudo escándalo para el centro! Hay que enterarse de quién lo ha visto y encargarse de que no hablen —ordenó el director.

—¿Encargarse de que no hablen? Dudo mucho de que esos pobres críos puedan siquiera parar de llorar —le espetó su subordinado alucinando con la sangre fría con la que se manifestaba su interlocutor.

—¿Has hablado con los padres de Izan?

—No —contestó Samuel justo en el momento en que vio llegar un coche a toda prisa por la calle. El Toyota Yaris blanco aparcó de mala manera frente al portal. Cuando se abrieron las puertas, observó cómo de él salían los padres de Izan—. Pero acaban de llegar a su casa.

Samuel, que se había ido alejando del inmueble mientras hablaba por el móvil, evitó acercarse a los progenitores. Seguía sin encontrarse emocionalmente fuerte como para enfrentarse a ellos. Se fijó en Carmen, quien mostraba un notable cuadro de ansiedad. No paraba de llorar y necesitaba apoyarse en su exmarido para caminar. Contemplar el dolor de una madre le encogió el corazón y le revolvió de nuevo todos los sentimientos, provocando que unas pequeñas lágrimas comenzaran a aflorar en sus ojos. Hasta que el témpano de hielo de su jefe volvió a hablar.

—¿Estás en su casa? ¿Qué cojones haces ahí?

—No podía quedarme quieto, sin hacer nada. Cogí el bus y me acerqué para ver si podía ayudar —respondió Samuel, cansado del interrogatorio, del tono y de los tacos de Adolfo.

—Pues si quieres ayudar, habla con ellos. Quítame este marrón de encima. Además, tú eres su tutor, ¿no?

—De eso nada. Ese es tu trabajo. Yo me voy a mi casa. —Samuel colgó sin despedirse, harto de escuchar al insensible director.

Mientras caminaba hacia la parada de autobús, le vino a la mente Sara. ¿Habría visto morir a su novio en directo? ¿Y si no, se habría enterado ya de lo sucedido? ¿Cómo se encontraría? ¿Sería capaz de superar su pérdida?

Sara, tendida en el elegante sofá de cuero beige de su casa, sollozaba sobre el regazo de su madre, quien acariciaba su larga cabellera con mimo y compasión, tratando de calmarla. Los ojos de Sara, hinchados y enrojecidos, reflejaban el intenso sufrimiento que estaba padeciendo. Los restos de rímel negro, con el que se había maquillado aquella mañana, recorrían sus mejillas en una lenta procesión, triste presagio de una comitiva fúnebre. Su diafragma,

forzado por el llanto, hacía rato que se había desacompasado de su respiración, desencadenando un molesto y desagradable hipo.

Las imágenes de su querido novio convulsionando y cayendo inconsciente le pasaban una y otra vez por la cabeza, en bucle. Hacía casi media hora que el terrible accidente había ocurrido y todavía no sabía nada de su estado. No aguantaba más; se estaba volviendo loca. Necesitaba respuestas, necesitaba verle.

De repente, se levantó del sofá con ímpetu, salió al pasillo y se dirigió rauda a la maciza puerta del piso. Intentó abrirla, pero estaba cerrada con llave. Buscó el manojo que solía estar sobre el mueble de la entrada, sin éxito. Se agarró al manillar con ambas manos y tiró de él con todas sus fuerzas; no pensaba rendirse.

—¡Dejadme salir! —gritó a pleno pulmón mientras golpeaba violentamente la puerta con los puños.

—Sara, cariño, para —le pidió su madre acercándose por detrás —. Te vas a hacer daño.

—Por favor, mamá, por favor… Déjame salir. Tengo que ir a verlo, comprobar que está bien —rogó Sara, desconsolada, sin dejar de llorar. Se puso de rodillas para conmover a su madre; era su último recurso.

—Ya lo hemos hablado antes. Ver el accidente en directo te ha dejado traumatizada. Imagina lo horrible que sería si vas a su casa y lo encuentras… —dejó la frase en el aire. Ni siquiera Julia era capaz de verbalizar que el novio de su hija pudiera haber fallecido.

—¡¿Encontrar cómo?! ¡Izan está vivo! ¡Estoy segura!

—Claro que sí, cariño —la apoyó su madre sin creerse sus propias palabras. Con delicadeza, la levantó del suelo y la envolvió en un cálido abrazo—. Seguro que la ambulancia ha llegado rápido a su casa y los médicos lo han salvado. Solo tenemos que esperar a que alguien nos llame para confirmar que todo está bien.

Los padres de Sara habían reaccionado rápidamente en cuanto oyeron a su hija gritar horrorizada desde su dormitorio. Tras escuchar su relato, entorpecido por su fuerte estado de ansiedad, pidieron inmediatamente una ambulancia. Después de intentar contactar varias veces con Izan, decidieron retirarle el móvil, contra su voluntad. De ninguna manera iban a permitir que su hija se

enterara del posible fallecimiento a través del directo, que seguía activo. Finalmente, cerraron la puerta a cal y canto y escondieron todas las llaves; Sara no debía ir a su casa.

—¡Yo no quiero esperar! ¡Quiero salir! —vociferó al tiempo que apartaba a su madre con un fuerte empujón.

Julia perdió el equilibrio y cayó al suelo golpeándose el codo derecho. Miró a su hija desde el parqué. Estaba fuera de sí, como loca. Su cuerpo se encontraba tenso como un arco a punto de disparar; sus puños, apretados con tanta fuerza que las uñas postizas se le clavaban como puñales; su piel, tornada de un color escarlata; su pecho subiendo y bajando como el de un animal desbocado; sus dientes chirriando, a punto de quebrarse como el cristal; el rímel dibujando dos profundos surcos de dolor por las mejillas; su preciosa melena rubia, asalvajada; y sus ojos, inyectados en sangre, con una furiosa mirada que daba verdadero pavor.

—¡Julia! ¿Estás bien? —Con el estruendo del golpe, el padre de Sara salió del dormitorio.

—Sí, tranquilo. Solo tengo el codo algo dolorido. Es Sara la que me preocupa —contestó mientras su marido la ayudaba a incorporarse.

—Sara, vuelve al salón. No vas a ir a ninguna parte —le ordenó su padre esforzándose por mantener la calma.

—Si no me dejáis salir ahora mismo, juro que salgo por el balcón si hace falta —los retó su hija, dispuesta a todo por acudir junto a su chico.

—¡No digas locuras! ¡Bastante tenemos ya con una posible muerte como para frivolizar con otra! —le espetó Joaquín comenzando a enfadarse. Comprendía perfectamente la angustia de su hija y le partía el alma verla así, pero no podía permitir que los tratara de esa manera, con tan poco respeto, ni que se lastimara a sí misma.

Sara, desbordada por la frustración, se agarró del cabello y, tirando de él con fuerza, emitió un alarido de desesperación. Extendió el brazo y, de un manotazo, arrojó al suelo el maravilloso jarrón chino que decoraba el recibidor. Al instante, el objeto

ornamental se convirtió en un amasijo de fragmentos de cerámica de color azul y blanco, que llenó el parqué. Se había quebrado igual que el corazón de Sara. Su padre soltó a su mujer, se acercó a su hija y la sujetó con firmeza por ambos brazos para inmovilizarla.

—¡Ya está bien, Sara! ¡No vas a conseguir nada con esto! ¡No vas a salvar a Izan haciéndote daño a ti! No es esto lo que él querría.

El sonido del móvil de Sara, guardado en el pantalón de su padre, rompió el tenso momento.

—¡El móvil! ¡El móvil! Seguro que es Izan. ¡Corre! ¡Dámelo! —le pidió su hija, entre ansiosa y esperanzada.

Joaquín sacó el teléfono del bolsillo y miró la pantalla para ver quién llamaba. No era Izan, sino su padre. Sara le arrebató el móvil de la mano y, sin comprobar el nombre de su interlocutor, contestó de inmediato.

—¿Izan?

Su rostro se ensombreció al reconocer la voz seria y afligida del padre de su novio. Se quedó lívida cuando le comunicó que la persona a la que más quería en el mundo había perdido la vida.

—¡Noooooooo! —Desgarrada de dolor, Sara dejó caer el móvil.

Al día siguiente, Samuel tocó el timbre del instituto a las ocho en punto de la mañana. Los miércoles comenzaba las clases a las 8:15 y, por lo general, odiaba madrugar tanto, pero aquella mañana agradeció tener que levantarse pronto. Estaba harto de dar vueltas en la cama: se había pasado la noche en vela, no había podido dormir ni un solo segundo. Se encontraba agotado, mental y físicamente. No le apetecía absolutamente nada trabajar, solo quería apagar su emisora mental, que no dejaba de narrar la misma historia: la muerte de Izan. Aunque era consciente de que en el centro el tema del día iba a ser precisamente ese, mantenía la esperanza de que, al estar ocupado, por fin podría desconectar.

—¡Buenos días, cariño!

—Hola, Josefina —devolvió el saludo Samuel con poco entusiasmo, aunque intentando ocultar su profunda tristeza.

La conserje recibía cada mañana a todo el mundo de forma muy afectuosa. Era increíble el chute de energía que conseguía transmitir a aquellas intempestivas horas. Pasara por una buena temporada o no, siempre manifestaba una radiante felicidad, que lograba contagiar a diestro y siniestro. Los alumnos la adoraban y ella los trataba como si fueran sus nietos. Por ello, Samuel decidió no contarle el trágico suceso; prefería no ser él quien le amargara el día.

Subió el primer tramo de escaleras y se dirigió a la sala de profesores. La encontró vacía y a oscuras: había sido el más madrugador. Decidió quedarse en penumbra, refugiado en sus propias tinieblas internas; tan solo entró y se dejó caer en una de las sillas. Marina no tardó en llegar y, cuando lo hizo, accionó los interruptores, dando vida a las luminarias y, de paso, al propio Samuel, en quien al fin comenzaba a brotar algo de luz.

—Samuel… ¿cómo estás? —Se acercó para darle un abrazo. En realidad, no necesitaba respuesta: sabía perfectamente cómo se encontraba su amigo, quien le había contado todo lo ocurrido nada más llegar a su casa la noche anterior.

Samuel se levantó de la silla para recibir el afectuoso gesto de su compañera, un abrazo que lo reconfortó como nada lo había logrado en mucho tiempo.

—En *shock*. Aún no puedo creer que esto sea real. Dime que es solo una de mis pesadillas —rogó Samuel al terminar el abrazo, volviendo a sentarse.

—Ojalá pudiera. Nada me gustaría más en el mundo que quitarte este dolor —deseó Marina al tiempo que se acomodaba en la silla contigua—. No entiendo cómo ha podido pasar esto… Que muera un chico tan joven, con toda la vida por delante, es… No sé ni cómo calificarlo. ¡Se va a notar tanto su ausencia!—no pudo evitar que unas lágrimas asomaran por sus ojos. Aunque solo lo conocía de aquel curso, le había cogido mucho cariño.

—Que muera un chico tan joven otra vez… Se nos han ido dos alumnos este curso, Marina.

Samuel se echó sobre la mesa apoyando la cabeza en las manos. La profesora le acarició la espalda.

—Lo sé… ¡Es tan triste! No es nada justo que dos chavales hayan perdido la vida tan pronto. Lo de Lucas lo tendríamos que haber evitado; podríamos haber hecho más por ayudarlo, sinceramente, creo que todos sabíamos, en lo más profundo de nuestro ser, que algo así podía pasar… Pero la muerte de Izan ha sido tan inesperada… ¡y de una forma tan tonta!

—También yo podría haber impedido esta muerte —confesó Samuel incorporándose.

Marina lo miró, desconcertada.

—¿Cómo?

—Ayer, en el pasillo, Pablo y Rodri se pusieron a hablar conmigo y quisieron enseñarme un *challenge* que estaba circulando por las redes. Les dije que no me enseñaran chorradas, que estaba prohibido usar el móvil y que llegaba tarde a clase.

—¿Crees que el *challenge* que te querían mostrar es el que provocó su fallecimiento?

Samuel asintió.

—Estoy seguro: Aphrowater.

—¿Aphrowater?

—Así se llama. *Aphro* viene de Afrodita, en inglés, y *water*, pues ya sabes, significa agua. Se trata de dibujar un corazón con agua y un secador.

—Claro, porque Afrodita era la diosa del amor —cayó en la cuenta Marina—. ¡Vaya estupidez de reto! Espero que se haga público para que todos los jóvenes del mundo sepan lo peligroso que es hacer este tipo de cosas. Es de vital importancia que a lo largo de las clases de hoy hablemos con nuestros alumnos y los concienciemos sobre ello.

—Eso es lo que debería haber hecho yo ayer con Rodri y Pablo. Quizás eso le hubiera salvado la vida a Izan. —El profesor se culpaba por su muerte o, al menos, por no haber hecho lo suficiente por evitarla.

—Samuel, actuaste de forma correcta; es lo que habría hecho cualquier profesor. No podías saber que esto iba a pasar y, además, podía haberse tratado de cualquier otro *challenge*. —Marina intentó consolar a su amigo para que dejara de fustigarse.

Samuel sacudió la cabeza; su compañera no lo estaba convenciendo.

—Tengo que hablar con ellos, tengo que preguntarles si se trataba de ese vídeo o no.

Marina estaba francamente preocupada por Samuel. Conocía de primera mano lo traumatizado que le había dejado la muerte de Lucas al final del primer trimestre y lo responsable que se sentía por ello, aunque en absoluto ese sentimiento estuviera justificado. No era su tutor ni siquiera le daba clase durante aquel curso. Marina y él sabían quiénes eran los verdaderos culpables, pero el grado de implicación de Samuel con sus alumnos lo había llevado a pensar que él podría haber sido clave para salvarlo. Si aquella pérdida le había afectado de esa manera, no quería ni imaginar cómo iba a pasarle factura haber presenciado en directo la muerte de uno de sus alumnos favoritos.

—¿Has tenido pesadillas esta noche? —se interesó Marina.

—¿Pesadillas? No he pegado ojo. ¿Cómo voy a dormir cuando he tenido el cadáver de Izan entre mis brazos?

—No tendrías que haber ido a la casa…

—No podía quedarme en mi piso de brazos cruzados, ¿es que no lo entiendes? —replicó Samuel, molesto. Le sorprendió, para mal, la falta de empatía de su compañera.

—Claro que sí, Samuel. ¿Cómo no lo voy a entender? Me parece muy valiente lo que hiciste; denota lo mucho que te importaba ese chico y no hace más que recalcar, una vez más, lo buena persona que eres y la suerte que tienen los alumnos de tenerte. Pero también pienso que no fuiste consciente de que, al tomar esa decisión, ibas a recrear tu pesadilla, la que lleva atormentándote medio curso.

Samuel la escuchaba con la vista fija en el fondo de la sala, en un estado casi hipnótico.

—Creo que la situación que has vivido te va a dejar secuelas y que, como me comentaste ayer, quizás deberías acudir a un psicólogo antes de que vaya a más —le sugirió su compañera—. Si la orientadora no fuera tan petarda, incluso te diría que fueras a hablar con ella.

Justo cuando Samuel iba a responderle, entró en la sala una mujer de unos cincuenta años, bajita, rechoncha, de piel muy blanca y con el pelo cardado, al estilo de las mujeres mayores. Sus gafas de pasta y su clásico estilismo no ayudaban en nada a quitarle años de encima.

—¡Ay, Dios mío! ¡Qué disgusto más grande! ¡Qué horror! ¡Qué horror! —gritó de forma dramática al ver a sus compañeros—. ¿Os habéis enterado, verdad? Pobre chiquillo, morir electrocutado tan joven. ¡No hay derecho!

—Es algo verdaderamente terrible, Carmela —coincidió Marina.

—¡Dios mío… esa pobre familia! ¿Cómo va a superar la muerte de su hijo? —se preguntó a sí misma al tiempo que dejaba su enorme bolso de color rojo en el sofá de la estancia, donde inmediatamente se sentó.

—Con tiempo y ayuda de profesionales, imagino —contestó Marina de forma concisa; no le apetecía dar coba a su colega.

—¡Imposible! Unos padres jamás pueden superar semejante pérdida, ¡por favor!… Que se te muera un hijo es lo peor que te puede pasar. ¡Lo peor! No quiero ni pensar si yo perdiera a mi Carlos… —negó Carmela sin bajar su chillón tono de voz. Se colocó ambas manos en el corazón como signo de sufrimiento extremo.

—Bueno, mujer, siempre hay que ser positivo y no proyectar las cosas que ocurren en uno mismo…

—¡Boberías! —interrumpió Carmela a Marina—. Y si no, fíjate en los padres de Lucas. Cada vez que hablo con ellos están igual de hundidos en la miseria. ¡La pérdida de un hijo es irreparable! ¡Una desgracia! ¡Ay, mi Lucas! Pobrecito… Dios lo tenga en su gloria.

Samuel se levantó bruscamente de la silla y abandonó la sala. No tenía ganas de escuchar a la intensa de su compañera; más negatividad era lo último que necesitaba. No se le escapaba que Carmela lo había pasado fatal con la muerte de Lucas: era su tutorado, y sobre ella, el equipo directivo y la orientadora había recaído toda la presión por su fallecimiento. No había sido una situación fácil para una mujer miedosa, hipocondríaca y que hacía un drama de cualquier nimiedad. Sin embargo, a veces le parecía que Carmela sobreactuaba, y no era capaz de soportarlo. Mientras

Samuel se alejaba por el pasillo, todavía podían oírse de fondo sus lastimeros quejidos.

A las once en punto sonó la alarma que marcaba el comienzo del recreo en el IES Unión Europea, como todos y cada uno de los días lectivos, sin excepción. Ni siquiera el fallecimiento de un estudiante alteraba la rutina habitual del centro, aunque aquel miércoles no estaba siendo un día normal para nadie.

En las dos clases que había tenido Samuel a lo largo de la mañana, alumnos de ambos grupos le habían preguntado por la muerte de Izan. La retransmisión en directo del suceso había hecho que la noticia se difundiera con rapidez: antes de entrar al instituto a primera hora, el ochenta por ciento de los alumnos ya estaban al corriente de lo que había ocurrido.

Sabían la causa de la muerte, quiénes habían estado conectados al directo e incluso datos que el propio Samuel desconocía, como las reacciones que escribieron más tarde en el chat Sara, los amigos de Izan y otros espectadores. Los adolescentes sentían un morbo evidente por ese tipo de historias y pretendían que Samuel les diera más información: cómo lo había vivido él, si había hablado con sus padres…

Obviamente, Samuel se negó en rotundo a hablar del tema. Sin embargo, aprovechó la ocasión para explicarles la importancia de no usar un aparato eléctrico cerca del agua y de tener mucho cuidado con los *challenges*, ya que, como les contó, no era la primera vez que alguien moría emulando un reto de TikTok.

Dar las dos horas de clase y soportar la hora de guardia con 2.ºC, el peor grupo de todo el centro, le costó un gran esfuerzo. Su mente, desolada por el trauma vivido; su cansancio extremo, por no haber dormido nada; y la pesadez de sus alumnos, descentradísimos y obsesionados con hablar de Izan, hicieron que le resultara extremadamente complicado comenzar a explicar las características de la civilización romana en 1.º de ESO.

Por ello, en esa ocasión se alegró tanto o más que los adolescentes cuando sonó la alarma del recreo. En vez de dirigirse a

la cafetería, como era costumbre, fue directo al patio. Quería comprobar si Rodri y Pablo habían acudido a clase. También le interesaba saber cómo se encontraba Sara; aunque no le había dado clase nunca, estaba preocupado por su estado.

Recorrió el recreo entero, pero, como se había imaginado, no logró dar con ninguno de ellos. Los tres debían de estar, como mínimo, profundamente afectados, si no destruidos, sobre todo Sara.

Junto a una de las mesas de madera tipo pícnic, localizó a un grupo de chicas de su tutoría. Al igual que con los chicos del mismo grupo, se trataba de algunas de sus alumnas preferidas, con las que tenía una gran confianza, inevitable tras cuatro años trabajando mano a mano.

—¡Me parece súper injusto que hayan cancelado la excursión a Faunia por la muerte de ese chico! ¡Si nosotros no lo conocíamos de nada! —Oyó quejarse Samuel a una de las alumnas de primero mientras se dirigía hacia el lugar donde se encontraban las de cuarto.

Decidió hacer caso omiso del comentario y seguir su camino. Comprendía la frustración de la joven, pero la suspensión de la visita estaba más que justificada. Aquello no era, precisamente, una simple anulación por previsión de lluvia…

—¡Samu! —saludó Aitana con su característica mueca sarcástica, al tiempo que jugueteaba con las ondas de su rubia cabellera.

—Hola, Aitana —respondió Samuel con menos entusiasmo del que le hubiera gustado mostrar, dadas las circunstancias.

—¿Te has enterado de lo de Izan? —preguntó Lara sin rodeos, tan directa como de costumbre. Sus ojos marrones, siempre curiosos, brillaban ávidos de información. Era una de las chicas más inteligentes del grupo.

—¡Cómo no se va a enterar! ¡Si lo sabe todo el mundo! —Aitana acompañó sus palabras con un gesto que decía que aquello era evidente.

—Pero si él estaba en el directo —mencionó Sofía con serenidad, sin dejar de masticar su bocadillo de jamón y queso. Destacaba por

su altura, muy superior a la de sus amigas, y por sus deslumbrantes ojos azules, que contrastaban con su pálida piel.

—¡¿En serio?! —se sorprendió Aitana—. ¡Cuéntanos todos los detalles!

—Sí, porfa, es que ninguna de nosotras estaba conectada cuando ocurrió… —añadió Desirée mientras cogía un delicioso arándano de su táper. Las pecas que salpicaban sus mejillas, la trenza color tizón que lucía de vez en cuando, y su dulce mirada eran sus señas de identidad.

Samuel era plenamente consciente de que aquellas chicas no se llevaban nada bien con los chicos de su clase. Desde el primer curso en el instituto, la animadversión entre unos y otros era manifiesta. No fueron pocas las ocasiones en las que, a lo largo de los años, Samuel tuvo que soportar las críticas que ambos bandos se lanzaban mutuamente. Por mucho que intentó mediar y mejorar la relación, lo único que consiguió fue que reinara cierta cordialidad, que no era poco.

Por ello, no esperaba verlas llorando por las esquinas ni sumidas en una profunda depresión a causa de lo que le había ocurrido a Izan, pero sí confiaba en que mostraran un mínimo de aflicción. Aquella frialdad le provocó un escalofrío y no le quedó más remedio que reprenderlas.

—No seáis tan insensibles. Ha muerto un chico al que conocéis de toda la vida; alguien con quien, seguro, habréis compartido buenos momentos, aunque ahora solo os fijéis en los malos de los últimos años. Una pérdida humana siempre es algo que lamentar, y más cuando se trata de alguien tan joven y de nuestro entorno. Mostrad un poco de respeto, al menos, por la gente que le quería: sus amigos, su familia, su novia… e incluso yo.

—Tienes razón, perdona —se disculpó Lara agachando la cabeza.

—A mí, la verdad, es que me da pena —reconoció Desirée, a quien unas pequeñas lágrimas empezaban a asomarle por las comisuras de los ojos.

—Y a mí —se sumó Sofía—. Aunque nuestra relación no fuera la mejor, le tenía cariño. Echaré de menos las tonterías que decía en clase.

—Sí…, pobre Izan —susurró Desirée con las lágrimas ya resbalándole por las mejillas.

Sofía le brindó un abrazo reparador. Ambas soltaron y apartaron su almuerzo sobre la mesa; se les había cerrado el estómago. Samuel se congratuló de que, al fin, estuvieran dejando de reprimir sus sentimientos, de que comenzaran a resquebrajar esa coraza construida durante tantos años como defensa frente a los ataques de los chicos.

—¡Pero si era un imbécil! No paraba de meterse con nosotras. —Aitana, alucinada por el cambio de parecer de sus amigas, todavía se resistía a sentir siquiera un atisbo de tristeza por Izan.

Samuel no pudo evitar reconocer, para sus adentros, que Aitana, en parte, tenía razón. Por mucho cariño que sintiera por los chicos, no ignoraba que su comportamiento no había sido precisamente ejemplar. No eran problemáticos ni terroristas, como solía referirse a ellos Carmela; ahora bien, tampoco eran unos angelitos.

Más de una vez Samuel se había enfadado con Izan, Rodri o Pablo por los comentarios maliciosos que hacían sobre el físico de sus compañeras. No, Izan no era ningún santo; aun así, consideraba que la actitud de su alumna no era la adecuada en un momento como aquel.

—Aitana, no hables así de él. ¿Cuántas veces te he dicho que no insultes? —la regañó el profesor.

—Y menos a un muerto, tía —apuntó Lara poniendo los ojos en blanco.

—Reconoce que al menos nos hacía reír. —Sofía, sin dejar de abrazar a Desirée, intentó que Aitana dijera algo positivo sobre Izan.

—Sí, bueno, pero porque era un…

El impacto de un balón de fútbol contra el táper de arándanos de Desirée evitó el improperio que Aitana estaba a punto de soltar por la boca. Los pequeños frutos salieron despedidos, volando en todas direcciones. Las chicas no pudieron contener la risa cuando uno de ellos rebotó en la frente de Samuel, quien terminó uniéndose a las carcajadas. A todos les sentó bien desconectar de la realidad, aunque solo fuera durante unos segundos.

—No han venido a clase Pablo y Rodri, ¿verdad? —preguntó Samuel cuando por fin cesaron las risas.

—No; ha faltado la mitad de la clase —explicó Lara al tiempo que trataba de rescatar algunos arándanos.

—No está ninguno de sus amigos —concretó Sofía.

—No me extraña… —Samuel lo entendió a la perfección. Él también había tenido ganas de quedarse en casa para llorar hasta quedarse sin lágrimas, golpear la pared hasta liberar toda su rabia y preguntarse una y otra vez: ¿por qué?

—Seguro que más de uno lo habrá usado como excusa para no venir —comentó la siempre ácida Aitana.

El profesor no terminaba de entender a su alumna. La apreciaba, pero siempre había percibido en ella algo oscuro, un deje de maldad. Su tono de desprecio y su habitual cara de vinagre no ayudaban en nada a mejorar esa impresión. Samuel quería creer que era solo una fachada, parte de su *acting*, de su rol dentro del grupo.

—¿Y su novia? —Samuel ignoró el comentario de la joven.

—No la hemos visto —respondió Sofía—. Ella sí que me da mucha pena; debe de estar sufriendo un montón.

—Si es que salir con chicos solo trae problemas… —intervino Aitana tras despejar con el puño un balón que se había acercado peligrosamente hacia ella.

—Por favor, si os enteráis de algo sobre Rodri, Pablo o Sara, hacédmelo saber. Estoy muy preocupado por ellos —les pidió Samuel antes de abandonar el patio.

El jueves amaneció radiante, con un poderoso y espléndido sol dominando lo alto del cielo, apenas salpicado por pequeñas nubes. Parecía que el planeta ignorara la tragedia ocurrida, como si fuera ajeno a que ese mismo día se daría el último adiós a Izan Ferrer. Si la atmósfera hubiera reflejado el estado anímico de los allegados del joven, el firmamento se habría tornado oscuro, cubierto de amenazadoras nubes grises, que habrían desatado una violenta tormenta.

La capilla número uno del cementerio de Torrero estaba a rebosar; no cabía ni un alma más, aunque todos los que estaban allí hubieran dado lo que fuera por que entre ellos se encontrara una más: la de Izan. Se trataba de una capilla moderna y austera, construida hacía apenas unos años a base de hormigón, y presidida únicamente por un gran crucifijo de madera suspendido sobre el altar. La luz del espléndido día de mayo se filtraba a través de unas vanguardistas vidrieras. Sin embargo, ni siquiera aquella claridad conseguía iluminar los apagados y sombríos rostros de los asistentes al funeral.

En la primera fila de bancos de madera se encontraba la familia más directa: padres, abuelos y también Sara. En las filas posteriores se colocaron los familiares menos cercanos, los padres de Sara y los mejores amigos de Izan. En los últimos bancos se sentaron amigos de la familia, parientes de otros alumnos y profesores del instituto, entre ellos el equipo directivo al completo. El resto de los presentes se agolpaba en torno a las paredes de la discreta capilla. Samuel se quedó de pie junto a Marina. A pesar de tener un grupo de amigos más extenso, la tristeza de Samuel era tal que solo buscaba la compañía de ella.

La mayoría de los alumnos del instituto habían acudido a despedir a su compañero; prácticamente todos los de cuarto, así como un gran porcentaje de los de otros cursos. No era de extrañar, pues se trataba de uno de los chicos más populares del centro: para los más pequeños era un modelo a seguir, y los mayores lo consideraban como uno más. El director, a muy buen parecer de Samuel, había decretado la suspensión de las clases hasta las doce de la mañana para permitir que todo aquel que lo deseara pudiese asistir.

—¿Ha venido Aitana? No la veo por ningún lado —preguntó Samuel mientras escudriñaba la sala en su búsqueda.

—Ni idea —respondió Marina encogiéndose de hombros.

El sacerdote encargado de la homilía era relativamente joven, y quizás sus palabras resultaran evocadoras y aliviadoras, pero Samuel no les estaba prestando la menor atención. Aunque estaba bautizado, comulgado y confirmado, nunca había sido un profundo creyente y se declaraba agnóstico desde hacía ya casi una década.

No recordaba cuándo había sido la última vez que había asistido a una misa. Sí, sí lo recordaba: en el entierro de Lucas, hacía tan solo seis meses.

—Oremos —dijo el párroco alzando las manos al cielo.

Samuel ni siquiera lo oyó. Estaba totalmente concentrado en analizar el estado de los allegados de Izan. Sus padres se mostraban desolados, aunque serenos, probablemente sostenidos por un cóctel de ansiolíticos y tranquilizantes. Sara, en cambio, no había dejado de llorar desde que entró a la capilla acompañando el féretro de su novio. El pañuelo de papel con el que se secaba las lágrimas, incapaz de absorber una más, se deshacía entre sus dedos, fiel reflejo de su alma quebrada. Su madre, sentada justo detrás, intentaba consolarla acariciándole su larga melena.

A pesar de que los rostros de Rodri y Pablo reflejaban una profunda aflicción, aguantaban el tipo; eran incapaces de desprenderse de su coraza de chicos duros. Samuel notó cómo a Pablo le corroía la rabia por dentro, lo que demostró al descargar un pequeño puñetazo contra el banco en el que estaba sentado. Rodri, en cambio, mantenía la cabeza baja, evitando mirar el ataúd que contenía el cuerpo de Izan, como si hacerlo le provocara un dolor irreparable. A Samuel no se le escapó que quizás aquel momento le evocara su reciente pérdida familiar.

Un movimiento a su izquierda interrumpió las reflexiones de Samuel: Pedro, uno de los profesores de Inglés, se había puesto en pie. A pesar de ser solo unos años mayor que Samuel, era su antítesis: conservador, detallista, excesivamente meticuloso y ordenado; vestía de manera impecable, con camisa y corbata. No obstante, ni siquiera el continuo pique que existía entre ellos había impedido que forjaran una buena amistad. Pedro se dirigía hacia el lateral de la capilla para mandar callar a una alumna: la de siempre, la famosa África.

La joven cursaba 2.º de ESO, aunque había repetido dos veces. Acudía al centro con tops ceñidos y cortos, hiciera frío o calor, maquillada como una puerta, la larga y lisa melena negra cayéndole hasta la esbelta cadera y uñas postizas de varios centímetros de largo. No había momento del día en que no estuviese mascando

chicle; su chulería y su *chonismo* eran legendarios en el instituto. Aguantarla en clase era un horror: suponía tener una bronca constante con ella para que dejara de hablar, soltase el móvil, tirase el chicle y se pusiera a trabajar. No había ningún profesor que la soportara. Samuel le había dado clase el curso anterior y esperaba no tener que volver a hacerlo.

—Guarda silencio y no uses el teléfono, por favor. Estamos en un funeral; muestra un poco de respeto—pidió Pedro, consciente de que no tenía autoridad para confiscarle el móvil, puesto que no estaban en clase.

Sin dejar de masticar su chicle, África le dedicó una mirada de asco. Sin embargo, y para sorpresa de todos, guardó el teléfono sin rechistar. Samuel se fijó en su indumentaria: la escotada camiseta le quedaba tan ajustada que sus voluminosos pechos parecían a punto de salirse. Se lamentó de que ni siquiera para un entierro hubiera tenido la decencia de ponerse algo más discreto.

—¡Qué ganas tengo de perderla de vista! —comentó Samuel por lo bajini a Marina—. Ojalá se vaya a una FP Básica el próximo curso…

—Amén. —Marina estaba totalmente de acuerdo.

El resto del funeral transcurrió con normalidad. Tanto Samuel como Marina pensaban que alguien del equipo directivo daría un pequeño discurso en honor a Izan, así que alucinaron al descubrir que habían delegado dicha tarea en las dos alumnas que siempre colaboraban en los actos del centro: Cristina y Martina. Todo el claustro estaba encantado con la dedicación y la simpatía de estas dos estupendas estudiantes de 1.º de Bachillerato y, gracias a ello, gozaban de ciertos privilegios: eran las reinas absolutas del instituto.

Finalmente, el sacerdote anunció que los restos de Izan serían incinerados, dando por acabadas las exequias. Samuel y Marina se dirigieron hacia la salida de la capilla y, justo cuando estaban a punto de alcanzar la puerta, escucharon un sordo golpe. Se giraron hacia el altar y descubrieron a Sara tendida en el suelo. Su débil estado físico y mental le había impedido dar un solo paso; se había derrumbado nada más incorporarse del banco. Su padre y el de Izan

la levantaron con cuidado y, apoyándola en sus hombros, la ayudaron a caminar hacia el exterior.

—¡Ay, pobre! —se compadeció Marina—. Que se muera tu novio en plena adolescencia, cuando el amor y la pasión están en su punto más álgido… Debe de estar rota de dolor.

Sobrecogida al ver sufrir a Sara de aquella manera, se echó en brazos de Samuel, buscando refugio, su lugar seguro. Él la rodeó con sus fuertes brazos y así, juntos, salieron de la capilla. Solo se soltaron al darse cuenta de que un grupo de alumnos cuchicheaba sobre ellos.

—Mira, allí están Lucía y Adara —señaló Samuel con un leve movimiento de su cabeza—. Son amigas de Sara, ¿no?

—Sí, aunque creo que ya no son tan íntimas como antes.

A diferencia de Samuel, Marina era profesora de las tres y conocía a la perfección las dinámicas del grupo. Se había dado cuenta de cómo su amistad se había resentido a lo largo de los últimos meses.

—Quizás deberíamos hablar con ellas, pedirles que cuiden a Sara. Creo que ahora mismo necesita todo el apoyo posible.

—Buena idea —aprobó Marina comenzando a caminar hacia ellas.

Mientras se acercaban, Samuel no pudo evitar analizar a aquellas chicas. Era obvio por qué se habían hecho amigas de Sara nada más conocerse en el instituto: las tres eran bastante pijas, amantes de la moda y, por lo poco que había hablado con ellas, parecían un tanto superficiales.

—¿Cómo estáis, chicas? —se interesó Marina al llegar hasta ellas.

Sus alumnas, visiblemente afectadas, sintieron la necesidad de abrazar a su querida profesora en cuanto la vieron. Sin pensarlo dos veces, se lanzaron a sus brazos. Marina, con su dulzura y empatía innatas, era su confesora, su paño de lágrimas.

—Todavía no podemos creernos lo que ha pasado… —comentó Adara sorbiendo los mocos.

—Es horrible, como si fuera una pesadilla —sollozó Lucía sin soltarse del regazo de la docente.

Una pesadilla… Marina cayó en la cuenta de que no le había preguntado a su amigo por sus sueños nocturnos. Sin despegarse de Lucía, se giró para mirarlo. Samuel entendió a la perfección la

expresión interrogante de su rostro. Negó con la cabeza, transmitiéndole que no había tenido pesadillas. Marina sonrió, aliviada. Samuel, por el contrario, estaba convencido de que volverían. Aquella noche había caído rendido tras no haber dormido nada la noche anterior, pero sabía que esa no sería la tónica habitual.

—Es verdaderamente terrible. ¿Habéis hablado con Sara estos días? —Samuel fue directo al grano.

—Bueno…, un poco. Le escribimos por la noche en cuanto vimos lo que pasó en el directo —explicó Lucía señalando su móvil.

—Y nos contestó ayer por la mañana. Dijo que nos necesitaba… —añadió Adara con un deje irónico.

—En un momento como este es necesario tener a las amigas más cerca que nunca. Vais a tener que cuidarla, animarla y estar con ella todo lo que podáis —afirmó Marina dando por lógico el mensaje de Sara.

Las dos chicas se miraron entre sí durante un breve instante y, a continuación, esquivaron las miradas de los dos profesores: Adara clavó los ojos en su móvil y Lucía bajó la vista hacia el suelo.

—Los amigos están para lo bueno y para lo malo. La verdadera amistad se demuestra estando al pie del cañón cuando alguien a quien quieres lo está pasando mal —presionó Samuel, consciente de la reticencia de las alumnas.

—El problema es que ya no somos tan amigas como lo éramos el curso pasado —repuso Lucía cruzándose de brazos, como si quisiera protegerse del mensaje que les había lanzado Samuel.

—Tú sabes perfectamente que nos hemos distanciado bastante —indicó Adara a Marina, que asintió, dándole la razón.

Las dos chicas comenzaban a sentirse tremendamente incómodas con la conversación. No eran tontas y podían interpretar de sobra las intenciones de sus profesores. Estaban deseando librarse de aquella chapa moralista, que no iba con ellas.

—¿Por qué? ¿Cuál ha sido el problema?—interrogó Samuel, preocupado.

—Por Izan: desde que empezaron a salir, Sara desapareció; dejó de quedar con nosotras. —Adara se mostraba muy resentida por la

actitud de su ex amiga.

—Empezó a pasar todo su tiempo con él, olvidándose por completo de nosotras. —El tono de Lucía estaba cargado de disgusto.

Había algo en la manera en que se terminaban las frases la una a la otra que ponía nervioso a Samuel. Aquellas dos chicas parecían clones; no pudo evitar sentir cierto repelús.

—Los comienzos de una relación amorosa te absorben. Suele pasar mucho a estas edades, con los primeros amores —intentó disculparla Marina—. Sé que no es justo que ella pasara de vosotras, no estuvo bien, pero debéis ayudarla aunque solo sea por el cariño que os teníais antes —razonó Marina.

—Haremos lo que podamos —accedió Lucía sin mucho convencimiento.

—Lo intentaremos —aceptó Adara, que parecía cruzar los dedos por detrás de su espalda.

Las dos amigas dieron por finalizada la conversación y se marcharon en dirección a un grupo de chicos de su clase. Mientras Samuel las seguía con la mirada, Rodri y Pablo se colaron en su campo de visión. Se dirigió hacia ellos para, por fin, expresarles sus condolencias, puesto que ni siquiera en el velatorio del día anterior habían coincidido. Sin embargo, algo lo detuvo a mitad de camino: un desmesurado grito de Sara.

—¡¿Qué hace esta guarra aquí?!

Sara estaba encolerizada, como poseída por el demonio: le temblaba la mandíbula y sus ojos, hinchados y rojos por el llanto, parecían lanzar llamaradas de fuego. Señalaba a una voluptuosa chica pelirroja, de tez blanca y salpicada de pecas, muy atractiva y de una edad similar. Samuel no la conocía; no se trataba de ninguna alumna del instituto.

—¡Que se vaya de aquí! ¡Que se vaya ahora mismo! ¡Maldita puta! ¡Hasta el último momento tuviste que zorrear a mi Izan! —le espetó Sara gritando como una loca mientras le salían espumarajos de saliva por la boca; parecía que un perro le hubiera contagiado la rabia.

Cundió el pánico cuando Sara se zafó del brazo de su padre y avanzó dando grandes y decididas zancadas hacia la chica señalada; era evidente su clara intención de agredirla. La debilidad que Sara había mostrado en el interior de la capilla había desaparecido; la ira la había transformado por completo en cuestión de segundos. En el último momento, un grupo de chicos del instituto se interpuso, impidiéndole el paso.

—Tranquilízate, Sara —le pidió uno al tiempo que la agarraba por la cintura.

—¡Dejadme! ¡Soltadme! —gritaba Sara, fuera de control.

La joven pelirroja, que había contemplado la escena con estupor, se mantuvo serena. No respondió a las ofensas de Sara ni dijo una sola palabra, quizás para no alterarla más.

—Vámonos, Erika. El ambiente está muy tenso y aquí ya no pintamos nada —le aconsejó otra chica de su grupo.

Erika estuvo de acuerdo: no quería crear un altercado en un momento tan delicado como aquel. Se dirigió hacia la salida del cementerio con sus amigas, no sin antes lanzar una última mirada a Sara. Samuel creyó percibir en su expresión fría una ligera sonrisa malévola. Y Sara también la vio.

—¡Zorra! ¡Cobarde! ¡Como te pille por el barrio, te mato! ¡Te mato! —vociferó, tratando de liberarse, en vano, de los chicos que la tenían sujeta.

—Sara, basta ya. Izan no querría esto; no le gustaría verte en este estado ni que arruinaras su funeral montando un numerito —la frenó su madre cogiéndola de los dos brazos y mirando directamente a sus furibundos ojos verdes.

Sara no atendía a razones: seguía desgañitándose al tiempo que intentaba liberarse de su madre. Solo el firme y sonoro tortazo que esta le propinó logró calmarla, dejándola absolutamente aturdida. Sus padres aprovecharon el momento para llevarla, casi a rastras, en dirección al coche, entre el silencio sepulcral del resto de los presentes.

—Madre mía…, vaya situación más complicada —expresó Marina, totalmente anonadada.

Samuel asintió mientras trataba de procesar la dura escena de la que había sido testigo. Su mirada perdió de vista a la familia Corral tras los altos y esbeltos cipreses que llenaban el cementerio, únicos testigos vivos de las lúgubres noches. Recordó que, antes de aquel follón, estaba a punto de hablar con Pablo y Rodri. Los buscó, sin éxito, por todo el recinto exterior de acceso a las capillas; se habían esfumado.

A quienes sí encontró fue a los padres de Izan; se acercó a ellos para darles el pésame. Volvió a impresionarle, como ya le había ocurrido en el velatorio, el sentimiento de vacío que le transmitían los ojos de Carmen. Tenía la sensación de que la madre estaba de cuerpo presente, pero en realidad no era consciente de lo que sucedía a su alrededor. Sin duda, se encontraba bajo los efectos de algún tipo de tranquilizante; de otro modo, hubiera sido incapaz de soportar las exequias de su propio hijo. Alguien interrumpió sus pensamientos.

—Samuel y Marina, id tirando para el instituto ya, venga. Tenemos que estar allí a las doce en punto para reanudar las clases —les ordenó el director del IES pasando por su lado, sin detenerse, casi sin mirarlos.

Samuel se quedó perplejo de que aquellas fueran las únicas palabras que Adolfo le dedicara después de todo lo que había pasado y de que, además, el día anterior lo hubiese ignorado por completo. El director había alegado estar ocupado cada vez que Samuel había intentado hablar con él acudiendo a su despacho. No se había dignado ni a dirigirle una sola palabra de aliento.

—Vamos, yo te llevo —se ofreció Marina sacando las llaves de su coche.

Sara, tumbada boca abajo en su cama, no cesaba de llorar mientras contemplaba, una tras otra, una sucesión de fotos en las que aparecía junto a Izan. Todavía no podía creer que se hubiera ido para siempre. ¡Todo había sido tan repentino! Ni siquiera había podido despedirse de él. ¿Qué iba a hacer el resto de sus días sin su novio? ¿De verdad iba a ser capaz de seguir adelante sin Izan? Era

la persona más importante para ella, su mitad, su alma gemela. No podía imaginarse una vida sin él.

Su mente, angustiada y terriblemente desolada, salió del bucle de atribulados pensamientos en el momento en el que le llegó una notificación de Instagram. Accedió con celeridad a la aplicación, como si esperara haber recibido un mensaje de Izan contándole que todo había sido una broma, que nada de lo que había vivido en los últimos dos días era real. El *shock* que experimentó al descubrir quién era la persona que le había escrito logró que, por primera vez en todo el día, los ríos de lágrimas dejaran de correr por sus erosionadas mejillas. Se trataba de Erika.

«¿Pero qué hace esta guarra hablándome? ¡Tendrá poca vergüenza!», pensó al tiempo que clicaba para abrir la conversación. Su mayor enemiga le había enviado una parrafada de varias líneas y unas cuantas imágenes. Por un momento se planteó borrar directamente la conversación y bloquearla, pero finalmente le pudo la curiosidad. Se incorporó para sentarse sobre la cama y leyó atentamente el mensaje:

> "Hola Sara"
> "He ido al funeral solo x despedirme de Izan"
> "No queria atacarte y te he evitado en todo momento pero has decidido insultarme delante de todo el mundo para dejarme mal"
> "Ahora asume las consecuencias... Tengo q contarte un secretito de tu queridísimo novio" "Me zorreaba continuamente mientras salia contigo"

Sara hizo un alto en la lectura; necesitaba volver a leer la última frase. Su cerebro no lograba procesar la información y su cuerpo se quedó paralizado, sosteniendo el móvil en sus manos, sin dejar de releer las malévolas palabras de Erika.

—¡Pedazo de puta! —se desahogó gritando en voz baja para no alertar a sus padres—. ¡No puedes ser más mala persona!

No daba crédito a lo que estaba pasando. ¿Cómo podía ser que, el mismo día en que había enterrado al amor de su vida, alguien quisiera hacerle daño de esa manera? Sara no quería creer lo que le había contado Erika, pero, en el fondo, no podía negarse a sí misma

que siempre había sospechado que su novio iba detrás de ella. No se terminaba de fiar de él. Precisamente por eso le tenía tanta manía a la chica pelirroja: estaba celosa.

Decidió seguir leyendo el mensaje de su archienemiga:

> "Me escribia a todas horas y me daba like a cada foto q subia"
>
> "También me mandaba fotos suyas... bastante calentitas"
>
> "Como se q no me vas a creer te paso capturas de los chats y te reenvio alguna de las fotos con las q me alegraba la vista casi cada dia"

Con el corazón acelerado y la cabeza llena de dudas, Sara deslizó la pantalla hacia arriba para ver las instantáneas que Erika le había pasado. Allí estaban las evidencias: las palabras más que cariñosas de Izan hacia Erika y las fotos *hot*. Entre sorprendida y escandalizada, se llevó la mano a la boca y dejó escapar un grito ahogado. Una cosa era recelar de su novio y otra verificar que la había estado engañando. Se sentía traicionada, decepcionada y profundamente desdichada. ¿Acaso no era suficiente con el dolor que su prematura muerte le había causado? ¿Era necesario incrementarlo conociendo ahora, de manera póstuma, los actos de su propio novio? No pudo evitar odiarlo por ello.

> "Y x si t lo preguntas: si, te puso los cuernos. Nos liamos una vez en el parque cuando ya llevabais meses juntos"
>
> "Es obvio que no te quería y solo te utilizaba, te habria dejado tarde o temprano"
>
> "Valora mi sinceridad, es lo que te mereces despues de como te has portado esta mañana"
>
> "Un besito"

Los mensajes con los que Erika cerraba la conversación fueron demasiado para Sara. El móvil se le escurrió de las manos en cuanto descubrió la supuesta infidelidad de Izan. Si todavía quedaba algún pedacito de su corazón que no estuviera roto, terminó por resquebrajarse por completo. La luz de Sara se apagó; una parte de su alma se evaporó en ese mismo instante. Rompió a llorar

desconsoladamente, como una niña a la que le hubieran robado su muñeca favorita, solo que a ella le habían arrebatado lo último que le quedaba de Izan: su historia de amor.

Contra todo pronóstico, logró reunir fuerzas para reponerse momentáneamente. Volvió a coger su móvil y accedió a Whatsapp. Erika le había mostrado evidencias de que Izan tonteaba con ella, sin embargo, no había pruebas de que se hubieran besado. Su corazón batallaba por abrir un resquicio de luz en aquel infranqueable muro de dolor. Necesitaba respuestas a sus dudas. Escribió a Pablo y Rodri, preguntándoles si era verdad lo que le acababan de contar. Pablo no tardó en contestarle:

"Sarita… no se ni que decirte"
"Estaba claro que se atraian y que habia tonteo"
"Si llegaron a liarse a mi nunca m lo conto, pero no descartaría que hubiera pasado…"
"Izan siempre fue un infiel, aunque a ti t quería mucho. Quizas contigo fue diferente y t respeto…"
"No le des mas vueltas de verdad, ahora ya da igual. Izan se ha ido para siempre"

A Sara no le gustó nada la sincera respuesta de Pablo, que no quería hacerle daño ni tampoco mentirle. Le urgía una segunda opinión, la de Rodri. Por suerte, le escribió enseguida:

"Ufff Sara… de verdad quieres saber esto?"

Solo con leer aquello, Sara ya supo que lo que le diría no iba a gustarle. Tras confirmarle Sara que sí quería conocer esa información, Rodri continuó:

"Pablo y yo siempre lo vacilabamos con el tema. Era obvio q había tensión sexual entre ellos"
"Mas d una vez le preguntamos si habia pasado algo entre ellos y nunca respondía"
"Sinceramente yo pienso q se liaron… Se le escapaba una sonrisa cada vez q hablabamos de ella"
"Lo siento Sara es solo mi opinión aunq ya sabes lo unidos q estabamos…"

La pantalla del móvil de Sara se fue emborronando a medida que las lágrimas resbalaban por sus mejillas. Los mejores amigos de Izan creían que aquello podía ser verdad, y nadie lo conocía mejor que ellos; seguramente tenían razón. La pequeña esperanza que aún albergaba su corazón se desvaneció. Su relación con Izan, su vida entera, había sido una mentira.

No iba a ser capaz de superar aquella traición sola: necesitaba la ayuda de sus amigas. ¿O ex amigas? No estaba segura de la respuesta. Por suerte, todavía conservaba el antiguo grupo de Whatsapp que compartía con Lucía y Adara. Les hizo un breve resumen y esperó. Cada segundo se le hizo eterno; cada lágrima le escocía un poco más. Primero contestó Adara:

"Que tia mas imbécil! Para que te cuenta eso ahora? Solo quiere fastidiarte no le hagas caso"

Lucía también empatizó con ella:

"Es una vibora, ignorala. Bastante tienes cn la muerte de Izan… pobrecita"

Sara agradeció aquellos mensajes, aunque lo que realmente deseaba desde lo más profundo de su alma era que negaran aquella posibilidad. Insistió:

"Pero creeis q lo q dice es cierto o no?"

Lucía se esforzó por mantenerse lo más aséptica posible:

"Bueno… yo creo que se gustaban"

"Las capturas que t a enviado lo dejan bastante claro…"

"Me temo que nunca sabremos la respuesta"

Adara, como siempre, fue más brusca:

"Todo el barrio hablaba de su tonteo…"

"Tu eras la unica que no quería verlo aunque lo tuvieras delante de tus propios ojos"

"Se liaron? Probablemente…"

"Que mas da eso ahora? No lo veo relevante el ya no está…"

Sara apenas podía teclear tras la cortina de agua que inundaba sus bellos ojos:

"Xicas… estoy rota…"

"Podemos vernos y hablar n persona?"

"M vendria bien un abrazo"

Lucía rechazó el plan:

"Lo siento, voy a ir al centro ha comprar cn mi madre"

Adara ni siquiera se molestó en poner una excusa:

"Yo tampoco puedo"

Sara volvió a intentarlo:

"Por favor xicas"

"Estoy fatal m siento muy sola"

Lucía explicó asertivamente su negativa:

"Mira Sara llevas desaparecida casi un año pasando de nosotras"

"No puedes pretender que aora seamos tus amigas del alma y corramos ha tu encuentro"

"Nos has hecho daño tienes que entenderlo"

Adara sentenció con dureza:

"Sentimos mucho lo que te ha pasado pero no cuentes cn nosotras"

"Tu no estuviste ahi cuando m dejó Marcos el trimestre pasado"

Sara, desesperada por recuperar el cariño de sus amigas, les imploró:

"Perdonadm por favor. Os necesito… No m encuentro bien"

Sus mensajes quedaron en visto por Adara y Lucía. Estaba claro que no iban a ceder. Sara se había quedado sin novio y sin amigas. «Me lo merezco, por haberles dado de lado todo este tiempo. He sido una amiga horrible», reflexionó Sara, carcomida por la culpa. «Quizás también me merecía la infidelidad de Izan. Puede que fuera una pésima novia y no le diera todo lo que necesitaba…», pensó Sara abrazándose a sí misma, cada vez más abatida y deprimida.

Su familia era lo único que le quedaba. ¿Unos padres que no la habían dejado acudir a salvar a Izan? ¿Una madre que, en el entierro, la había agredido cuando más la necesitaba? ¿Un padre del que nunca había recibido un te quiero? No, tampoco podía contar

con ellos. «Quizás también he sido una mala hija; tal vez solo sea un estorbo para todo el mundo», se planteó Sara, incapaz de salir del bucle de negatividad en el que su destrozada mente la tenía atrapada.

Comenzó a agobiarse mucho en aquel pequeño cuarto, sentía que las paredes estaban a punto de colapsar sobre ella. Le urgía salir de allí, pero sabía que sus padres no se lo permitirían. No la entendían. Nadie lo hacía. Se sentía sola, abandonada en aquella dolorosa vida, y no estaba segura de poder soportarlo. Se levantó de la cama, decidida, y abrió la ventana. Necesitaba aire: se estaba ahogando física y emocionalmente.

La Señora Zubiri salió al balcón de su casa para tender su reluciente camisa blanca de lino. En realidad, la prenda estaba perfectamente seca y era la tercera vez que la colgaba en aquel tendedor ese mismo día. Resultaba la excusa perfecta para asomarse al patio común del edificio y cotillear la vida de sus vecinos. No se le podía reprochar; al fin y al cabo, se trataba de una mujer septuagenaria, jubilada y viuda, condenada al aburrimiento en la soledad de su hogar.

Durante los últimos dos días había estado especialmente entretenida con el drama vivido en el piso de arriba. Al parecer, había fallecido el novio de la hija del matrimonio Corral. Desde entonces, todo habían sido gritos, lloros y peleas en aquella casa, y la Señora Zubiri había sido fiel espectadora del *show*. Que la familia Corral soliera tener las ventanas abiertas favorecía que el chisme llegara a sus oídos y, sin duda, el balcón era el mejor lugar para seguir los acontecimientos en vivo y en directo.

Ávida de nueva información, la Señora Zubiri cogió dos pinzas del cestillo y se acercó a las cuerdas. Lo último que esperaba era que el cuerpo de la hija de los Corral arrastrara su camisa en la caída hacia el patio. Sobresaltada por lo inesperado de la situación, no pudo evitar un grito desgarrado, que salió desde lo más profundo de sus entrañas, mientras observaba, horripilada, cómo Sara se estrellaba contra el suelo.

Capítulo 3

Cuando el viernes por la mañana, por fin, sonó el timbre que indicaba el comienzo del recreo, Samuel se encaminó hacia la cafetería del instituto. Aquella noche habían vuelto las pesadillas, eso sí, con una nueva variante: al llegar al piso ya no solo encontraba el cuerpo de Lucas, sino que, a su lado, yacía también el de Izan.

El tormento nocturno no le había permitido descansar en condiciones y se encontraba totalmente agotado. Necesitaba un chute de energía en forma de café y palmera de chocolate. Por mucho que fuera un chico *fit* y soliera evitar el dulce, consideró que, tras el trauma sufrido por la muerte de Izan, se merecía un respiro de su estricta dieta.

En realidad, lo que de verdad necesitaba era estar con sus amigos, sentirse arropado por ellos. Por suerte, el viernes era el día en el que un mayor número de sus colegas tenían libre el recreo, lo que les permitía juntarse y charlar animadamente. Todos, salvo su adorada Marina, que, tristemente, tenía guardia de patio. Entró en la cafetería, pidió su almuerzo y se sentó en la mesa donde ya lo esperaban algunos de los profesores.

—¿Qué tal, Samuel? ¿Cómo lo llevas? —se interesó por su estado Raúl.

Samuel dejó de intentar templar su café a base de soplidos para levantar la cabeza y mirar a su interlocutor. Raúl pertenecía al departamento de Música y no era un docente al uso; su espíritu era el de un roquero y no se molestaba en ocultarlo: el negro predominaba en la mayor parte de su indumentaria y su larga melena, del mismo color, era la envidia de todo el instituto. Los hombres codiciaban el pelazo que lucía a sus treinta y muchos años, y las mujeres querían conocer cuáles eran sus trucos para mantenerlo tan brillante y sedoso.

—Estoy reventado, no te voy a mentir. Todo este tema de Izan me tiene roto.

El profesor de Música miró con compasión a Samuel; entendía perfectamente el dolor que sentía su amigo.

—Al menos el funeral fue bonito —comentó Noemí tras dar un sorbo a su té de limón.

Noemí acaba de entrar en la treintena, tenía un cuerpo esbelto, una corta melena de color avellana y vestía de forma moderna pero elegante. Al igual que su indumentaria, su personalidad era un híbrido entre la de una chica cosmopolita y la de una mujer clásica. Un *mix* muy interesante, en opinión de Samuel.

—El discurso de Cristina y Martina fue muy enternecedor —Pedro alabó a las alumnas que habían hablado en nombre del instituto—. Se refirieron a él con mucho cariño a pesar de no conocerlo casi.

—Fue muy emotivo —estuvo de acuerdo su compañera de departamento, Noemí—. No sé qué vamos a hacer sin ellas el día que se gradúen.

—Pues encasquetarle el muerto a otros…

Pedro, Raúl y Noemí se sorprendieron por el comentario de Samuel; no terminaban de entender qué quería decir. Samuel se dio cuenta de lo poco afortunada que había sido la expresión que acababa de utilizar. En cualquier otro momento no habría importado, pero justo después de haber enterrado a uno de los alumnos… no era precisamente la más apropiada.

—Me refiero a que debería haber sido Adolfo quien hubiera salido al altar a dedicar unas palabras a Izan. Él, o el jefe de estudios o el secretario, me da igual —se explicó Samuel—. Siempre se quitan la responsabilidad del medio si pueden. ¡Estoy harto de ellos!

—No me cansaré de decir que falta una mujer en el equipo directivo —apuntó Noemí, que pensaba que una gran parte de los problemas del centro no sucederían si hubiera una cuota femenina entre los puestos de mando.

—Pues todavía nos quedan dos cursos más de mandato de este equipo… —recordó Raúl al tiempo que untaba una de sus magdalenas en el colacao.

—¿No se puede hacer una moción de censura? —propuso Samuel antes de dar un mordisco, que le supo a gloria, a su palmera de chocolate.

—A mí me preocupan más ciertos alumnos, la verdad —cambió el rumbo de la conversación Pedro, menos crítico con la dirección del centro que sus amigos.

—¿A qué te refieres? —inquirió Raúl mientras trataba de pescar un trozo de magdalena que se había hundido en el fondo de su vaso.

Pedro dio un largo sorbo a su café americano con hielo antes de contestar.

—Creo que África, durante el funeral, estaba viendo el vídeo de la muerte de Izan.

—Cuando te acercaste a mandarle callar… — rememoró Samuel.

Pedro asintió sin soltar su adorado café, el segundo de la mañana, que no sería el último. Su adicción a la estimulante bebida era bien conocida por todos.

—Eso supondría que alguien lo grabó y que está circulando entre los alumnos. ¡Es muy grave! —se escandalizó Noemí.

—¿Estás seguro de lo que viste? —quiso cerciorarse Samuel.

—Al noventa por ciento —respondió Pedro agitando su café.

—Entonces tienes que contárselo a Adolfo —sentenció Raúl cogiendo la última magdalena que le quedaba.

—¡Ja! Buena suerte con ello… Llevo dos días intentando hablar con él y me ha ignorado por com…

La irrupción de Abril en la pequeña, pero coqueta cafetería decorada al estilo bohemio, con muebles de madera de tonos pastel y plantas colgantes, interrumpió a Samuel. El estilo desenfadado y algo hippie de la profesora de Dibujo, también jefa del Departamento de Actividades Extraescolares, concordaba a la perfección con su afable y cercano carácter. Sin embargo, la sonrisa que solía dibujarse en su rostro brillaba por su ausencia; su semblante mostraba una profunda consternación.

—¿Habéis leído el email que ha mandado Adolfo hace un rato? —preguntó Abril directamente sin siquiera saludar a sus amigos.

Todos los presentes negaron con la cabeza.

—¿Qué ha pasado? —Samuel ya preveía que se trataba de malas noticias.

—Ha escrito a todo el claustro para comunicarnos un triste suceso —explicó Abril a la par que se sentaba en una de las sillas libres que quedaban en la mesa. Durante unos segundos pareció no ser capaz de transmitir la información; era consciente del impacto que iba a causar en sus compañeros—. Anoche falleció Sara Corral.

La impresión de la noticia provocó que a Raúl se le escurriera la magdalena que estaba a punto de mojar en su colacao. La caída libre del bollo desató un tsunami de leche con cacao que rebosó el vaso, salpicando en todas direcciones. Afortunadamente, la camiseta negra de Raúl ocultaba bastante bien las manchas. Pedro, en cambio, no había tenido tanta suerte: su impoluta camisa blanca se acababa de convertir en una copia barata de un cuadro de Pollock.

—¡¿Qué?! ¡No puede ser cierto! —exclamó Noemí ignorando por completo el desastre que había provocado Raúl.

—Lamentablemente, lo es… —le aseguró Abril conforme le pasaba unas servilletas a Pedro.

—¿Se sabe cómo ha ocurrido? —indagó Samuel, impactado, aunque intuía cuál había podido ser la causa.

Abril inspiró profundamente antes de contestar. Era consciente de que sus palabras iban a caer como una losa sobre su ya traumatizado amigo.

—Se ha suicidado…

—¡Qué horror! —Noemí, espantada por la información, se tapó la boca con las manos.

—¿¡Pero qué está pasando en este instituto!? ¡Qué locura todo! —Raúl no daba crédito a la sucesión de eventos que estaban afectando al centro.

—No me sorprende. En el fondo me temía que algo así pudiera pasar… Estaba tan enganchada a Izan, tenía tanta dependencia emocional… —comentó Pedro mientras intentaba quitarse las manchas de cacao con poco éxito.

Samuel llevaba un rato dando vueltas sin parar a su café con leche, como hipnotizado. La palabra suicidio lo había bloqueado;

estaba completamente ausente de la conversación, encerrado en su propio diálogo interno. Abril lo notó al instante.

—Samuel, ¿estás bien?

—¡¿Cómo voy a estar bien con otra muerte en tan pocos días?! —gritó Samuel dejando de marear a su cuchara. Enseguida se arrepintió de haber hablado de esa manera a su compañera—. Perdona, es que es la tercera muerte en este curso. Y encima otro suicidio… Hemos vuelto a fallar.

Abril le indicó con un leve gesto de la cabeza que no se preocupase; comprendía a la perfección el malestar de Samuel: al dolor que todavía arrastraba por la muerte de Lucas se sumaba la reciente pérdida de Izan. Jamás podría enfadarse con él por una salida de tono; estaba allí para apoyarlo.

—¿Fallar? No hubiéramos podido hacer nada por ella aunque hubiéramos querido. —Pedro no compartía las palabras de Samuel, que consideraba injustas.

—Deberíamos haber hablado con sus padres para que hubieran estado pendientes de ella, para que no la dejasen sola en un momento tan difícil como este —replicó Samuel, visiblemente enfadado.

—No sabemos cómo ocurrió… Por mucho que vivan con Sara, no pueden estar pegados a ella veinticuatro horas al día. Era inevitable dejarla sola en algún momento. Sara era la única que podía pararse a sí misma —trató de convencer Pedro a su compañero.

—Además, tú mismo le pediste a sus amigas que la apoyaran, que cuidaran de ella, y tampoco eso ha servido de nada… —le recordó Noemí, con la intención de hacerle ver que él había hecho todo lo que estaba en su mano por ayudar a aquella chica.

Sin embargo, Samuel no podía dejar de sentirse culpable. Tras lo ocurrido con Lucas, debería haber sabido que algo así podía volver a pasar. Debería haber conocido la fragilidad emocional de Sara, por mucho que no fuera su alumna. Debería haber trabajado más la salud mental con sus alumnos durante las tutorías, aunque ya hubiese realizado algunas dinámicas al respecto. Debería haber cuidado su propia salud mental acudiendo a un psicólogo. Debería…

Su torturada conciencia no dejaba de acosarlo, lanzándole una y otra vez los mismos "deberías".

—No fue culpa tuya, Samuel. No fue culpa de nadie. Por favor, tienes que entender esto —casi le suplicó Abril cogiendo con cariño una de sus manos.

Samuel, con la mirada fija en lo que quedaba de su palmera de chocolate, no reaccionó.

—Su muerte ya es algo muy triste como para que encima cargues con ella —reflexionó Pedro al tiempo que dejaba de intentar limpiar su camisa. Se daba por vencido: no le quedaba otra que pasar el resto de la mañana pareciendo un adefesio.

Ni siquiera la divertida estampa de su amigo podía sacar a Samuel de su bucle emocional. Solo había una cosa que podía lograrlo, y estaba decidido a hacerlo. Se levantó de golpe y se encaminó hacia la puerta de la cafetería.

—¿A dónde vas? —quiso saber Raúl.

—A hablar con Adolfo. Ya es hora de que alguien le deje las cosas claras —respondió antes de salir, dejando atrás los restos de su almuerzo.

Al llegar al despacho del director, situado en la planta baja del edificio, Samuel abrió la puerta con determinación, sin molestarse en llamar antes. Accedió a la pequeña sala, llena de luz procedente del patio, y saturada de objetos decorativos en las paredes, la mesa y las estanterías. En aquel lugar tan excéntrico, donde se mezclaban esculturas con motivos africanos, cuadros rupestres, relojes de cuco y figuras de cerámica, se encontró a Adolfo trabajando en su ordenador.

—¡Samuel! —se sobresaltó el director al ver aparecer a su subordinado—. ¡¿Qué forma de entrar es esta?! ¿Dónde están tus modales?

—Los perdí cuando Sara perdió la vida.

—¡Ah! Es eso… —dijo Adolfo sin inmutarse lo más mínimo.

Samuel se giró para cerrar la puerta. Era consciente de que la conversación estaba a punto de subir de tono y no quería montar un

espectáculo.

—¿Eso? ¿Te refieres a la muerte de una alumna como "eso"? —Samuel estaba profundamente indignado por la parsimonia de su jefe.

—Mira, Samuel… no me toques los cojones —advirtió Adolfo poniéndose en pie—. Tengo muchísimo trabajo y no puedo atenderte ahora.

—Pues lo siento, pero vas a tener que escucharme. Llevo dos días intentando hablar contigo, desde que murió Izan, y esta vez no pienso largarme sumisamente, como pretendes.

—Yo soy el director y yo decido cómo empleo mi tiempo; no va a venir un mindundi a decirme lo que tengo que hacer. ¡Sal de mi despacho ahora mismo! —Adolfo señaló la puerta con un dedo imperativo. No podía tolerar que un profesor pusiese en tela de juicio su autoridad.

—Y yo soy la persona que encontró muerto a Izan. Creo que, como mínimo, merezco algo de consideración. —Samuel intentó calmar las aguas hablando con tranquilidad; al fin y al cabo, no pretendía discutir con Adolfo, sino transmitirle un mensaje que creía urgente y necesario.

—Tienes cinco minutos —concedió el director al fin, aunque en contra de su voluntad —. Siéntate.

Samuel aceptó el asiento que le ofrecía Adolfo y, ya con ambos acomodados, expuso aquello que había ido a decirle.

—Adolfo, es el segundo suicidio que ocurre este curso en el instituto. Deberíamos hacer algo al respecto.

—Lo sé, es una putada para la reputación del centro. Menos mal que el proceso de admisión ya ha terminado; si no… nos quedábamos sin alumnos este año. No te preocupes, me estoy encargando personalmente del control de daños —explicó el director sin dejar de juguetear con el puro que pensaba fumarse en cuanto tuviera la más mínima posibilidad.

Samuel sintió cómo la ira empezaba a correrle por las venas. No daba crédito a lo que acababa de escuchar de boca de su superior. La única preocupación de Adolfo era el prestigio de su preciado instituto; sus alumnos le importaban una mierda. «¡Maldito

desgraciado!», era lo único que resonaba en la mente de Samuel en aquel momento, pero sabía que verbalizarlo no le ayudaría en nada. Agarró un lápiz del escritorio y, sujetándolo con fuerza entre ambos puños, intentó liberar la tensión que ya se acumulaba en sus tonificados músculos. Contó hasta diez antes de seguir hablando.

—Me refiero a los estudiantes. Necesitamos implementar un plan de prevención del suicidio y un programa de fortalecimiento de la salud mental.

—Esas cosas ya se trabajan a través del Plan de Acción Tutorial —respondió Adolfo a la propuesta de Samuel todavía con el puro en su mano. Casi podía saborearlo, consciente de que lo encendería en cuanto se librase del profesor.

—¿Y te parece que está funcionando? —Samuel esperaba una reflexión más profunda por parte del director.

—Bueno… se han suicidado dos alumnos de… ¿cuántos tenemos?, ¿quinientos? Diría que no es una mala ratio.

La rabia que Samuel descargaba a través de sus puños cerrados tenía al estilizado lápiz cada vez más arqueado, en peligro de rotura inminente. Su párpado izquierdo comenzó a temblar con un pequeño tic, signo visible de su creciente enfado. La cara de Adolfo, observándolo como si fuera un perro verde, no contribuía a mejorar las cosas. Samuel contó hasta diez de nuevo. Se dio cuenta de que no era suficiente. Decidió contar hasta veinte.

—Los padres del alumnado van a exigir que tomemos medidas después de todo lo que ha pasado. ¿No crees que es mejor que nos adelantemos?

—¿Y qué quieren que hagamos? Si ellos no pueden controlar a sus propios hijos, ¿tenemos que cuidar nosotros de quinientos? —Ni siquiera la apelación al posible enfado y preocupación de las familias logró mover a Adolfo de su posición.

—Nuestro deber es abrir protocolos autolíticos cuando sea necesario —le recordó Samuel.

—Eso no sirve de nada. ¡No somos putos superhéroes! —Adolfo, malhumorado y harto de la chapa de Samuel, abrió bruscamente el cajón superior de su escritorio para buscar un mechero.

Samuel respiró hondo y contó hasta treinta sin dejar de aplicar presión sobre el lápiz.

—No lo somos; por eso necesitamos formación. Propongo que se contrate a un equipo de psicólogos que impartan un curso donde nos enseñen a los docentes a reconocer patrones autolíticos, y también alguna charla para los estudiantes sobre salud mental.

—No hay dinero, Samuel —rechazó la idea el director—. Además, para eso está la orientadora. Ya te he escuchado, como querías. ¿Ahora puedes irte a hacer tus cosas para que pueda disfrutar de mi puro matutino?

¡Crack! El lápiz que sujetaba Samuel se partió por la mitad. La paciencia del profesor se había agotado al mismo tiempo que el sencillo instrumento de escritura perdía su integridad física.

—¿¡Pero de qué vas!? ¡Estamos hablando de la muerte de una alumna y lo único que te interesa es fumarte el dichoso puro! ¡¿Qué clase de persona eres?! —espetó Samuel mientras devolvía los restos del maltrecho lápiz a la mesa con un fuerte manotazo.

Adolfo echó la silla hacia atrás y se puso en pie hecho una furia. Lanzó el puro sobre su escritorio; Samuel acababa de quitarle las ganas de encenderlo.

—¡Hasta aquí hemos llegado! ¡Fuera de mi despacho! ¡Inmediatamente!

—¡No pienso irme hasta que empieces a manejar esta situación como es debido! ¡No voy a permitir que hagas la misma mierda de gestión que hiciste con la muerte de Lucas! —se encaró Samuel levantándose también.

—¡¿Quién te crees que eres para hablarme así?! —La vena yugular de Adolfo palpitaba como si estuviera a punto de estallar.

—¡La persona más responsable e íntegra que hay en este despacho ahora mismo! —Las palabras salían de la boca de Samuel como letales e implacables balas—. ¡Y eso me da todo el derecho de dirigirme a ti como me dé la gana!

—¡¿Íntegro, tú?! ¡Cuando tienes una relación tan cercana con los estudiantes que hace que casi parezcas uno más de ellos! ¡Llevo demasiado tiempo permitiéndotelo, pero esto va a cambiar! —gritó

Adolfo mientras sostenía un dedo acusador hacia Samuel—. ¡Más te valdría aprender un poco de mi profesionalidad!

A Samuel no le sorprendieron las palabras de Adolfo. Sabía de primera mano que el director no veía con buenos ojos el *colegueo* del profesor con sus pupilos. Quizás por tener diferente visión de cómo debía ser la enseñanza, quizás por envidia de saberse menos querido que Samuel.

—¡Oh, sí! ¿Qué puedo aprender de ti? ¿A pasar de los alumnos y ser frío y distante con ellos? ¿A mirar por encima del hombro al resto del profesorado? ¿A llevar las riendas de este instituto más como un dictador que como un director? ¡¿Aprender a ser el responsable de la muerte de Lucas?!

Las llamaradas de furia que hasta ese momento ardían en los ojos del director se apagaron súbitamente, tornándose su mirada gélida como el hielo. Sin apartarla de Samuel, salió lentamente de detrás del escritorio y lo bordeó hasta ponerse a apenas unos centímetros de su oponente.

—¿Qué acabas de decir? —le preguntó a Samuel; todavía no podía creerse lo que acababa de escuchar.

Samuel exhaló un suspiro. Sabía que acababa de meter la pata hasta el fondo. La tensión del momento había arrastrado hasta sus labios palabras que yacían en lo más profundo de su subconsciente. Ya no había vuelta atrás; por fin había dicho lo que pensaba.

—Te comenté más de una vez que estaba en desacuerdo con la opinión de la orientadora y que debían abrirse expedientes de acoso contra los alumnos que molestaban a Lucas. Tú te pusiste de parte de Sandra, quitándole importancia al tema. Así pues, a mi parecer, eres corresponsable, junto con ella, de su muerte —Samuel rememoró los hechos y expuso su opinión de la forma más pausada y tranquila de la que fue capaz. A pesar de la magnitud de sus palabras, no quería que la sangre llegara al río.

Adolfo sintió que le faltaba el aire. Era la primera vez que alguien lo acusaba tan abiertamente de negligencia. ¿Se atrevería Samuel a denunciarlo cuando ni la propia familia lo había hecho? ¿Podría tener consecuencias legales para él? Instintivamente, se llevó la mano al

cuello y se desabrochó el botón superior de su camisa, como si aquello lo ayudara a respirar.

—Estás haciendo una acusación muy grave y no te lo voy a permitir —dijo al fin el director tratando de mantener la calma—. Entiendo que puedas estar alterado por los terribles sucesos de estos días, pero hoy has cruzado todas las líneas rojas posibles, y esto no puede seguir así.

—Yo… lo siento… quizás me haya pasado… —comenzó a recular Samuel.

—No quiero una disculpa. Quiero que aprendas a controlar tu ira, y lo vas a hacer con la ayuda de la orientadora —ordenó el director.

—¿Con Sandra? ¿Es que no sabes que no me dirijo la palabra con ella desde lo de Lucas? —protestó enérgicamente Samuel. Lo último que necesitaba en ese momento era hablar con aquella tipeja.

—Es psicóloga y, claramente, tú necesitas una. Acude en alguna hora libre que tengas durante el día de hoy o, si es necesario, sáltate una clase. Háblale de tu trauma por la muerte de Lucas. Desahógate con ella y que te dé alguna solución —indicó Adolfo volviendo a sentarse en su silla tras el escritorio.

—No lo haré.

—Es tu última oportunidad, Samuel. Tu actitud es intolerable; no puedes ir por la vida vomitando rabia a diestro y siniestro. Si no acudes hoy mismo, te abriré un expediente disciplinario.

La amenaza del director llegó alta y clara a los oídos del joven profesor. Samuel sabía que ese tipo de procedimientos rara vez acababan con una sanción para un docente, salvo que los hechos fueran muy graves, pero no le apetecía lidiar con la inspectora de Educación ni meterse en trabas burocráticas. No le quedaba más remedio que acatar la orden de Adolfo.

—Está bien —capituló.

El portazo de Samuel al salir de dirección resonó a lo largo y ancho de la planta baja, haciendo temblar los cimientos de todo el IES Unión Europea. Lo había hecho totalmente a propósito para dejarle claro, una vez más, a su jefe su desacuerdo con la decisión tomada. No había tenido otra opción que aceptarla; no obstante, no estaba dispuesto a largarse de allí con el rabo entre las piernas.

Justo cuando accedía al *hall* principal, Josefina se acercaba hacia el pasillo lateral para averiguar el origen de semejante estruendo.

—¡Uy, hijo! ¡¿Qué ha sido ese golpetazo?!

—Se me ha escapado la puerta con la corriente. Perdona si te ha asustado. —Samuel respondió a la conserje con una mentira piadosa; no quería que circulasen rumores por el centro sobre la discusión que acababa de tener con Adolfo. Bastante tenía con los que ya rondaban entre los alumnos sobre su relación con Marina.

—¡Casi se me sale el corazón del pecho!

Samuel ignoró el comentario de la dicharachera Josefina; estaba concentrado en su siguiente objetivo: contarle a Marina lo que acababa de ocurrir. Además, desconocía si ella se habría enterado ya de la muerte de Sara y prefería ser él quien le diera la dolorosa noticia con todo el tacto del que fuera capaz; quería amortiguar el golpe en la medida de lo posible. Existía la posibilidad de que alguien se lo hubiera contado antes. Ese pensamiento le hizo sentirse culpable por no haber dado prioridad a su amiga. «Debería haber ido a hablar con ella primero, no con el imbécil del director», se reprochó.

Miró su reloj: marcaba las 11:25. Quedaban cinco minutos para que terminara el recreo, así que disponía del tiempo justo para poner al día a su compañera. Aceleró el paso en dirección al patio con la intención de ganar cada segundo posible, cuando un movimiento a su derecha llamó su atención. La puerta de la biblioteca acababa de abrirse y Rodri era la persona que salía por ella.

Samuel frenó en seco. Llevaba dos días queriendo hablar con él, desde la muerte de Izan, y aquella era la primera ocasión que se le presentaba. Era viernes y quizás no tuviera otro momento a largo de la mañana para charlar con él, así que, con todo el dolor de su corazón, decidió posponer la conversación con Marina y centrarse en su alumno.

—¡Rodri!

El joven se volvió hacia la voz que lo había llamado por su nombre y sonrió al ver a su profe favorito, como era su costumbre. Sin embargo, Samuel percibió algo extraño en aquella sonrisa: el

habitual brillo pícaro había desaparecido de sus ojos y dejaba paso a una emoción que no logró identificar. ¿Tristeza, preocupación, miedo, dolor? Fuera lo que fuese, para Samuel la causa era evidente: la muerte de su amigo.

—¡Ey, Samu! ¿Qué haces en el pasillo? ¡Qué poco te gusta trabajar, eh! —vaciló Rodri mientras se acercaba a él.

—La pregunta es: ¿qué haces tú saliendo de la biblioteca? ¿Te has perdido? —contraatacó Samuel, jocoso.

Rodri se echó a reír.

—Nada… Me apetecía estar un rato solo —contestó cuando cesó la carcajada, bajando la cabeza.

—¿Y eso? —indagó Samuel.

Rodri se encogió de hombros por respuesta. Estaba claro que no quería dar muchas explicaciones. No era algo raro en él: las bromas y las risas eran una constante en su día a día; sin embargo, cuando había que profundizar en sus sentimientos o emociones, Rodri se retraía y la conversación acababa enrareciéndose.

—¿Cómo llevas la muerte de Izan? —reformuló la pregunta Samuel—. Quería haber hablado contigo antes, pero ha sido imposible encontrarte hasta ahora.

—Ya, es que el miércoles y el jueves no vine a clase. —Rodri evitó entrar en cómo se sentía por la pérdida de su amigo.

La mirada gacha de su alumno y la forma de esquivar las preguntas introspectivas alarmaron a Samuel. Aunque la incomodidad de Rodri con ese tipo de cuestiones era normal, que no fuera siquiera capaz de manifestar su tristeza por la muerte de Izan no lo era.

—Rodri, sé que estás viviendo un momento muy duro por la pérdida de Izan. No puedo imaginar del todo lo que sientes, porque afortunadamente nunca pasé por algo así a tu edad, pero quiero que sepas que estoy aquí para lo que necesites: hablar, llorar…

—¡¿Llorar?! ¡Qué dices! A ver, pues claro que estoy mal, era uno de mis mejores amigos… Lo echaré de menos, pero no voy a llorar por él; no soy una chica —se indignó Rodri ante la sola idea de que Samuel mencionara esa posibilidad.

—Los chicos también lloran, y no pasa nada por dejar de ser un tipo duro durante unos minutos... Es más, muchas veces es necesario sacar todo lo que uno lleva dentro para poder aliviar el dolor más rápido.

Rodri sacudió la cabeza. Pese a estar claramente al borde del llanto, no estaba dispuesto a mostrar su pena por el fallecimiento de su amigo. A Samuel se le pasó por la mente darle un abrazo, pero no estaba seguro de cómo reaccionaría su alumno.

—Y no solo es Izan… Me preocupa que este triste suceso te retrotraiga a unos meses atrás, a la muerte de tu hermano.

Escuchar aquellas palabras fue un revulsivo para Rodri. La aflicción se borró de su rostro, como arrastrada por la ráfaga de aire que entraba al edificio desde la puerta del patio. Su mirada pasó a evidenciar enfado.

—¡¿A qué viene eso ahora?! —Rodri no entendía por qué Samuel sacaba ese tema.

—Pues a que la pérdida de dos seres queridos de forma tan inesperada y seguida en el tiempo puede…

—¡Pero si yo no soportaba a mi hermano! —interrumpió Rodri alzando las manos en un claro gesto de enojo.

Samuel sintió una punzada en el corazón. Todavía le dolía la insensibilidad que Rodri había mostrado desde un primer momento tras el suicidio de Lucas. La personalidad de cada hermano era radicalmente distinta, tanto que parecían vivir en mundos separados a mil años luz.

Rodri era un chico popular; Lucas un paria social. Rodri, un atleta; Lucas, un ratón de biblioteca. En el instituto apenas se dirigían la palabra: Rodri lo evitaba sin disimulo, como si acercarse a él le restara posiciones en su escalafón social. Aun así, Samuel siempre había conservado la esperanza de que el hermano mayor, en lo más profundo de su ser, sintiera algún tipo de cariño por el pequeño. Se negaba a creer que Rodri detestara a Lucas tanto como hacía creer al resto del universo.

—Era tu hermano…, por mucho que lo niegues, sé que lo querías.

Rodri se llevó las manos a la cabeza, rabioso por las palabras de Samuel. No estaba acostumbrado a escuchar ese tipo de cosas por

parte de su profesor. Si se había acercado a él, era para tener una charla divertida y distraerse un rato, no para aguantar comentarios de ese tipo.

—¡Lucas era un puto friki! ¡Lo único que hacía era ponerme en evidencia delante de mis amigos! No teníamos ningún tipo de relación y, por mi parte, ¡me la suda que se suicidara! Es mejor así. ¡Ojalá nunca hubiera nacido! —Rodri escupió las palabras como si fueran veneno y, acto seguido, se dirigió hacia el patio, dando por terminada la conversación.

Samuel se quedó helado. La airada reacción de su alumno, cargada de odio hacia su hermano, lo había pillado por sorpresa. No esperaba una confesión sobre cuánto echaba de menos a Lucas, pero tampoco podía imaginar que de la boca de Rodri iban a salir auténticos sapos y culebras.

Intentó analizar el motivo de aquel rechazo tan intenso, pero no logró dar con la clave; solo consiguió autoconvencerse de que aquellas duras palabras se debían al malestar generado por la muerte de Izan. Una vez más, Samuel se encontraba justificando los comportamientos inadecuados de Rodri. Aunque sabía que aquello no estaba bien, no podía evitarlo: sentía la necesidad de protegerlo.

Se volvió hacia la biblioteca. Por un instante se imaginó a Lucas con un libro entre sus manos, como hacía todos y cada uno de los recreos. Podía leer cualquier cosa, aunque sin duda los géneros que más le apasionaban eran la novela negra, la ciencia ficción y los volúmenes de historia. Devoraba libros a mansalva; la colección del IES Unión Europea se le quedaba pequeña. Por desgracia, no estaba en el interior de aquel mausoleo de obras literarias.

A quien sí vio fue a Ana, la quincuagenaria bibliotecaria, cuyo corte de pelo *pixie* le confería un aire andrógino a la vez que moderno. Llevaba sus inseparables gafas rojas, siempre a juego con un vestuario de colores llamativos. Se encontraba entregando un libro a Germán, el más fiel compañero de lectura de Lucas.

Samuel suspiró en un intento de exhalar el dolor que todavía le atenazaba el corazón. Él sí que echaba de menos a Lucas, y mucho. A pesar de los meses transcurridos, no había logrado superar su pérdida. Nunca se perdonaría no haber evitado su muerte, del

mismo modo que jamás se perdonaría no haber protegido a Izan de aquel maldito *challenge*. Solo el timbre que señalaba el fin del recreo le permitió escapar de su continuo fustigamiento interno.

La comunicación del deceso de Sara al alumnado del centro sorprendió a Samuel mientras explicaba la guerra civil española en 4.ºB. Justo cuando les estaba mostrando cómo Picasso había inmortalizado el bombardeo de Guernica, el jefe de estudios soltó la bomba por megafonía; a bocajarro, sin piedad.

Aunque no pertenecían al mismo curso que Sara, el *shock* fue generalizado entre los pupilos de Samuel, y no era para menos: se trataba de la segunda muerte en muy pocos días. A través de la gran cristalera del aula, Samuel observó cómo dos chicas corrían llorando desconsoladamente hacia el baño. Se trataba de Lucía y Adara, las antiguas amigas de la fallecida. Resultaba evidente que todavía la querían más de lo que habían reconocido en el entierro de Izan.

Una vez más, Samuel maldijo al equipo directivo al completo, por incompetentes e insensibles. ¿Cómo se les había ocurrido transmitir la noticia de aquella forma y en mitad de una hora lectiva? No solo habían reventado las clases de todos los profesores, incapaces de retomar la lección tras el alborozo provocado, sino que también habían hecho añicos los corazones de todos aquellos adolescentes que sentían un mínimo de cariño por la difunta. Al menos, tuvieron la decencia de informar sobre los detalles del velatorio y del funeral.

Al terminar la hora, Samuel recogió su libro, lo introdujo en su inconfundible mochila rectangular de color verde militar, que lo acompañaba a todas partes, y se dirigió, presto, hacia el Departamento de Orientación. Disponía de una hora libre y estaba determinado a quitarse de en medio la conversación con Sandra cuanto antes.

Salió al pasillo principal y comenzó a descender por las escaleras para alcanzar el piso inferior. Ignoró los pósters sobre los países de la Unión Europea, ya decrépitos y en sus últimas horas de vida, con los que los alumnos habían decorado las paredes de aquel tramo.

Sin embargo, cuando enfilaba el recodo de las escaleras, un comentario a su izquierda hizo que se detuviera.

—Menos mal que se ha suicidado en su casa y no aquí. ¡Menudo trabajazo habría sido limpiar toda la sangre!

Jessi, la más joven del equipo de limpieza del centro, acababa de soltar aquella perla. Su larga melena pelirroja y ondulada, que contrastaba sobremanera con el verde manzana de su uniforme, casi rozaba el cubo de basura que sostenía entre las manos. Carlos, compañero de departamento de Samuel, de origen latinoamericano y cercano a la cuarentena, evidenciada por una incipiente calva en la coronilla, era su interlocutor. Lejos de escandalizarse por las palabras de Jessi, le rio la gracia.

Samuel estaba de un humor de perros: había discutido con Adolfo y con Rodri y, en breve, lo haría también, sin duda, con la orientadora. Lo último que le faltaba era escuchar a aquella pareja de frívolos. Abrió la boca dispuesto a cantarles las cuarenta, pero alguien se le adelantó.

—¿¡De qué vas, chacha de mierda!?

Borja, el alumno más pijo y esnob de todo el instituto, no había dudado en atacar a la limpiadora por su deleznable comentario, y lo había hecho, si acaso era posible, con otro aún más desagradable. No había podido contenerse al oír aquella frase mientras subía por las escaleras.

—¡A mí no me hables así, niñato! —se enfrentó a él Jessi. El cubo de basura chocó violentamente contra el suelo tras soltarlo de malas maneras.

—Mucho cuidado con lo que dices, Borja. Ten respeto por los profesionales de este centro —la defendió Carlos, irritado por el inconfundible olor a clasismo que desprendían las palabras del estudiante.

Samuel se acercó al grupo sin intervenir en la discusión. Quería mantenerse, por el momento, en un segundo plano.

—No soy yo el que está haciendo bromas sobre una chica muerta. ¿Es que no te da vergüenza? Se supone que los adultos debéis dar ejemplo a los adolescentes, ¿no? Pero ¿qué se puede esperar de

alguien que no tiene ni el título de la ESO…? —espetó Borja, todavía asqueado por el comentario de la limpiadora.

Jessi, en un arrebato, agarró la deteriorada fregona y la alzó en dirección a Borja amenazándolo.

—¿¡A que te comes la fregona!?

Borja retrocedió un paso y, preocupado, analizó su camisa Tommy Hilfiger y sus vaqueros Pepe Jeans; temía que alguna gota inmunda del mocho hubiera podido salpicarle. Tras comprobar que no había restos de agua en su elegante y cara vestimenta, respiró aliviado. La única agua con la que estaba dispuesto a bañarse era la de la fabulosa piscina de treinta metros cuadrados de su chalet.

—Podrías usarla para lavarte la lengua… —A Borja se le ocurrió una idea aún más creativa de lo que Jessi podía hacer con su instrumento de limpieza.

Samuel intervino por fin: agarró la fregona, que se acercaba peligrosamente al rostro de Borja, y se la arrebató a Jessi. De ninguna manera podía permitir que el enfrentamiento derivara en violencia física. De repente, se dio cuenta de que estaban rodeados por una docena de alumnos curiosos que, atraídos por los gritos, habían acudido a presenciar la tensa escena.

—¡Como sigas así, te voy a poner un parte de amonestación! —advirtió Carlos, totalmente envarado para imponer más respeto.

Borja lo miró con una sonrisa socarrona. Se atusó su melena a lo cayetano antes de contestar.

—Acabo de recoger las notas. —El joven agitó el boletín delante de la cara de Carlos—. Ya me he sacado el Bachillerato y me piro de este instituto para siempre. Ponme lo que te dé la gana, pero, si escucho algo que no me gusta, no vas a conseguir que me quede callado.

Cada vez eran más los alumnos que se arremolinaban en torno a la escalera para ser testigos de la discusión. Era hora de pararlo.

—Borja, ya has dejado clara tu opinión. Ahora, márchate de aquí —pidió Samuel con el tono más conciliador del que fue capaz.

Borja no era, ni de lejos, uno de sus alumnos preferidos. Detestaba la manera en que miraba por encima del hombro a quienes tenían un nivel económico más bajo; su elitismo le resultaba

incluso repulsivo. No obstante, siempre había mantenido un trato cordial con él y, por ello, esperaba que le hiciera caso.

—Nos veremos en la graduación, Samu —dijo Borja a modo de despedida, antes de seguir su camino escaleras arriba.

—¡A vuestras clases! ¡Aquí ya no hay nada que ver! —ordenó Samuel al resto del alumnado.

Los jóvenes, decepcionados por el fin de la acalorada pelea, se dirigieron hacia sus respectivas aulas. El pasillo se quedó vacío en cuestión de segundos.

—¡Hay que ver lo que hay que aguantar! Espero que no se vaya de rositas; ponle ese parte —casi exigió Jessi a Carlos, conforme recuperaba su fregona.

—Cuenta con ello —aseguró Carlos, complaciente.

—Si le pones un parte a él, espero que le pongas otro a ella. Se lo merece tanto o más que Borja —soltó Samuel un instante antes de seguir bajando las escaleras.

A pesar de su zasca, no se sintió del todo satisfecho. Le hubiera gustado ser más incisivo y duro con ella, pero Borja había sido más rápido y él no había querido echar más leña al fuego. Además, debía guardar toda su energía para el enfrentamiento con Sandra. «A lo mejor, a partir de ahora, empiezo a tirar la basura fuera de la papelera… Jessi se va a tener que emplear a fondo para recogerla…», a pesar de que consideraba que la joven merecía un escarmiento, Samuel enseguida desechó su maliciosa idea.

Sandra se encontraba totalmente absorta en su tarea más difícil: pasar el nivel 674 de Candy Crush Saga, su juego favorito, cuando alguien llamó a la puerta. Concentrada en deshacerse de un caramelo morado que le estorbaba, dio un respingo al escuchar los golpes sobre el metal de la antigua hoja.

De inmediato, arrojó el móvil sobre la mesa, encendió la pantalla del ordenador y colocó las manos sobre el teclado; debía simular que estaba trabajando. Había repetido aquella secuencia tantas veces que la ejecutaba casi de forma automática. Maldijo para sus adentros a la persona que acababa de interrumpirla en lo más

interesante de su partida; no sabía de quién se trataba, pero se lo imaginaba.

—¡Adelante! —invitó a entrar a quienquiera que fuese.

Samuel asomó la cabeza tras abrir ligeramente la puerta. Al instante le llegó un tufillo asqueroso a tabaco mezclado con lavanda; sin duda alguien pretendía ocultar, con poco éxito, el olor a cigarrillo bajo aquel aroma floral. Sandra no se molestó en disimular el gesto de desdén que se dibujó en su rostro al verlo.

—Hola, Sandra. ¿Puedo pasar o estás ocupada?

Samuel cruzó los dedos deseando que la orientadora le dijera que no podía atenderlo. Quería largarse de allí y evitar la conversación con ella a toda costa. Lamentablemente, la respuesta de su compañera no fue la esperada.

—Siempre estoy ocupada; no obstante, te haré un hueco. Pasa, pasa.

La condescendencia de las palabras de Sandra fue la primera señal de que se adentraba en terreno inhóspito. El joven profesor entró en el despacho, cerró la puerta tras de sí y se sentó en una de las sillas de la gran mesa central que ocupaba la sala, justo enfrente de su interlocutora.

—Dime, ¿qué quieres? —preguntó Sandra sin apartar la vista de la pantalla de su portátil.

Samuel no pudo evitar fijarse en la velocidad a la que la orientadora tecleaba: era sobrehumana. Sabía que había mecanógrafos profesionales capaces de pulsar las teclas a ese ritmo, pero no era el caso de Sandra. La había observado escribir en su ordenador durante las reuniones de tutores y, aunque tenía un manejo bastante ágil, ni de lejos movía los dedos a la velocidad de la luz como lo hacía en ese momento. Resultaba obvio que estaba fingiendo que trabajaba.

—Adolfo me ha enviado a hablar contigo.

—Sí, me lo ha comentado antes.

«¿Entonces para qué preguntas?», se desesperó Samuel. Respiró hondo, evitando formular la pregunta en voz alta. Se quitó la mochila y la colocó en el suelo, bajo la mesa.

—Está claro que las recientes muertes han sacado a la luz tu trauma por la muerte de Lucas —fue al grano Sandra desviando la mirada de la pantalla para, por fin, clavarla en los ojos de Samuel.

—Yo no tengo ningún trauma con la muerte de Lucas —se defendió Samuel de la acusación, sin estar seguro del todo de que lo que acababa de verbalizar fuera cierto.

Sandra le dedicó una cínica sonrisa; parecía divertirse con la situación.

—¿Ah, no? Entonces, ¿cómo definirías el hecho de acusar a varias personas de ser responsables de su deceso? —atacó Sandra.

—A eso lo llamo decir verdades a la cara. Fuisteis unos negligentes.

—Claro, porque opinar sobre un caso de *bullying*, sin tener la formación debida, te da toda la legitimidad para señalar culpables… —ironizó Sandra al tiempo que cogía un papel que descansaba sobre la mesa—. Tal y como yo lo veo, no solo padeces un trastorno por estrés postraumático, causado por la muerte no superada de Lucas, sino que además abusas de la proyección.

Samuel observó cómo Sandra leía las palabras de la chuleta que se había preparado con antelación. No le cabía duda de que ChatGPT la había ayudado a redactarla; esa tía no tenía ni idea de psicología, por mucho título que colgara en la pared.

—¿Proyección?

—Es un mecanismo de defensa en el cual atribuimos nuestros propios pensamientos, remordimientos y culpas a los demás. Es decir: te sientes responsable de la muerte de Lucas, pero como eres incapaz de asumirlo, buscas culpables fuera.

—¡Eso no es verdad! Yo no tenía ninguna capacidad de decisión sobre la apertura de un protocolo autolítico o de acoso escolar. Tú y el equipo directivo, sí. —Samuel apuntó a Sandra con un dedo acusador.

—¡Oh! Puede que eso sea cierto; con todo, podrías haber hecho mucho por ayudar al pequeño Lucas: trabajar su salud mental, llamar a sus padres para transmitirles tu opinión sobre lo que estaba ocurriendo, sancionar a los alumnos que se metían con él… Sí, esos que son tus coleguitas…

La crueldad de las palabras de Sandra se clavó como un puñado de alfileres en el corazón de Samuel. En el fondo, sabía que ella tenía parte de razón: llevaba meses martirizándose por no haber protegido más a Lucas. Bajó la cabeza, avergonzado. ¿Y si él era el principal responsable de su muerte? ¿Y si se lo había estado negando a sí mismo durante todo ese tiempo como mecanismo de autoprotección? La orientadora, con su discurso sibilino, empezaba a hacer mella en su mente.

—Parece que comienzas a darte cuenta de quién eres en realidad: un fraude. —Sandra había percibido a la perfección la vulnerabilidad de su contrincante.

Samuel levantó la cabeza para enfrentar sus ojos a los de Sandra. Lo que vio en ellos le pareció repulsivo: pura maldad.

—Eres una víbora. —Samuel le clavó una fría mirada.

Sandra soltó una risa burlona. Disfrutaba con aquella conversación, haciendo dudar a Samuel de sí mismo y atacándolo vilmente gracias a la oportunidad que le había brindado el director.

—Soy una profesional, solo trato de ayudarte. Necesitas ser consciente de tus problemas para que puedas superarlos —mintió la orientadora descaradamente.

—Una profesional que no sería capaz de decir dos palabras seguidas sobre psicología sin mirar su papelito…

La expresión de la profesora se endureció. Samuel también sabía dar golpes bajos si así lo requería la situación y, claramente, Sandra lo merecía.

—Pues tengo apuntados más diagnósticos sobre ti en esta hoja… ¿Quieres conocerlos? —Sandra agarró el folio con ambas manos y lo colocó frente a sus ojos; ya no iba a molestarse en ocultar que lo estaba leyendo.

—¡Wow! Me sorprende que te hayas dedicado a trabajar por primera vez en este curso … —espetó Samuel cruzándose de brazos, a la par que se arrellanaba en la silla, resignado a escuchar la retahíla de barbaridades que su contrincante estaba a punto de lanzarle.

—Tu inmadurez, manifestada en tu forma de relacionarte con los alumnos como si fueras uno más de ellos, pese a estar ya en la

treintena, es un síntoma claro del llamado síndrome de Peter Pan: un adulto que se resiste a asumir su edad y sus responsabilidades.

Samuel, indignado, se incorporó y echó el cuerpo hacia delante hasta apoyar sus antebrazos sobre la mesa.

—¿Que no soy capaz de tener responsabilidades? Cumplo con todos y cada uno de los deberes que mi trabajo me exige, y no son pocos, precisamente. Por no hablar de que me saqué las oposiciones a la primera. ¿Quién consigue eso sin dedicación, esfuerzo y capacidad de sacrificio? —Samuel estaba dispuesto a aceptar que su niño interior todavía seguía muy presente en él, pero de ninguna manera iba a admitir que se lo tachase de irresponsable.

Sandra aprovechó la interrupción para atusarse su estrafalario moño. En cuanto Samuel terminó de hablar, prosiguió con su lectura sin dignarse a responderle.

—Tus conductas arrogantes y soberbias se enmarcan dentro del trastorno de la personalidad narcisista: alguien que se cree único, moralmente superior a los demás, con una excesiva necesidad de admiración y un sentido grandioso de autoimportancia.

Samuel se quedó con la boca abierta; estaba alucinando.

—¿Perdona? Yo no me creo mejor que nadie.

—¿Ah, no? ¿De verdad no piensas que podrías haber salvado a Lucas si te hubiéramos hecho caso? ¿No crees acaso que Adolfo y yo somos unos incompetentes y que tú eres poco menos que Superman? Vamos, no me fastidies: eres un ególatra de manual.

Samuel empezaba a estar harto de aquella conversación. Sentía que no merecía los ataques que estaba recibiendo por parte de la orientadora y que se encontraba atrapado en una situación profundamente injusta. Por mucho que le fastidiara, no le quedaba otra opción que aguantar estoicamente si quería evitar una posible sanción del director. Inspiró hondo, tratando de contener la rabia que crecía en su interior.

—Y llegamos a la distorsión cognitiva —siguió leyendo Sandra—, el culmen de tu cóctel de trastornos: tienes una imagen distorsionada de ti mismo. Te crees el héroe del instituto; el único que se preocupa por los alumnos, el único capaz de mantenerlos con vida… y, sin embargo, ya han muerto tres, y no has hecho

absolutamente nada para evitarlo. Siguiendo tu propio criterio de responsabilidad por inoperancia… tienes las manos manchadas de sangre.

Samuel cerró con fuerza los puños, a punto de explotar. Fijó la mirada en el llavero dorado de la Torre Eiffel que se encontraba sobre la mesa. Deseó con verdadera ansia lanzárselo a la cara a Sandra, con tal ímpetu que la impronta del famoso edificio quedara grabada para siempre en su grasienta frente. Su capacidad de autocontrol le permitió reprimir aquel violento impulso. En su lugar, se levantó con brusquedad de la silla y se dirigió hacia la puerta.

—¡Esta encerrona ha terminado! ¡Nada te da derecho a hablarme como lo has hecho hoy! ¡Te has pasado cuatro pueblos! Eres muy mala persona; no sé cómo puedes dormir por las noches —soltó Samuel al tiempo que agarraba el manillar.

—¿Lo ves? Una vez más se hace patente tu trastorno de personalidad narcisista. —Sandra le dedicó una burlona y malévola sonrisa.

El grito de desesperación de Samuel debió de escucharse desde la otra punta del edificio. Se marchó de aquella sala tal y como últimamente venía haciendo de forma asidua: dando un sonoro portazo.

Cruzó el pasillo y subió las escaleras a grandes zancadas hasta llegar a su departamento. Por suerte, lo encontró vacío; ansiaba aislarse de todo contacto social durante un buen rato. Le urgía encerrarse allí y rebajar su monumental enfado antes de que diera comienzo la siguiente hora de clase; no quería que sus alumnos pagaran el pato.

Tiró sus llaves sobre el escritorio y buscó desesperadamente su botella de agua; necesitaba un trago. Samuel era abstemio, pero en esos momentos no le hubiera importado tener algo de alcohol que llevarse a la boca, algo que lo ayudara a olvidar todo lo vivido desde aquella maldita tarde en que Lucas se quitó la vida. Sin embargo, el agua era lo único disponible… o ni siquiera eso, ya que no encontraba su mochila por ningún lado.

En cuanto se dio cuenta de que la había dejado en el Departamento de Orientación, su frustración alcanzó cotas

insospechadas. No pudo evitar golpear enérgicamente el armario, maldiciendo su mala suerte. Aunque no le apetecía nada volver a ver el careto y el peinado al estilo Amy Winehouse de Sandra, no le quedó más remedio que deshacer sus pasos.

Abrió la puerta sin molestarse en llamar antes e irrumpió en el despacho. Lo que vio al entrar confirmó sus peores sospechas: Sandra fumaba dentro del instituto. La miró con toda la repulsión de la que fue capaz.

—¿Es que no sabes llamar a la puerta? —le reprochó Sandra escondiendo el cigarro inútilmente tras su espalda. Se sintió estúpida por no haber recordado echar la llave, como siempre hacía antes de fumarse un pitillo.

Samuel hizo caso omiso del comentario, recogió la mochila del suelo y se dirigió de nuevo hacia la salida. A pesar de que podría haber aprovechado aquella infracción para vengarse de ella, decidió no alargar innecesariamente la guerra. Se limitó a aconsejarle antes de salir:

—Deberías dejar el tabaco, o esa mierda acabará matándote algún día.

Sandra caminó rauda hacia la cocina de su casa. Todavía no podía creer que acabara de meterse en aquella situación, pero había dicho que sí; ya no había vuelta atrás. La tensa conversación que había tenido con Samuel por la mañana era una nimiedad comparado con aquello. Nerviosa por las consecuencias de sus actos, abrió uno de los destartalados armarios. Las bisagras chirriaron como si gritaran de dolor ante el movimiento. «Tendría que engrasarlas; tendría que reformar la cocina, la casa entera», pensó Sandra mientras giraba la cabeza y observaba a su alrededor. La estancia, al igual que el resto de la vivienda, no se había tocado desde los años setenta, cuando fue construida.

La había heredado apenas un año atrás, tras la muerte de su longeva abuela, y desde entonces había fantaseado con la idea de tirarlo todo abajo y renovarla por completo. Sin embargo, era incapaz de ahorrar para tal fin: el dinero, gastado en sus vicios,

como el tabaco, se le volatilizaba. Así que, de momento, no le quedaba otra que convivir rodeada de muebles carcomidos y espantosos azulejos.

Ensimismada en sus pensamientos, recordó que había ido hasta la cocina en busca de agua. Alargó el brazo, cogió un vaso de cristal y, sin volver a cerrar el armario, lo llenó en el fregadero. El calor comenzaba a ser cada vez menos soportable en aquella primavera, y el agua ya no salía lo bastante fresca de la pila. Abrió el congelador, sacó un par de cubitos de hielo y los añadió.

¡Crash! El agua con hielo apenas permaneció unos segundos en el vaso. El impacto del vidrio contra las baldosas de cerámica reverberó por toda la casa. Sandra lo había dejado caer al salir al pasillo, donde la recibió una densa humareda, que, poco a poco, la fue envolviendo por completo.

—¡Dios mío! —exclamó, sobresaltada, al comprobar que el humo ya invadía todo el corredor.

La orientadora, que padecía anosmia crónica como consecuencia de la Covid-19, no había percibido el olor a quemado. No obstante, la información que le llegaba a través de los ojos era más que suficiente: había un incendio en la casa.

Alarmada, salió corriendo hacia el salón, de donde provenía la humareda, y al entrar se quedó petrificada. El sofá estaba ardiendo. Intensas llamas de tonalidades que recordaban a un intenso atardecer, brotaban del asiento y ascendían casi un metro, proyectando un inquietante juego de luces y sombras sobre las paredes. El fuego se reflejaba en sus retinas como el avance de una película de terror que estaba a punto de devorarla.

Tremendamente angustiada, con el corazón desbocado, rodeó el sofá achicharrado en busca del origen del incendio, decidida a sofocarlo. No dio crédito a lo que vio: su cigarro prendido sobre el reposabrazos. No era el lugar donde juraría haberlo dejado antes de ir a la cocina; el cenicero sobre la mesita central todavía contenía las primeras cenizas de su pitillo.

—¡¿Cómo coño ha llegado esto hasta aquí?! —cuestionó, como si esperara que alguien respondiera a su pregunta.

Se dio la vuelta de golpe, barriendo el lugar con la mirada, pero no encontró a nadie. No entendía qué estaba pasando. El crepitar del rayón al ser abrasado por el fuego le provocó un escalofrío que la devolvió a la realidad. Analizó la situación: era absurdo intentar retirar la colilla del sofá; estaba completamente prendido. Sin embargo, aún podía intentar apagar las llamas Por mucho que quisiera deshacerse de aquellos viejos muebles, no estaba dispuesta a dejar que se quemase la casa entera.

—¡Agua! ¡Necesito agua!

Volvió sobre sus pasos y salió al pasillo, pero no fue capaz de avanzar más. Sus pulmones, saturados de humo, luchaban por seguir cumpliendo su función. Se dobló sobre sí misma luchando por expulsar el dañino gas en un violento ataque de tos. Comenzó a sentirse mareada: el monóxido de carbono, acumulado en la mal ventilada estancia, la estaba intoxicando poco a poco. Decidió cambiar de estrategia. Tenía que salir de allí, abandonar su casa al pasto de las llamas. Debía salvar su vida.

Logró erguirse lo suficiente como para bordear el carbonizado sofá. Al pasar a su lado, sintió cómo el calor de las imponentes llamas acariciaba su piel, rozándola hasta empezar a quemarla. Sin dejar de toser, se alejó hasta llegar a la puerta de entrada. Bajó la manilla para abrirse camino hacia el rellano, hacia el oxígeno, hacia la vida. Nada sucedió; la puerta no se abrió. La llave estaba echada y, lo que era peor, el manojo no estaba en la cerradura.

—¡¿Dónde están las putas llaves?! —lanzó la pregunta al aire, segundos antes de recaer en otro fuerte ataque de tos. Se estaba quedando sin aire, sin tiempo.

«¡Estúpida! ¡No hables! Debes ahorrar todo el oxígeno que puedas», se reprochó a sí misma, consciente de que el fuego acabaría consumiéndolo todo. Cada vez más mareada, empezó a buscar las llaves a lo largo y ancho de la estancia. Rebuscó por todos los lugares que sus mermadas fuerzas le permitían: el bolso, los cajones de la estantería, el suelo… No había ni rastro de lo único que podía salvarle la vida. Estaba atrapada.

Las piernas comenzaron a flaquearle y cayó al suelo. La vista, afectada por el humo que irritaba sus mucosas, se le volvió borrosa.

A pesar de ello, logró localizar el móvil sobre la mesa central, a poca distancia de lo que cada vez parecía menos un sofá. Era su última baza: llamar al 112. Fatigada y ahogada, se arrastró como pudo hasta allí. Durante el agónico trayecto, las llamas, alzadas como siniestros seres al acecho, saltaron a la alfombra que cubría el suelo del vetusto salón, interponiéndose entre ella y su teléfono. No podía cogerlo sin abrasarse, pero si no lo hacía, moriría.

Trató de dilucidar cuál era la mejor manera de llegar hasta él. Cada vez le resultaba más difícil pensar: notaba la mente pesada, ausente. Su cuerpo le pedía a gritos dormir, dejarse caer sobre aquella ardiente pero cómoda alfombra. Mientras se tumbaba, el monóxido de carbono recorría su cuerpo como un ladrón silencioso, impidiendo que el oxígeno llegara a sus células, impidiendo, inexorablemente, que Sandra siguiera con vida.

Capítulo 4

Una noche más, bajo una terrible tormenta que descargaba granizo sin piedad, Samuel corría por las mojadas y resbaladizas baldosas de la acera. Estaba tan concentrado en alcanzar su objetivo que apenas sentía el impacto de los pequeños trozos de hielo contra su cuerpo. Avanzaba como si el mundo ardiera a sus espaldas, huyendo del pasado, intentando cambiar el futuro.

La puerta que daba acceso al edificio de Lucas estaba cerrada. Se aferró al pomo y tiró con todas sus fuerzas, gastando hasta la última gota de energía que le quedaba. No consiguió que cediera. Enloquecido, se desgañitó pidiendo que alguien le dejara entrar hasta que, por fin, una anciana atendió sus súplicas y abrió desde dentro. Voló escaleras arriba como un correcaminos huyendo de su depredador, como un hombre desesperado por salvar a sus alumnos.

Con el corazón desbocado y la respiración totalmente descontrolada, se plantó ante la puerta de la casa de Lucas. Para su alivio, estaba entornada. La empujó, recorrió el angosto pasillo y entró a la habitación donde ya lo esperaba el cuerpo del joven tendido en el suelo, rodeado de botellas y blísteres de medicamentos. A su lado, una reluciente bañera de porcelana completaba la extraña escena. Desde el interior, los ojos de Izan miraban a Samuel sin ningún tipo de expresión. Gritó lleno de rabia: había vuelto a llegar tarde. De repente, percibió un ligero movimiento cerca de la ventana. No estaba solo.

—¿Quién anda ahí? —preguntó Samuel, intrigado a la vez que aterrorizado por la presencia de aquella persona que nunca antes se había encontrado allí.

Por toda respuesta, el intruso se encaramó con una agilidad pasmosa hasta el alféizar de la ventana. La radiante luz de la luna llena iluminó, durante un instante, su rostro. Samuel reconoció enseguida a la dueña de aquella ligera y esbelta figura: Sara. Palideció en cuanto comprendió lo que estaba a punto de hacer.

Avanzó hacia ella sorteando torpemente las botellas y el cadáver de Lucas, pero Sara fue más rápida; en cuestión de segundos saltó y desapareció en la lúgubre oscuridad de la noche.

—¡Noooooo!

Samuel se despertó de golpe, gritando de forma inconsciente aquella palabra, símbolo de su frustración nocturna. Con los ojos aún desorbitados y la frente perlada de sudor, dirigió su primera mirada hacia la ventana. Las hojas estaban abiertas y la persiana, ligeramente subida, dejaba pasar el aire fresco, cada vez más escaso a esas alturas del año. Se tranquilizó: nadie podría saltar por aquella pequeña franja; solo había sido una pesadilla. Una pesadilla que, noche tras noche, se iba completando con las muertes que se sucedían a su alrededor. «Me estoy volviendo loco», se dijo antes de apartar la sábana de su cuerpo.

Desplazó la mirada de la ventana al reloj: marcaba las 8:23. El funeral de Sara comenzaba a las once en punto, así que decidió que no merecía la pena volver a dormirse. Era sábado y le hubiera gustado apurar un poco más en la cama, recuperar horas de sueño, descansar de la vorágine emocional que estaba sufriendo; sin embargo, su maldita mente tenía otros planes: estaba empeñada en jugar con él, en torturarlo. Se desperezó, estiró el cuerpo y salió de la cama.

El autobús lo dejó frente a la verja del cementerio poco antes de las once menos cuarto. Caminó hacia la entrada principal del sacrosanto lugar bajo la atenta mirada del tórrido sol, que lucía casi en lo alto del cielo; una vez más, el universo parecía ajeno al dolor de Samuel. Hacía demasiado calor; se remangó la camisa. El roce de los rayos del sol sobre la pálida piel de sus antebrazos resultó una placentera caricia, que le hizo estremecerse.

La blanca cruz de mármol del monumento a los caídos en la Guerra Civil Española señalaba el punto donde debía encontrarse con Marina. Esperó pacientemente hasta que la vio llegar caminando desde el *parking*. El vestido negro de riguroso luto, que vestía su compañera, realzaba tan a la perfección su esbelta figura que Samuel no pudo evitar quedarse con la boca abierta. A pesar de la inmensa tristeza que empañaba su rostro, Marina estaba preciosa.

Avanzó unos pasos hacia ella y la abrazó en cuanto estuvo a su alcance.

—¿Cómo lo llevas? —preguntó Samuel por pura cortesía; le bastó mirarle a los ojos para reconocer el estado en el que se encontraba.

—Fatal… Estoy muy triste… Todavía no puedo creer que se haya quitado la vida… Tan joven… con todo por delante…

Samuel le acarició la mejilla con dulzura mientras la rodeaba con el otro brazo, encaminándola hacia la capilla.

—Es desolador pensar que es la segunda vez que acudimos a este condenado lugar en una semana para despedir a dos de nuestros alumnos. —Samuel se mostraba más templado por la muerte de Sara, pero no podía quitarse de la cabeza a su adorado Izan.

—Sin olvidar a Lucas… —añadió Marina provocando una punzada en el corazón de su amigo.

—Solo espero que no tengamos que volver a pasar por esto, que podamos terminar el curso sin más sobresaltos. —Samuel todavía no era consciente de todo lo que estaba por llegar.

Caminaron sin soltarse hasta la capilla número uno, donde se celebrarían las exequias, al igual que en el caso de Izan. Lo hicieron en silencio, sin decir palabra alguna; necesitaban paz. En la puerta los aguardaban el resto de sus colegas: Pedro, Raúl, Noemí y Abril. Tras los preceptivos saludos, en los que todos trataron de esbozar fingidas sonrisas, Samuel miró a su alrededor.

Muchos alumnos comenzaban a llegar al lugar, sobre todo de la clase de Sara. A tan solo unos metros se encontraban Rodri y Pablo, junto a otros amigos de su grupo, pero, tras el tenso momento vivido el día anterior con Rodri, Samuel decidió no acercarse a saludar. Un poco más allá distinguió a Lara, Sofía y Desirée, sentadas en un sencillo banco de cemento; de nuevo, no había rastro de Aitana. «¿De verdad tampoco va a venir a este funeral? ¿También le es indiferente la muerte de Sara? ¿Cuál es el problema de esta chica?», se planteó Samuel mientras las observaba.

—¡No me lo puedo creer! ¡Esto es el colmo! —La exclamación de Pedro lo sacó de sus pensamientos.

Su compañero se dirigía hacia dos de los estudiantes del centro: la insoportable África y Dylan, el aspirante a *influencer*. Si Izan

apenas comenzaba a hacer sus pinitos en Instagram, Dylan ya contaba con cientos de seguidores en todo el barrio. Desde su cuenta difundía historias que sucedían en el entorno del IES Unión Europea, un contenido que resultaba muy atractivo para los alumnos; hasta el propio Samuel veía alguna de sus publicaciones de forma esporádica.

Dylan se había llevado más de un parte de amonestación, e incluso alguna expulsión, por narrar públicamente cosas que no debía o por difundir bulos, y estaba a punto de meterse en problemas de nuevo.

—¡Estamos en vivo y en directo en el funeral de Sara Corral! —anunciaba a sus seguidores a través de la cámara de su iPhone. Su marcado acento colombiano evidenciaba su lugar de origen—. Siento no haber podido retransmitir el de Izan, pero he estado unos días enfermo. ¡Os prometo que no vais a perderos nada de lo que pase en el de Sara!

Su móvil, colocado sobre un trípode, transmitía todas y cada una de sus palabras. Se encontraba lo suficientemente cerca como para encuadrar en la pantalla el regordete cuerpo de Dylan y sus anchas ropas. Se atusó sus rizos castaños antes de continuar hablando.

—Aunque estoy a punto de contaros el *salseo* de quién ha asistido y quién no, primero quiero dar la bienvenida a mi invitada especial de hoy: ¡África!

Estiró los brazos para señalar a la joven, como lo haría un gran *showman*, y se echó ligeramente hacia atrás para permitir que África entrara en el campo de visión de la cámara.

—¡Hola, gente! —saludó África con una gran sonrisa dibujada en el rostro, en cuanto se colocó a su lado. No podía negar que le hacía una ilusión tremenda participar en aquella retransmisión.

—Cuéntanos, África. Del uno al diez, ¿qué nivel de tristeza te produce la pérdida de Sara?

—Um… sinceramente… diría que un…

—¡Parad esto inmediatamente!

África, sobresaltada por el grito de Pedro, se apartó de Dylan huyendo de los reproches del profesor.

—¿Por qué? Estoy en un lugar público y puedo grabar lo que me dé la gana. —Dylan se negó a aceptar la orden.

—¡¿Por qué?! ¡Porque es una vergüenza! ¡Estáis rodeados de la familia de Sara, de sus amigos, de la gente que la quiere! ¡Rotos de dolor! ¡Y vosotros aquí rodando para tu maldito canal! —La yugular de Pedro, hinchada por el cabreo, parecía haber cobrado vida propia.

—Tan solo hago un servicio público informando a todos los que no han podido venir —se defendió ante las críticas Dylan.

—Como no dejes de grabar, habrá consecuencias…

—No estamos en el instituto; aquí no tienes poder sobre mí.

Si las miradas pudieran matar, Dylan se habría desintegrado en ese mismo instante. Le había tocado la moral al profesor, y mucho.

—¡Te vas a enterar! ¡Voy a hablar con el director, maleducado!

—Haz lo que quieras… —Dylan se cruzó de brazos; no estaba dispuesto a ceder.

—¡Y voy a llamar a tus padres para que sepan qué clase de persona eres, filmando en un funeral! —vociferó Pedro, fuera de sí, al tiempo que señalaba el móvil con un gesto brusco.

Al hacerlo, fue consciente de que toda la discusión había sido grabada. Tras escabullirse, África se había colocado detrás del trípode y lo había movido estratégicamente para capturar a Pedro dando voces. Medio instituto lo había visto en directo. A Pedro le tentó arrebatarle el teléfono, pero sabía que aquello podría acarrearle repercusiones legales. En su lugar, giró sobre sus talones y se internó en la capilla en busca del director. Samuel, Marina, Abril, Raúl y Noemí lo siguieron, no sin antes dirigir una mirada de reproche y profunda decepción a Dylan y África.

Samuel se sorprendió de lo relativamente vacía que estaba la capilla. En realidad, casi todos los bancos estaban ocupados, y los pocos que quedaban libres se llenarían en cuanto entraran los alumnos que aún permanecían en el exterior. Con todo, no pudo evitar compararla con la multitud que había abarrotado los pasillos y las paredes durante el funeral de Izan. Estaba claro que Sara no era tan popular como su novio. Quizá el hecho de que se tratara de un sábado tampoco había ayudado a que más estudiantes se animaran a asistir.

Poco después de acomodarse, Samuel observó cómo Adolfo entraba en la capilla, seguido de África y Dylan, ya sin grabar. Fuera como fuese, el director, advertido por Pedro, había logrado que el *instagramer* dejara de emitir su *show* en directo. Si algo tenía claro Samuel, era que Adolfo no lo había hecho por la memoria de Sara, sino por proteger la imagen del instituto.

En cuanto entró el féretro con el cuerpo de Sara, acompañado por sus padres, dio comienzo el funeral. Lo oficiaba el mismo párroco que había celebrado el de Izan días atrás; para la mayoría de los asistentes, aquello se convirtió en un *déjà vu* constante, incluida la parte en la que Cristina y Martina transmitieron las condolencias en nombre del instituto.

Fue justo en mitad de sus palabras cuando sucedió lo más destacado del taciturno evento. El himno de España sonó a todo volumen en el teléfono de Adolfo. El director, sonrojado por la interrupción, fruto de su olvido al no silenciar el móvil, sacó rápidamente el aparato de su bolsillo.

—¿Sí? —susurró Adolfo, en el tono más bajo posible mientras se levantaba para abandonar la capilla sin cortar la llamada.

Samuel, avergonzado de trabajar con aquel personaje, se hundió en su asiento y se cubrió los ojos con una mano. Raúl y Noemí se mordieron los labios e inspiraron profundamente en un esfuerzo por contener la risa. No pretendían ser frívolos en un momento como ese, pero la escena les había resultado tan patética como desternillante.

—Como iba diciendo… Sara era una gran compañera. Nunca olvidaremos su gran carisma —continuó con el discurso Martina tras ser apremiada por el cura—, ni lo enamorada que estaba de su novio Iz…

—¡¿Qué?! ¡No es posible! ¡¿Estás totalmente seguro?! —Las exclamaciones de Adolfo al teléfono penetraron al interior de la pequeña iglesia, interrumpiendo de nuevo a Martina.

La gran mayoría de los asistentes al funeral se giró hacia la puerta de la capilla, molestos porque el director rompiera otra vez el emotivo momento y, al mismo tiempo, curiosos por la conversación que llegaba hasta ellos.

—Mira, yo paso… —Las palabras de Cristina, dándose por vencida, se colaron a través del micrófono.

—Sí… ¡Ya sé que eres su marido y que no bromearías con algo así! Perdona, es que estoy muy nervioso… ¡No me lo puedo creer! ¡Es una verdadera tragedia! —Los lamentos del director seguían oyéndose, altos y claros.— Debes de estar destrozado… Cuídate, y mucho ánimo… Nos vemos luego. Gracias por avisar. Adiós.

Todos los presentes aguardaban expectantes el regreso de Adolfo. De sus palabras se desprendía que una nueva desgracia había tenido lugar, y la ansiedad por conocer lo ocurrido se extendía por la capilla. Tan solo el zumbido de los fluorescentes rompía el tenso silencio. Adolfo no los decepcionó: nada más regresar al interior, consciente de que tenía la atención plena de todos, soltó la noticia.

—Sandra, la orientadora, ha muerto.

Un murmullo general de asombro y consternación recorrió la sala. Varias miradas se cruzaron cargadas de incredulidad; no querían creer lo que Adolfo acababa de decir. Aquella revelación hizo que, por unos instantes, todos olvidaran el lugar y el motivo que los había reunido allí.

—¡Hostia! —La sorpresa en la voz de Cristina resonó por toda la capilla a través de los altavoces conectados al micro, que aún sostenía Martina.

El sacerdote, escandalizado, se santiguó con aspavientos al escuchar la blasfemia de la joven. Martina, con gesto de circunstancias pero manteniendo la compostura, desconectó el micrófono y lo dejó sobre el atril. Al fondo de la capilla, Dylan sacó el móvil para grabar lo que estaba sucediendo. ¡Aquello era una bomba informativa!

—¡¿Pero cómo es posible?! ¡¿Qué ha pasado?! —preguntó Hortensia, sobrecogida.

—Un incendio en su casa, ayer por la tarde. —La voz del director sonaba estrangulada. No había duda de que estaba verdaderamente afectado por la pérdida de su amiga.

El espanto se reflejó en el rostro de todos los presentes. Los gritos ahogados se transformaron en un mar de susurros; era inevitable comentar con quienes se hallaban más cerca aquella

escalofriante noticia. Más de uno no pudo evitar que su mente proyectara la imagen del cuerpo calcinado de su compañera, rodeado de llamas.

—¡Ay, Dios mío! ¡Otra muerte en nuestro instituto! ¡Es absolutamente insoportable! ¡Debe de ser obra del diablo! —exclamó Carmela, horrorizada, segundos antes de ponerse a rezar de rodillas sobre el reclinatorio del banco.

Justo en ese momento, el crucifijo de porcelana que descansaba sobre el altar cayó al suelo, provocando un gran estruendo al hacerse añicos. Todos enmudecieron, como si una ola de silencio los hubiera arrasado, como si pensaran que el mismísimo Satanás en persona hubiera cometido tal sacrilegio al ser invocado. El cura no pudo reprimir el instinto de santiguarse dos o tres veces seguidas.

—¡Es el diablo! ¡Viene a por todos nosotros! —Carmela, despavorida, se incorporó y salió corriendo de la capilla.

—A ver… que no ha sido el demonio… Es que mi amiga es un poco torpe y lo ha tirado al apoyarse en el altar… —explicó Martina para que no cundiera el pánico. La tez de Cristina se tornó escarlata; no sabía dónde meterse de la vergüenza.

Samuel, ajeno a todo aquello, todavía intentaba procesar las palabras de Adolfo. Durante la misa había ignorado al cura, como venía siendo costumbre, y se había dedicado a observar a los asistentes: Lucía y Adara, las examigas de Sara, rotas de dolor en la segunda fila; el equipo directivo al completo, presente más por compromiso que por otra cosa; la mayoría del claustro…

Obviamente, se había percatado de la ausencia de su archienemiga, pero lo había achacado a su extrema falta de humanidad. La realidad, sin embargo, era que llevaba varias horas muerta. Samuel no solo no se sentía culpable por haber pensado mal de ella, sino que ni siquiera lamentaba su fallecimiento. Aunque no le deseaba ningún mal a nadie, no podía mentirse a sí mismo: opinaba que el mundo y, concretamente, el IES Unión Europea serían un lugar mejor sin ella.

—Recemos una oración por su alma —propuso la profesora de Religión, que por una vez iba vestida sin su habitual bata blanca.

Hubo un murmullo general de aprobación.

—¡Un momento! ¿Es que acaso hemos olvidado lo que hacemos aquí? —Abril pidió una reflexión a sus compañeros—. Todos estamos muy afligidos por lo que le ha pasado a Sandra y lamentamos profundamente su muerte, pero hoy estamos reunidos para despedirnos de Sara. Tiempo habrá de llorar a Sandra. Sara se merece un funeral digno, no este espectáculo dantesco.

A pesar de la algarabía provocada por el anuncio del director, Abril no dejó de estar pendiente de los padres de Sara ni un instante. Ambos se removían incómodos en sus asientos, perturbados por la interrupción del funeral de su única hija, pero al mismo tiempo incapaces de romper el duelo que había comenzado en muchos de los presentes por la defunción de la orientadora. Abril decidió interceder por ellos, permitiendo que la liturgia siguiera su curso con plena normalidad hasta el final.

Borja abrió uno de los armarios superiores de la cocina haciendo uso del sistema *push-to-open*, que permitía una moderna y lujosa estética sin tiradores. Todos los muebles y electrodomésticos estaban panelados al estilo *shaker* en madera de cerezo, integrándose con naturalidad en el salón, separado de la cocina únicamente por una barra americana cubierta de mármol. A pesar de tratarse de un salón-cocina, la estancia en su conjunto era casi tan grande como la superficie total de las casas de sus amigos. Ocupaba toda la parte baja del chalet, donde vivía junto a sus padres y su hermano pequeño en el elitista barrio de Mirasierra.

La mayoría de las familias del distinguido vecindario llevaba a sus hijos a institutos privados o concertados, pero los progenitores de Borja habían decidido que era mejor para él que se mezclara con gente de clase media; no debía olvidar el origen humilde de su familia. El clan de los Gómez Simarro no había sido rico hasta hacía unos diez años, cuando el patriarca heredó, de forma inesperada, todo el patrimonio de una lejana pariente suiza tras morir sin descendencia. A pesar del empeño de los padres de Borja, no habían conseguido evitar que su hijo se convirtiera en un verdadero esnob.

Borja acababa de obtener el Graduado en Bachillerato y, antes de encerrarse durante casi tres semanas a estudiar la Prueba de Acceso a la Universidad, quería dar una gran fiesta para celebrar su titulación. Sus padres y su hermano se habían ido a pasar el fin de semana al Pirineo, así que tenía la casa libre para hacer con ella lo que le viniese en gana.

Sacó las bolsas de patatas fritas y frutos secos variados, y las llevó hasta la enorme mesa de roble, que llenaba tan solo una tercera parte del inmenso salón. Las abrió con cuidado, procurando no provocar un estropicio que acabara con los víveres por el suelo. Volcó el contenido de cada bolsa en su plato desechable correspondiente y observó el resultado final de su festín.

—Vale, tengo: patatas, frutos secos, aceitunas, tortilla, queso, embutidos, croquetas, refrescos y alcohol… Solo falta que lleguen las pizzas.

Sonó el timbre de la puerta. Borja comprobó la hora en su carísimo Rolex: eran las 22:04.

—Llegan temprano… —murmuró, casi enfadado, mientras se dirigía hacia el recibidor.

Aunque la hora de inicio oficial de la fiesta eran las diez en punto de la noche, el anfitrión contaba con que sus amigos se retrasaran, al menos diez o quince minutos, lo que le otorgaba un tiempo extra para terminar de prepararse.

Antes de abrir la puerta, se detuvo durante unos largos segundos frente al espejo del vestíbulo. Se recolocó con esmero el cuello de su costosa camisa de El Ganso y se atusó la melena como pudo. No le había dado tiempo a peinarse como era debido, pero no le quedaba otra que recibir a sus invitados.

—¡Qué pasa, *bro*! —saludó Rodri en cuanto Borja abrió la puerta.

—¡Ese Rodri! —le devolvió el saludo Borja dándole la mano.

Rodri accedió al interior de la casa dejando tras de sí a Pablo, que esperaba su turno para dirigirse a su colega.

—Buenas, *bro*. Gracias por la invitación.

—De nada, hombre. Adelante.

Sin más dilación, el dueño de la casa los guio hasta el salón, donde los invitó a servirse su primera copa.

—¡Wow! ¡Vaya pedazo de casoplón que tienes! —admiró Rodri, totalmente boquiabierto, sin poder dejar de observar cada rincón.

—¡¿Y qué me dices de esta tele, *bro*?! ¡¿Cuántas pulgadas tiene esto?! ¡Es puto enorme! —Pablo, por su parte, no era capaz de apartar la vista del magnífico televisor de pantalla plana que, junto con el sofá de diseño de cuero, presidía otra tercera parte de la estancia.

—Cien pulgadas —contestó con orgullo Borja, acariciando con mimo su precioso plasma.

—¡Joder! Tiene que ser la hostia ver los partidos de fútbol aquí. ¡Ya podías habernos invitado antes! —le reprochó Rodri.

Borja se rio ante el comentario de su amigo. Estaba totalmente satisfecho y feliz de poder alardear del dinero que tenía.

—Pues es que mis padres no suelen dejarme la casa sola… Esto ha sido un premio por haber aprobado limpiamente el Bachillerato. ¡Así que aprovechémoslo! ¿Voy a tener que insistir en que os toméis una copa?

—No seré yo quien te haga el feo…

Rodri se dirigió hacia el minibar, donde se encontraba todo el arsenal alcohólico de Borja. Se maravilló ante la cantidad de opciones que tenía delante: ron, ginebra, whisky, vodka…

—Si prefieres cerveza o sangría, están en la nevera —le indicó Borja ante la indecisión de su amigo.

—Venga, sí, vamos a empezar flojito —determinó al fin Rodri sacando una lata de cerveza del frigorífico.

—¿Tú no quieres nada?

—No tengo muchas ganas de beber… —confesó Pablo al tiempo que se sentaba, apático, en una de las sillas de la barra americana. Dejó su bandolera sobre el mármol.

—¿Y eso? —se interesó el anfitrión.

Pablo se encogió de hombros. No le apetecía aguar la fiesta dando explicaciones sobre sus movidas.

—Está rayado por la muerte de Izan —esclareció Rodri antes de tirar de la anilla de la lata.

—Bueno… todos lo estamos… Y más vosotros, que erais sus mejores amigos… Es normal, *bro* —empatizó Borja.

—Es que no me parece bien estar en una fiesta cuando hace tan solo dos días que lo hemos enterrado —se expresó por fin Pablo sin levantar la mirada de la barra americana. Hacía días que su rostro estaba sumido en la oscuridad; su habitual y luminosa sonrisa había desaparecido.

—Entiendo lo que dices… La verdad es que ha sido mala suerte que haya muerto justo cuando me he graduado, pero no puedo hacer la celebración otro finde, ya que tengo que ponerme a estudiar para la PAU.

La mirada de Pablo se endureció al escuchar el comentario de Borja. No daba crédito a lo que su colega acababa de decir.

—Creo que calificar de mala suerte lo que le ha ocurrido a Izan no es lo más acertado. Me piro de aquí —respondió agriamente Pablo antes de bajar del taburete de metal.

—¡No, no! —Rodri abandonó su cerveza sobre la encimera y fue en busca de su amigo. De ninguna manera iba a permitir que se marchara—. *Bro*, yo también estoy muy triste y lo echo mucho de menos, pero estoy seguro de que él querría que estuviéramos aquí, que nos divirtiéramos en su nombre. ¡Ya sabes lo mucho que le gustaba una buena fiesta!

—Eso es verdad... Era el más fiestero de todos —tuvo que reconocer Pablo.

—¿Pues qué mejor manera de honrarle que dedicarle un fiestón? —trató de persuadirlo su colega—. Pondremos sus canciones favoritas, haremos un brindis en su honor…

—E incluso podéis dedicarle unas palabras —añadió el anfitrión dando un golpecito cariñoso en el hombro de Pablo.

—Vale —aceptó quedarse Pablo—. Aunque también habría que hacer algo por Sara. No olvidemos que era su novia.

—¡Por supuesto! ¡Lo que haga falta! ¡Mi casa es vuestra casa! Además, yo también quería mucho a Sara.

—Va, ¿te saco una cervecita y te la tomas conmigo? Eso te animará —le ofreció Rodri casi arrastrándolo de vuelta a la cocina.

—Venga… — accedió Pablo, no muy convencido.

El timbre del hogar de los Gómez Simarro libró a Pablo de tomarse aquella bebida alcohólica que tan poco le apetecía en ese

momento.

—¿Podéis abrir vosotros? Es que tengo que terminar de arreglarme. Pueden ser más amigos o el pizzero. Las pizzas ya están pagadas, pero dadle propina. Luego os doy el dinero.

—Claro, *bro* —aceptó el encargo Rodri, aunque no pensaba darle ni un solo céntimo al repartidor.

La subinspectora Villar cruzó la oficina principal de la Comisaría Nacional de Policía del distrito de Las Parras. Mientras caminaba con cierta celeridad, volvió a reflexionar sobre lo fría y poco acogedora que le resultaba aquella dependencia.

Los sobrios escritorios laminados de madera beige, repartidos de forma desordenada por todo el lugar, estaban atestados de montañas de papeles de casos por resolver; solo las pequeñas imágenes de familiares le daban un toque de calidez. Las blancas paredes, que le recordaban a las asépticas superficies de los hospitales, únicamente rompían su monotonía con los corchos donde se colgaban documentos importantes: mapas del barrio, fotografías de delincuentes buscados o esquemas de determinados casos.

Al llegar a la mesa del inspector De la Fuente, soltó sobre ella la carpeta azul que sostenía en su mano derecha. El sonido del dosier al caer en su escritorio logró que el inspector levantara la vista del periódico que estaba ojeando. Se incorporó de su silla giratoria para leer las palabras escritas sobre la pegatina central del portafolios.

—Caso Unión Europea. ¿Qué es esto?

—El comisario me lo ha dado para que lo investiguemos. Estamos al cargo.

—Será "estoy", porque te recuerdo que aquí el inspector soy yo. Tú estás bajo mis órdenes —espetó De la Fuente de forma bastante desagradable.

La subinspectora Villar observó al que iba a ser su compañero en aquel asunto. Siempre había sentido repugnancia hacia sus toscas maneras, sus comentarios machistas, su áspera voz, su inmensa tripa cervecera, su kilométrica calva y, sobre todo, sus lascivas miradas. No se le escapaba cómo el inspector deseaba a toda mujer

joven que se paseara por la oficina. Eso la incluía a ella: una mujer recién entrada en la cuarentena, con un envidiable y atlético físico, un rostro bastante agraciado y una larga melena castaño claro, que solía llevar recogida en una cómoda coleta.

—Y aun así es a mí a quien le ha entregado y explicado el dosier —le devolvió el golpe Villar.

—Bueno, porque habrá visto que yo estaba ocupado con… —El inspector barrió con la mirada su escritorio buscando algo que justificara que el comisario no hubiera querido molestarlo, pero todo lo que había era el periódico, su móvil y un táper con los restos de su cena—. Da igual, a partir de ahora yo estoy al mando.

—Por supuesto —accedió la subinspectora Villar sin rebatirle. Por mucho que ella pensara que le daba mil vueltas a De la Fuente, la jerarquía de sus cargos estaba más que clara.

—Bien. Cuéntame de qué va esto —ordenó más que pidió el inspector señalando con la cabeza la carpeta que se encontraba sobre su mesa.

La subinspectora se sentó en una de las sillas vacías que había al otro lado del escritorio.

—El caso Unión Europea engloba tres muertes que han ocurrido a lo largo de esta semana: martes, jueves y viernes, si no me equivoco. Tú acudiste a los tres escenarios, puesto que ocurrieron en el turno de tarde.

—Sí… He tenido una semana movidita; no le dejan tranquilo a uno…

—La cuestión es que el comisario se ha dado cuenta de que, a pesar de ser, en principio, sucesos independientes unos de otros, todos tienen algo en común: las tres víctimas son miembros de la comunidad educativa del IES Unión Europea. —A Villar le hubiera encantado añadir que, por el contrario, el inepto del inspector no había advertido dicha conexión.

—¡En ese instituto estudiaron mis hijos! El director es un buen tipo. Antes de que ascendiera, fue tutor de uno de ellos —afirmó el inspector colocándose ambas manos sobre su notable panza.

—¿Lo conoces? Entonces quizás podríamos hablar con él y…

—Frena, frena. Antes de molestarlo a él también, recuérdame qué casos son los que le afectan.

La subinspectora Villar suspiró. «¿No puedes coger la carpeta que tienes enfrente de tus narices y mirarlo tú mismo?», quiso soltarle a su superior directo, pero, por motivos obvios, no podía hacerlo. Abrió el portafolio y sacó tres informes, que colocó uno al lado del otro.

—La primera víctima fue Izan Ferrer. Murió electrocutado en su casa —dijo, señalando la foto del joven.

—Se le cayó el secador en la ducha. Un accidente.

—La segunda fue Sara Corral. Se suicidó dos días después, también en su casa.

—Esa chica era la novia de Izan. Se tiró por el balcón al no poder soportar su muerte. Una tragedia, pero no hay delito —informó de los hechos el inspector sin quitar ojo de la imagen de Sara.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de la subinspectora al ser consciente de que el depravado de su jefe se estaba deleitando con la foto de una adolescente fallecida.

—La tercera y última, Sandra Fernández, murió en su hogar a causa de un incendio —terminó Villar dejando al margen sus pensamientos sobre el inspector.

—La autopsia determinó que murió por inhalación de monóxido de carbono. Estamos pendientes del informe pericial para saber cuál fue el origen del fuego.

—Ya ha llegado —anunció la subinspectora a la par que pasaba varias páginas del expediente. Señaló con el dedo el lugar exacto donde se explicitaba la causa del incendio—. Una colilla prendió el sofá.

—Otro accidente. ¿Entonces qué quiere que investiguemos el comisario si no hay ningún homicidio? —protestó De la Fuente. No entendía el interés de su superior por tres casos que hasta un policía novato podría dar por resueltos.

—Izan y Sara eran alumnos del mismo instituto en el que Sandra trabajaba como profesora. ¿No te parece, como mínimo, algo sospechoso?

—Pura casualidad —opinó el inspector cerrando la carpeta tras volver a introducir los tres informes dentro—. No hay caso.

Villar puso los ojos en blanco. Aunque estaba de acuerdo en que, a priori, el caso no parecía tener excesivo fundamento, no estaba dispuesta a darle carpetazo sin analizar todas y cada una de las pruebas. Había llegado a sus oídos que, en sus tiempos, De la Fuente había sido un excelente detective; ahora, a punto de jubilarse, sus ganas de trabajar parecían haberse esfumado. No confiaba del todo en las disquisiciones que este había realizado sobre las tres muertes.

—El comisario nos lo ha encargado, así que estamos obligados a revisar todos los datos para poder desestimar el caso —le recordó su deber la subinspectora. Estaba haciendo un verdadero esfuerzo por mantener la calma y ser respetuosa con su superior.

—¡Maldita sea! —accedió De la Fuente volviendo a abrir el dosier —. ¡A las once en punto termina mi turno y no pienso estar aquí ni un minuto más!

Consumida la cena y tras unas cuantas copas de alcohol por cabeza, la fiesta de graduación se había trasladado a la piscina de Borja. El dueño de la casa había logrado congregar allí a dieciocho personas, todos ellos chicos, la mayoría de su curso. Los jóvenes estaban en bañador o completamente desnudos, según el grado de desinhibición que cada uno hubiera alcanzado, lo que, a su vez, dependía del número de cubatas ingeridos. La idea inicial de Borja era acudir a una de las discotecas más famosas de la ciudad después de beber un rato en su casa, pero, como no todos los presentes eran mayores de edad, los había convidado a acudir con traje de baño.

Rodri no había bebido mucho, así que todavía conservaba su ropa. En cambio, Pablo, que se había ido animando conforme avanzaba la noche, estaba como Dios lo trajo al mundo. Ambos conversaban animadamente dentro de la piscina con Nacho, uno de los chicos de 1.º de Bachillerato. Borja, mientras tanto, se dedicaba a hacer largos tratando de ganar el reto de velocidad que le habían

propuesto otros amigos. Justo cuando estaba a punto de perder, sonó el timbre de la puerta.

—¡Salvado por la campana! —gritó antes de salir de la piscina con gran agilidad. Se puso el primer bañador que encontró, ya que no logró dar con el suyo, y se dirigió hacia la entrada.

—¡Eh! ¡Eh! ¡Has perdido! ¡Te toca hacer el hidalgo! —Uno de sus colegas fue detrás de él; no estaba dispuesto a perdonarle su penalización. A su paso, dejó un reguero de vodka con naranja que se derramaba de su vaso, que no soltaba ni con aguarrás.

—¿Quién será a estas horas? —preguntó Rodri al tiempo que daba impulso a la hélice de la gorra de colores que llevaba Nacho.

—Puede que algún vecino haya llamado a la policía por la música, *bro* —se le ocurrió a Nacho, quien no podía dejar de moverse al ritmo de la canción de Bad Bunny, que sonaba a todo volumen.

—¡Joder! Pues si es la poli, yo me sumerjo en el agua y hago apnea hasta que se piren —decidió Pablo. Por nada del mundo quería que sus padres llegaran a enterarse de que estaba bebiendo alcohol siendo menor.

—¡Qué dices, *bro*! ¡Si no aguantas la respiración una mierda! Y menos ahora, que vas borracho —se mofó Rodri.

—¡¿Qué no?! ¡Sujétame el cubata!

Pablo, picado por el comentario de su colega, le dio su vaso a Nacho y hundió la cabeza bajo el agua. No habían pasado ni unos pocos segundos cuando Pablo volvió a emerger, muy agobiado. Abrió la boca con ansiedad para capturar la mayor cantidad posible de oxígeno.

—¿Lo ves, pringado? —lo vaciló Rodri antes de hacerle una ahogadilla.

Enseguida comenzó una intensa batalla acuática entre ambos.

—¡Eh, eh! ¿Sabéis lo que hacen en las prácticas del Grado en Veterinaria? Vais a flipar… —comentó Nacho pretendiendo frenar aquella violencia.

Solo dejaron de pegarse cuando Borja reapareció en el jardín, rodeado de siete chicas. Algunas eran del instituto, como África, pero a otras no las conocían. Un rumor poco discreto recorrió toda la piscina; los invitados de Borja no esperaban compañía. Pablo se tapó

instintivamente sus partes pudendas con las manos; Nacho, por su parte, se quitó la gorra. La presencia femenina los había hecho sentirse ridículos.

—¡Como veis, os tenía guardada una sorpresita! —les dijo el dueño de la casa señalando a las jóvenes.

—¿No se suponía que era una fiesta solo para tíos? —protestó Rodri, a quien se le había cortado el rollo con aquella intromisión.

—Inicialmente sí, pero luego pensé que la presencia de las chicas le daría más vidilla al asunto —confirmó Borja con una pícara sonrisa.

Algunos de los amigos del anfitrión estuvieron totalmente de acuerdo con él y no dudaron en manifestarlo:

—¡Bien pensado, *bro*!

—¡Así, sí!

—¡Claro que sí! ¡Bienvenidas!

—¡Pasad, pasad! ¡No seáis tímidas!

Una de las jóvenes comenzó a quitarse el vestido, consciente de que tenía la atención plena de todos los allí presentes. Cuando el tanga y el estrecho top, que conformaban su bikini rosa, quedaron al descubierto, empezaron a aflorar los instintos más básicos de los chicos.

—¡Ahora sí que empieza la fiesta! —comentó Nacho dando un codazo cómplice a Pablo, que en ese momento no podía quitar las manos de su entrepierna bajo ningún concepto.

A las nueve menos cuarto del domingo, Samuel ya había terminado su desayuno *fit*, compuesto de *porridge* de avena y una tostada de pechuga de pavo con tomate y un chorrito de aceite de oliva virgen extra. Sin molestarse en fregar los platos, se sentó en el sofá de su pequeño piso, dispuesto a investigar la cuenta de Instagram de Dylan. Le había vuelto a ver sacar el teléfono durante el entierro de Sara y quería comprobar cuánto material había colgado en redes.

Se acomodó, colocando un cojín tras su espalda, y encendió el móvil. Nada más acceder al perfil, descubrió que su alumno había

subido varias *stories*; sin embargo, cuando iba a proceder a verlas, recibió un *wasap* de Marina:

"Veo que al final has decidido no venir al funeral"

Samuel se sintió mal de inmediato por haber mentido a Marina y al resto de sus amigos. Les había dicho que, dadas las circunstancias de su último encuentro con Sandra, dudaba si acudir al entierro o no. No obstante, la realidad era que desde el primer momento tuvo claro que no pensaba asistir. Sandra le había hecho mucho daño con sus palabras y no se merecía que subiera a Torrero a mostrarle sus respetos, un respeto que ya no le tenía. ¿Por qué no se lo había manifestado claramente a sus compañeros? Le daba miedo que pensaran que le daba igual su muerte, algo que, por otro lado, era cierto.

"Así es"

"Sabes lo cruel que fue conmigo el último día"

"No quiero ser un falso apareciendo por ahí"

Marina empatizó con él:

"Lo entiendo"

Samuel se tumbó en el sofá antes de curiosear:

"Quién ha ido?"

Marina no tardó en informarlo:

"Está prácticamente todo el claustro"

El profesor comenzó a preocuparse por su imagen:

"Me estás diciendo que voy a quedar fatal, no?"

Marina le quitó importancia:

"Bueno…, lo más probable es que la mayoría no se den cuenta…"

Samuel no estaba tan seguro:

"Anda ya! Con lo cotillas que son todos!"

Su amiga bromeó:

"¿Son o somos?"

Samuel le envió el emoji de la carita sacando la lengua antes de volver a teclear:

"Han ido alumnos?"

Marina respondió:

"De momento no veo a ninguno"

"Luego te cuento, que empieza la misa"

—No me extraña que no haya ido ninguno… —pensó Samuel en voz alta. Según sus fuentes estudiantiles, Sandra estaba en el top tres de los profesores más odiados del instituto.

Retomó su actividad detectivesca en el Instagram de Dylan. Pulsó sobre la primera de las *stories*: se trataba de su compañero Pedro discutiendo con el propio Dylan. El tremendo enfado de Pedro traspasaba la pantalla; estaba fuera de sí. A Samuel le pareció especialmente sucio que Dylan, además de emitirlo en directo, lo hubiera subido para que todo el mundo pudiera verlo, como mínimo, durante veinticuatro horas más.

—Verás cuando se lo cuente a Pedro… —Sabía lo mucho que se iba a cabrear su amigo.

Decepcionado con Dylan, pasó a la segunda publicación. En ella podía observarse la entrevista que, tras el primer intento frustrado por Pedro, le había hecho a África en el funeral:

> *"Diría que un seis… Sí, ese es el número del uno al diez que mejor define cuánta pena me produce su muerte. A ver… la chica era maja, muy simpática; siempre me dejaba copiar sus deberes. Pero los últimos meses vivía por y para Izan. Estaba encoñada, vamos, y desapareció, así que… tampoco la voy a echar tanto de menos, porque ya casi no hablábamos, ¿sabes?"*

Aburrido por la absurdez de los comentarios de África y de las preguntas de Dylan, pulsó sobre la siguiente *story*: el momento en el que Adolfo transmitía la noticia de la muerte de Sandra. «¡Menudo show se montó! ¡Pobre Sara! ¡Ni siquiera la hemos podido enterrar en paz!», pensó Samuel mientras rememoraba la escena a través del vídeo. No pudo evitar reprimir una carcajada al ver a Carmela huyendo despavorida tras la caída del crucifijo. Le sentó de perlas reírse de aquella manera y aislarse de todo su dolor durante unos segundos; les debía una a Cristina y a Martina.

Entró en la siguiente historia, donde Dylan volvía a entrevistar a alguien: Aitana. El entorno en el que transcurría parecía ser el parque del barrio del instituto.

—No te has dignado a ir al entierro, pero sí que tienes tiempo para preguntitas… En fin, veamos qué es lo que tienes que decir… —comentó Samuel, bastante perplejo por la actitud de su alumna durante los últimos días.

"Pues mira, no he ido al funeral porque la muerte de Sara no me produce ninguna tristeza. Sí, así de claro te lo digo. Si quería al tipejo de Izan, aun conociendo los comentarios tan feos que hacía sobre mí y mis amigas, es que ella era igual que él. ¡Qué les vaya muy bien a los dos tortolitos en el otro mundo!"

Samuel sacudió la cabeza; no podía creer lo que acababa de escuchar. Una de sus alumnas favoritas acababa de reconocer, ante todo el mundo, que le daba absolutamente igual el deceso de Sara y, además, no se cortaba a la hora de criticar a Izan. ¿Acaso había pensado en el daño que podía hacer con esos comentarios tan fuera de lugar? Samuel se sentía profundamente defraudado; comenzaba a plantearse hasta qué punto conocía de verdad a sus pupilos.

Al clicar en la última publicación, Samuel se incorporó del sofá como si de repente se hubiera clavado una aguja en el trasero. En el vídeo podía verse al propio Samuel llegando al funeral abrazado a Marina. Para darle una vuelta de tuerca, Dylan había añadido a la escena varios corazones y un texto que indicaba que aquello era la confirmación de su noviazgo.

—¡Esto es increíble! ¡¿De qué va este tío?! ¡Mañana le cae un parte de amonestación como una casa!

El profesor estaba totalmente indignado; su desconcierto daba paso a un enfado cada vez mayor. Aquello era una mentira, una burda manipulación de los hechos. «¡¿Pero cómo se puede aprovechar así de un momento de dolor?!», reflexionó. Sin dejar de dar vueltas por el salón-cocina, se puso a leer los comentarios de otros usuarios sobre la grabación:

"Uuuuuuhhh"
"Pillados!"
"X mucho q lo nieguen todos lo sabiamos"
"Que buena pareja hacen!"
"Como aprovecha el Samu para meter mano eh?"

Los ojos se le salieron de las órbitas con la última frase. ¡Ya era demasiado! ¡Se habían pasado! Se sentó de nuevo en el sofá, hizo una captura de la publicación y se la envió a Marina, haciéndola partícipe de su malestar:

"Te puedes creer lo que ha subido Dylan?"

"Da igual que hayamos negado cuarenta veces que seamos pareja; ellos siguen erre que erre!"

"Qué paciencia, de verdad!"

Marina, muerta de aburrimiento en las que ya eran sus terceras exequias en menos de una semana, accedió al *wasap* que le había enviado Samuel en cuanto notó la vibración del móvil. Se quedó totalmente perpleja: era incapaz de comprender cómo un alumno podía traspasar esa línea roja de una forma tan descarada. Quitó la imagen de la pantalla enseguida; no quería que sus compañeros la vieran y que aquello diera pie a abrir un debate sobre su relación con Samuel. Contestó a Samuel de forma aséptica:

"¡Es alucinante!"

"¿Cómo se atreve a publicar eso?"

"Hay que dejarle claro que no vamos a tolerar este tipo de cosas"

Lo que de verdad le hubiera gustado decirle a Samuel era que el único que aún no se daba cuenta de que había algo más que amistad entre ellos era él. No se atrevió a dar el paso; ya llegaría el momento oportuno.

Los rayos de sol, que entraban por el inmenso ventanal, rozaron con delicadeza el rostro de África hasta lograr despertarla. Sus ojos, recién abiertos, reflejaron enseguida el profundo malestar que sentía: tenía resaca. Se llevó la mano a la dolorida cabeza. Notaba la boca absolutamente reseca y la vejiga a punto de explotar; necesitaba ir al baño y beber agua, en ese orden. Se levantó de la cama con pereza y se estiró. De repente, fue consciente de que no reconocía la habitación en la que se encontraba. Giró sobre sí misma para estudiar aquel lugar. Emitió un grito ahogado al descubrir que no estaba sola: su amiga Carla dormía plácidamente sobre el mismo

colchón. Por fin, cayó en la cuenta de que había pasado la noche en casa de Borja.

«Un momento… yo anoche eché un polvo… ¿Fue con Carla?», se le pasó por la mente sin poder evitar una cara de repelús. Su memoria, que no se había visto afectada por el exceso de alcohol, fue reconstruyendo poco a poco los hechos de la fiesta, desde que había llegado hasta que se había desvelado. No, no había tenido sexo con Carla, sino con un tío. Después de desfogar, ambos habían vuelto a la celebración, motivo por el cual no habían hecho la cucharita.

Tras hacer una breve parada en el baño, África bajó las escaleras hasta la cocina. Buscó un vaso limpio y lo llenó con agua del grifo; se lo bebió de un tirón. Logró calmar la sed, pero no la jaqueca. Decidió salir a la terraza; el aire fresco le sentaría bien. Al pasar por el salón, observó a Rafa, uno de los alumnos de 2.º de Bachillerato, dormido en el sofá. Siempre había envidiado la piel morena de aquel chico, que delataba su evidente origen latino. Sintió la tentación de despertarlo soplándole al oído. Se contuvo: su inflamada cabeza necesitaba tranquilidad y silencio.

Un silencio que duró poco. El chillido que soltó África al acceder al jardín fue ensordecedor: acababa de descubrir el cuerpo de uno de los chicos flotando boca abajo en la piscina.

—¡Ayuda! ¡Ayuda! —gritó a pleno pulmón, incapaz de moverse del sitio; se había quedado clavada de la impresión.

Rafa salió enseguida, casi arrastrándose. Sin duda, los efectos del alcohol también habían hecho mella en él.

—¿Qué pasa? —preguntó, extrañado y todavía adormilado, mientras se quitaba las legañas.

—¡La piscina! ¡La piscina! —balbuceó África a duras penas, sumida en el escalofrío del hallazgo—. ¡No se mueve!

Localizar el cuerpo inmóvil sobre el agua consiguió que Rafa se despertara del todo. Corriendo y con el corazón acelerado, se tiró de cabeza a la piscina. Emergió y, con un par de brazadas, llegó hasta él. Tosió; había tragado agua al lanzarse por puro instinto, pero eso no importaba en aquel momento. Sintió un escalofrío al tocar aquel cuerpo helado. No fue un trabajo fácil darle la vuelta: el peso de

aquella persona resistía, la piel resbalaba bajo sus manos y sus propios brazos temblaban por la tensión y el miedo

—¡Borja! —exclamó, horrorizado, al reconocer a su amigo.

—¡Comprueba si respira, inútil! —le ordenó África, que seguía petrificada.

Torpe y nervioso, Rafa colocó los dedos índice y corazón sobre el cuello de su colega, aunque no era necesario. El aspecto ceroso y violáceo de su piel, y la hinchazón de su cuerpo, no dejaban lugar a dudas: estaba muerto.

Capítulo 5

El inspector De la Fuente dormía a pierna suelta en su casa del céntrico barrio del Murete cuando sonó su móvil del trabajo. Volvió la cabeza hacia su mesilla y abrió un solo ojo: quería comprobar si de verdad lo estaban llamando o si lo había soñado. Verificó que el aparato tenía la pantalla encendida y que emitía aquella dichosa canción de Elton John que le había puesto su mujer y que no le gustaba nada. «Tengo que aprender a cambiar el tono de una maldita vez», pensó al tiempo que sacaba el brazo de entre las sábanas para agarrar el teléfono. Ya con los dos ojos abiertos, leyó el nombre de la persona que lo estaba molestando un domingo.

—Villar… ¿Qué quieres? —contestó de mala gana tras descolgar.

—Inspector, ha habido una nueva muerte esta noche. Acaban de…

—¡¿Y qué coño me importa a mí?! ¡Es mi día libre!

De la Fuente escuchó cómo la subinspectora suspiraba al otro lado del teléfono.

—Lo sé, pero está relacionada con el caso Unión Europea…

—¡Me da igual! No trabajo en mi día libre; es mi derecho constitucional. Encárgate tú y me lo cuentas mañana. —De la Fuente profirió un profundo y sonoro bostezo.

—El comisario quiere que vayamos los dos —Villar le dejó claro de dónde venían las directrices. Si de ella dependiera, acudiría sola al lugar de los hechos antes que con aquel vago patriarcal.

—El comisario sabe que no hago horas extras. Mañana hablamos.

Colgó la llamada y devolvió el móvil a la mesilla tirándolo con tan mala leche que a punto estuvo de derribar la lámpara. Lo había cabreado sobremanera que lo despertaran de aquella forma, ¡con lo mucho que necesitaba descansar! Cerró los ojos y acomodó de nuevo la cabeza sobre su almohada viscoelástica.

Justo cuando estaba a punto de volver a caer en los brazos de Morfeo, el teléfono sonó por segunda vez. Por su mente empezaron

a desfilar todo tipo de improperios. Se giró malhumorado hacia la mesilla, asió el móvil de un manotazo y contestó vociferando:

—¡Te he dicho que me dejes dormir en paz! ¡Joder!

—¡Son las diez menos diez de la mañana! ¡Levántate ya, pedazo de gandul! Te quiero en media hora en la localización que te voy a mandar por WhatsApp. ¡Mueve el culo!

El inspector de la Fuente abrió los ojos como platos al reconocer la voz del comisario Bermejo. Había contestado tan enfadado que ni siquiera había comprobado quién lo llamaba. Se incorporó inmediatamente en la cama, acobardado por el tono de su superior. No estaba acostumbrado a que quien había sido su compañero de patrulla durante varios años le hablara de aquella forma.

—Sí, señor. Allí estaré —accedió a la orden de forma sumisa.

Lanzó el móvil a la cama y comenzó a vestirse con lo primero que encontró: una camisa de rayas moradas, un traje azul oscuro y una corbata de tonos verdes. Por lo general, era su mujer quien le preparaba la ropa; él no tenía ni idea de cómo combinarla. Todavía con el nudo de la corbata a medio hacer, abrió la puerta del dormitorio y le gritó a su esposa:

—¡Teresa! ¡Hazme el desayuno! —No pensaba irse con el estómago vacío, ni tampoco prepararse él mismo la primera comida del día.

Media hora más tarde, el inspector hacía su aparición en el chalet de los padres de Borja. Enseguida quedó embelesado con los amplios espacios y el enorme televisor del salón. Se sintió tentado de tumbarse en el sofá para ver, en diferido, el último partido de los Lakers, pero, por mucho que le pesara, el deber lo reclamaba. Miró a su alrededor tratando de encontrar a la subinspectora Villar, hasta que por fin la distinguió a través de los grandes ventanales que daban al jardín. Se dirigió hacia allí sin excesiva prisa.

—Villar… —anunció su presencia De la Fuente al llegar junto a ella.

La subinspectora se volvió hacia él y lo observó de pies a cabeza. Hizo un gran esfuerzo por reprimir la risa al contemplar el estrafalario *look* de su jefe.

—¡Ah! Ya estás aquí, genial. El agente Martínez me estaba contando lo que había ocurrido. —Señaló al joven policía que estaba a su lado—. Vuelva a empezar, por favor.

El agente accedió a la petición de la subinspectora, aunque le daba cierta pereza tener que relatar los hechos otra vez.

—A las 09:36 horas, el 112 recibió un aviso desde esta dirección alertando del hallazgo de un cuerpo sin vida. Se trasladó la información a la central de la Policía Nacional, desde donde se comunicó por radio a las patrullas. Mi compañera y yo estábamos a unas manzanas y acudimos enseguida. Nos abrieron la puerta dos sujetos —echó un breve vistazo a su pequeña libreta para recordar sus nombres—: África Peral Somolinos y Rafael Moreira Martos. Nos condujeron hasta el cadáver, ubicado en la piscina.

De la Fuente buscó por encima del hombro de la subinspectora hasta localizar el cuerpo, ya fuera del agua; hasta ese momento le había pasado totalmente inadvertido. El policía esperaba cortésmente a que el inspector terminara de observar la escena para proseguir con la narración. Sin embargo, algo había captado la atención de De la Fuente.

Villar, curiosa por aquello que lo tenía tan ensimismado, se volvió y pronto lo entendió: estaba desnudando con la mirada a la joven y agraciada compañera del agente Martínez, que se encontraba junto al cadáver, al lado del médico forense.

—Ejem, ejem —se aclaró la garganta la subinspectora para llamar la atención de su jefe con disimulo. En cuanto De la Fuente volvió a centrarse en la conversación, se dirigió al agente: —Continúe.

—Un poco más tarde llegaron los paramédicos, que, efectivamente, verificaron la muerte del sujeto. Se trata de Borja Gómez Simarro, de dieciocho años, residente en esta casa. Tras avisar a la jueza y al médico forense, peinamos el chalet. Encontramos a otros tres jóvenes durmiendo en distintas habitaciones. —El agente recurrió otra vez a su libreta—: Carla Camacho García, Ignacio Sariñena Larrondo y Diego Cristóbal Abad. Todos son menores, salvo el último mencionado. Les hicimos bajar y ahora están sentados en aquellas hamacas, a la espera de ser interrogados.

Tanto Villar como De la Fuente siguieron con la mirada la dirección que señalaba el dedo del agente. La jueza, que acababa de llegar, se cruzó en su campo de visión.

—Yo hablaré con los testigos. Tú encárgate de la jueza y del forense —ordenó el inspector a su subordinada.

A Villar le extrañó el repentino e impetuoso interés del inspector por hacer su trabajo, cuando lo habitual habría sido que intentara librarse de hacer las tareas más difíciles. Comprendió enseguida cuál era su motivación: las dos jóvenes que estaban en las hamacas vestían ligeros y cortos pijamas, que, sin duda, lo estaban encendiendo.

—Si no te importa, me gustaría escuchar la declaración de los implicados. —De ninguna manera iba a permitir que De la Fuente se quedara a solas con aquellas menores.

El inspector puso cara de pocos amigos, pero accedió. Juntos se encaminaron hacia las tumbonas. Carla y África compartían una; Diego y Joaquín, otra; y Rafa se había sentado en el suelo, en medio de ambas. La subinspectora recogió dos toallas que estaban tiradas en otra hamaca y se las entregó a las chicas nada más llegar:

—Tapaos, que hoy ha refrescado.

El rostro de De la Fuente reflejó el desagrado que le provocaba la inoportuna decisión de su compañera.

—Somos el inspector De la Fuente y la subinspectora Villar —se presentó—. Queremos haceros unas preguntas acerca de lo ocurrido. ¿Entendido?

Los jóvenes asintieron, un tanto asustados al encontrarse en unas circunstancias totalmente desconocidas para todos ellos hasta ese momento. Su mezcla de emociones era insoportable: al dolor y la devastación por la pérdida de su amigo se sumaba la incertidumbre ante lo que podía sucederles por haberse visto envueltos en aquella trágica situación.

—¿Quién descubrió el cuerpo de Borja?

—Yo —África respondió a la pregunta del inspector levantando la mano con un miedo inusitado en ella.

—¿Nombre y apellidos? —pidió el inspector.

—África Peral Somolinos.

—Cuéntame lo que pasó —ordenó De la Fuente.

—Cuéntanos, por favor —Villar corrigió el modo de expresarse de su jefe, que no solo estaba siendo excesivamente autoritario e intimidante con unos chavales que acababan de ver morir a su amigo, sino que, además, acababa de ningunearla.

—Bajé a la piscina y…

—¿De dónde?

—¿Qué? —África, extremadamente nerviosa, no había entendido lo que quería preguntarle De la Fuente.

—Chica, ¡que de dónde bajabas! —se desesperó el inspector golpeándose la frente como si le estuviera preguntando si era tonta.

—Ramón, ¿por qué no vas a hablar con la jueza? Parece que ya están levantando el cadáver —propuso Villar con el objetivo de quitarse de en medio a su compañero. A su juicio, no estaba capacitado para interrogar a aquellos chicos.

De la Fuente aceptó de buen grado la idea de su subordinada: había perdido todo interés en hablar con ellos en cuanto las chicas se taparon los cuerpos semidesnudos. Se dirigió sin protestar hacia la piscina contorneando su prominente panza.

—Bien, África, cuéntame todo desde el principio.

—Me desperté en una de las habitaciones de la casa, en la de los padres de Borja, creo. Carla también estaba allí durmiendo. Tenía resaca, así que bajé a beber agua a la cocina y después salí a que me diera un poco el aire. Fue entonces cuando lo vi flotando bocabajo en la piscina…

—¿Qué hiciste? —indagó la subinspectora al tiempo que apuntaba en su pequeña libreta el relato de la joven.

—Me quedé paralizada… Solo pude gritar.

—Lo que provocó que me despertara y acudiera yo también al jardín.

—¿Tú eres?

—Rafael Moreira Martos.

—¿De dónde venías y qué pasó después, Rafael?

—Me había quedado dormido en el sofá. Me tiré a la piscina y le di la vuelta a Borja para ver si aún respiraba… Estaba muerto… Todavía no me lo puedo creer… —El nudo de su garganta casi le

impidió terminar la frase. Era evidente que todavía estaba en *shock*, que todos lo estaban.

—Fuiste muy valiente haciendo eso; hiciste lo que pudiste —trató de reconfortarlo Villar. No se le escapaba que no debía haber sido fácil para él girar el cadáver: Borja era bastante voluminoso, mientras que Rafael no era especialmente alto—. ¿Cuándo os enterasteis del suceso el resto?

—Cuando nos despertó la policía —contestó Nacho sin levantar la mirada.

La versión de los adolescentes cuadraba con la narrativa de los hechos del agente Martínez, lo cual no descartaba que pudieran estar mintiendo. Las hipótesis de la subinspectora eran muchas: quizás se habían puesto de acuerdo para contar aquella historia o habían simulado estar dormidos… A pesar de que sus rostros de infinita tristeza y sus voces rotas por el dolor le parecían muy sinceros, debía hacerles más preguntas para despejar sus dudas.

—¿Cómo te llamas?

—Nacho.

—¿Ninguno oyó a Borja pedir socorro?

—No… Estábamos todos tan borrachos que caímos redondos… Ni siquiera las sirenas de la policía y de la ambulancia nos despertaron —explicó el tercer chico, moreno y con la cara salpicada de pecas. Villar supuso que se trataba de Diego.

—¿Borja también había bebido alcohol?

—¡Muchísimo! —exclamó Rafa—. Era su fiesta de graduación.

—¿Había más gente en la fiesta?

—Como unas veinte personas más —confirmó África.

—Necesitaré un listado de todos ellos.

—Le daremos los nombres sin problema —accedió Nacho con la voz quebrada, levantando al fin la cabeza. Las lágrimas todavía surcaban su rostro.

A la subinspectora le llamó la atención que Carla, la otra chica, no hubiera abierto la boca durante todo el interrogatorio. No había dejado de balancearse, casi de forma autómata, abrazada a sus piernas durante todo ese tiempo. Estaba claramente traumatizada. Decidió darle un poco más de tiempo antes de dirigirse a ella.

—¿Alguno ha informado de lo ocurrido a los padres de Borja?

Todos, salvo Carla, sacudieron la cabeza.

—¿Por casualidad tenéis el número de su padre o de su madre?

—Yo tengo el de su padre. —Diego sacó el móvil y buscó el contacto—. Apunte: 686…

El inspector De la Fuente lo interrumpió:

—El forense ha certificado la muerte. Dice que, por el aspecto del cuerpo, la causa es el ahogamiento. La autopsia determinará cuándo y cómo, aunque, a priori, no hay signos aparentes de violencia y debe de llevar varias horas fallecido.

—¿Entonces se ahogó de forma accidental? —Concluyó Villar mientras apartaba al inspector unos pasos, lejos de los jóvenes. No quería que escucharan aquella horrible conversación; bastante habían sufrido ya.

—Eso parece.

—Debido a la embriaguez, seguramente.

—Entonces, caso cerrado. Podemos irnos a casa a disfrutar de nuestro merecido día libre. —El inspector dio por terminado su trabajo.

Villar alzó las manos para detenerlo.

—Un momento. Aunque la teoría del accidente es la más plausible, deberíamos verificar las cámaras de seguridad —manifestó la subinspectora señalando la situada sobre la puerta del jardín—, conseguir un listado de los asistentes a la fiesta y esperar a los resultados de la autopsia y de los niveles de alcoholemia en sangre.

De la Fuente frunció los labios. Estaba harto de aquella mujer. ¿Es que no se daba cuenta de que él le doblaba la edad y tenía muchísima más experiencia que ella? ¿Por qué tenía que empeñarse en fastidiarle sus últimos meses en activo cuando era obvio que se trataba de un accidente, como en los otros casos? Le importaba un bledo si ella quería complicarse la vida; él no iba a dejarse arrastrar por una adicta al trabajo.

—Repito, no hay caso. No obstante, si no tienes nada mejor que hacer, supongo que puedes dedicarte a conseguir todas aquellas pruebas que creas necesarias. Tienes a dos agentes a tu disposición.

—El inspector volvió a dirigir una mirada lasciva a la compañera del agente Martínez.

La subinspectora respiró hondo. Aquello le permitió contenerse y no espetarle a la cara lo vago y guarro que era.

—Te recuerdo que también hay que hacer el informe…

—Vaya, parece que se te acumula el trabajo —comentó maliciosamente su superior antes de dirigirse hacia la salida.

—¡Te avisaré cuando tenga todas las pruebas recopiladas para que las revisemos juntos! ¡O, si lo prefieres, te llamará el comisario! —La subinspectora no iba a darse por vencida tan fácilmente; se encargaría personalmente de que De la Fuente hiciera su trabajo, le costase lo que le costase.

Marina firmó el parte de amonestación redactado por Samuel. Habían decidido hacerlo de manera conjunta y entregárselo a Dylan al final de la segunda hora de clase del lunes. Antes de que sonara el timbre, Samuel y Marina se dirigieron al aula de 1.ºY; por el camino se cruzaron con la maestra de Pedagogía Terapéutica que, como casi siempre, iba hablando sola por el pasillo.

Mientras terminaba la clase, Samuel se puso a mirar por la ventana que daba al patio. Observó cómo otra de las profesoras de Dibujo había bajado al huerto del instituto con sus alumnos para retratar en láminas algunas de las plantas que allí se encontraban. ¡Le pareció una idea genial! El huerto, en aquel mes primaveral, estaba precioso: lleno de flores y perfectamente cuidado por Marina y sus compañeras de departamento.

Sonó el timbre. En cuanto Ana, la bibliotecaria y profesora de Lengua y Literatura del grupo, abandonó la clase, abordaron a Dylan.

—¿Un parte? —se sorprendió el alumno al recibir la hoja que le tendió Marina—. ¿Qué he hecho?

—Léelo y lo sabrás —le indicó Samuel con un tono borde. Los brazos cruzados sobre el pecho delataban el enfado del profesor.

Dylan se acercó el papel y leyó con atención el motivo de la reprimenda. Conforme avanzaba en el texto, una sonrisa se fue

dibujando en su rostro; parecía que le hacía gracia lo que estaba escrito. Aquello provocó que los dos docentes se irritaran todavía más.

—¿Por esto me ponéis un parte? ¿Por decir que sois pareja? ¡No me digáis que os habéis mosqueado por esta chorrada!

Samuel lo fulminó con la mirada.

—¡¿Chorrada?! ¡¿Te parece una chorrada publicar falsedades sobre dos profesores?! —le gritó Samuel, algo poco habitual en él.

—¿Acaso estoy mintiendo? —lo desafió Dylan.

—¡Por supuesto que sí! —Samuel alzó los brazos al cielo en señal de desesperación.

Dylan, divertido con la situación, se giró hacia Marina:

—¿Tú también lo niegas?

Marina frunció el ceño y lo miró fijamente. Le hubiera encantado poder confirmar que eran novios, pero, muy a su pesar, no lo eran. Todavía.

—¿Te contesto ahora o prefieres que espere a que saques el móvil para grabarlo? —ironizó Marina evitando responder. Le dolía verbalizar que no estaban juntos.

Los ojos de Dylan brillaron de excitación ante la propuesta de la profesora. No había percibido el matiz de vacile en sus palabras y su mente fantaseaba con la idea de publicar aquel contenido en su Instagram.

—Entonces, ¿me das permiso para sacar el teléfono y subirlo después a mi cuenta?

—¡Pues claro que no! ¡¿Es que no notas el sarcasmo?! —Samuel tuvo que morderse la lengua para no dirigirle un inapropiado insulto a su alumno. Lo estaba sacando de quicio: en lugar de pedir perdón, se estaba riendo de ellos en su cara.

—Dylan, has cruzado todas las líneas rojas difundiendo aquella *story.* Y ahora no estás mejorando la situación, precisamente —intervino Marina, más calmada que su compañero—. Lo que has hecho es una falta de respeto y va a tener consecuencias. Ahora mismo te vas con Samuel a ver al jefe de estudios.

—No puedo creer que vayáis a castigarme por esta tontería cuando están pasando cosas tan graves, como la muerte de Borja.

¿Es que no tenéis corazón?

Samuel sintió cómo le hervía la sangre. No daba crédito a que Dylan hubiese utilizado el trágico deceso de Borja, del cual se había enterado el día anterior a través de Instagram, para tratar de ablandarlos y escaquearse. Aquello le parecía muy rastrero.

—¡Ven conmigo! ¡Ya!

Dylan refunfuñó a más no poder; consideraba totalmente injusto lo que le estaba pasando. Siguió a Samuel arrastrando los pies, con el parte en la mano, mientras Marina se dirigía a su aula. Justo cuando estaban a punto de acceder al pasillo principal del segundo piso, Samuel se detuvo en seco. Dylan lo contempló, extrañado: el profesor permanecía casi inánime mirando al infinito con expresión ausente.

Al fin, Samuel reaccionó. Se volvió lentamente hacia la cristalera del aula de 3.ºA. Allí dentro estaba lo que tanto lo había trastornado: las flores sobre el pupitre de Sara Corral. Alguien había tenido el detalle de colocar un ramo de claveles blancos en la que había sido su mesa hasta hacía apenas unos días.

Se emocionó hasta el punto de tener que contener las lágrimas. En ese momento fue consciente de que el tiempo había pasado, de que la vida continuaba y de que, poco a poco, se iban olvidando de los que habían dejado atrás. Comenzó a sentirse culpable por seguir adelante sin Lucas, sin Sara, sin Izan. Izan… ¿Por qué nadie había puesto flores sobre su pupitre? ¿Acaso no se las merecía? ¿Es que ya nadie lo recordaba?

—No me parece bien que a Sara le hayan comprado rosas, mientras que a Izan y a Borja no. Es discriminatorio. —La voz de Rodri lo sacó de su ensimismamiento. Parecía que le hubiera leído el pensamiento.

—*Bro*, no son rosas, son claveles —le corrigió Pablo.

—Se las podéis comprar vosotros… —propuso Dylan, apoyado en la pared, a la espera de que Samuel retomara el camino.

—Eso es cosa de chicas. ¡Tú no te metas! —le espetó Rodri, malhumorado por la intromisión.

—Chicos, ¿qué hacéis fuera de clase? Llegáis cinco minutos tarde —dijo Samuel tras consultar la hora en su móvil.

—Venimos de hablar con Adolfo, por el tema de Borja, ya sabes… —le explicó Pablo en voz baja; no quería que Dylan lo escuchase.

Samuel sabía que ambos habían estado en la fiesta en la que había perecido Borja; el propio Dylan había divulgado la lista de asistentes en sus redes. Debía reconocer que, aunque el *instagramer* se había ganado a pulso el parte, su canal era una fuente de información valiosísima. Siempre y cuando fuera veraz, claro.

—¿Por haber estado en la fiesta? —quiso confirmar Samuel.

—Sí. Parece que la poli tiene un listado con todos los que estuvimos y quiere hacernos unas preguntas.

—¿Y qué pinta Adolfo? Entiendo que ese tipo de cosas se hacen a través de vuestros padres.

—Quería asegurarse de que no fuéramos a decir nada que comprometiera al instituto —aclaró Pablo.

—¡¿Qué?! —Samuel hizo un verdadero ejercicio de contención para no criticar al director delante de los alumnos. Por mucha confianza que tuviera con ellos, había algo que nunca se permitía hacer: criticar a sus compañeros, por mucho que lo merecieran. Desvió la conversación—. ¿Cómo estáis después de lo de Borja?

—Seguimos en *shock*. Hemos pasado de estar en su casa bebiendo a enterarnos de su muerte en cuestión de horas. Es increíble. Muy duro, la verdad. —Rodri no era capaz de asumir que otro de sus amigos se había ido para siempre.

—¡Y si solo fuera lo de Borja! Pero es que… Izan, Sara, ahora él… ¿Qué está pasando? Todavía no hemos dejado de llorar a Izan y…

—Serás tú; yo no he llorado en ningún momento —interrumpió Rodri a su amigo.

Samuel puso los ojos en blanco. Por mucho cariño que le tuviera a Rodri, no podía soportar la necesidad que tenía de hacerse el machito siempre. Decidió pasarlo por alto y no reprenderlo por ello de nuevo. Todavía resonaban en su cabeza los ecos de la última conversación, o más bien discusión, que había mantenido con él. No quería empeorarlo.

—Bueno, es una expresión —puntualizó Pablo—. El caso es que llevamos hostia tras hostia, Samu. No sé cómo manejar esta situación; me está superando.

—No puedo ni imaginar lo difícil que debe de ser todo esto para vosotros. Es cierto que Borja no era uno de mis alumnos preferidos, pero aún así…

—Yo sí que lo soy. —Rodri aprovechaba cualquier ocasión que se le presentaba para dejar claro, con orgullo, que era consciente de que estaba entre los favoritos del profesor.

A Samuel se le escapó una sonrisa. Parecía que, a pesar de su reciente rifirrafe, Rodri no solo no estaba molesto, sino que seguía tratando a su adorado profesor como siempre. Samuel no se molestó en refutar su comentario: ¿para qué negar lo evidente?

—Tampoco es que fuera nuestro mejor amigo… —reconoció Pablo —. Nos hicimos colegas por la liguilla de fútbol de los recreos. Era buen tío, un poco pijo, pero muy divertido. Se le echará de menos, aunque, sin duda, la ausencia de Izan se nos hace mucho más insoportable.

—*Bro*, ¿puedes dejar de ser tan blandengue? —Rodri le dio una colleja a su amigo.

—Chicos, ya es hora de que vayáis a clase —los apremió Samuel antes de que comenzara una batalla de golpes en pleno pasillo.

Al pasar por su lado, el profesor agarró con cariño el hombro de Pablo durante un instante; era su forma de transmitirle ánimo. El rostro de Pablo no había vuelto a ser el mismo desde el fallecimiento de Izan: su carismática sonrisa había desaparecido. ¡Qué injusto que sufrieran así, cuando a su edad lo que deberían hacer era simplemente disfrutar de la vida! Bueno… y estudiar.

Le hizo una señal a Dylan para que lo siguiera y juntos descendieron hasta la planta de abajo. Dejaron atrás el tablón de anuncios, donde todavía colgaban el cartel del Día de las Embajadas, con la controvertida presencia de una delegación china, y el póster de la Jornada de Orientación, organizada a las mil maravillas por la bonachona de Lola, la profe de Mates.

Llegaron a la puerta del despacho del jefe de estudios. Nadie contestó. Descendieron un piso más para probar suerte en la oficina del secretario; tampoco lo encontraron allí. A Samuel solo le quedaba una opción, y no le apetecía absolutamente nada: el director. Golpeó con firmeza la puerta de Adolfo y, en esa ocasión,

esperó a entrar hasta que la voz del director le permitió el paso desde el interior.

—Hola, Adolfo —saludó Samuel sin mucho entusiasmo.

—¿Qué pasa? —preguntó Adolfo con las mismas pocas ganas.

—Dáselo —ordenó Samuel a Dylan.

El joven se acercó a la mesa y le tendió el parte al director. Adolfo lo leyó por encima. Todo lo relacionado con la disciplina en el centro era competencia del jefe de estudios; si no estaba disponible, el director debía asumir la responsabilidad. Y Adolfo no podía odiar más que eso pasase.

—Ya veo… Has publicado un bulo en redes sociales. Creo que la manera más oportuna de solventar este tema sería que emitieras un comunicado en tu canal desmintiendo la información —propuso Adolfo a la par que firmaba y sellaba la amonestación.

—Vale, lo haré esta misma tarde —aceptó Dylan, contento porque su sanción fuera tan poco severa.

—Ya puedes volver a clase. Recuerda traerlo mañana firmado por tus padres. —El director le devolvió el parte a Dylan, que se escabulló del despacho lo más rápido posible; temía que Adolfo se arrepintiera de su benevolencia.

Samuel se quedó perplejo: Dylan se había salido con la suya sin recibir el más mínimo castigo, ni siquiera una reprimenda. Contempló a Adolfo con cara de pocos amigos durante unos segundos antes de enfrentarse a él:

—¿Eso es todo lo que tienes que decir después de lo que ha hecho?

—Hay cosas peores, Samuel. Las sanciones deben ser proporcionadas —respondió Adolfo sin inmutarse.

—¿Acaso no te parece grave que un alumno se dedique a hablar sobre la vida privada de los profesores en Instagram y, además, lo haga mintiendo? —Samuel estaba indignado por la parsimonia de su jefe. Una ineptitud más que sumar a su larga lista.

—Mira… No seré yo quien defienda a ese chico. Al fin y al cabo, sus redes están haciendo bastante daño a la imagen del instituto, y más en la situación en la que estamos envueltos ahora…

—¿Entonces?

—Pero si lo que publica tiene algo que ver contigo, no solo no pienso castigarlo, sino que hasta me dan ganas de aplaudirlo.

Samuel se quedó lívido. ¿De verdad Adolfo había pronunciado aquellas palabras? No era capaz de procesarlas. Aunque era obvio que su relación no atravesaba el mejor momento y que tenían serias diferencias, nunca habría sospechado que el director le deseara el mal de aquella manera.

—¡Wow! ¡Lo que acabas de decir es muy fuerte! ¿Tanta manía me tienes?

—¿Manía? —Adolfo se levantó de la silla con tanto ímpetu que estuvo a punto de volcarla—. ¡No es manía lo que te tengo! ¡Es el desprecio más absoluto!

Samuel abrió la boca de par en par alucinando con lo que Adolfo acababa de soltar.

—¡¿Perdona?! ¿Se puede saber qué te he hecho para que me tengas ese asco?

—¡No acudir al funeral de Sandra! ¡Miserable!

Los remordimientos estallaron súbitamente en el interior de Samuel. Cuando tomó la decisión de no asistir, estuvo plenamente convencido de que era lo correcto. A pesar de ello, en las últimas horas había empezado a sufrir una crisis de conciencia. No se sentía del todo bien consigo mismo y su mente no dejaba de susurrarle que, quizás, debería haber ido. Bajó la cabeza, abatido, e intentó excusarse como pudo:

—Yo… Lo siento. Puede que no haya obrado de forma correcta en esto, pero… Sandra fue tan cruel conmigo la última vez que…

—¡Eso da igual! ¡Estaba muerta! ¡Qué mínimo que ir al cementerio a mostrar un poco de respeto! ¡No es que fuera a levantarse de la tumba para volver a discutir contigo! Además… no puedes echarle en cara nada de lo que te dijo después de habernos acusado a ambos de ser los responsables de la muerte de Lucas. ¡Todo tiene sus consecuencias! ¡Tú sí que te mereces una sanción, y no Dylan! —gritó Adolfo con un rictus de odio en el rostro y sin dejar de señalarlo con un dedo acusador.

Samuel trató de analizar fríamente la situación sin dejarse arrastrar por su conciencia. Adolfo intentaba hacerlo sentir mal,

desmoralizarlo, hundirlo en la mierda. Ningún problema: él también sabía jugar a ese juego.

—Vaya… Veo que el fallecimiento de tu amiga sí que te ha dolido, a diferencia de los de Izan, Sara y Borja, que no te han importado absolutamente nada. ¿Cuántos alumnos más tienen que morir para que hagas algo que salve al resto?

—Venga, no me jodas, Samuel. Ahora viene cuando sales con el rollo de siempre y me dices que, como Borja se ahogó por estar borracho, tenemos que hacer más prevención contra el alcoholismo, ¿no?

—Pues no sería mala idea —reflexionó Samuel.

—De eso debería encargarse el departamento de Biología, ¡así que habla con tu novia! —El retintín con el que Adolfo se refirió a Marina y al bulo de Dylan fue extremadamente obsceno.

Por toda respuesta, Samuel se giró, se dirigió hacia la puerta y salió dando un tremendo portazo. No tenía fuerzas ni ganas de volver a enfrentarse al director. Estaba harto: harto de que su mente no dejara de jugar con él, harto de que los demás opinaran sobre su vida y su moral, harto de las muertes, harto de todo. Hecho un miura, salió al pasillo principal, donde se topó con cuatro alumnos. No conocía sus nombres, pero estaba habituado a verlos por todos los rincones a todas horas.

—¡¿Otra vez en el pasillo?! ¡Estáis más aquí que en vuestra clase! ¡Volved ahora mismo!

Enseguida se arrepintió de volcar toda su ira sobre las tres chicas y su amigo; ellos no debían pagar el pato. Observó cómo los estudiantes subían las escaleras hasta que otras voces llamaron su atención. Josefina se encontraba discutiendo con una mujer regordeta, no muy alta, que lucía una larga melena azabache recogida en una coleta.

—¡Señora! ¡Que no se puede llevar a su hijo en mitad de la jornada escolar sin un motivo justificado!

—¡Uy, que no! Yo con mi churumbel hago lo que me da la gana —soltó la impetuosa mujer con un marcado acento gitano—. Pero vamos, que el motivo ya te lo he dado: ¡este instituto está maldito!

—No diga eso, mujer —trataba de hacerle razonar la conserje.

—¡En unos pocos días han muerto ya cuatro personas relacionadas con este lugar! ¡Cuatro! Está claro que alguien ha echado una maldición al centro. ¡Yo aquí no dejo a mi hijo! ¡A ver si va a ser el siguiente en caer!

—Hija, nadie está más triste que yo por lo que está pasando… ¡Es horrible! Aun así, creo que hay que intentar no ser agoreros y confiar en que ya ha terminado esta mala racha…

—¡Que no! ¡Que tú a mí no me camelas! ¡Esto se va a convertir en un cementerio de payos! ¡Si lo sabré yo! —pronosticó la gitana sin soltar la mano de su hijo.

—Pues siento que piense así, pero no puedo permitir que salga…

—¡Como no me abra la dichosa puerta, llamo al Richi y viene a tirarla abajo con toda la familia!

Samuel decidió intervenir para que la situación no empeorara:

—Josefina, ábrele, por favor. Ella es la tutora legal y, si quiere llevarse a su hijo, puede hacerlo.

La conserje, aun sin estar de acuerdo con el profesor, le hizo caso y se dirigió a la puerta con las llaves en la mano. Si algo pasaba, la responsabilidad ahora recaería en el profesor. La gitana, por su parte, soltó al chaval por un segundo para rebuscar en su bolso.

—Mi rey, como agradecimiento te doy un ramillete de tomillo. Llévalo siempre contigo para que te proteja de la maldición.

Samuel aceptó las hierbas de buen grado y, mientras contemplaba cómo por fin la mujer salía del instituto con su hijo, se planteó seriamente si de verdad la gitana llevaba razón y todo aquello era fruto de un sortilegio maligno.

La subinspectora Villar recogió de la impresora el documento que acababa de recibir por correo electrónico. Cruzó, una vez más, la comisaría a paso decidido hasta llegar a la mesa del inspector De la Fuente.

—Ya está el informe del forense —anunció al tiempo que lo dejaba sobre el escritorio.

Sin apartar la mirada de la pantalla de su ordenador, De la Fuente levantó un dedo indicándole que esperara un momento. Villar no

sabía si intentaba hacerse el interesante o simplemente aparentar que estaba ocupado, pero tenía claro que su jefe no estaba trabajando en ese instante; ni en ningún otro. Transcurridos unos segundos, el inspector se dignó por fin a prestarle atención:

—¿Decías?

La subinspectora se armó de paciencia antes de contestar. Trabajar con aquel hombre le estaba sirviendo para poner en práctica las técnicas aprendidas en el caro curso de *mindfulness*, que había realizado meses atrás.

—Que ya tenemos el informe del forense sobre Borja Gómez.

—¿Y? —Obviamente, De la Fuente no iba a molestarse en leerlo. ¿Para qué lo había impreso?

—Concluye que no hay signos de violencia.

—Perfecto. Estaba claro que la muerte fue accidental —concluyó el inspector mostrándose satisfecho. Si se hubieran encontrado marcas de algún tipo de agresión, el caso se habría complicado, con el trabajo extra que eso suponía y que tan poco le apetecía.

—En realidad, eso evidencia que se ahogó por sí mismo —matizó Villar—. Sin embargo, no nos aclara cómo llegó hasta la piscina ni cuáles fueron las circunstancias que rodearon su fallecimiento.

De la Fuente, pensativo, se rascó la calva. Su subalterna tenía parte de razón. Todavía no podían descartar que aquello fuera un homicidio, aunque había algo que podía ayudarlos a hacerlo.

—¿Encargaste el informe toxicológico?

—Por supuesto —afirmó la subinspectora, un tanto molesta por la duda de su jefe. Pasó las hojas hasta llegar a una gran tabla que recogía los resultados del análisis—. Está limpio de drogas de abuso, de medicamentos y de otros tóxicos, pero presenta una elevada tasa de alcohol en sangre.

—Un 0,3 %... —leyó en voz alta el inspector, en lo que supuso su mayor esfuerzo hasta ese momento.

—Rozando el coma etílico.

—Lo sé, gracias. —Esta vez era De la Fuente quien se había ofendido por el apunte de la subinspectora. No necesitaba que nadie le recordara ese tipo de datos, que dominaba a la perfección desde

el principio de su larga y exitosa carrera—. Está claro que iba borracho como una cuba y se cayó a la piscina. Fin del caso.

—Es una teoría… No obstante, no estaría de más comprobar las grabaciones de la cámara de seguridad…

—He dicho que caso cerrado —sentenció el inspector. Bastante había tenido ya aquella mañana con la llamada de la madre de uno de los fallecidos: Izan Ferrer. No quería oír ni hablar de más especulaciones absurdas.

—Ya he avisado a los otros chicos que estaban en la fiesta para que vengan a declarar… —La subinspectora se había pasado media tarde del domingo contactando telefónicamente con las familias de todos los asistentes a aquella celebración mortal.

—Pues anula las citaciones. Tienes trabajo para un buen rato.

Villar, ofuscada, se dio la vuelta y se dirigió hacia su mesa. Tenía que reconocer que la hipótesis del ahogamiento por embriaguez era la más probable, pero le parecía poco profesional dar un expediente por zanjado antes de analizar todas las pruebas.

Pese a ello, De la Fuente era quien estaba al cargo y ella no podía avanzar en la investigación sin su beneplácito. Aunque se sintió tentada de quejarse de nuevo al comisario, enseguida descartó la idea; no quería parecer una niñata incapaz de resolver sus propios problemas. Descolgó el teléfono, tan enfadada como dispuesta a afrontar la ingente tarea que le tocaba.

Al llegar la hora del recreo, Samuel se encerró en su departamento. No le apetecía ver a nadie, ni siquiera a sus amigos. Necesitaba estar tranquilo, a su aire. Solo esperaba que ninguno de los compañeros con los que compartía espacio apareciera por allí. Abrió la mochila y sacó su almuerzo *fit* y saludable de todos los días: un plátano, siempre de Canarias, un sándwich de crema de cacahuete con mermelada de fresa *light* y un batido de proteínas.

Decidió evadirse del instituto y de todo lo que tuviera que ver con él, incluidas las muertes. Se había ganado un descanso, y no había mejor forma de desconectar que entregarse a su afición favorita: viajar. Lamentablemente, Samuel estaba encerrado entre cuatro

paredes y no podía escaparse a ninguno de sus destinos soñados. No obstante, sí podía empezar a organizar su próxima aventura en Indonesia. ¡Estaba deseando que llegara agosto! Mientras daba un sorbo a su batido, abrió el navegador y comenzó a investigar sobre cuáles eran los lugares imprescindibles de la paradisíaca Bali.

Así pasó los primeros diez minutos del recreo, inmerso en una felicidad extrema. Había logrado aislar su mente hasta tal punto que casi podía rozar con los pies la cálida arena de las playas de las islas Gili. Justo cuando daba el último bocado a su adorada fruta de piel de oro, alguien llamó a la puerta. Intrigado, se levantó de la silla y se acercó a ella, aprovechando para tirar la cáscara del plátano a la basura. Se sorprendió enormemente al descubrir a la persona que había acudido hasta su departamento:

—¿Carmen?

—Hola, Samuel —saludó la madre de Izan, cordial pero poco efusiva—. Perdona que te moleste. ¿Tienes un rato libre para hablar?

—Claro. Pasa, por favor.

Carmen accedió al despacho y Samuel cerró la puerta tras ella. Le indicó la silla en la que podía sentarse mientras él se acomodaba en su mesa. Carmen se parecía tanto a su hijo que por un momento sintió que Izan estaba allí con él. Se le encogió el corazón al ser consciente de que ya nunca volvería a charlar con Izan en aquel lugar, algo que solían hacer cuando su alumno pasaba a saludarlo en sus frecuentes visitas al baño. Instintivamente, cerró el navegador; le parecía frívolo tener abiertas esas páginas en presencia de Carmen.

—¿Cómo estás? —le preguntó Samuel por pura cortesía; se imaginaba de sobras la respuesta.

—Tengo mucho dolor aquí dentro. —Carmen se tocó el pecho, visiblemente desolada—. Todavía no puedo creer que haya fallecido mi hijo. Mi único hijo.

—Tener que enterrar a un hijo debe de ser lo peor que le puede pasar a un ser humano —trató de empatizar con su sufrimiento Samuel.

—Es como si te arrancaran el corazón de cuajo. Te deja una sensación de vacío, de muerte en vida. No creo que pueda superar

nunca su pérdida.

Samuel se sintió tentado de decirle que sí, que acabaría por lograrlo y seguir adelante, pero decidió que no valía la pena expresar aquella frase cliché, que seguramente le habrían dedicado mil veces a lo largo de esos días. No; tenía la sensación de que Carmen quería ser escuchada, no había acudido hasta allí para recibir mensajes manidos.

—¿Cómo se encuentra Miguel? —Samuel se interesó por el estado de su marido.

—Lo sobrelleva… Tampoco puede quitarse a Izan de la cabeza.

—Ya imagino. Incluso a mí me cuesta. Lo echo mucho de menos —abrió su corazón Samuel. Esperaba que, en cierta manera, Carmen se sintiera algo reconfortada al escuchar comentarios cariñosos sobre su hijo.

—Sé que lo querías mucho; por eso he venido a verte.

—Cuéntame, ¿en qué puedo ayudarte?

—Acabo de hablar con Adolfo, pero no solo no me ha hecho caso, sino que prácticamente me ha tratado de loca. Así que he decidido acudir a ti —explicó Carmen, molesta por el tono con el que el director se había dirigido a ella unos minutos antes.

—Este hombre no tiene remedio. ¡Le falta tanta empatía! —Samuel se mordió la lengua para no verbalizar todo lo que pensaba sobre Adolfo; a Carmen no le ayudaría en nada toda esa negatividad —. De todas maneras, no te lo tomes como algo personal. Él es así. ¿De qué habéis hablado?

Carmen inspiró profundamente; necesitaba mentalizarse antes de dejar caer la bomba que llevaba varios días rumiando:

—Creo que Izan no murió accidentalmente. Creo que alguien lo asesinó.

Samuel no pudo evitar abrir los ojos como platos. Se quedó helado ante aquella afirmación; era lo último que esperaba escuchar. Sin duda, Carmen aún no se había recuperado de la muerte de su hijo. Ella misma lo había admitido, y era totalmente comprensible: no hacía ni una semana de su fallecimiento.

Samuel suponía que la mente de aquella destrozada madre debía de estar completamente atribulada y que por ella habrían pasado

todo tipo de ideas, algunas de las más disparatadas, como la que acababa de manifestar. El profesor sintió pena por ella; ese tipo de pensamientos no contribuirían a que superara su pérdida, solo le pondrían más piedras en el camino. Aunque le fastidiaba profundamente tener que reconocerlo, Adolfo tenía razón por una vez.

—Carmen, yo.. No sé qué decir… —balbuceó Samuel. No quería hacer daño a aquella pobre mujer.

—Solo dime si crees que es posible —casi rogó Carmen, con un halo de esperanza en el rostro. Necesitaba que alguien confiara en su teoría.

—Yo lo vi morir. Una veintena de personas lo vieron en directo. Se electrocutó con el secador… Creo que está claro que fue un accidente. Lo siento.

—Yo también he pensado eso durante estos días. El vídeo que circula por las redes no deja lugar a dudas —reconoció la madre de Izan aceptando el argumento de Samuel—. Sin embargo, cuando me enteré del deceso de Borja… algo se despertó dentro de mí: una sospecha. Van cuatro muertes ligadas al instituto, Samuel. Cuatro. El suicidio de Sara tenía una explicación: no soportó perder a su novio. El incendio en la casa de la orientadora unos pocos días después, una casualidad. El ahogamiento de Borja… ¿otra casualidad? No lo creo. Aquí está pasando algo.

Samuel se quedó mirando fijamente a Carmen, pensativo. Una parte de él esperaba que, en cualquier instante, la madre de Izan se echara a reír y confesara que todo había sido una broma. Sin embargo, muy a su pesar, lo que leía en sus apenados ojos azules, iguales que los de Izan, era una profunda convicción en lo que estaba contando. Para el profesor, aquello no era más que una válvula de escape, una manera de evadir su mente del dolor, incluso de sentir que todavía podía hacer algo por su difunto hijo: vengar su muerte.

—Entonces, ¿piensas que hay alguien detrás de lo que está ocurriendo?

—Un asesino en serie —afirmó Carmen sin el menor titubeo.

La sola mención de esa posibilidad hizo que Samuel se estremeciera. Jamás en la vida querría verse inmerso en algo tan aterrador. Sintió el deber moral de intentar arrancarle aquella terrible idea a la madre de Izan, por el bien de su salud mental. Debía hacerlo con tacto, sin ofenderla, como probablemente sí había hecho Adolfo. No quería incrementar su sufrimiento.

—Pero, Carmen, ¿cómo podría alguien haber matado a tu hijo si falleció electrocutado con el secador?

—Alguien lo incitó a hacer ese reto.

—Tu hijo era un *instagramer*, un principiante, sí, pero era muy conocido en el centro. Cualquiera podría haberle propuesto hacer ese *challenge*, lo cual nos deja con más de quinientos posibles sospechosos. —Samuel no creía ni lo más mínimo en la teoría de Carmen; solo intentaba desmoralizarla sutilmente, hacerle entender que, aun en el caso de que aquello fuera verdad, sería imposible averiguar quién le había metido esa idea en la cabeza—. En cualquier caso, fue decisión suya hacerlo. No creo que incitar a alguien sea un delito.

—Si solo lo haces una vez, quizá no. Si lo haces reiteradamente siguiendo un plan… —insistió Carmen.

—¿Crees que alguien incitó a Sara a suicidarse?

—Así es.

—Manipulada o no, ella saltó por su propia voluntad. ¿Y qué me dices de Sandra? —Samuel fue incapaz de pronunciar aquel nombre sin dibujar un mohín de desprecio.

—Alguien la animó a fumarse ese último cigarrillo.

—¿Y cómo podría ese alguien saber que iba a desencadenar un incendio? Sandra llevaba años fumando; no era ninguna novata, precisamente. Además, estaba sola en casa cuando pasó, según me han comentado. —Samuel seguía tratando de desmontar la teoría de Carmen—. Supongo que también crees que alguien alentó a Borja a emborracharse, como si un adolescente necesitara que alguien lo motive a eso…

—A lo mejor alguien lo ahogó —Carmen propuso una nueva hipótesis.

Samuel dio un trago a su botella de agua. Aquello era demasiado. ¿Cómo de perturbada estaba la mente de aquella mujer para proponer semejante ocurrencia? ¡Era su fiesta de graduación! ¡Estaba rodeado de amigos! ¿Quién querría hacerle daño? Además, la choni de África había transmitido, vía el canal de Dylan, que había oído comentar a la policía que no había signos de violencia en el cadáver.

—Suponiendo que tuvieras razón y que hubiera un asesino detrás de las cuatro muertes, ¿cuál sería el patrón común? Me refiero… No hay un *modus operandi*: cada fallecimiento ha sido totalmente diferente, y tampoco hay un nexo que los una a todos.

Carmen elevó la mirada, meditabunda, empeñada en encontrar una respuesta que convenciera a Samuel. No lo consiguió:

—No lo sé. Es lo único que no termino de cuadrar. Pensé que tal vez tú pudieras encontrar un motivo, como conoces tanto a los alumnos…

—A Izan sí; a Sara y Borja, no tanto. La relación entre tu hijo y Sara está clara. Por otro lado, Izan se llevaba bien con Borja, aunque no fueran íntimos, pero la orientadora… no encaja en la ecuación, lo miremos por donde lo miremos.

Carmen bajó la cabeza, derrotada. El profesor había tirado por tierra toda su teoría, igual que lo habían hecho anteriormente el director y De la Fuente.

—Entonces no me crees, ¿no?

—Lo siento, Carmen. Pienso que ha sido tan solo una racha de mala suerte —admitió Samuel sintiéndose culpable por haber destruido la única esperanza que tenía la madre de Izan de hacer algo por él tras su muerte.

Terminada la conversación, Samuel decidió acompañarla hasta la salida. A pesar de no haberla apoyado en su causa, quería hacerle saber que estaba ahí para lo que ella necesitara. Cuando Carmen ya estaba atravesando la puerta, se giró un último instante con rictus serio:

—El tiempo me acabará dando la razón, Samuel. Recuerda mis palabras: estas muertes no son casuales. Hay algo más detrás de

ellas… o, mejor dicho, alguien. Y, si nadie lo remedia, seguirá muriendo gente.

A Samuel le partió el corazón comprobar que la afligida madre se marchaba con el mismo pensamiento con el que había llegado. Toda su exposición no había servido de nada. Carmen iba a seguir atormentándose mientras no dejara de dar vueltas a aquellas ideas. Él lo había intentado; ya no podía hacer nada más por ella.

Resignado, se encaminó de vuelta hacia su despacho. Al pasar junto a la cristalera de la biblioteca, se fijó en que Aitana estaba dentro. Cambió de dirección y entró en aquel santuario de libros; quería tener una pequeña charla con ella.

—¡Samu! —lo saludó con aspavientos la chica que estaba sentada al lado de Aitana. Era Raquel, otra de las alumnas de su tutoría. Destacaba por ser tan divertida como quejica.

—¿Qué hacéis aquí? ¿Tenéis examen luego? —les preguntó el profesor, extrañado.

—¡Qué va! Es que está lloviendo —respondió Raquel.

Samuel miró hacia el patio exterior a través de la ventana.

—Si están cayendo cuatro gotas…

—Bueno, pero no me quiero mojar el pelo, ¿vale? —explicó Raquel, airada.

—Usted perdone. —Samuel le revolvió el pelo. Aunque le hubiera encantado seguir haciendo rabiar a Raquel, había entrado en la biblioteca con una misión diferente—. Aitana, quería hablar contigo.

—¿De qué? —se sorprendió la joven al tiempo que cerraba el libro que estaba ojeando. A Samuel no le sorprendió que fuera sobre arte; aquella chica era una artista en potencia.

—Sobre tu actitud con respecto a las muertes. No apareciste en el funeral de Izan ni en el de Sara. Sin embargo, sí aceptaste participar en las *stories* de Dylan para hablar sobre ellos. Mal, por supuesto.

—¿Y? Soy libre de hacer lo que quiera —espetó Aitana sin inmutarse.

—Lo sé. Aun así, ¿no crees que hubiera hablado mejor de ti que hubieras mostrado tus respetos yendo al cementerio? O, al menos, no poniéndolos verdes, ahora que ya no pueden defenderse —le reprochó el profesor.

—Ya te dije que no los soportaba por una razón de peso: se metían conmigo. ¿Es necesario que hablemos de esto otra vez? —Aitana empezaba a estar molesta por la insistencia de Samuel en aquel tema.

El tutor no tardó en verse reflejado en su alumna. Él tampoco había acudido al entierro de Sandra por la forma en que lo había tratado horas antes de su muerte. Se sintió como un hipócrita por estar recriminando eso mismo a Aitana.

Levantó la vista para evitar la mirada avinagrada de su tutorada. No había mucha gente en la biblioteca; además de Raquel y Aitana, un grupo de chicos de 1.º de ESO, una estudiante con *hiyab* de segundo, el asiduo Germán y el perfecto Álvaro. Era otro de los alumnos de su tutoría y, para Samuel, un diez absoluto en todo: en el plano académico, los sobresalientes no dejaban espacio para nada más; y en lo personal, no se le podía poner ni una tacha. Bueno, salvo que se durmiera en clase de vez en cuando… No se lo podía reprochar: Historia, a veces, era un tostón.

Por supuesto, también se encontraba allí Ana, la bibliotecaria. Samuel observó cómo abandonaba su puesto en la mesa de control para colocar en su sitio un gran volumen, sin duda perteneciente a una antigua enciclopedia.

Ana se dirigió a las estanterías, que cruzaban el espacio opuesto a las mesas donde estaban sentados los alumnos, y se detuvo en la primera de ellas. Localizó el hueco en la última balda; le quedaba un poco alta debido a su pequeña estatura. Se puso de puntillas estirando su cuerpo todo lo que pudo. Samuel, consciente de lo difícil que le estaba resultando aquella tarea, decidió ir en su ayuda.

Al levantar el ejemplar, que no parecía precisamente ligero, Ana estuvo a punto de perder el frágil equilibrio que mantenía en aquella postura. En el último momento, se agarró con la mano izquierda al estante superior. Sujetando la balda con fuerza, hizo uso de toda la potencia y energía de la que fue capaz para impulsar el libro hacia arriba.

Aquello fue un error fatal. Samuel, todavía bordeando la última de las mesas, vio cómo la estantería cedía bajo el peso de la bibliotecaria. El robusto mueble de madera comenzó a inclinarse

hacia delante, provocando una incesante y densa lluvia de tomos de enciclopedia. La inercia hizo que volcara cayendo con todo su peso sobre Ana.

A pesar de que Samuel se había echado a correr, no llegó a tiempo de frenar el mueble. Horrorizado por el terrible accidente, se lanzó sobre la montaña de libros que sepultaba a Ana. Con manos temblorosas y el corazón acelerado, comenzó a retirar los ejemplares de manera frenética.

Álvaro se precipitó a su lado y se puso a ayudarlo. Mano a mano, consiguieron apartar una gran cantidad de volúmenes en tiempo récord. Cuando Samuel sacó un tomo cuyas páginas chorreaban sangre, indicó con un gesto a Álvaro que se detuviera. Lo prioritario en ese momento era llamar a emergencias. Se palpó los bolsillos en busca del móvil, solo para descubrir que no lo llevaba consigo.

—¡Mierda! ¡Joder! ¡Me lo he dejado en el despacho!

—Toma —Álvaro le ofreció el suyo.

—Llama al 112, por favor —le pidió Samuel. No necesitaba hacerlo él mismo; se fiaba plenamente de su mejor alumno.

Mientras escuchaba a Álvaro hablar con urgencias, siguió liberando el cuerpo de Ana de libros con extremo cuidado. Se alarmó al comprobar que los ejemplares estaban cada vez más empapados de sangre. Cuando, por fin, apareció su cabeza, observó, horripilado, cómo una de las baldas le había impactado en plena frente. A través de la profunda fractura del cráneo se distinguían pequeños fragmentos de masa cerebral. Reprimió una arcada.

Consciente de que no había posibilidad alguna de salvarla, cesó en su ardua tarea. En estado de *shock*, se dejó caer al suelo, indiferente al charco de sangre todavía fresca de su compañera, que avanzaba hacia él.

Paralizado, con la mirada fija en sus inexpresivos ojos, Samuel llegó a la conclusión de que aquello no era normal. Cinco muertes ya no podían considerarse una coincidencia. No sabía si se trataba del demonio, como había gritado Carmela en el cementerio; de una maldición, como había asegurado la gitana; o de un asesino en serie, como creía Carmen. Lo que sí tenía claro era que algo, o

alguien, estaba detrás de todas aquellas víctimas mortales. Ya no cabía ninguna duda.

Capítulo 6

Un par de minutos antes de que sonara el timbre que marcaba el final del recreo, Abril salió de la cafetería y se dirigió hacia el interior del instituto. Caminaba sonriente tras la animada charla que había tenido con otros compañeros. Poco le duró aquella sonrisa: se convirtió en una mueca congelada en cuanto llegó al pasillo principal. A través de las cristaleras de la biblioteca, observó cómo un grupo de alumnos se arremolinaba en torno a algo, o a alguien, que estaba en el suelo. No alcanzaba a ver de qué se trataba. Se acercó a la conserje que, apoyada en el marco de la puerta, bloqueaba el acceso a la sala.

—Josefina, ¿qué pasa?

La sexagenaria mujer se volvió hacia su interlocutora, incapaz de articular palabra alguna. Su rostro desencajado y sus manos posadas sobre el pecho fueron suficientes para que Abril comprendiera que algo grave había ocurrido.

Sorteó a la conserje y se abrió paso entre el círculo que habían formado los alumnos. Su corazón dejó de latir durante unos segundos al encontrarse con aquella terrible escena: Samuel, con la mirada totalmente ausente, estaba rodeado de un enorme charco de sangre. Parecía provenir del cuerpo de Ana, que yacía bajo una pesada estantería. Instintivamente, se acercó a la bibliotecaria y le tomó el pulso: no había signos de vida. Se llevó las manos a la cabeza sin poder creer lo que estaban viendo sus ojos.

—Samu… ¿estás bien? —Álvaro intentaba, con mucha delicadeza, que su profesor saliera del estado de *shock*.

Abril decidió intervenir:

—¡Samuel! ¡Samuel! ¡Reacciona! —Lo zarandeó con fuerza por los hombros.

—¿Qué…? —Samuel, aturdido, parecía volver por fin a la realidad —. Sí, sí, estoy bien, pero Ana…

—¿Has pedido una ambulancia?

—Viene de camino —contestó Álvaro a la profesora señalando su móvil.

Abril le dedicó un cariñoso gesto al alumno antes de ayudar a Samuel a levantarse:

—Vamos, Samuel, arriba. Llevas los vaqueros empapados de sangre.

Abril consiguió, no sin esfuerzo, poner en pie a su compañero. Le impresionó mucho lo que leyó en los ojos de Samuel: miedo.

—¿Qué ha pasado?

—El mueble se le cayó encima… Yo… yo… intenté salvarla… Llegué tarde —balbuceó Samuel con el rostro totalmente descompuesto y sin parar de temblar.

Abril no pudo reprimir más la necesidad de abrazar a su amigo. Le daba absolutamente igual mancharse de sangre; debía reconfortarlo, transmitirle todo su cariño.

El timbre sonó al fin y los profesores que pasaban junto a la biblioteca, poco a poco, lograron despejar a la muchedumbre que se había agolpado en torno a la dramática escena. Abril trasladó a Samuel a uno de los sillones de polipiel, temiendo que sus piernas no lograran sostenerlo mucho más tiempo. Mientras lo hacía, detectó cómo Dylan, desde la puerta de la biblioteca, sacaba su móvil para grabarlo todo. La profesora hizo una señal a Pedro, que en ese momento se acercaba, para que impidiera al *instagramer* cumplir su objetivo.

Aunque la ambulancia no tardó mucho en llegar, poco pudieron hacer los paramédicos por Ana: tan solo cubrirla con una manta térmica que la protegiera de miradas curiosas. Unos diez minutos después apareció la policía. Fue Adolfo quien los recibió, reconociendo al instante al inspector De la Fuente:

—¡Ramón! ¡Cuánto tiempo!

—¡Qué alegría verte, Adolfo! —El inspector le dio un afectuoso apretón de manos.

—¿Cómo están tus hijos?

—Les va muy bien. El mayor oposita a técnico de Hacienda y el pequeño es un brillante abogado.

Adolfo asintió satisfecho.

—Siempre supe que llegarían lejos; eran dos chicos muy inteligentes. Recuerdo cuando… —Un carraspeo de Villar interrumpió la anécdota de Adolfo.

—Esta es la subinspectora Villar —presentó De la Fuente a su compañera sin poner mucho entusiasmo—. Él es Adolfo, el director del centro.

—Encantada —dijo la subinspectora, sonriente, mientras se estrechaban las manos—. Venimos a investigar la muerte de una de sus trabajadoras: Ana Palomino.

—¡Oh! Sí, Ana… —Adolfo pareció recordar, de repente, el deceso de la profesora—. Era una magnífica bibliotecaria. Es espantoso lo que le ha ocurrido… Estamos todos muy consternados.

—No solo lo que le ha pasado a ella. Son varias las personas que han fallecido recientemente y que guardan relación con su instituto —le recordó Villar.

—Se han sucedido una detrás de otra… Estamos teniendo una mala racha, solo es eso —intentó quitarle importancia el director, que, nervioso, se recolocó el cuello de la camisa.

—Ya que estamos aquí, quizá deberíamos tener una pequeña charla con usted sobre… esa mala racha, como usted la llama.

—Villar, céntrate. Hemos venido a investigar un asunto concreto. No hay necesidad de molestar a Adolfo con tonterías conspiranoicas —De la Fuente rechazó de forma tajante la propuesta de la subinspectora.

Villar se cruzó de brazos manifestando su evidente disconformidad con la decisión de su jefe. Consideraba que era la ocasión perfecta para hacerle una serie de preguntas al director del centro, que llevaba cinco muertes encadenadas. La presencia de un cadáver bajo su techo, sumada a la conmoción por haber perdido a una compañera, provocaría que Adolfo estuviera, cuando menos, inquieto, lo que solía favorecer que la gente soltara la lengua más de lo que hubiera deseado.

—Bien, entonces vamos a interrogar a los testigos. ¿Puede decirnos quién vio lo que ocurrió? —La subinspectora se metió de lleno en el caso que los ocupaba. No había tiempo que perder.

—Pueden empezar con ese —sugirió Adolfo. Señaló con el brazo en dirección a Samuel sin molestarse en ocultar en su rostro el desprecio que sentía por el profesor.

Los dos detectives se encaminaron hacia el interior de la biblioteca al mismo tiempo que la policía científica comenzaba a tomar fotografías de la escena. Aunque había visto cientos de cadáveres en todas sus versiones posibles, a la subinspectora se le revolvieron las tripas al observar los trozos de encéfalo que sobresalían del cráneo de la víctima. Reflexionando sobre la fragilidad del ser humano, llegaron hasta los sillones, donde Abril todavía acompañaba a Samuel.

—Buenos días, soy el inspector De la Fuente. Estoy al cargo de la investigación.

—Estamos. Soy la subinspectora Villar —puntualizó su compañera. No podía creerse que, por segunda vez en pocos minutos, aquel cretino la hubiera ninguneado.

—Por la sangre que hay adherida a todo su pantalón, podría decirse que usted fue, en el mejor de los casos, testigo de lo ocurrido. ¿Cierto?

—Sí —contestó Samuel a la pregunta del inspector desviando la mirada al cuerpo sin vida de Ana. Los libros que tanto amaba todavía la velaban a su alrededor.

—¿Cuál es su nombre? —inquirió De la Fuente a la par que abría su libreta.

—Samuel Arroyo.

—¿Le da pereza decir su segundo apellido o es que no lo recuerda?

Abril, indignada por la mala educación del detective, se levantó del sofá y se encaró con él:

—No creo que su cargo le dé derecho a faltar al respeto de esta manera a la gente.

—Disculpen al inspector. Está estresado por la acumulación de casos que tenemos en comisaría. —El intento de justificar a su jefe descolocó a la propia Villar. Supuso que, en realidad, lo que quería era proteger el buen nombre de la Policía Nacional, cuerpo al que De la Fuente estaba dejando en bastante mal lugar.

—Ya, pues mi amigo está claramente traumatizado por la muerte que acaba de presenciar, así que les pediría un poquito de comprensión —exigió más que rogó Abril en un tono ciertamente áspero. La profesora era una persona encantadora, pero no dudaba en sacar su carácter cuando la situación así lo requería.

—¿Y usted es? —De la Fuente enarcó una ceja. No le gustaba el modo en que aquella mujer se estaba dirigiendo nada menos que a la autoridad.

—Abril Iglesias Gómez —hizo un énfasis especial, con un ligero retintín, en su segundo apellido.

—¿Fue testigo de lo que ocurrió?

—No —respondió secamente al inspector.

—Entonces no pinta nada aquí. Fuera. Vuelva a sus clases, a fregar el suelo o a lo que sea que haga aquí —la echó de malas maneras De la Fuente.

Abril se resignó a marcharse; no quería incurrir en un delito de desobediencia a la autoridad, aunque a punto estuvo de caer en uno de atentado contra ella: aquel imbécil bien se merecía una patada en los huevos. Antes de irse, apoyó su mano en el hombro de Samuel, transmitiéndole todo su ánimo y su cariño.

—¿Podría decirnos su segundo apellido, por favor? —solicitó Villar educadamente.

—Tarifa.

El inspector lo apuntó en su libreta antes de volver a hablar:

—Cuéntenos qué ocurrió.

—Entré a la biblioteca para… —Samuel se frotó la cabeza; le costaba recordar—, para… hablar con una de mis alumnas.

—¿Cómo se llama? —inquirió Villar.

—Aitana Palomera. No me sé su segundo apellido —se adelantó Samuel a los posibles reproches del detective.

—¿Por qué motivo estaba interesado en conversar con esa chica? —interrogó De la Fuente.

—Quería… hablar con ella sobre… —Samuel hacía verdaderos esfuerzos por rescatar la información de su memoria. Se sentía totalmente desorientado, como si acabara de despertar de un coma —, sobre… su actitud por… ¿es relevante?

El inspector se giró para mirar a su subalterna. No hizo falta que dijera nada: la subinspectora captó a la perfección que a su jefe le estaba pareciendo muy sospechosa la actitud de aquel joven.

—¿Qué pasó después?

—Mientras hablaba con Aitana, observé… a Ana caminar hacia la estantería para… para recolocar un libro. No llegaba a la balda superior, así que se apoyó en el mueble y este… cedió, comenzó a inclinarse hacia delante… Corrí hacia allí… traté de salvarla…, pero no pude… No pude. No llegué a tiempo…

Samuel bajó la mirada hasta sus manos, aquellas que habían sostenido, por segunda vez, un cadáver entre ellas. Estaba totalmente abatido, a punto de sollozar. Esa era la percepción que tenía la subinspectora. De la Fuente, por el contrario, no se creía nada.

—¿Cómo explica los restos de sangre en su ropa? —El inspector señaló los pantalones con el bolígrafo.

Samuel siguió la dirección del boli hasta sus vaqueros. La sorpresa y el asco se reflejaron en sus ojos. Hasta ese momento no había sido consciente de que estaban completamente empapados con la sangre de su compañera. Un escalofrío recorrió su espina dorsal al notar el pegajoso líquido adherido a su piel. Sintió ganas de vomitar y no pudo controlar la arcada que le subió desde el estómago.

—De la Fuente, creo que el testigo está profundamente conmocionado. Quizás deberíamos darle un tiempo para que se recupere mientras hablamos con la jueza; acaba de llegar. —A la subinspectora le resultaba inevitable empatizar con el profesor.

—Bien —aceptó el inspector, no sin antes dejarle deberes a Samuel—. Señor Arroyo, hablaremos más tarde. Mientras tanto, quiero que elabore una lista de todas las personas que se encontraban en la biblioteca cuando acontecieron los hechos. No se deje a nadie.

Samuel asintió al tiempo que cogía el bolígrafo y la hoja que De la Fuente acababa de arrancar de su libreta. Con las manos sobre el estómago, ejerciendo presión para calmarlo, trató de concentrarse en visualizar mentalmente a los alumnos que habían estado en aquel

lugar. Aunque no iba a ser fácil, se propuso cumplir con determinación la orden de la policía.

—¡Uf! ¡Qué alivio! —exclamó Samuel al quitarse los pantalones embadurnados de sangre. De alguna manera, deshacerse de esa prenda sucia fue como si también lo liberara de la carga mental que lo estaba asolando desde la muerte de Ana.

Se acercó al lavabo y comenzó a lavarse las piernas con agua y jabón. Se frotaba con tanta fuerza, ansioso por eliminar cuanto antes todo resto de sangre, que a punto estuvo de arrancarse la epidermis. Cuando terminó, casi extasiado, se sentó en el suelo del baño. ¡Qué placer le produjo el contacto de las frías baldosas con su ya limpia piel! Apoyó la cabeza contra la pared, cerró los ojos y se permitió descansar durante un minuto. Respiró hondo, agradeciendo cada gota de aire que entraba en su cuerpo, cada molécula de oxígeno que llegaba a sus pulmones. Se sentía un privilegiado por estar vivo.

Alargó la mano para descolgar del perchero el pantalón que le había dejado Manu, el simpático profesor de Filosofía. En cuanto lo vio por el pasillo en aquellas condiciones, se ofreció a prestarle unos vaqueros. Vivía a tan solo unas calles del instituto, así que no le suponía ninguna molestia acercarse a casa para traérselos. Manu estaba bastante delgado, de modo que, probablemente, sus pantalones de corte recto le quedarían bien a Samuel, acostumbrado a los ajustados *slim fit*.

Tras el generoso gesto de su compañero, se sintió algo culpable por el ligero rencor que le guardaba: pese a tener casi la misma edad, Manu aparentaba tener diez años menos. ¡Ni que hubiera hecho un pacto con el diablo!

Ya con los vaqueros negros puestos, recogió del suelo sus pantalones y los tiró a la papelera; no quería volver a verlos. Tampoco era una gran pérdida: se los había comprado hacía ya unos años y habían cumplido su función con creces. Comprobó la hora en su reloj: quedaban veinte minutos para que empezara la siguiente

hora. En esos momentos debería estar dando clase; sin embargo, Raúl se había ofrecido a sustituirlo.

Sintiéndose renovado, salió del baño dispuesto a hacer frente al resto de la mañana. No podía pasar nada peor que el fallecimiento de la bibliotecaria. Casi al mismo tiempo, se abrió la puerta del despacho de Adolfo, un poco más adelante.

—¡Largo de aquí! ¡¿Cómo se le ocurre venir a un centro público a tratar de sacar provecho de sus desgracias?! ¡Alimaña!

—No intento aprovecharme. Solo quiero informar como es debido a los ciudadanos y, para eso, necesito hacerle unas preguntas, nada más —se defendió el hombre mientras salía al pasillo.

—¡Ese tipo de información la proporciona la policía! ¡Hable con ellos!

—Lo que me interesa es que el equipo directivo del centro me explique por qué están ocurriendo estas muertes, qué creen que hay detrás, qué van a hacer para evitar que se sigan produciendo…

—¡No le daré los detalles escabrosos que busca! ¡Váyase de mi centro ahora mismo o llamaré a la policía! —amenazó Adolfo señalando con el brazo la salida.

Decepcionado por la nula colaboración del director y frustrado por no haber logrado su propósito, el hombre se encaminó hacia la puerta principal.

«¡Es un periodista!», cayó en la cuenta Samuel. Decidió seguirlo, pero para ello debía pasar por delante de Adolfo que, lejos de volver a encerrarse en su oficina, seguía con la mirada el trayecto de aquel individuo. Samuel caminó con paso decidido y la vista al frente, evitando el contacto visual. Le apetecía menos cruzar palabra con el director que volver a ponerse los pantalones llenos de sangre.

—¡Perdona! ¿Eres periodista? —preguntó al darle alcance, ya casi en la salida.

—Sí, de La Región. ¿Por?

—Creo que yo puedo ayudarte. Te contaré todo lo que quieras saber sobre los casos policiales que afectan a este instituto —le anunció Samuel, incapaz de borrar de su rostro una sonrisa maliciosa.

Era la oportunidad perfecta para presionar a Adolfo. Si algo podía obligar al director a tomar cartas en el asunto, era un gran escándalo mediático. Quizás así se decidiera a impulsar programas de prevención del suicidio, de salud mental o de lucha contra las drogas. También era la ocasión ideal para hacerle saber al autor de los asesinatos que alguien iba tras él. Porque sí: tras lo ocurrido con Ana, tenía claro que Carmen estaba en lo cierto. Había un asesino. Y Samuel iba a intentar detenerlo.

—Soy Fernando, encantado —le tendió la mano el reportero con la mirada iluminada. Estaba satisfecho: había encontrado a su informador.

—Samuel.

Juntos abandonaron el instituto y descendieron las escaleras de acceso hasta "La Mercería", el bar situado justo debajo. Aquella taberna pertenecía a los padres de Junhao, uno de los alumnos de 1.º de Bachillerato, de origen chino.

Samuel se sorprendió al encontrarse a Junhao sentado en una de las mesas de la terraza con sus inseparables amigos: Mario y César. Estaban haciendo pellas. A punto estuvo de acercarse a decirles que regresaran a clase de inmediato, pero terminó descartándolo. ¿Quién en su sano juicio querría estar dentro de aquel instituto con el ambiente tan deprimente que reinaba tras la cadena de muertes? ¡Por Dios! ¡Si todavía había sangre fresca! «Deja que los chavales se aireen un poco», se dijo a sí mismo.

—Gracias por atenderme —expresó Fernando una vez servidos los cafés que habían pedido—. Ya has visto cómo me ha ido con el director, y con la policía tampoco ha sido mucho mejor…

La policía… Samuel se había olvidado por completo de los inspectores. Suponía que todavía se encontrarían interrogando a todos los testigos de la muerte de Ana. Tenía la esperanza de que, al corroborar su versión con sus testimonios, decidieran dejarlo tranquilo.

—¿Qué necesitas?

—Todos los datos que me puedas dar, siempre y cuando sean veraces, por supuesto. Quiero redactar un buen artículo sobre todo

lo que está pasando. —El reportero sacó de su mochila una grabadora—. ¿Te importa?

Samuel sacudió la cabeza sin dejar de observar al periodista. Rondaba la cincuentena, lucía abundante pelo blanco tanto en la cabeza como en la barba, algo fondón y de voz profunda. Más que para un periódico, parecía hecho para trabajar en la radio.

—Primero, explícame cuál es tu cargo y cuál era tu relación con las víctimas.

—Soy profesor de Geografía e Historia. Soy… era tutor de Izan. Vi su muerte en directo.

—Lo siento —se compadeció el periodista—. Tuvo que ser horrible ver aquellas imágenes en vivo. ¿Izan solía hacer ese tipo de contenido para Instagram?

—Sí. Yo no soy especialmente asiduo a las redes, pero ese día tuve la mala suerte de acceder. —Samuel decidió omitir la parte en la que se había presentado en su casa para tratar de salvarlo. No quería parecer ni un héroe ni un trastornado.

—Tarde o temprano te hubiera llegado el vídeo que ha estado circulando por ahí… ¿El equipo directivo hizo algo para frenar su difusión? ¿Se han planteado algún tipo de medida para evitar que casos así vuelvan a suceder por la imitación de contenido que ven en redes?

Samuel tenía muy clara su respuesta y no se cortó ni un pelo en darla:

—Nada. No hicieron absolutamente nada. El único interés del director en todo este tiempo ha sido proteger el buen nombre del instituto. Los alumnos le importan cero.

—Ya veo… ¿Qué puedes decirme de Sara? ¿Se podría haber prevenido su suicidio?

—Eso no lo sé. No la conocía tanto. Lo único que puedo decirte es que estaba totalmente enamorada de Izan; creo que era demasiado dependiente de él. Adelantándome a tu pregunta: no, en este caso el equipo directivo tampoco ha movido ni un dedo. Yo mismo le dije a Adolfo que sería conveniente reforzar la atención a la salud mental de nuestros estudiantes. Su respuesta: no hay dinero.

Fernando asintió. Comenzaba a comprender la naturaleza del individuo que acababa de echarlo del centro. Decidió ahondar en el tema del suicidio:

—Creo recordar que no es el primer alumno de este instituto que se quita la vida, ¿cierto?

—No… Fue Lucas —respondió Samuel apenas en un susurro. Aún le costaba hablar de él, de su muerte, de la razón por la que no había logrado dormir de un tirón ni una sola noche desde entonces.

—¿Cuál fue el detonante en su caso?

—Lucas era un chico muy especial: era autista. Presentaba algunos rasgos muy característicos. No podía parar de dar golpecitos con los dedos sobre la mesa; tenía intereses muy concretos y prefería hablar con adultos. Siempre le costó mucho integrarse con los chicos de su edad, repetía frases constantemente y no captaba la ironía. Algunos alumnos, poco sensibilizados, se dedicaban a molestarle, a reírse de él… Supongo que no pudo más con la situación…

—¿Estamos hablando de acoso escolar?

Samuel pensó la respuesta durante unos segundos. Oficialmente, nadie lo había calificado de tal manera, pero para él estaba claro:

—Sí.

—¿Qué se hizo desde el centro para evitarlo?

—Una vez más: nada. La orientadora era una inepta y…

—Un momento —Fernando cortó a su informador—, ¿te refieres a otra de las víctimas? ¿Sandra?

—Eso es. Preferiría no hablar de ella. Era una incompetente y no nos llevábamos bien. Solo podría decirte cosas negativas sobre ella y creo que no procede en estos momentos.

A Fernando le habría encantado indagar más sobre aquella figura; con todo, decidió respetar su petición:

—Hablemos de Ana…

Samuel dio un sorbo a su café. ¿Estaba realmente preparado para revivir su trágico accidente? ¿Para recordar la sangre que había tenido adherida a la piel hasta hacía tan solo unos minutos?

—También he presenciado su muerte. He intentado ayudarla cuando he visto que esa puta estantería se vencía… ¡No he llegado a

tiempo! ¡Joder! —Samuel golpeó la mesa con el puño, provocando el tintineo de las tazas y que ambos cafés se desbordaran. Enseguida se arrepintió, pero no podía controlarse. No entendía lo que le estaba pasando: tan pronto se encontraba bien como estallaba en cólera o se ponía a llorar… Estaba desquiciado; eso era lo que le pasaba—. Perdona, es que todavía me siento impotente por no haber podido salvarla.

—Tranquilo, Samuel. Imagino lo duro que debe de estar siendo todo esto para ti —empatizó el periodista mientras limpiaba con una servilleta el café derramado—. ¿Era tu amiga?

—No. Aunque era muy maja y buena profesora, no pertenecía a mi círculo más cercano. —Por un momento, por la cabeza de Samuel pasó la posibilidad de que algo así pudiera ocurrirle a alguno de sus amigos. Se quebró solo de pensarlo. Volvió a llevarse la taza a la boca; no quería que el periodista se diera cuenta.

—¿Por qué crees que pasó? Quiero decir… que una estantería se caiga no es lo habitual. ¿El mantenimiento del centro es deficiente?

—Bueno, a ver… Hace falta realizar algunas mejoras: pintar la fachada, renovar las cubiertas… Pero, en general, está bien; no se cae a cachos —matizó Samuel. Quería ser lo más justo y fiel posible a la verdad—. Ana se apoyó sobre la balda de la estantería y eso desencadenó que volcara… Tuvo mala suerte.

—Nos falta hablar de Borja.

—Él también fue alumno mío. A diferencia de Izan, no era de los que mejor me caían. Se ahogó en su propia piscina… Imagino que iba demasiado borracho. No puedo contarte mucho más.

—Ya son cinco las personas fallecidas que trabajaban o estudiaban en este centro en el transcurso de una semana. ¿Cómo es el ambiente ahí dentro? ¿Cómo están los ánimos?

—Bajos, muy bajos. Es muy difícil trabajar en estas condiciones. Todo el mundo está completamente destrozado. Nuestras mentes están con los muertos; no somos capaces de concentrarnos ni para enseñar ni para aprender.

—¿Consideras que el director debería clausurar el centro hasta que todo vuelva a la normalidad?

—Pues no me lo había planteado hasta ahora… Quizá sería bueno para todos tener unos días de descanso. Darnos un tiempo para llorar a los nuestros y aceptar esta racha de mala suerte que estamos teniendo —respondió Samuel sin dejar de menear la cucharilla dentro de su café.

—¿Tú también crees que se trata tan solo de una mala racha? —Fernando hizo hincapié en las palabras de Samuel.

Samuel lo miró fijamente. Inspiró hondo, inseguro, con miedo a las repercusiones que su respuesta podría tener, antes de soltar la bomba:

—En realidad, no. En mi opinión… Hay alguien detrás de todo esto: un asesino en serie.

El reportero abrió la boca de par en par. Se había mantenido bastante neutro a lo largo de la entrevista, en lo que a expresividad se refería; no quería interferir en la historia de su fuente. Sin embargo, al escuchar la teoría de Samuel, no pudo evitar mostrar su enorme sorpresa. Satisfecho, cerró la boca y se acomodó en la silla. Acababa de dar con la gallina de los huevos de oro. Su reportaje iba a ser explosivo.

Pedro, tan caballeroso como siempre, sujetó la puerta de entrada al instituto para dejar paso a Raúl, Abril, Marina, Samuel y Noemí. El grupo de amigos regresaba a su lugar de trabajo el martes a mitad de la mañana, tras haber asistido al funeral de Borja.

—Pues ayer me dijo en casa que ahora quiere ser bombero —comentó Abril a Noemí una vez que Pedro había cerrado la puerta.

—¿Quién? ¿Hugo? —Samuel acababa de sumarse a la conversación; entendió que hablaban de uno de sus hijos.

—No; otro —respondió Abril.

Samuel la interrogó con la mirada, entre divertido y sorprendido por su falta de precisión.

—¡Es que tengo muchos hijos!

Todos rieron la salida de la profesora. Lo cierto era que Abril tenía tres, todos varones y casi una copia los unos de los otros; parecían

hechos con un molde. Las risas, sin embargo, se difuminaron enseguida; la solemnidad del entierro todavía pesaba sobre ellos.

—No sé para qué venimos al centro; deberíamos quedarnos a vivir en el cementerio —reflexionó Raúl.

—¿Por qué? —preguntó Noemí, extrañada—. ¿Crees que va a morir más gente?

—Tiene toda la pinta. Vamos casi a uno por día. La única duda es quién será el siguiente.

Todos se quedaron pasmados, no tanto por las palabras de Raúl, sino por la frialdad con la que las había expresado. Parecía haber asumido con naturalidad y tranquilidad que las muertes iban a seguir. O, quizás, simplemente se había resignado a ello.

—¡No digas eso! Seguro que nuestra fortuna cambia y las cosas empiezan a ir bien —lo contradijo Abril.

—No sé. Yo, si fuera vosotros, dejaría hecho el testamento —aconsejó Raúl con parsimonia.

—¡Ay, pues ponme en el tuyo! ¡Déjame como heredera única! —bromeó Noemí.

—Pues si lo hacéis, a mí ni me nombréis; si fallecieseis, me convertiría en sospechoso… —Pedro no quería líos.

—¡Pero si no hay ningún sospechoso de ninguna muerte! ¡Todas han sido accidentales! —le recordó Marina.

—Sí, sí… accidentales. —Raúl dibujó unas comillas en el aire con sus dedos al pronunciar la última palabra.

—¿Crees que hay algo más detrás de esas muertes? —Samuel, que no había compartido con sus compañeros su teoría del asesino en serie, sintió curiosidad por saber si Raúl pensaba lo mismo que él.

—¡A saber!

La respuesta evasiva de Raúl decepcionó a Samuel, que siguió sin atreverse a exponer su hipótesis.

—¿Continuamos la conversación en la cafetería? —propuso Marina.

Todos los profesores rechazaron la propuesta, alegando otros compromisos o tareas pendientes, excepto Samuel. Se despidieron del resto y se encaminaron hacia allí. Cuando estaban a punto de llegar a la puerta que daba acceso al patio, Noemí gritó:

—¡Marina! ¡Espera! Tengo que comentarte una cosa. Es algo rápido.

—Ve. Te espero allí —indicó Samuel mientras salía al patio.

Marina se acercó a Noemí.

—Se me acaba de ocurrir… ¿Por qué no aprovechas que os quedáis solos para declararte? —sugirió la profesora de Inglés.

—¿Qué? ¿Ahora? ¿Crees que es el momento adecuado, teniendo en cuenta todo lo que está pasando?

—¿Y cuándo va a ser el momento adecuado? Llevas meses queriendo decírselo… ¡Va, lánzate! —la animó Noemí chocando su hombro contra el de ella en un gesto de complicidad.

—No lo veo claro… —dudó Marina.

—¡Lo sabíamos!

Las docentes se volvieron hacia el origen de la voz. Detrás de ellas se encontraban Lara, Sofía y Desirée.

—¡Lo sabíamos! —repitió Lara—. ¡Te gusta Samuel!

—¡Shhh! —susurró Marina llevándose el dedo a los labios.

—¡Vais a ser pareja! —Sofía, emocionada, daba saltitos de alegría.

—¿Cómo te vas a declarar? —curioseó Desirée.

—¡Chicas! ¡Bajad la voz! —ordenó Marina con las mejillas sonrosadas—. No me voy a declarar. No procede. Y, por favor, guardad mi secreto. ¡No contéis esto a nadie u os pongo un parte!

—No diremos nada —prometió Desirée. Parecía sincera.

—Venga, chicas. A clase —las arrastró hacia el piso de arriba Noemí, consciente de su metedura de pata.

Marina se dirigió hacia la cafetería. ¡No podía creer que sus alumnas la hubieran escuchado! ¡Con la obsesión que tenían con que ella y Samuel estuvieran juntos! ¡Lo que le faltaba! Iban a estar pesadísimas hasta final de curso o, al menos, hasta que Samuel y ella anunciaran su noviazgo. Mucho se temía que eso no ocurriría pronto…

A pesar de que Marina se moría de ganas de liberarse y de saber qué era lo que Samuel sentía por ella, tenía claro que debía seguir esperando a que las cosas se calmaran. Si el deceso de Lucas había dejado a Samuel tocado, la serie de muertes que estaban viviendo lo

había terminado de hundir. No quería añadir más carga emocional sobre él. No era el momento.

—Un americano, por favor —pidió Marina antes de sentarse junto a Samuel—. ¡Qué pereza la clase que me toca después! ¿Te puedes creer que el otro día me dijeron que el sistema nervioso está formado por el xilema y el floema?

En cualquier otra circunstancia, Samuel hubiera estado encantado de comentar las anécdotas de los pupilos de su amiga, pero había algo que llevaba un rato rondándole la cabeza:

—¿Qué opinas de lo que ha dicho Raúl?

—¿El qué? ¿Lo de que habrá más muertes?

Samuel asintió antes de dar un sorbo a su café con leche. Era el segundo del día.

—No sé… Quiero pensar que no, la verdad. Espero que Ana sea la última de este compendio de infortunios. ¡No soporto los cementerios!

—¿También piensas que sus muertes son fruto de la casualidad?

—Sí, claro. No veo otra explicación más razonable —afirmó Marina sin la más mínima duda, antes de levantarse para recoger el americano, que le había preparado la encargada de la cafetería.

—¿Y si te digo que creo que todo es obra de un asesino en serie? —soltó sin más miramientos Samuel en cuanto su amiga estuvo de vuelta.

Marina congeló su movimiento, con el café alzado a medio camino de su boca. Se había quedado petrificada ante el comentario de Samuel. Anonadada, devolvió la bebida a la mesa.

—¿Lo dices en serio?

—¿Crees que bromearía con algo así? —contrapreguntó Samuel, molesto.

—Perdona, es que no le veo ningún sentido —se defendió Marina —. Todas las muertes han sido accidentales. Tú mismo has presenciado dos de ellas. No había nadie empujando la estantería que mató a Ana ni encendiendo el secador que acabó con Izan.

—Entiendo tu escepticismo; yo también lo tuve cuando la madre de Izan me dijo esto mismo. Sé que es surrealista, pero algo me hizo cambiar de opinión al ver morir a Ana. Creo que alguien está

provocando todo esto. Quizás alguien manipuló la estantería. Sabía que Ana tendría que apoyarse para colocar el libro y que cedería cayendo sobre ella.

—¿Y alguien incendió la casa de Sandra? ¿Alguien empujó a Sara por la ventana? No es más que una teoría conspiranoica, Samuel. Creo que todo esto te está afectando demasiado. Deberías seguir mi consejo y acudir a terapia…

—¡No quiero ir al maldito loquero! —gritó Samuel con todas sus fuerzas. Estaba harto de que Marina le dijera siempre lo mismo.

—Lo siento, yo…

—No, discúlpame tú. No sé qué me está pasando. Últimamente no soy capaz de mantener mis emociones bajo control.

Y por eso tendrías que pedir ayuda a un psicólogo…, pensó Marina. Decidió guardarse aquella reflexión para sí; no quería empeorar más las cosas. Permanecieron en silencio durante un buen rato. Marina jugueteaba con el azucarillo que no había utilizado, mientras que Samuel, con la vista fija en su taza, parecía a punto de quedarse dormido.

—¿Has pasado una mala noche? —preguntó Marina, a pesar de estar segura de conocer la respuesta. ¿Quién habría podido pegar ojo después de presenciar la muerte de una compañera? Y más aún teniendo en cuenta los antecedentes nocturnos de Samuel…

—He vuelto a tener mi famosa pesadilla… Solo que ha ido a peor. La bañera, en la que aparece el cuerpo de Izan, anoche albergaba también el de Borja. Además, cuando Sara estaba a punto de saltar por la ventana, surgió Ana de entre las sombras. Me sujetó por los brazos, pidiéndome desesperadamente ayuda, implorando que hiciera algo para frenar las muertes. No llegué a contestarle, porque entonces apareció Sandra: había mutado en un monstruo. Tenía unos dientes horripilantes y el cabello transformado en serpientes, como Medusa. Se acercó a mí y se lanzó a mi cuello. En ese momento me desperté.

—¡Madre mía, Samuel! ¡Tu sueño cada vez se parece más al camarote de los hermanos Marx! —bromeó Marina poniendo una nota de humor, que quitara algo de hierro al asunto.

Samuel se rio de buena gana. Con todo, en cuanto el efecto de la chanza se esfumó, la gravedad volvió a adueñarse del rostro del profesor.

—¿Sabes? No puedo quitarme de la cabeza la imagen de Ana pidiéndome que haga algo —confesó Samuel apartando su ya terminado café.

—No es real. Debes ignorarlo.

—Lo sé, pero, de alguna manera, es como si su espíritu me hubiese hablado en sueños. Siento que se lo debo por no haber llegado a tiempo de salvarla.

—¿Y qué podrías hacer tú? ¿Hay algo que esté en tu mano? —inquirió Marina cada vez más preocupada por el estado mental de su amigo.

El profesor asintió. Sí que lo había.

—Voy a ir a la policía. Les contaré mi teoría y exigiré que investiguen. —Sin esperar la reacción de Marina, Samuel se puso en pie y abandonó la cafetería con determinación.

—Tía, yo estoy ya hasta el coño de tener que redactar discursos para los funerales… —se quejó Cristina a la salida del instituto.

—Es que… ¿qué vamos a decir de esta señora si nunca nos ha dado clase? —comentó Martina, irritada, en referencia a Ana.

—Mira, que nos lo haga ChatGPT y listo…

—¡Pues sí! Si quieren que lo hagamos bien, que nos paguen… ¡Que nos tienen explotadas!

Samuel pasó por su lado sin percatarse de su conversación. Como si de un caballo con anteojeras se tratara, solo miraba al frente, centrado en su objetivo. Había tenido que esperar hasta el final de la jornada escolar para poder acudir a la comisaría, y la urgencia era evidente: cada segundo que transcurría contaba; podía suponer la diferencia entre la vida y la muerte de la siguiente víctima. Pasadas las dos y media, llegó a su destino empapado en sudor. Allí, un joven policía lo detuvo en la entrada:

—¿Dónde va usted con tanta prisa? Necesita registrarse y pasar el control de seguridad.

—Perdone —se disculpó Samuel al tiempo que buscaba en la cartera su DNI. Se lo tendió al agente.

—Don Samuel Arroyo Tarifa —leyó el uniformado—. ¿En qué podemos ayudarlo?

—Necesito hablar inmediatamente con el inspector… —¡Mierda! ¡No recordaba su apellido! Decidió probar suerte con su compañera —, con la subinspectora…

El profesor fue incapaz de dar con la información que necesitaba. Estaba claro que el estado de *shock* en el que se encontraba cuando los detectives se presentaron no estaba ayudando mucho a su causa. El policía, sin apartar la mirada del civil que tenía delante, comenzó a impacientarse:

—No tengo todo el día, señor.

—Lo siento. No sé cómo se llaman los inspectores —reconoció, por fin, Samuel—, pero es muy importante que hable con ellos. Se trata de las muertes que están ocurriendo en el IES Unión Europea. Creo que…

—¿Ha sido usted testigo de algún suceso? ¿Viene a denunciar a alguien o a aportar alguna prueba?

Samuel se mordió el labio. La realidad era que lo único que tenía para compartir con la policía era una teoría que ni siquiera podía demostrar. No contaba con evidencia alguna, ni nombres que trasladar a los inspectores; tan solo conjeturas. Si le decía la verdad al agente, había una alta probabilidad de que no lo dejase pasar, así que no le quedaba otra que mentir. «¿Es un delito faltar a la verdad ante la autoridad?», se planteó Samuel, visiblemente nervioso. Lo único que le faltaba era acabar pasando la noche en el calabozo.

—Sí, tengo pruebas que demuestran que una de las muertes fue un asesinato.

El policía tomó nota en su registro de visitas antes de permitirle acceder. Samuel, sentado junto a una pobre señora a la que habían robado el bolso, esperó pacientemente unos quince minutos hasta que otro uniformado lo llamó por sus apellidos.

—¡Soy yo! —Se puso en pie.

—Venga conmigo —le pidió el policía.

El profesor lo siguió por un largo pasillo que conectaba el *hall* de entrada con una amplia oficina. En la última de las mesas, situada al fondo, lo esperaba ya el inspector De la Fuente.

—Siéntese. Me han comentado que sigue usted sin recordar los apellidos de la gente… —dijo socarronamente el inspector, una vez que Samuel ocupó la silla ubicada frente a él.

—Menos mal que tiene usted un letrero con sus datos, aunque no alcanzo a leerlo… —ironizó Samuel señalando el cartel de metal que descansaba sobre la mesa del detective. Un táper con lo que, suponía, eran los restos de su comida lo eclipsaba por completo.

De la Fuente, de mala gana, apartó el recipiente de plástico.

—Parece ser que tiene usted pruebas de que una de las muertes no ha sido accidental. Es curioso: ayer fue incapaz de relatar lo que había pasado con precisión, y de repente tiene usted la clave del caso. ¿No será que viene a confesar que usted asesinó a su compañera?

Samuel flipó con la grave acusación del detective. Tardó unos segundos en recomponerse antes de ser capaz de articular palabra:

—¿Perdón? ¿Cómo dice?

—Creo que me ha escuchado perfectamente. —El inspector esbozó una sonrisa de superioridad mientras inclinaba todo el tronco sobre la mesa con la pretensión de amedrentarlo—. No me creo la versión de los hechos que nos dio.

—¿Aunque concuerde con la del resto de testigos? —intervino la subinspectora Villar, que acababa de llegar hasta ellos—. Creía que ya lo habíamos librado de toda sospecha.

De la Fuente la fulminó con la mirada. Su aparición no había podido ser más inoportuna y ponerse del lado del acusado era, a ojos del veterano policía, una gran cagada.

—Bueno, las tornas han dado la vuelta desde que ha aparecido por aquí asegurando que una de las muertes del caso ha sido un asesinato —explicó a su subordinada.

—En realidad, no estoy seguro —puntualizó Samuel—. Solo se trata de una hipótesis, pero creo que hay alguien detrás de todas las muertes.

—¿Un asesino en serie?

Samuel sentía la mirada penetrante de Villar clavada en el rostro, como si tratara de hurgar en su cerebro para averiguar qué sabía.

—¡Eso es una tontería! —descartó de inmediato De la Fuente.

—¿Tiene alguna prueba? —La subinspectora, todavía de pie junto a la mesa, ignoró el comentario de su compañero.

Samuel negó con la cabeza.

—Venir a una comisaría a soltar una acusación tan grave sin ningún tipo de pruebas tendría que ser un delito. ¡Nos está haciendo perder el tiempo! ¡Igual que pasó con la madre del crío ese, Ian! —protestó amargamente el inspector.

—Izan; se llamaba Izan —corrigió Samuel.

—¡Lo que sea! ¡¿Qué más da?! —De la Fuente se repantigó en su silla.

Samuel le clavó una fría mirada; su paciencia se había agotado.

—No, no da igual. Era un ser humano, un chaval de quince años, con toda la vida por delante, con familia, con amigos, con mucha gente que lo quería. ¡Por supuesto que no da igual cómo se llamaba! ¡Y tampoco da igual su muerte! Alguien lo mató, y ustedes tienen que descubrir quién.

—¡No se atreva a venir a mis dependencias a gritarme! Baje el tono o haré que lo detengan por desobediencia. —De la Fuente señaló a Samuel con un dedo amenazador.

—Quizás todos deberíamos relajarnos un poco y…

—Tú, vuelve a tus tareas —interrumpió el inspector a Villar—; yo me encargo de esto. No te necesito aquí.

Los ojos de la subinspectora relampaguearon. Una cosa era que él fuera su superior y otra, muy distinta, que, delante de un civil, le arrebatara toda autoridad y le mandara obedecer como si fuera una simple subordinada sin criterio propio. Resopló, mostrando su disconformidad con la orden recibida, y se dirigió hacia su escritorio.

—¿De verdad no han encontrado nada en los lugares del crimen que pueda, al menos, hacer sospechar de la posibilidad de que haya un asesino? —preguntó raudo Samuel antes de que De la Fuente lo despachara también.

—No puedo comentar los detalles del caso fuera del ámbito policial.

—¿Pero lo están investigando al menos? ¿Han recogido pruebas?

—No me diga cómo hacer mi trabajo —replicó el inspector.

—¡Si fuera un profesional de verdad, no tendría que decírselo!

—¡Se acabó! ¡Ya he oído suficiente! ¡Fuera de aquí! —De la Fuente se puso en pie.

—¡No pienso irme hasta que hagan algo! Ya se han perdido cinco vidas y seguirán muriendo más si ustedes no lo evitan. ¡Es su responsabilidad! El próximo muerto recaerá sobre su conciencia.

Un agente, alertado por los gritos, se asomó al interior de la oficina. El inspector le hizo una seña para que se acercara.

—Por favor, acompaña al caballero a la salida.

—¡No! ¡No me iré hasta que me hagan caso! —se resistió Samuel mientras el policía lo forzaba a levantarse de la silla.

—Está montando una escena y eso no le conviene. Vamos, muévase —le aconsejó el agente.

Samuel cedió y se encaminó hacia la salida, no sin antes lanzar una mirada de odio al inspector. El policía caminaba a su lado, sujetándolo con fuerza del brazo. Aún así, Samuel logró zafarse y echó a correr hasta llegar a la mesa de Villar.

—¡Por favor! ¡Tiene que hacer algo! —rogó Samuel, casi desesperado.

La subinspectora, alarmada por la actitud y el semblante alterado del profesor, se puso en pie. La rigidez de su cuerpo reflejaba la tensión que sentía en ese momento; estaba en guardia. Todo cambió al contemplar los ojos de Samuel: en ellos no vio peligro ni rabia, sino preocupación por sus seres queridos. En cuestión de segundos, empatizó con él.

—¿Tiene alguna idea de cuál podría ser el motivo por el que ese supuesto asesino estaría matando a toda esa gente? ¿Sospecha cuál podría ser el nexo común? —inquirió Villar.

—No… No lo sé… Aunque seguro que usted lo podrá averiguar —animó Samuel al tiempo que el policía lo asía de nuevo del brazo.

—Sin más datos y sin la autorización del inspector, no puedo hacer nada. Lo siento.

Samuel pudo ver en el rostro de la subinspectora que sus palabras eran sinceras, que realmente lamentaba no poder ayudarlo.

—Vamos afuera antes de que lo meta en el calabozo —amenazó el agente tirando de Samuel.

El profesor, cabizbajo y hundido por no haber conseguido su propósito, se dejó arrastrar hasta la salida sin oponer más resistencia.

Dylan, sentado en la silla de escritorio de su cuarto, presidido por una bandera de Colombia, pulsó el botón de *play* del reproductor de su portátil. Su propia voz comenzó a sonar en el vídeo:

"¡Qué pasa, followers! Hoy tengo el placer de contar en mi canal con la presencia de varios alumnos de 3.º de Diversificación. Fueron testigos de la brutal muerte de Ana, la profesora de Lengua. ¡Y lo van a narrar con pelos y señales! ¿Quién quiere empezar?"

Sebastián levantó la mano, visiblemente excitado, mientras agitaba su abanico con la bandera LGTB:

"¡Yo lo vi todo!"

La estilizada y pizpireta venezolana, Sofía, no estaba dispuesta a dejarle todo el protagonismo a su amigo:

"¡No seas pendejo! ¡Yo también estaba allí!"

Sebastián recuperó el foco:

"Mira, pasábamos por delante de la biblioteca justo cuando se le cayó el armario encima."

El puntilloso Gabriel estaba siempre al acecho del mínimo error de sus compañeros para soltar sus pullitas:

"Era una estantería, no un armario."

Sofía siguió explicando lo ocurrido sin dejar de tocarse sus exuberantes rizos:

"¡Se le espachurró la cabeza! Se le veía incluso un poco el cerebro."

Alaia, la alta dominicana de piel oscura, protestó:

"¡Qué asco! ¿Era necesario dar ese detalle?"

Rosa, también latina y sumamente prudente, era la única que mantenía un papel discreto dentro del grupo, quizás a la espera de ser interpelada directamente por el *instagramer*.

Dylan pausó el vídeo. No era una crónica perfecta del accidente de Ana, pero le valdría; además, también contaba con el testimonio de Aitana. Solo necesitaba editar el material, hacerle unos pequeños ajustes antes de subirlo a su red social.

Al *streamer* le gustaba trabajar escuchando a su cantante favorito, Kidd Kleto, así que decidió encender su equipo de música de alta potencia. Se puso sus auriculares *over-ear* para no molestar a su hermano pequeño, que se encontraba en el cuarto de enfrente estudiando. Presionó el botón *ON* de su cadena y, de inmediato, comenzó a sonar la música. Lo que no esperaba era el elevadísimo volumen al que lo hizo. Se pegó un susto de muerte. Literalmente.

Reaccionó al instante: se quitó los cascos y los tiró sobre la mesa. La música estaba a tal volumen que todavía podía escucharse a través de ellos. Se llevó las manos a los oídos; le dolían por el estruendo. No obstante, aquella molestia no era siquiera comparable con la intensa opresión que comenzó a sentir en su pecho. Trasladó ambas manos al corazón, creyendo que se trataba de la impresión del susto, del que su cuerpo todavía no se había recuperado. Cuando el dolor comenzó a irradiar hacia el brazo izquierdo, entró en pánico: aquello era mucho más grave.

A Dylan le habían diagnosticado una miocardiopatía hipertrófica nada más nacer, y aquello había marcado toda su vida. Los médicos le prohibieron practicar deporte de alta intensidad, por lo que, desde pequeño, pasó más horas de la cuenta sentado frente al ordenador. Así nació su pasión por las redes sociales, su sobrepeso y su mayor temor: padecer un infarto. Sabía que el más mínimo esfuerzo o sobresalto podía desencadenarlo.

Ante el riesgo de sufrir un paro cardíaco, el doctor se había asegurado de que pudiera reconocer sus síntomas. También le había explicado cómo debía actuar en caso de que le ocurriera, así que Dylan puso en marcha el plan establecido. Solo debía llegar hasta la habitación de su hermano; después, él se encargaría de ir a buscar el desfibrilador, localizado a apenas unos metros, en el dormitorio de sus padres.

Muerto de miedo, se levantó de la silla con rapidez. Un mareo lo obligó a volver a sentarse. Pasados unos segundos, logró

incorporarse despacio y avanzó, tambaleante, unos pasos hasta la puerta. Su visión, cada vez más borrosa, le dificultaba encontrar la manilla. Cuando por fin la alcanzó, intentó girarla y un punzante dolor le atravesó el pecho, como si alguien le estuviera estrujando el corazón.

Se desplomó sobre el suelo, incapaz de soportarlo. Unas gotas de frío sudor comenzaron a recorrer su rostro, cada vez más pálido. Trató de gritar el nombre de su hermano, pero no pudo: le fallaban las fuerzas y le costaba respirar. Se hizo un ovillo sobre las baldosas, intentando protegerse de algo ya inevitable. Comenzó a llorar consciente de que aquel era su final. Su débil corazón no había soportado el estrés súbito. Su latido apenas tenía ya fuerza. Se estaba deteniendo, para siempre.

Capítulo 7

¡Pum! La puerta del aula se estrelló contra la pared con gran estruendo. Samuel, sobresaltado, dejó de escribir en la pizarra y se volvió para comprobar qué había ocurrido. Se quedó anonadado al ver a Adolfo hecho una furia bajo el quicio de la puerta. La violenta sacudida había dejado un escorchón en la pintura azul.

—¡Maldito hijo de puta!

Un rumor apagado recorrió la clase de 4.ºC.

—¿Qué has dicho? —preguntó Samuel mientras colocaba la tapa al rotulador, aunque había escuchado alto y claro el improperio. Trató de mantener la calma.

Con el cuerpo tenso, el director avanzó entre los pupitres hasta situarse a tan solo un metro del profesor. Su iracunda mirada daba verdadero miedo.

—¡Que eres un hijo de la gran puta!

Samuel estaba alucinando con el comportamiento de su jefe. No daba crédito a que hubiera irrumpido de aquella manera en el aula y a que lo estuviera insultando delante de todos los estudiantes sin cortarse un pelo. Había perdido los estribos.

—Adolfo, desconozco cuál es el motivo que te trae aquí, pero no creo que sea el momento ni el lugar para tener esta conversación. —Samuel no pudo evitar un deje irónico al pronunciar la última palabra—. Estamos rodeados de alumnos.

Los aludidos por el profesor estaban callados como tumbas, como jamás lo habían estado. Reinaba un silencio sepulcral en el aula, incluso entre los siempre habladores Pablo y Rodri; ni siquiera se oían las habituales risas por lo bajini de Raquel. Hasta Álvaro, que acababa de despertarse por el golpetazo, se encontraba ahora bien espabilado, con los ojos abiertos como platos. Todos permanecían absortos ante la escena que presenciaban en vivo y en directo. No querían perderse ni un solo detalle. Solo les faltaban las palomitas.

—¡Me importa tres cojones! —volvió a gritar el director, fuera de sí, mientras daba otro paso para acercarse a Samuel—. ¡Eres un mísero bastardo! Has vendido el instituto a la prensa. Has sacado todos los trapos sucios del centro.

—No sé de qué me hablas —mintió Samuel, impertérrito. No quería que sus pupilos vieran reflejados en su rostro ni el miedo ni el odio hacia su oponente. No era ese el tipo de comportamiento que quería enseñarles.

—¡Lo sabes perfectamente! —exclamó Adolfo agitando con vehemencia en el aire unas hojas.

Con la tensión del momento, Samuel ni siquiera se había fijado en el documento que el director llevaba en la mano. Entrecerró los ojos intentando escudriñar entre las palabras impresas para verificar si se trataba del artículo del periodista con el que había conversado el día anterior. Adolfo dejó caer de un brusco manotazo los folios sobre la mesa de Dídac, que, asustado, pegó un respingo. A pesar de su nombre catalán y de sus ojos ligeramente achinados, el alto y escuálido alumno había nacido en la ciudad.

> *"Continúan las muertes en cadena en el IES Unión Europea. Fuentes del interior del centro afirman que el equipo directivo no está tomando medidas para frenar esta serie de trágicos sucesos"*

Samuel logró leer el titular y el subtítulo de la noticia. Una foto de los paramédicos, sacando el cadáver de Ana cubierto con una manta térmica por la puerta del instituto, ocupaba buena parte de la página de La Región. No había ninguna duda de que se trataba de su testimonio.

—No tengo nada que ver con esto —Samuel negó su implicación en los hechos que Adolfo le imputaba mientras observaba cómo Dídac curioseaba la noticia discretamente, sin llamar la atención del director.

—¡Y un cuerno! Vi con mis propios ojos cómo hablabas y cómo salías del centro con ese repugnante periodista. —El director apretaba los puños con tanta fuerza que le temblaban las manos.

—Solo traté de ser cortés y de compensar los pocos modales con los que tú lo habías tratado. No quería que se fuera del instituto con

tan mala imagen del mismo —inventó con rapidez una excusa Samuel. No estaba dispuesto a admitir que él había sido quien se había ido de la lengua; conocía las graves consecuencias que eso podría acarrearle.

Adolfo, con la yugular a punto de estallar, cogió con rabia los folios impresos y los aplastó hasta formar una pelota. Dídac maldijo por lo bajo; no le había dado tiempo a leerlo todo. El director lanzó la bola estrujada al suelo con tan mala leche que casi pareció que pretendiera perforar las baldosas. Samuel tuvo claro que, si Adolfo hubiera podido, habría liberado su ira como realmente quería: agrediéndolo a él.

—¡Además de un traidor eres un cobarde y un mentiroso! Reconoce que has sido tú quien le ha largado todo al periodista. ¡Poco hombre!

El semblante tranquilo de Samuel empezó a tornarse tenso, hastiado; no estaba dispuesto a seguir tolerando aquel comportamiento. Los alumnos, por su parte, aguantaban la respiración, testigos de cómo la conversación se volvía cada vez más hostil.

—Adolfo, te ruego… No, te exijo que ceses este hostigamiento ahora mismo y que abandones el aula para que pueda continuar con mi clase.

—¡Tú no eres nadie para exigirme nada! ¡Mindundi! —atacó el director a la par que avanzaba otro paso hacia Samuel. Su cara casi rozaba ya la de su oponente, en una actitud abiertamente intimidatoria.

Samuel no fue el único en percatarse de que las cosas empezaban a ponerse feas. Rodri, Pablo y otros dos chicos de su grupo, Martín y Daniel, se pusieron en pie, dispuestos a intervenir si era necesario; no iban a permitir que nadie le pusiera la mano encima a su estimado profesor.

Samuel apartó la vista de los coléricos ojos de su jefe y la dirigió hacia sus alumnos. Les agradeció el gesto con la mirada, pero les pidió que se sentaran con un leve movimiento de su mano. Lo último que quería es que aquella situación los salpicara a ellos también.

Adolfo se giró buscando aquello que había desviado la atención del profesor hacia el fondo de la clase. Para su sorpresa, se encontró con los cuatro jóvenes en pie. A pesar de las indicaciones de Samuel, no pensaban sentarse hasta que el director se alejara de él. Ni siquiera apartaron la mirada cuando Adolfo los fulminó con la suya; mantuvieron la cabeza alta, desafiantes. Samuel no pudo evitar sentir un profundo orgullo por su valentía y su lealtad.

—Ahora entiendo el porqué de ese *colegueo* que te traes con los alumnos. Intentas crear tu propia banda de matones para que te defiendan, porque tú no tienes huevos para hacerlo solito.

—Pero ¿qué dices, Adolfo? ¿No te das cuenta del ridículo que estás haciendo?

Adolfo reflexionó unos instantes sobre sus opciones. Samuel no solo no había confesado su participación en el artículo, sino que además contaba con el favor de todos sus tutorandos. Se encontraba en territorio hostil; tenía todas las de perder.

—Me voy —capituló al fin mientras se encaminaba hacia la puerta —, pero esto no quedará así. Voy a encargarme personalmente de descubrir si has sido tú quien ha filtrado toda esa información y, como así sea, pienso abrirte un expediente. Esta vez no te libras: te quedan cuatro días en este centro y, cuando ya no estés, los siguientes serán tus queridos alumnos.

—No los amenaces. No me importa lo que hagas conmigo, pero deja en paz a los chavales —advirtió Samuel con el tono más duro que había empleado hasta el momento. Si algo le irritaba, era que se metieran con sus alumnos.

—¿Sabes quién no va a estar nunca en paz? El dueño de esa mesa. —El director señaló con ímpetu el pupitre vacío de Izan—. ¿Y sabes por qué? Porque ahora que la prensa ha metido las narices en este asunto, ni él ni ninguno de los otros muertos van a poder descansar en paz. ¡Que recaiga sobre tu conciencia la perturbación eterna del espíritu de ese crío!

Una vez más, la alimaña de Adolfo intentaba jugar con la afectada mente del profesor, atacarlo donde más le dolía.

—Izan. Se llamaba Izan —señaló Pablo, molesto por la forma en que el director se había referido a su amigo—. Y Samuel hizo más

por él de lo que tú has hecho nunca.

Adolfo abrió la boca, dispuesto a replicar y, probablemente, a castigar al osado Pablo. Rodri se lo impidió rompiendo a vitorear a su profesor, lo que pronto secundaría el resto de la clase:

—¡Samueeel! ¡Samueeel!

—Cierra la puerta al salir —dijo Samuel sintiéndose victorioso.

El director barrió el aula con su mirada llena de odio, como si mentalmente estuviera fulminando a todos y cada uno de ellos con rayos láser. Finalmente, salió al pasillo como una exhalación sin atender a la petición de Samuel.

—¡Uf! ¡Llega a tocarte un pelo y le hago una llave que lo dejo KO! —Martín, que aún seguía en pie, era cinturón negro en judo.

—Sí, sí. Lo pillamos y lo reventamos entre todos —fanfarroneó Daniel, el más alto de los cuatro, volviendo a sentarse. Sus intensos ojos azules todavía vibraban por la excitación del momento.

Dídac se apresuró a recoger del suelo la pelota hecha con las páginas del periódico.

—Es increíble que este tipo siga vivito y coleando, mientras que la pobre Ana ha muerto espachurrada por la estantería —comentó Raquel—. El día que sea forense, espero encontrarme solo con cadáveres de malas personas.

—¡Tú lo único que vas a diseccionar son las hamburguesas del McDonald's! —se mofó Martín.

—¡Chicos! —intervino Samuel antes de que Raquel, indignada, respondiera al ataque de su compañero—. Os agradezco vuestro apoyo, de corazón; pero ahora debemos seguir con la clase.

Un grito de rechazo generalizado recorrió el aula.

—¿Qué tenemos? —preguntó Samuel al entrar en la sala de profesores. Le tocaba hora de guardia, una de las cosas que menos le gustaba de su trabajo, solo superada por la tediosa tarea de corregir exámenes.

—Hola, Samuel. Falta Ricardo, que tenía clase en 2.ºB. No ha dejado tarea —explicó Giulia, la joven profesora de origen italiano que impartía Lengua Castellana y Literatura.

A Samuel le divertían a partes iguales el acento de su compañera, inevitable, a pesar de hablar un perfecto castellano, y la paradoja de que enseñara un idioma que no era su lengua materna. Con todo, Giulia era una excelente profesora y Samuel había estado tentado en más de una ocasión de pedirle que le diera clases de italiano. Aunque, para idiomas estaba él ahora… ¡bastantes cosas tenía ya en la cabeza!

—¡Buf! ¡Qué rollo!

—No recuerdo a quién le toca ir esta semana… —reconoció Giulia tratando de hacer memoria.

—Tú cubriste a Hortensia la última vez; esta me la como yo…

A Giulia no se le escapó la poca energía con la que Samuel había entrado, casi arrastrando los pies, ni las ojeras que le sombreaban el rostro dándole un aire taciturno.

—Puedo encargarme yo si lo prefieres. Quizás te vendría bien esta hora para descansar un poco y desconectar de todo lo que está pasando… Sé lo mucho que estás sufriendo.

Samuel sonrió a Giulia. Le agradecía enormemente su ofrecimiento, pero no estaba por la labor de dejar que su colega se comiera un marrón que no le tocaba.

—De ninguna manera. Tú también acabas de perder a tu compañera de departamento —se refirió Samuel a Ana—; los dos estamos de duelo.

Giulia no pudo negar que aquello era cierto: ella también lo estaba pasando mal. Aun así, quería ayudar a Samuel en la medida de lo posible. Cuando estaba a punto de insistir en su propuesta, el teléfono de la sala de profesores comenzó a sonar. Lo descolgó al instante:

—¿Sí?

Samuel observó cómo el rostro de la profesora se llenaba de preocupación al escuchar las palabras de su interlocutor. De repente, ella levantó la cabeza y lo miró directamente, con unos ojos que habían abandonado la inquietud para dejar paso a la lástima. Estaba claro que hablaban de él.

—Era Josefina —anunció Giulia tras colocar el inalámbrico en su base—. Te está esperando abajo la subinspectora… Villar, creo que

me ha dicho. Parece ser que quiere hablar contigo…

—¡¿Otro interrogatorio?! —se lamentó Samuel mientras se encaminaba hacia la puerta con la cabeza gacha.

—Al menos te libras de la guardia —Giulia puso un toque de positividad justo antes de que su compañero saliera de la sala.

Samuel bajó las escaleras a paso lento, desganado. No tenía ninguna prisa por someterse de nuevo a las preguntas de la policía y, menos aún, por ver al incompetente De la Fuente. Todavía estaba resentido por la forma en que había ignorado su petición de investigar las muertes y por cómo lo había echado de la comisaría. Su única esperanza era que no hubiera acudido al instituto.

Al llegar al rellano principal, comprobó con cierto alivio que solo la subinspectora se hallaba allí. Para su sorpresa, le dedicó una cálida sonrisa en cuanto lo vio aparecer. Se encontraron a mitad de camino y se estrecharon la mano.

—Buenos días, Samuel. Espero no importunarlo mucho con mi visita.

—No se preocupe, no tengo clase a esta hora. Puedo atenderla sin problema. ¿De qué se trata? —Samuel fue directo al grano: la incertidumbre por la presencia de aquella mujer lo estaba torturando.

—¿Podemos hablar en algún lugar más privado?

—Claro. Venga conmigo.

Samuel comenzó a caminar hacia el pasillo de dirección, donde, en un recoveco al fondo, se encontraba la sala en la que se reunían con las familias de los alumnos. Avanzó a paso rápido por delante de su visitante, sin siquiera molestarse en comprobar si le seguía. La amabilidad de Villar lo había descolocado por completo; necesitaba saber cuanto antes qué era lo que ocurría.

Abrió la puerta, accedió a la pequeña habitación, atestada de enciclopedias, y se sentó en uno de los lados de la mesa que ocupaba el centro de la sala. La subinspectora, que le iba pisando los talones, no tardó en colocarse frente a él.

—¡Qué calor hace aquí! —comentó Villar remangándose.

—Sí… y en invierno hace un frío que pela. Siempre he pensado que este edificio está mal orientado… —Samuel decidió dejar al

margen las trivialidades y retomar la cuestión principal—: ¿Y bien? ¿Cuál es el motivo de su visita?

—Ha muerto otra persona del instituto —soltó Villar sin preámbulos ni tapujos.

Un gesto de horror se reflejó en el rostro de Samuel.

—¡¿Qué?! ¿Otra? Ya van seis… —hizo la cuenta rápidamente Samuel.

Entonces fue consciente de que había algo más importante que el número de la víctima: su nombre. Su corazón comenzó a acelerarse. ¿Quién sería? Trató de recordar a las personas que había visto aquella mañana: todos los estudiantes de 4.ºC, salvo Sofía y Desirée. ¿Sería alguna de ellas? ¿Y sus compañeros? ¿A quién se había encontrado en la apenas hora y pico que llevaba en el instituto? Acababa de hablar con Giulia, se había cruzado con Raúl y juraría haber escuchado la voz de Noemí por las escaleras… ¿Podría ser el fallecido Pedro, la buenaza de Abril o su adorada Marina? Estaba hiperventilando. Tragó saliva antes de atreverse a preguntar:

—¿Quién?

La subinspectora consultó la libreta que acababa de sacar de su pequeña mochila:

—Dylan Colmenares.

—¡El *instagramer*! —Samuel enseguida cayó en la cuenta de quién era.

Se cubrió la cara con ambas manos; necesitaba unos segundos de aislamiento para asimilar la noticia y recomponerse. Aunque le había dado clase durante varios años, por suerte no era uno de sus alumnos preferidos. De hecho, durante los últimos días lo había empezado a detestar por la fría y morbosa manera en que abordaba las muertes en su canal. No podía olvidar cómo Dylan había grabado vídeos de los funerales, o incluso del accidente de Ana, compartiéndolos con una indiferencia escalofriante. Tampoco le había perdonado el bulo que había esparcido sobre su falso noviazgo con Marina. Aun así, lamentaba el deceso de otro joven al que todavía le quedaba toda su vida por delante.

—¿Está bien? —se interesó la subinspectora.

Samuel apartó las manos del rostro.

—No, por supuesto que no. —El tono cortante del profesor puso de manifiesto lo absurda que le parecía la pregunta. ¿Acaso podía estar bien cuando acababa de enterarse de que había otro fallecido? —. ¿Qué le pasó?

—A falta de la autopsia que lo confirme, un infarto. Ayer por la tarde en su domicilio.

—Dylan tenía problemas cardíacos. —Samuel hizo memoria. Había sido informado de ello en cuanto el chaval entró en el instituto; todo el claustro debía estar al tanto por si sufría un ataque en el centro—. Así que se trata de otra muerte accidental… Supongo que se ha tomado la molestia de venir a decírmelo en persona solo para reírse en mi cara y terminar de tirar por tierra mi teoría del asesino en serie.

Villar hizo una pausa dramática antes de contestar. No le estaba gustando la forma en que el profesor se dirigía a ella; por otro lado, no podía echárselo en cara: primero, por el estado alterado en el que se encontraba tras enterarse del fallecimiento; y segundo, por el resquemor que aún arrastraba después de haber sido expulsado de la comisaría el día anterior.

—Al contrario, he venido a darle la razón: creo en su hipótesis.

Samuel, que se había recostado en la silla, estuvo a punto de caerse al suelo por la impresión ante las inesperadas palabras de la subinspectora.

—¿Cómo?

—Lo que oye. La muerte del último chico me ha hecho reflexionar. Es la sexta víctima, como muy bien ha dicho usted antes, y creo que esto ya ha dejado de ser una casualidad. Es hora de sacar los esqueletos del armario, nunca mejor dicho.

—Me alegro de que haya entrado en razón. —Samuel no pudo esconder una leve sonrisa de satisfacción. Mejor tarde que nunca.

—Lamentablemente, el inspector De la Fuente sigue en sus trece: no quiere oír ni hablar de un asesino en serie —informó Villar—, y es él quien está al mando. Poco puedo hacer sin su autorización…

—Y, sin embargo, aquí está…

—Voy a ayudarle a parar al asesino de forma extraoficial. Me estoy jugando el puesto saltándome la cadena de mando, pero ni

siquiera el comisario me ha hecho caso, y no estoy dispuesta a que siga muriendo gente —dijo con gran determinación la subinspectora.

—Bien, ¿por dónde empezamos?

Villar se agachó para coger del suelo su mochila. Abrió la cremallera y extrajo una serie de folios doblados que extendió sobre la mesa.

—No puedo sacar de la comisaría la carpeta del caso, así que he traído fotocopias. Este es el informe sobre la muerte de Dylan. —Señaló un grupo de hojas que había separado del resto—. Hay una serie de hechos que me han llamado la atención: fue su hermano el que lo encontró muerto en el suelo. En el interrogatorio nos contó que se escuchaba música a todo volumen proveniente de sus auriculares.

—Ese fue el desencadenante del ataque… —hiló Samuel.

—Comentó que le había parecido extremadamente raro, puesto que nunca la ponía a ese volumen. Sus padres nos confirmaron que nadie en la casa ponía radios o televisores por encima de cierto nivel de sonido para evitar sobresaltos innecesarios que pudieran desencadenar un infarto. Recalcaron que el propio Dylan era el más concienciado con esa regla.

Samuel se quedó pensativo durante unos segundos antes de atreverse a suponer lo que la subinspectora estaba dejando caer:

—¿Piensa que alguien pudo manipular el equipo de música para que sonara así de alto nada más encenderse?

—Exacto.

—¿Se sabe si alguien estuvo en la casa aquel día?

—Los padres trabajan hasta tarde, así que lo desconocen. Su hermano, por lo visto, siempre está encerrado en su habitación, al igual que Dylan. Sería posible que una persona hubiera estado allí sin que se hubiera enterado.

—Imagino que habrán tomado las huellas del equipo…

—Por supuesto —confirmó Villar, molesta por el simple hecho de la duda; ella era una profesional—. En cuanto tenga los resultados del cotejo se lo haré saber; con la autopsia, procederé igual.

Samuel asintió aprobando la estrecha colaboración que le proponía la subinspectora. Por fin el caso daba un giro: había

logrado que alguien creyera su teoría, o más bien, la de la madre de Izan. «La llamaré para informarle de que sus demandas han sido escuchadas. No le devolverá a su hijo, pero al menos le dará una razón para seguir viviendo», pensó.

—¿Puede pedir que se analicen las grabaciones de las cámaras de seguridad de la zona? —cuestionó Samuel—. Podrían ser claves para determinar si alguien había accedido a la vivienda con Dylan.

—No sin la autorización de mi superior —se lamentó Villar a la par que desdoblaba un nuevo grupo de hojas—. De las muertes de Izan, Sara y Borja no hay nada relevante que me haga sospechar que se pudiera tratar de un asesinato. Al menos, con las pruebas de las que dispongo: De la Fuente no consintió que se revisaran las cámaras de la casa de Borja. Sin embargo, en los casos de las dos profesoras sí hay ciertos detalles que me huelen mal.

Samuel la miró impaciente; ansiaba esa información. La subinspectora, en cambio, parecía querer hacerse la interesante con sus pausas dramáticas. ¿O quizás se estaba echando para atrás? ¿Acaso no confiaba en él? El profesor no la culparía si fuera así; como ella misma había dicho, se estaba jugando su puesto de trabajo.

—Soy todo oídos. Prometo no compartir lo que me cuente con nadie; entiendo los riesgos que está asumiendo —Samuel verbalizó lo que creía que Villar necesitaba escuchar para seguir adelante.

La subinspectora esbozó una sonrisa. Aunque no estaba muy segura de que aquellas simples palabras bastaran para depositar su confianza en él, agradecía el gesto. De todas maneras, se había lanzado a la piscina hacía un rato; ya no había vuelta atrás.

—No hemos logrado encontrar las llaves de la casa de Sandra. Ni estaban en la escena del crimen, ni su marido las ha localizado a lo largo de estos días. Sin embargo, la puerta de su casa estaba cerrada, por lo que el manojo tendría que estar dentro. —Villar señaló las fotos tomadas por la policía científica del hogar calcinado de la orientadora.

—Quizás se fundieron a causa del fuego…

—Las llaves domésticas suelen estar hechas de latón, cuyo punto de fusión está entre 900 y 940 °C. En un incendio, en contacto

directo con la llama, pueden alcanzarse picos locales de entre 800 y 1.200 °C. Es decir, si las llaves hubieran estado en el sofá o en la alfombra, podrían haberse derretido, pero hubiéramos encontrado restos… y no los hallamos —la subinspectora desechó la hipótesis—. Además, según su marido, Sandra era muy metódica y siempre dejaba las llaves en el mismo lugar: sobre el mueble de la entrada, que apenas fue afectado por el fuego. El bombín de la puerta, donde quizás las podría haber dejado colocadas, también estaba intacto.

Samuel hizo amago de opinar, aunque no terminaba de entender cuál era la sospecha de Villar. ¿Por qué estaba jugando de esa manera con él? ¿Acaso no era más fácil transmitirle directamente cuál era su teoría? ¿Por qué se limitaba a lanzar los datos y a esperar que él atase los cabos sueltos? ¿Quizás lo estaba poniendo a prueba para verificar si era alguien inteligente con el que pudiera contar para la investigación?

El profesor frunció el ceño; no le gustaba sentirse evaluado. Él era el profesor; él era quien evaluaba, y no al revés. Agitó la cabeza para despejarla de los pensamientos intrusivos, que nada lo estaban ayudando, y al fin dio con la clave:

—Alguien la encerró en su propia casa tras provocar el incendio.

Los ojos de la subinspectora reflejaron un sutil brillo de complacencia. El profesor tenía buena capacidad de deducción, lo que podría serle muy útil para resolver el caso.

—Es una posibilidad muy factible, sí. Antes de que me lo pregunte: no, no se tomaron huellas. No es el protocolo a seguir ante un incendio que se cree accidental.

—Así que seguimos sin ningún tipo de prueba… —Samuel golpeó la mesa con el puño; comenzaba a desesperarse. No estaban avanzando nada—. ¿Qué hay del caso de Ana?

Villar desdobló otro fajo de folios antes de señalar con el dedo una de las fotos.

—La científica analizó las placas de anclaje al suelo de la estantería que volcó. No es común que las librerías estén sujetas al piso; es un extra de seguridad. El caso es que los tornillos estaban sueltos…

—Y, por tanto, no hicieron su función cuando Ana se colgó de la estantería.

—Lo sorprendente es que los tornillos de los anclajes de las otras dos estanterías se encontraban perfectamente apretados.

—Parece obvio que alguien los manipuló.

—Esa misma fue la impresión de la científica, por lo que tomaron huellas. No encontraron ninguna.

—Así que es de esperar que tampoco las haya en la minicadena de Dylan —reflexionó Samuel, abatido por las escasas pruebas de las que disponían hasta el momento. Veía inviable detener al asesino así—. ¿No es suficiente con que los anclajes estén aflojados para que se abra una investigación alternativa al accidente?

—En los interrogatorios posteriores al suceso, varios profesores del departamento de Lengua y Literatura comentaron que aquella estantería era la que más se usaba; no les extrañaba que, con el paso del tiempo, los tornillos se hubieran ido soltando. Esa explicación fue suficiente para que De la Fuente diera carpetazo al caso. —La subinspectora no pudo evitar poner los ojos en blanco al pensar en el zoquete de su jefe.

—¿Se podrían analizar las cintas de las cámaras de seguridad para ver quién entró en la biblioteca durante los días anteriores? No sin la autorización del inspector… —se contestó Samuel a sí mismo.

—Tampoco estoy segura de su utilidad. Mientras le esperaba he estado analizando el terreno. No hay ninguna cámara que enfoque directamente a la biblioteca; habría que revisar las grabaciones de la que está frente a la entrada principal. Nos ofrecería una información parcial y, al mismo tiempo, ingente, ya que, según me ha dicho la conserje, ese lugar está siempre abarrotado durante los recreos. Nos resultaría muy difícil dar con el culpable.

Samuel se levantó bruscamente de la silla, presa de un arrebato de rabia. Comenzó a caminar en círculos por el reducido espacio que separaba la mesa de la puerta.

—¡Estamos en un punto muerto! —gritó furioso—. ¡Tenemos indicios de que puede haber un asesino, pero ninguna prueba de quién es!

La subinspectora se puso en pie con mucha más calma que Samuel y se acercó a él. Lo sujetó por los hombros para frenar su enajenada marcha circular.

—Si alguien puede desencallar el caso, ese eres tú —le aseguró Villar en un susurro, consciente del peso de aquellas palabras. El cambio del tratamiento de usted a tú fue completamente deliberado: ganar un grado de cercanía podía ayudarla en su propósito.

Las pulsaciones de Samuel no se ralentizaron; al contrario, se aceleraron ligeramente. No por la frase, que ni siquiera había escuchado, sino por la escasa distancia corporal que lo separaba de la subinspectora. Con los rostros a apenas unos centímetros, pareció darse cuenta por primera vez de que se encontraba frente a una hermosa mujer. La coleta, con la que llevaba recogido el pelo, no era el peinado más sensual del mundo y, además, estaba seguro de que ella le sacaba unos cuantos años; sin embargo, sus labios carnosos, su afilada nariz y sus inteligentes ojos almendrados la hacían realmente atractiva.

Había dejado de verla como una policía para empezar a verla como una mujer. El susurro de su voz le había erizado la piel, ¿pero qué había dicho? «Samuel, por favor, céntrate. No está aquí para ligar contigo», se reprendió, obligándose a volver al asunto que los ocupaba.

—Perdone…, ¿pue… puede repetirlo? —balbuceó Samuel, incapaz de sostenerle la mirada.

—¿Te encuentras bien? —Villar insistió en el tuteo.

—Sí, sí. Me he mareado un poco con el brusco parón, nada más —improvisó Samuel buscando un pretexto que no lo delatara.

—Vaya, lo siento. No era mi intención. —La subinspectora le soltó los hombros y retrocedió un paso. Sus ojos evitaron el contacto directo por un segundo.

«¿No podías pensar en otra excusa? Solo te ha faltado acusarla de agresión. ¡Vaya manera de conquistar a una mujer!», se recriminó Samuel.

—No, no, tranquila. No ha sido culpa tuya —Samuel se sumó al tuteo—. ¿Qué me decías?

—Que está en tu mano desencallar el caso.

—¿Y cómo es eso? Solo soy un simple profesor —repuso Samuel, escéptico.

—Si de verdad hay un asesino en serie, tiene que ser alguien del propio instituto: un docente, un alumno… Alguien que pueda tener acceso a todas esas personas, a todas esas viviendas. Nadie mejor que tú conoce a la gente que aquí estudia y trabaja. Necesito que elabores una lista de sospechosos.

Samuel sintió la imperiosa necesidad de sentarse: se estaba mareando, aquella vez de verdad. La subinspectora acababa de volcar sobre él toda la responsabilidad del caso, y no se veía capaz de asumirla. ¡Por el amor de Dios! ¡Era profesor de Geografía e Historia en el instituto, no de Criminalística en la universidad!

—No sé cómo hacerlo… Ni siquiera sé por dónde empezar —reconoció Samuel, agobiado.

Villar se puso de cuclillas y le cogió las manos.

—Puedes hacerlo. Apenas te conozco, pero siento que puedo confiar en ti. Si no, no estaría aquí jugándome el puesto. Piensa en las relaciones interpersonales que hay entre los difuntos y el resto del IES, ata cabos sueltos y, si es necesario, interrógalos. Ahora debo irme. Le dije al inspector que salía un momento a hacer un recado; si tardo mucho en volver, sospechará. Hablaremos luego. Recuerda no comentar esto con nadie: es totalmente confidencial.

Samuel no sabía si era por sus reconfortantes palabras o por el tacto de la suave piel de sus manos, pero, de repente, la confianza pareció abrirse paso en su interior. Asintió, todavía sin ser consciente de la ardua tarea que la subinspectora le había encomendado.

Marina regresó del patio al *hall* principal del instituto. Se había encontrado la cafetería cerrada, así que no le quedaba otra opción que bajar a almorzar a "La Mercería". Tras pedirle a Josefina que le abriera la puerta, salió al exterior.

Frenó en seco, perpleja, al contemplar la maraña de periodistas que rodeaba la verja del centro. Una decena de cámaras y una veintena de reporteros se arremolinaban en torno a la puerta, completamente bloqueada. Si quería llegar al bar, tendría que abrirse

paso entre la marabunta. Avanzó unos pasos hacia ellos, insegura. Las voces de los periodistas, que se abalanzaban hacia ella, comenzaron a fundirse en un zumbido en su cabeza.

—¡Señorita! ¿Puede respondernos a unas preguntas?

—Estamos en directo para La Séptima, ¿puede atendernos un momento?

—¿Trabaja usted en el centro? ¿O es madre de algún alumno?

«¿Qué? ¿Madre? ¡¿Qué edad se creen que tengo?!», pensó Marina justo antes de que un *flash* la dejara ciega durante unos segundos.

—Se rumorea que ayer hubo una nueva muerte relacionada con el caso. ¿Puede confirmarlo?

—¿Es cierto que el equipo directivo no está haciendo nada para frenar las muertes?

—¿Cree que todo es obra de un asesino en serie?

—¿Teme por su vida?

«En este momento, sí», reflexionó Marina después de haber estado a punto de ser agredida, de forma involuntaria, con una alcachofa. Los periodistas no paraban de empujarse para acercarse a ella. Se sintió totalmente sobrepasada por la situación. No estaba preparada para enfrentarse a una nube de medios ni para aparecer en todas las televisiones de España. Comprendía su afán por obtener información ante la magnitud que estaba tomando el caso, pero no le correspondía a ella responder a sus cuestiones.

Se dio la vuelta y caminó hacia la puerta del instituto mientras la jauría de reporteros no dejaba de reclamar su atención, gritando e incluso atreviéndose a sobrepasar los límites de la verja.

Ya en el interior del centro, respiró hondo; estaba a salvo otra vez. Le dolía la cabeza y hasta se le había quitado el hambre. Decidió dirigirse a "La cueva", es decir, a su departamento. Según la leyenda, el apodo se debía a un antiguo profesor que únicamente emergía de allí para dar sus clases… o para ir al baño. Justo cuando llegaba a las escaleras, vio cómo Samuel salía al rellano acompañado por una de las agentes que llevaban el caso.

Su primera reacción fue preocuparse por su amigo; se le heló la sangre solo de pensar que Samuel pudiera volver a ser considerado

sospechoso por la muerte de Ana. ¡Si no le haría daño ni a una mosca! Sin embargo, cuanto más los observaba, más evidente le resultaba que Samuel no parecía tenso durante su conversación con la subinspectora; entre ambos se percibía cierta complicidad. En un momento dado, a la agente se le cayó el bolígrafo que sostenía y, cuando se agachó para recogerlo, Samuel le miró descaradamente el trasero. «¡Se acabó! ¡Voy a acercarme!», resolvió Marina, dominada por los celos.

—Hola —saludó con una falsa sonrisa.

—Marina, ¿qué tal? No os conocéis, ¿verdad? —inquirió Samuel.

Ambas negaron con la cabeza, así que el profesor procedió a las correspondientes presentaciones.

—Encantada. —Villar le tendió la mano a Marina, que se la estrechó sin mediar palabra.

—Justo le estaba comentando a la subinspectora que necesitaría ayuda con cierta cosa…

—Y yo te he explicado que no es buena idea —Villar interrumpió a Samuel.

—No voy a ser capaz de hacer todo lo que me has pedido sin ayuda. Tienes que entender que no soy policía; soy un simple profesor. No puedes cargar sobre mí toda la responsabilidad del caso y pretender que nadie me asista.

—Un momento… ¿estáis trabajando juntos en el caso? —Marina se quedó anonadada.

Villar fulminó a Samuel con la mirada; acababa de desvelar algo que no debía, pese a sus reiteradas advertencias.

—Lo siento. ¿Ves? No soy bueno con estas cosas, nunca he sido fan de las películas policíacas —se excusó Samuel por su metedura de pata—. Ahora que Marina ya sabe el secreto, ¿puede ayudarme con los interrogatorios?

—¡Qué remedio! —accedió la subinspectora poniendo los ojos en blanco—. Pero que esto no salga de aquí, o podéis mandar todo a la mierda.

—Seré una tumba. No sé de qué se trata, pero seré una tumba —prometió Marina sellándose los labios con los dedos.

Villar miró a Marina de arriba abajo. Si bien tenía claro que podía confiar en Samuel, la profesora no le transmitía las mismas sensaciones. Sus casi quince años en el cuerpo le decían que aquella chica no era del todo trigo limpio. Aunque no le gustaba el rumbo que habían tomado los acontecimientos, ya no podía hacer nada por evitarlo.

—Hablaremos luego.

—¿Puedes explicarme de qué va todo esto? —preguntó Marina en cuanto Villar se dirigió hacia la salida.

Samuel tomó a su amiga del brazo y la condujo hasta la biblioteca; allí podrían hablar con más tranquilidad y, sobre todo, con mayor discreción. Le relató con todo detalle la conversación que acababa de mantener con la subinspectora.

—¿Entonces nuestra misión es interrogar a los sospechosos? —Marina no daba crédito a lo que acababa de escuchar—. ¿Desde cuándo somos personajes de una novela de Sherlock Holmes?

—Entiendo tu asombro perfectamente…

—¿Asombro? ¡Estoy flipando! —exclamó Marina poniéndose en pie—. ¿Para esto pagamos nuestros impuestos? ¿Para que unos inspectores incompetentes deleguen su trabajo en nosotros?

—Un inspector incompetente —matizó Samuel. Villar no se merecía las acusaciones de su amiga.

—¿Acaso hay algún sospechoso?

—Creo que tengo una idea de por dónde empezar. ¿Estás libre ahora?

—Sí. Debería estar en 1.ºB, pero como solo han venido seis alumnos, los hemos juntado con los de otros dos grupos.

—¿Y eso? —preguntó Samuel, extrañado por la escasa afluencia de estudiantes en el primer curso.

—Parece ser que los padres están asustados por la sucesión de muertes... Tienen miedo de que a sus hijos les pase algo y han decidido no traerlos al centro hasta que se calmen las aguas. La AMPA apoya la medida.

—No puedo culparlos… Bien, eso nos deja… —Samuel consultó la pantalla de su móvil— media hora para los interrogatorios. Vamos allá.

De nuevo en la biblioteca, Samuel y Marina se sentaron frente a Aitana. La joven los observaba sin comprender del todo por qué la habían sacado de clase de Matemáticas tras el preceptivo permiso de su profesor.

—Aitana, estás aquí porque necesitamos hablar contigo de algo muy serio —rompió el hielo Samuel.

—¿Es por lo que ha pasado antes con el director?

Marina interrogó con la mirada a su amigo; no sabía a qué se refería Aitana. Samuel todavía no había tenido tiempo de ponerla al día.

—Ya te contaré —pospuso el tema Samuel antes de volver a dirigirse a Aitana—. No, está relacionado con las muertes que han ocurrido en el centro.

—¿Otra vez vas a darme la chapa con lo de que no he ido a los funerales? Al de Ana voy a ir, me caía bien.

—Bueno… tiene que ver con eso, sí. Pensamos que… —Samuel buscaba las palabras adecuadas para comunicarle que era una posible sospechosa— que podrías estar implicada en los hechos.

Samuel no podía creer que hubiera sido capaz de verbalizar aquello. Acababa de acusar de asesinato a una de sus alumnas favoritas. ¿En qué momento se había torcido tanto el curso como para llegar hasta ese punto?

—¡¿Qué?! —La expresión de Aitana era una mezcla perfecta de estupefacción y miedo.

—Solo queremos que nos ayudes a esclarecer ciertas dudas que tenemos sobre el tema. Es por tu propio bien —aseguró Samuel de forma amigable.

—Si no cooperas, será la policía la que te interrogue de forma oficial, y no creo que eso te interese… —amenazó Marina adoptando el rol de "poli malo". Habían decidido seguir la vieja y manida estrategia antes de enfrentarse a Aitana.

—Vale, vale —aceptó colaborar la alumna, incapaz de ocultar su tremenda inquietud—. ¿Puedo, al menos, saber por qué sospecháis de mí?

Samuel la miró fijamente, dubitativo. No estaba seguro de si debía o quería compartir esa información con ella, pero era la

mínima explicación que se merecía.

—Porque, como tú misma has dicho, no has ido a la mayoría de los funerales. Además, has mostrado bastante hostilidad hacia varios de los fallecidos.

—O sea, que estás usando en mi contra todo lo que te confié solo a ti… —Aitana se sentía tremendamente traicionada. Su rostro reflejaba la profunda decepción que albergaba en su interior.

Samuel resopló mientras se dejaba caer en la silla. Su conciencia llevaba un rato martirizándolo por desconfiar de ella, por usarla como cabeza de turco en vez de admitir que no tenía ni idea de quién podía estar detrás de las muertes. Aquella reflexión de Aitana fue la gota que colmó el vaso.

—No puedo hacer esto —se dio por vencido con la cabeza gacha.

—Tranquilo, yo me encargo —tomó el mando Marina. Levantó el folio con la batería de preguntas que la subinspectora había propuesto—. ¿Has estado en casa de Izan Ferrer alguna vez?

—¿Yo? No. ¿Para qué iba a ir a casa de ese imbécil?

—¿Estuviste en la casa de Borja Gómez en su fiesta de graduación?

—Tampoco.

—¿Dónde estabas el viernes entre las 14:30 y las 15:00? —Era la hora a la que había empezado el incendio en casa de la orientadora, según había determinado la policía científica.

—Pues a esas horas, comiendo en mi casa. Es lo que hago todos los días.

—¿Estabas sola o había alguien más de tu familia que pudiera corroborar tu versión?

—Mis padres y mi hermana mayor —Aitana respondía asépticamente, atónita por el cuestionario.

—¿Sueles ir a la biblioteca del instituto a menudo?

—Sí.

—¿A leer libros propiedad del centro? —afinó la pregunta Marina.

—¡No! ¡Qué asco! Nunca cojo ejemplares que hayan tocado otras personas; me los traigo de casa.

—¿Estabas en la biblioteca el día que Ana tuvo el accidente?

—Sí, igual que Samuel. —Aitana no dudó en señalar a su profesor. Si ella caía por el simple hecho de haber estado en el lugar incorrecto en el momento incorrecto, también debería hacerlo él. Sin contemplaciones, no después de la deslealtad de Samuel.

—¿Dónde estabas ayer a…?

—Déjalo, Marina —interrumpió Samuel tapando con la mano el folio que sujetaba su compañera—. Acabemos con esta farsa. No ha sido ella. Ya no es solo que tenga coartada para uno de los crímenes, es que, sinceramente, creo, en lo más profundo de mi ser, que no es capaz de hacer algo así. Puedes volver a clase, Aitana. Siento haber desconfiado de ti.

La alumna se puso en pie y caminó hacia la salida sin dirigir la palabra al que había sido su profesor predilecto hasta ese momento. Ni siquiera lo miró.

—No diré nada sin la presencia de mi abogado —se plantó África en cuanto Marina y Samuel le explicaron los motivos por los que se hallaba en la biblioteca.

La habían sacado de clase unos minutos después de liberar a Aitana. Era la segunda sospechosa en la lista de Samuel por varios motivos: había aparecido en los vídeos del *instagramer* comentando con frivolidad las muertes; era la persona que había encontrado el cadáver de Borja en la piscina; odiaba abiertamente a todos los profesores y, además, para Samuel, su personalidad barriobajera y su mal carácter encajaban perfectamente con el perfil de una criminal.

—¡Venga ya, África! ¡Esto no es una película! Si no respondes a nuestras preguntas, tendrás que hacerlo en comisaría. —Marina dejó claras las consecuencias de su rechazo a colaborar—. ¿Acaso es eso lo que quieres?

—Intentamos ayudarte: analizar si tienes coartadas para quitarte de encima a la policía —mintió Samuel en su papel de "poli bueno". Se sentía más cómodo interrogando a aquella alumna; le tenía tan poco aprecio que podía imaginarla como la asesina sin el menor remordimiento.

África les sostuvo la mirada, desafiante, mientras masticaba su chicle descaradamente, sin preocuparse de que se le vieran hasta las caries de los molares. Estaba totalmente tirada en la silla; solo le faltaba poner los pies sobre la mesa. Se acarició su larga melena negra; aquello la relajaba.

—¿Qué queréis saber? Ya se lo conté todo a la pasma. Me levanté, bajé a la planta de abajo, salí al jardín y allí estaba Borja, flotando. Grité como una puta loca y, al segundo, Rafa estaba a mi lado. No lo ahogué yo, si es lo que creéis. Si lo hubiera hecho, ¿habría llamado a la policía? No soy tan subnormal.

Samuel y Marina se miraron. Los dos desconfiaban, ya por costumbre y por propio demérito, de cualquier cosa que África dijera; no obstante, lo que acababa de expresar tenía sentido. La chica no tenía muchas luces, pero si hubiera acabado con Borja, probablemente se hubiera escabullido de allí, como hubiera hecho cualquiera, incluso el más tonto de los tontos.

—¿No viste nada sospechoso antes de encontrarlo? ¿Alguien que actuara raro? ¿Una discusión entre alguno de los asistentes y él?

—Fue un pedazo de fiestón: toda la peña estuvo de buen rollo. El chaval se ahogó porque iba pedo, punto —respondió África a la pregunta de Samuel.

—¿Has estado en casa de Izan Ferrer alguna vez? —inquirió Marina.

—No, aunque no me hubiera importado. Estaba bien bueno el tío.

Marina se pasó la mano por la frente en un intento de calmarse; solo quería gritar a aquella niñata. ¿Cómo se le podía ocurrir siquiera la idea de tener una relación sexual con alguien que ya no estaba vivo? Reprimió su hastío y continuó con su misión:

—¿Dónde estabas el viernes entre las 14:30 y las 15:00?

—Fumándome un porro en el parque.

—¿Puede alguien corroborarlo? —quiso saber Samuel.

—¿Qué? —La cara de asco de África era su manera de transmitir que no entendía el significado de la palabra "corroborar".

—Que si estabas sola o con alguien más —tradujo Samuel con tono borde. Empezaba a estar harto de la actitud de la alumna.

—Con todo mi grupo. Los viernes siempre nos quedamos ahí, de *chill*, nada más salir del insti. Antes, si logramos escaparnos en el recreo.

—Vale. Gracias, África. Puedes irte a clase —se adelantó Samuel a la siguiente cuestión de Marina.

Su compañera, desconcertada por el súbito final del interrogatorio, observó con disgusto cómo África arrastraba la silla para levantarse. Samuel esperó a que se hubiera ido para trasladarle a Marina sus pensamientos:

—Tiene coartada, al menos para una de las muertes. ¿Quizás esté mintiendo? Puede, pero, honestamente, ¿crees que esta choni, con el nivel intelectual de menos uno que tiene, es capaz de matar a una simple cucaracha sin que la pillen?

—Tienes razón. No es capaz ni de hacer la "o" con un canuto. Bueno, quizás eso sí… —se retractó Marina al recordar la confesión de África sobre los porros.

Samuel consultó la hora en el reloj que colgaba en la pared de la biblioteca.

—Nos quedan poco más de cinco minutos para que acabe la hora y aún tenemos que hablar con la tercera sospechosa de mi lista. No nos da tiempo.

—No tienes guardia en el recreo, ¿verdad? Quedamos en la sala de familias a las 11:10. Yo me encargo de traerla.

Marina apareció a la hora y en el lugar pactados seguida por Adara, que caminaba arrastrando los pies, inquieta por aquel llamamiento.

—¿No puede venir Lucía conmigo? —repreguntó Adara al entrar en la sala. Sin su mejor amiga, se sentía indefensa.

—No —volvió a negar la opción Marina—. Se trata de algo reservado y necesitamos hablar contigo a solas. Lucía se ha quedado esperándote en el pasillo; es más que suficiente. Siéntate, por favor.

La alumna obedeció aposentándose en la silla que Marina le había indicado con un gesto, justo enfrente de ella y de Samuel. Mantuvo la espalda recta, un signo claro de la tensión que recorría su cuerpo.

—¿He hecho algo malo?

—Todavía no lo sabemos. Es lo que queremos verificar —contestó Samuel, un tanto enigmático.

Adara tragó saliva. Sus ojos eran como los de un corderito antes de ser degollado.

—¿Hablaste con Sara en las horas que transcurrieron entre el entierro de Izan y su suicidio?

Adara se llevó la mano derecha a la boca, nerviosa. Comenzó a morderse las uñas y asintió a la pregunta de Samuel.

—¿Puedes relatarnos la conversación? —pidió Marina.

—No fue gran cosa. Nos escribió por WhatsApp. Nos pidió ayuda…

—A ti y a Lucía, entiendo —concretó Samuel—. ¿Qué le respondisteis?

Adara no cesaba en su empeño de acabar con todas sus uñas. A ese ritmo, terminaría por morderse las yemas de los dedos. Su actitud agitada hacía que Samuel desconfiara más de ella.

—Que no se la merecía… —dijo al fin Adara con los ojos vidriosos, consciente de las nefastas consecuencias que aquel rechazo había provocado. Se sentía, en parte, culpable del suicidio de su examiga. Quizás, si se hubieran mostrado más cercanas, si la hubieran perdonado…. Sara seguiría con vida.

—Vuestro rencor empujó a Sara por la ventana —espetó fríamente Samuel.

Aquella frase fue un mazazo para Adara; comenzó a sollozar, cabizbaja. Los dos profesores se habían intercambiado los papeles. Adara tenía más confianza con Marina, por lo que era lógico que ella ejerciera el papel de "poli bueno". La idea estaba bien pensada, solo que Samuel se había excedido con su comentario. Marina lo reprendió con la mirada antes de continuar el interrogatorio:

—Ahora queremos que nos hables de Dylan. Fue tu novio durante un tiempo, ¿cierto?

—Sí, cortamos hace unos meses.

—¿Cuánto tiempo estuvisteis juntos? —Le tocó el turno a Samuel, quien la había incluido en la lista de sospechosas precisamente por ser la ex de Dylan.

—Cinco meses.

—¿Cuál fue el motivo de la ruptu…?

El megáfono del instituto dejó a medias la pregunta de Samuel. Sonó la voz del director:

"Estimados alumnos y profesores: quiero transmitiros dos noticias muy importantes. Por un lado, dada la cada vez menor asistencia de alumnos al centro y el acoso periodístico al que estamos sometidos desde esta mañana, considero inviable continuar con normalidad. Por ello, decreto la cancelación de las clases y el cierre del instituto para todos los estudiantes."

Las ovaciones llegaron hasta la pequeña sala a través de las ventanas que daban al patio. Era obvio que los estudiantes no cabían en sí de gozo. Incluso Adara tuvo un conato de alegría que, durante unos segundos, suavizó sus preocupadas facciones.

"El centro, sin embargo, seguirá abierto para los profesores, que deberán acudir a trabajar. En breve recibiréis en vuestro correo electrónico una convocatoria para el claustro extraordinario que he convocado mañana a las 11:00, donde discutiremos este asunto. Por otra parte, quiero comunicaros la triste noticia de la muerte de uno de nuestros alumnos: Dylan Colmenares, cuyo funeral…"

—¡¿Cómo?! —gritó Adara dejando en paz, por primera vez, sus uñas—. ¡Decidme que no es cierto!

A Marina se le hizo un nudo en la garganta. Odiaba ser ella quien tuviera que confirmarle el fallecimiento de Dylan.

—Tristemente…es verdad. Ocurrió ayer por la tarde. Lo siento muchísimo.

Adara clavó la vista en ellos con la cara absolutamente desencajada. La noticia la había tomado por sorpresa y, aunque ya no se hablaba con su ex, todavía le tenía mucho cariño. Su pecho empezó a subir y bajar de manera descontrolada y su respiración se aceleró hasta desbocarse: estaba teniendo una crisis de ansiedad. Marina se levantó de inmediato, se acercó a ella y le abrió los brazos. Adara no dudó en lanzarse a ellos como ya había hecho en el entierro de Sara. Las pequeñas lágrimas que ya surcaban su rostro se convirtieron en verdaderas cascadas de desconsuelo.

Marina miró a su amigo y sacudió la cabeza. Samuel entendió a la perfección lo que quería transmitirle: Adara no era la asesina. O era muy buena actriz o la reacción de la chica no dejaba lugar a dudas. Samuel estuvo de acuerdo. El problema era que la lista de sospechosos acababa de quedarse vacía.

Jessi suspiró aliviada al oír cómo se cerraba la puerta principal del instituto. Las clases por fin habían terminado aquel día y ese era, para ella, el mejor momento: la ausencia total de alumnos. Además, con la suspensión de las clases hasta nueva orden, no volvería a ver a ningún adolescente por allí en varios días. Todo se había cancelado: el servicio de comedor en el bar, las actividades extraescolares de la tarde…

—¡Hasta mañana! —se despidió Pedro al pasar por su lado, de camino a las escaleras.

—Chao —respondió sin mucha efusividad Jessi; le tenía cierta manía.

Pedro siempre era el profesor rezagado, el último en salir: un adicto al trabajo de manual que se quedaba en las instalaciones hasta más tarde incluso que el propio equipo directivo. A la limpiadora le gustaba poner música mientras hacía sus tareas y no podía hacerlo hasta que todos los docentes se hubieran marchado.

En cuanto lo vio desaparecer por el recodo de la escalera, cogió el móvil para acceder a su lista de *hits* en Spotify. Subió el volumen al máximo, agarró la fregona y comenzó a limpiar el pasillo.

—¡Con altura! —Jessi entonaba, a su manera, la canción de Rosalía al tiempo que movía el mocho con cierto esmero. La predicción meteorológica no anunciaba lluvias para aquel día, pero la limpiadora se estaba empleando a fondo para conseguirlas.

Tras acabar con el pasillo, se dirigió al siguiente lugar de su ronda por el segundo piso: la clase de 2.º de Bachillerato. Desde que Borja había muerto, cada vez que pasaba por allí le dedicaba unas palabras:

—¡Ahí te pudras, Borja! ¡Por llamarme chacha! ¡Eso se llama karma!

Se agachó para coger la papelera del aula y la vació en la bolsa de su carrito de limpieza. Al volcar la basura, cayeron los restos de una cáscara de plátano y su estómago comenzó a rugir casi al instante. Dejó la papelera en su lugar y sacó del carrito una bolsa de anacardos, su *snack* favorito. Cogió un puñado y se lo llevó a la boca, tan hambrienta que los deglutió casi sin masticar.

Con el estómago un poco saciado, sacó el trapo de polvo y el *spray* multiusos, y se dispuso a limpiar las mesas. Cuanto antes acabara, antes se iría a casa a comer. Tosió un par de veces mientras pasaba el paño; notaba un ligero picor en la garganta. Carraspeó. No le dio mayor importancia: supuso que habría inhalado un poco de *spray* sin querer.

Transcurridos unos minutos, cuando todavía le quedaba la mitad de las mesas por limpiar, su estómago volvió a reclamar su atención. Soltó el trapo y, sin molestarse en lavarse las manos, volvió a coger otro puñado de frutos secos del envase, que había guardado en el bolsillo de su uniforme. Esta vez decidió saborearlos un poco más, con la intención de engañar al estómago. Fue entonces cuando sus papilas gustativas detectaron un sabor extraño, apetitoso y definitivamente diferente al de los anacardos.

Se quedó pensativa mientras masticaba, tratando de identificar aquella sustancia que conocía, pero que hacía mucho que no probaba. Justo al tragar, su cerebro le dio la respuesta que buscaba: cacahuetes. Ahogó un grito, espantada. ¡Aquello no podía ser cierto! Con un movimiento rápido, vació parte de la bolsa sobre la palma de su mano. Y allí estaban: unos cacahuetes infiltrados entre sus preciados anacardos. Su corazón dio un vuelco.

—¡No! ¡No! ¡No! —gritó como loca al tiempo que tiraba al suelo la mezcla de frutos secos. Su rostro reflejaba verdadero pavor: era alérgica a los cacahuetes.

Instintivamente, metió la mano en su garganta para provocarse el vómito. Su cuerpo respondió con una arcada, aunque no logró expulsar nada. Escupió al suelo en vano: solo salió saliva. El picor de garganta se intensificó y un intenso calor comenzó a recorrer todo su cuerpo. La reacción anafiláctica provocada por el primer puñado

de cacahuetes, que había ingerido unos minutos antes, empezaba a desatar sus desagradables síntomas.

Salió corriendo al pasillo en busca del carrito donde había dejado el móvil. Aquella pequeña carrera de apenas unos metros la dejó sin aliento; su respiración era cada vez más forzada. El aire emitía sibilancias al atravesar su garganta y una creciente opresión se había instalado en su pecho. A pesar del hormigueo en las manos, cogió el teléfono sin dificultad y marcó el 112. La música que sonaba en Spotify se detuvo automáticamente.

—¿Sí? —contestaron enseguida al otro lado de la línea.

—Una ambulancia… por favor. —El alivio por la rápida respuesta se desvaneció en cuanto se dio cuenta de que solo era capaz de emitir un fino hilo de voz.

—¿Hola?

—Una… am… bulancia… —No le salía la voz, por mucho que lo intentara. El angioedema se había extendido por sus vías aéreas superiores, dificultando enormemente el habla.

—No logro oírle. ¿Puede repetir?

Desesperada, colgó la llamada y se guardó el móvil en el bolsillo. La música se reanudó de inmediato. Jessi era consciente de que la situación era de extrema urgencia, de vida o muerte. Necesitaba que alguien pidiera una ambulancia y, para ello, debía bajar al primer piso, donde se encontraba su compañera de limpieza, o ir a la planta baja, donde estaría el conserje de tarde. Se decantó por la segunda opción, ya que desconocía en qué lugar exacto se encontraba Victoria. El tiempo que tardara en localizarla sería un tiempo perdido, unos minutos que podían suponer su sentencia de muerte.

Comenzó a descender los primeros escalones, pero cada vez le costaba más caminar. Le ardía el cuerpo, el estómago le dolía como si le hubieran propinado una fuerte patada y la respiración se le entrecortaba más y más por momentos. Su rostro era el reflejo de la angustia: sabía que estaba a punto de morir si no encontraba ayuda inmediata.

Siguió bajando mientras su corazón se aceleraba: la taquicardia intentaba compensar la falta de oxígeno ocasionada por una ventilación pulmonar cada vez más deficiente. Su pecho se hinchaba

hasta límites insospechados en cada inspiración: ansiaba captar cada molécula de oxígeno posible. El corazón bombeaba sin parar y los pulmones se dilataban sin cesar en una Jessi cada vez más pálida y agobiada.

Consiguió avanzar un par de escalones más hasta que su cuerpo sucumbió y se derrumbó, sin energía, sobre el recodo de la escalera. El fuerte golpe de su cabeza contra el suelo la dejó inconsciente, acelerando un proceso que, irremediablemente, la habría llevado a ese mismo destino. Mientras la vida de Jessi se escapaba, segundo a segundo, en su móvil sonaba, irónicamente, el estribillo de la famosa canción de Maná: "Vivir sin aire".

Capítulo 8

Samuel llegó a "La Mercería" unos minutos antes de la hora acordada con Marina y la subinspectora Villar. Mientras esperaba, observó a la gente pasar: una tierna pareja de ancianos se dirigía de la mano al supermercado; una joven madre paseaba a su bebé recién nacido en un coqueto carrito; un golden retriever tiraba de su dueño para acercarse a oler lo que parecía ser la orina de otro perro… Un ruido sobre su cabeza llamó su atención: el estridente canto de una bella urraca posada en la rama de un olivo.

—¡Achís! —estornudó Samuel. El polen del árbol le había entrado por la nariz al levantar la mirada.

Todo parecía normal en el barrio, y esa normalidad le atravesó el pecho como un puñal: la vida continuaba su curso en las calles, ajena a las muertes que asolaban al IES Unión Europea. Los muros del centro parecían contener todo el dolor, mientras afuera el mundo seguía adelante sin piedad.

—¡Samuel! —Una voz lo sacó de sus pensamientos.

Junhao, el hijo de los dueños del bar, y sus amigos Mario y César acababan de llegar y se estaban sentando en su mesa habitual.

—¿Qué hacéis aquí? —les preguntó al llegar hasta ellos—. Sabéis que no hay clases, ¿verdad?

—Pensamos que nos íbamos a aburrir todo el día en casa y quedamos aquí —explicó César, que por su manera de hablar parecía más una persona mayor que un chico de diecisiete años.

—Al menos, podríais hacer algo útil y ayudar a tus padres con el bar —propuso Samuel.

—No. Somos menores, no podemos currar. Puedes ayudarles tú si quieres; así trabajarías por una vez en tu vida—contraatacó Junhao, con su característico tono socarrón.

—A partir de los dieciséis años ya se puede trabajar, listillo. Lo único que me dan ganas de hacer ahí dentro es tomarme la primera botella de alcohol que pille de un tirón, porque… vamos, ¡no

aguanto más esta situación!—se confesó Samuel al tiempo que se apoyaba en la única silla vacía de la mesa.

—¡Qué buena idea! ¡Me apunto! ¿Tú crees que me moriría de un coma etílico? Con la poca suerte que tengo, sobreviviría… —Era habitual que el siempre derrotista Mario jugara con la idea del suicidio en vez de afrontar sus problemas con madurez.

Samuel estaba a punto de reprenderlo por bromear con la muerte teniendo en cuenta las circunstancias, cuando un carraspeo lo hizo girarse: la subinspectora había llegado. Se despidió de los chicos, dio la mano a Villar y se sentaron juntos en la mesa más alejada que encontraron.

—Perdona que ayer no pudiera atenderos como es debido: se me complicó la tarde con la muerte de la limpiadora —se disculpó la subinspectora.

—No te preocupes. De todas maneras, no teníamos información relevante que darte. Ninguna de las tres alumnas que interrogamos es la asesina y no tenemos más nombres en mente. Siento no ser de más ayuda.

—Para nada, Samuel. Solo con descartar sospechosos ya habéis hecho más que suficiente —agradeció Villar cogiendo la mano de su interlocutor por encima de la mesa.

A Marina, que acababa de aparecer en la pequeña plaza, aquel gesto le pareció un claro coqueteo. Frunció el ceño: los celos volvían a aflorar. Decidió quedarse unos minutos observándolos sin que pudieran descubrirla. Los signos de complicidad no cesaron: miradas prolongadas, cuerpos inclinados hacia delante y sonrisas innecesarias al tratar un tema tan serio como el que los ocupaba. ¡La mujer incluso se había pintado los labios! Marina retomó el camino a paso rápido, dispuesta a interrumpir aquel descarado flirteo.

—Buenos días. —La profesora se sentó entre ambos.

—Marina, ¿qué tal? Estaba poniendo al día a la subinspectora —contó Samuel, que ni siquiera se levantó para darle dos besos.

—Samuel, si vamos a seguir trabajando juntos, creo que ya es hora de que me llames por mi nombre —determinó Villar—. Me llamo Amelia.

—Es un placer, Amelia. —Samuel volvió a ofrecerle la mano como si acabaran de conocerse.

Marina torció el gesto; no le gustaba aquel exceso de contacto físico. Decidió redirigir la conversación:

—Díganos, subinspectora, ¿hay alguna novedad en el caso? ¿Se ha descubierto algo más sobre lo que le ocurrió a Jessi?

La propia Villar les había avisado de los hechos en cuanto logró escapar de la escena del crimen. A ninguno de los dos les sorprendió. Si la corazonada de la madre de Izan y de Samuel era real, los asesinatos seguirían produciéndose.

—Estamos pendientes de la autopsia, pero todo apunta a lo que os comenté: anafilaxia por ingesta de cacahuetes. Se encontraron en su bolsa de frutos secos, donde solo debería haber anacardos según la etiqueta comercial.

—¿Podría ser una negligencia de la empresa alimentaria? —inquirió Marina al tiempo que hacía una seña a la camarera para que les tomara nota.

Amelia esperó a que la dueña del bar se alejara.

—Eso es lo que piensa el inspector. Hemos verificado que la compañía también comercializa cacahuetes, lo que refuerza la idea. En estos momentos, De la Fuente está solicitando que se analice el resto de los envases del mismo lote.

—No va a encontrar nada —vaticinó Samuel—. Alguien puso allí esos cacahuetes.

—Y eso nos reafirma en nuestra hipótesis de que el asesino es alguien del instituto. ¿La chica de la limpieza tenía enemigos declarados? —Villar sacó su libreta habitual para apuntar los nombres.

—Jessi era un poco bocazas, pero tanto como tener enemigos… —reflexionó Marina.

—Que yo sepa, tenía dos: Borja, al cual eliminamos de la ecuación, por motivos evidentes, y yo.

Las dos mujeres miraron a Samuel con cara de incredulidad.

—Jessi hizo un comentario deleznable sobre la muerte de Sara, que escuchamos los dos. Borja se enfrentó a ella con toda la razón

del mundo y, cuando estaba a punto de meterse en problemas, yo intervine y lo defendí.

—Eso es una tontería y, además, está claro que no lo has hecho tú. Sé quién es una buena persona cuando la miro a los ojos, y tú estás limpio —la subinspectora le dedicó unas bellas palabras al profesor.

Samuel no pudo reprimir la tonta sonrisa que se dibujó en su rostro. Marina, en cambio, echaba humo por las orejas. Rompió el mágico momento que se había creado entre los dos:

—¿Y la autopsia de Dylan? ¿Ha revelado algo importante?

—Muerte por infarto, como suponíamos. Las únicas huellas que se han detectado en el botón del volumen del equipo de música son las de Dylan y las de su madre.

—¿La madre pasa a ser sospechosa, entonces?

—No. Consideramos que es lo más normal del mundo que sus huellas estén allí; al fin y al cabo, es su casa —respondió Villar a la pregunta de Marina.

—Igual que no saldrán huellas en el envase de los anacardos… Estamos en un punto muerto. No tenemos pruebas ni presuntos culpables. ¡Y todo por el imbécil de tu jefe! —Samuel, hastiado por el infructuoso proceso de investigación, dio un golpe en la mesa.

—No te sulfures, Samuel. Encontraremos la manera de hacerlo: daremos con el asesino. Confía en mí, como yo confío en ti.

Solo la serenidad que transmitía la mirada de Amelia consiguió rebajar el enfado de Samuel, hasta tal punto que el profesor se perdió en sus ojos durante un buen rato.

Marina dio un sorbo a su café, recién traído, para que la taza ocultara su cara de irritación.

—¿No hay un jefe superior al que puedas pedir amparo?

Villar se giró para observar a Marina, como si se hubiese dado cuenta por primera vez de que estaba allí. La profesora había vuelto a romper el momento.

—He hablado con el comisario, pero era el antiguo compañero del inspector. Aunque sabe que el rendimiento de De la Fuente ha disminuido mucho conforme se acerca su jubilación, son buenos amigos y todavía confía en su criterio profesional. No cree en

nuestra teoría —se lamentó la subinspectora a la par que echaba la sacarina en su cortado.

—¿Entonces, qué hacemos? —Samuel empezaba a desesperarse de nuevo.

—Sin tener permiso para analizar más pruebas, solo nos queda seguir interrogando a posibles sospechosos… —Villar insistía en su *modus operandi*—. ¿Quién podría ser culpable? Dejad vagar la mente. Decid el primer nombre que os venga a la cabeza.

Samuel giraba y giraba la cucharilla en su café con leche, hipnotizado por el movimiento, que quizás lo ayudaba a pensar. Marina se recostó sobre la mesa con la cabeza apoyada en el brazo; comenzaba a cansarse de aquellas charlas absurdas. ¡Samuel y ella no eran policías! ¡No deberían estar perdiendo el tiempo de esa manera! La cucharilla de Samuel se detuvo y chocó contra la taza con un leve tintineo. El profesor levantó la vista. Ya tenía un nombre. ¿De verdad iba a atreverse a pronunciarlo?

—Raúl.

—¿Raúl? ¿En qué curso hay algún Raúl? —Marina se incorporó extrañada.

—No… me refiero al profesor.

—¿A nuestro amigo? ¿Estás loco?

—Acabo de recordar que, a principios de curso, tuvo una pequeña refriega con Jessi cuando le pidió que pusiera más empeño en limpiar el aula de música. ¿Te acuerdas? Y él fue el primero que dijo que había un asesino en serie. Yo mismo estoy flipando con mi acusación, pero es la única persona que se me ocurre.

—¡Es absurdo! Si él fuera el asesino, no habría propuesto esa posibilidad; no es imbécil. —Marina no estaba nada de acuerdo con que el rockero fuera un posible sospechoso.

—Yo confío en tu corazonada. Exploremos esa vía —Amelia aceptó la idea de Samuel.

—¡Se acabó! —exclamó Marina poniéndose en pie de golpe. La silla chirrió contra el suelo—. No estoy dispuesta a seguir con esta farsa. ¡Estoy harta de jugar a los detectives privados! ¡Ni Samuel es Hércules Poirot ni yo soy Miss Marple! Es tu trabajo, y no el nuestro, encontrar al que está matando a toda esa gente, subinspectora. —

Marina seguía negándose a llamarla por su nombre de pila—. Eso suponiendo que de verdad haya un asesino, porque no veo ningún indicio sólido. No voy a participar más en esto ni voy a permitir que se investigue a un amigo mío. Me voy al instituto, ¿vienes, Samuel?

El profesor no dudó ni por un segundo en lo que iba a responder. Le dolía en el alma que Marina hubiera reaccionado así y que tirara la toalla; él no estaba dispuesto a hacerlo.

—Amelia se está jugando su trabajo por intentar resolver el caso. No pienso dejarla sola con esto. Yo sigo adelante.

—Gracias, Samuel. —La subinspectora volvió a cogerle la mano.

Fue la gota que colmó el vaso. Marina se encaminó, muy ofuscada, hacia las escaleras que llevaban al centro escolar. Tuvo que hacer un gran esfuerzo por reprimir las lágrimas. Samuel había elegido a Villar; la había puesto por delante de ella y de sus amigos. Y no solo eso: la química entre ellos era innegable. Se gustaban, claramente se gustaban.

Hizo un alto antes de subir el primer escalón, todavía con una mínima esperanza de que Samuel la estuviera siguiendo o, al menos, de que estuviera observando cómo se marchaba. Sin embargo, las únicas miradas con las que se encontró fueron las de Mario, César y Junhao, quienes no se habían perdido ni un solo segundo de la discusión. Volvió a girarse y retomó las escaleras golpeando los peldaños con rabia a cada paso.

—¡Dios mío de mi vida y de mi corazón! ¡Otra muerte! —Carmela se dejó caer en uno de los bancos de la entrada del instituto. Sintió que las piernas le fallaban al enterarse del deceso de la limpiadora la tarde anterior.

—Tranquila, mujer. Respira, respira. —A su lado se sentó Cecilia, una mujer rubia de metro sesenta de altura. Le acarició la espalda intentando calmar su ansiedad.

—¡¿Qué está pasando?! ¡Vamos a morir todos! ¡Virgencita, protégeme! —Carmela comenzó a temblar entre los brazos de su compañera.

—No saquemos las cosas de quicio. Seguro que todo irá bien a partir de ahora… —Ni siquiera la propia Cecilia se creía sus palabras. La profesora de Matemáticas también estaba tremendamente preocupada por la cadena de muertes. No le quedaba nada para jubilarse y no estaba dispuesta a fallecer a tan solo mes y medio de su ansiada libertad.

Carmela, incapaz de controlar sus temblores, se rindió al sollozo.

—Te voy a preparar una infusión de manzanilla, Carmela. Te ayudará a relajarte —se ofreció Blanca, otra de las profesoras de Biología y Geología. Era famosa en el instituto por su estilo de vida *hippie*: ropas sueltas con estampados étnicos, infusiones habituales, alimentación exclusivamente basada en productos ecológicos y la bici, con la que iba a todas partes.

—¡Ay! El hervidor de agua está en el laboratorio; te lo cogí prestado para hacer una práctica —la informó Estrella, compañera de su departamento y una obsesa de las prácticas. Desde que había llegado aquel curso al instituto, no pasaba semana sin que realizara una sesión experimental. Sus alumnos estaban encantados; el secretario del centro no tanto, debido al dispendio de la motivada profesora.

Samuel pasó de largo sin hacer caso de la dramática escena y entró al salón de actos. Hacía casi una hora que se había despedido de Amelia y el claustro estaba a punto de empezar. Se sentó en uno de los huecos libres junto a sus colegas, justo al lado de Abril. Marina se encontraba dos asientos más allá, a la par de Pedro, lo que alivió a Samuel: no le apetecía nada enfrentarse a ella en ese momento. Noemí y Raúl ocuparon los últimos huecos libres en la fila unos segundos antes de que Adolfo comenzara a hablar desde el escenario, micrófono en mano:

—Buenos días. Doy comienzo al claustro extraordinario. Como sabéis, ayer decreté el cierre del instituto. Esta medida excepcional se debe a un hecho fundamental: la presión de las familias. A lo largo de estos días he recibido muchas llamadas y correos de padres planteando serias dudas sobre la seguridad del centro. Están alarmados por los fallecimientos ocurridos recientemente.

—Normal… No son los únicos —comentó Estrella.

—He intentado salvaguardar el honor del instituto y convencer a las familias de que no debían tener miedo, pero el AMPA no me ha apoyado —retomó el director haciendo caso omiso—. Cuando decenas de periodistas comenzaron a agolparse en la entrada, vi claro que la seguridad de nuestros alumnos podría estar comprometida; por ello di la orden de cese de las clases. Aun así, no tenéis que preocuparos, compañeros, porque está a punto de hacerse justicia.

Un murmullo general recorrió el salón de actos. ¿A qué se refería el director con esas misteriosas palabras que había dejado en el aire? Todos los docentes lo miraban expectantes, ansiosos por recibir la información que les faltaba. Él se estaba haciendo de rogar alargando el suspense de manera deliberada.

—Adelante. —El director envió un mensaje de voz desde su móvil a un destinatario desconocido para el resto del claustro. Una sonrisa maliciosa se dibujó en su rostro.

La intriga se alargó durante un par de minutos más, hasta que la puerta del salón de actos se abrió para dar paso a un señor obeso, calvo y con cara de pocos amigos. Samuel lo reconoció enseguida: el inspector de la Fuente. Lo seguían dos parejas de policías. Los profesores se agitaron ante aquella presencia.

—¿Qué está pasando? —preguntó Pedro a sus amigos, inquieto.

—¿Habrá habido otra muerte? —planteó Manu.

—¡No digas eso! —le reprochó Hortensia, con el rostro pálido y los ojos abiertos de miedo.

Cecilia abanicaba a Carmela, semidesmayada en su asiento.

—A lo mejor vienen a detener a Adolfo… por incompetente… —se aventuró Samuel.

Todos dejaron de especular y guardaron silencio en cuanto De la Fuente agarró el micrófono tras subir al escenario:

—Samuel Arroyo Tarifa, queda detenido por el asesinato de Izan Ferrer, Sara Corral, Sandra Fernández, Borja Gómez, Ana Palomino, Dylan Colmenares y Jessica Varas.

Un tsunami de exclamaciones arrasó la quietud del profesorado. Todos intercambiaban gestos de sorpresa e incredulidad. ¿Habían escuchado bien? ¿Samuel era culpable de todas las muertes?

El acusado, hundido en su asiento, no se percató de cómo las miradas de sus compañeros empezaban a clavarse en su nuca. No entendía lo que estaba ocurriendo: en apenas una hora había pasado de colaborar con la policía a convertirse en el principal sospechoso de los crímenes. Su atribulada mente intentaba dar una explicación a lo que De la Fuente acababa de anunciar. Se sentía aturdido, como si estuviera lejos de allí, ni siquiera escuchaba las palabras de aliento que le dedicaban sus amigos.

—Queridos profesores, entiendo la alarma suscitada. El inspector De la Fuente me trasladó hace media hora los fundados indicios que hay en contra de Samuel, y he considerado oportuno colaborar con los cuerpos y fuerzas de seguridad —explicó Adolfo, ufano. Estaba disfrutando con aquella situación.

—¿Y tenías que hacerlo delante de todo el mundo? ¡Eso es indecente! —lo reprendió Abril, incapaz de morderse la lengua.

—Indecente es airear los trapos sucios del instituto mintiendo descaradamente en un periódico de tirada regional. ¡Eso fue lo que hizo Samuel! ¡Es él quien ha llenado el centro de periodistas! Los mismos periodistas que están a punto de retransmitir en vivo su detención. A todo cerdo le llega su San Martín —espetó el director sin poder ocultar la satisfacción en el rostro. Le guardaba rencor a Samuel desde que lo acusara de ser el causante del suicidio de Lucas.

Algunos docentes emitieron susurros de reprobación, quizá por las palabras de Adolfo o por la conversación de Samuel con aquel reportero.

—¡Eso es venganza! ¡No os creáis nada! ¡Samuel es inocente! ¡Me juego el cuello por él! —Abril se puso en pie con el objetivo de dar más fuerza a su voz y a sus argumentos.

Los profesores dirigían alternativamente la atención del director a Abril, casi como en un partido de tenis. No daban crédito al *show* que estaban presenciando.

—¿Te parece poco motivo? Pues espera, Abril, que todavía hay más. El Señor Arroyo se ha dedicado a interrogar a varias alumnas acusándolas de asesinato, sin la menor prueba y sin el permiso de sus padres, incurriendo en un grave incumplimiento del Reglamento

de Régimen Interno del Centro —informó Adolfo a todos los presentes—. Por ello, iniciaré un procedimiento sancionador que se elevará al inspector educativo y… ¡espero que termine con su expulsión del centro y de la carrera docente!

El claustro, cada vez más alborotado, no pudo evitar sumarse al debate.

—¡Qué vergüenza! ¡Intimidar a esas pobres niñas! ¡Y sin pruebas! —se escandalizó Carlos.

—No es mucho peor que lo que está haciendo Adolfo ahora… —rebatió Cecilia sin dejar de cuidar a Carmela.

—¿De verdad será el asesino? —preguntó Estrella, sentada en la fila de delante. Alejó la silla de Samuel, con el miedo reflejado en sus ojos.

Samuel se hundió aún más en el asiento. El infierno se había desatado sobre él. Aquello lo perseguiría para siempre, fuera declarado culpable o no.

—¿Pero cómo va a echarlo? ¡Si es un excelente profesor! —protestó Manu.

—¡Terminemos con este espectáculo! —gritó el inspector por encima del vocerío. No se sentía del todo cómodo con la escena que había ideado el director. Había aceptado hacerlo así por la relación que habían tenido antaño, pero ya era suficiente—. ¡Samuel Arroyo, salga de las butacas y entréguese!

—No lo hagas, Samuel. Huye por la puerta de atrás —le aconsejó Noemí señalando la salida que daba al *parking*.

—Nosotros te cubriremos —aseguró Raúl antes de ponerse en pie —. ¡Compañeros que creéis en la inocencia de Samuel, levantaos de la silla! ¡Ocultémoslo para que pueda escapar! ¡Ahora!

A Samuel se le cayó el alma a los pies al comprobar que su amigo estaba dispuesto a enfrentarse a los agentes por ayudarlo, mientras que él, hacía tan solo una hora, había puesto su nombre sobre la mesa como posible sospechoso. «Eres un mierdas, te mereces todo lo que te pase», se maldijo a sí mismo.

Varios profesores se incorporaron, entre ellos los amigos de Samuel, salvo Marina, que permanecía sentada, pálida y con el

rostro desencajado. No había sido capaz de reaccionar desde que la policía había mencionado el nombre de Samuel.

—¡Vamos, Samuel! ¡Huye! —lo instaba Noemí.

Los agentes ya recorrían las filas de butacas en su busca. Algunos docentes más se levantaron de la silla sumándose a la estrategia de despiste. Pronto comenzaron los primeros forcejeos entre profesores y policías.

—¡Samuel! ¡Cobarde! ¿Cuántos compañeros van a tener que ser detenidos antes de que salgas? —espetó Adolfo, todavía desde el escenario.

Aunque Samuel agradecía el apoyo de sus colegas, era consciente de que todo aquello carecía de sentido. Nunca lograría dar esquinazo a la policía sin un coche y, además, sería completamente contraproducente para su causa. No, no pensaba huir. No quería que sus amigos cometieran un delito por ayudarlo. Era inocente y estaba decidido a demostrarlo.

—¡Ninguno! —se puso en pie para que los policías lo localizaran —. Por favor, no obstruyáis la acción de los agentes. No va a pasarme nada. Todo irá bien.

—Estamos contigo. —Abril acarició su hombro sin poder ocultar la preocupación que delataba su mirada.

—Sé fuerte. Haremos todo lo que podamos para liberarte —le aseguró Pedro.

En apenas dos minutos, Samuel salía del salón de actos con las manos esposadas a la espalda mientras la policía le informaba de sus derechos. Dejó atrás a amigos desolados, compañeros desconcertados y a un Adolfo triunfante sobre el estrado.

Algunos comentaban lo sucedido con los que tenían a su lado; otros se pellizcaban para comprobar si estaban soñando o si de verdad habían sido testigos de aquella detención. Nadie se atrevía a manifestarse en público. Parecía que todo el mundo guardaba un celoso luto por Samuel. Solo Goya rompió el tenso silencio asomando la cabeza por la puerta con las gafas apoyadas sobre su pelo rubio:

—¡Acabo de ver cómo la poli se lleva a Samuel esposado! ¡¿Qué me he perdido?! —La elegante profesora de Economía, de cincuenta

y tantos años y acostumbrada a llegar tarde a todas las reuniones, tenía un carisma adictivo—. ¡Venga! ¡Contadme!

Por toda respuesta, se oyó un golpe seco al final de la sala: Carmela acababa de desmayarse. Su cuerpo estaba tendido en el suelo cual saco de patatas. Los Javis, de Educación Física y expertos en todo tipo de lesiones, se acercaron de inmediato a socorrerla.

Una nube de periodistas se abalanzó sobre Samuel en cuanto puso un pie en el exterior. Escoltado por la policía y por De la Fuente, bajó la escalera que conectaba el instituto con la calle principal. Absorto en sus desordenados y lastimeros pensamientos, ni siquiera escuchó la ristra de preguntas que aquellos reporteros le lanzaban. Tan solo fue consciente de la ráfaga de *flashes* que lo persiguió durante todo el trayecto. El agobio que sentía crecía a cada paso, a cada destello cegador, a cada incómoda cuestión. Junhao, César y Mario, que seguían en el bar, contemplaban la escena absolutamente anonadados.

La comitiva cruzó la plaza hasta llegar a la calzada, donde esperaban los dos coches policiales. Uno de los agentes abrió la puerta trasera de un vehículo mientras otro empujaba la cabeza del profesor hacia abajo para obligarlo a entrar. En ese momento, una voz los sorprendió a todos:

—¡Samu! ¿Qué pasa? ¿Dónde te llevan? —Bruno se asomaba desde el balcón de su casa, en el segundo piso del edificio justo frente al instituto. El siempre risueño rostro del alumno de 2.ºA se había llenado de preocupación. Si encarcelaban a Samuel, ¿a quién iba a hacerle ahora la broma de esconderle las llaves?

—Tranquilo, Bruno. Todo irá bien —prometió Samuel antes de que cerraran la puerta del coche.

—¡Soltadlo! —exigió Bruno aferrándose con fuerza a la barandilla.

Los policías lo ignoraron, subieron a sus vehículos y se marcharon llevándose consigo a su querido profesor. Bruno se quedó allí, inmóvil, hasta que los perdió de vista y el rugido de los motores se apagó poco a poco.

Veinte minutos más tarde, Samuel, todavía esposado, entraba en la comisaría del distrito. Apenas accedió a la zona de oficinas, la subinspectora Villar salió a su encuentro bloqueando el paso a los agentes.

—Lo siento muchísimo, Samuel. No he podido evitar tu detención. Me han apartado del caso. Alguien te ha incriminado y nos ha delatado. El inspector sabe lo que hemos estado haciendo.

El profesor, aturdido y abatido, ni siquiera tuvo tiempo de reaccionar.

—Subinspectora, quítese del medio y déjenos pasar; ya está metida en bastantes líos… —El inspector se mostró frío y distante con su excompañera tratándola de usted como si no la conociera desde hacía más de tres años.

Villar lo retó con la mirada durante unos segundos. El brillo de desprecio en sus ojos era innegable: lo detestaba por la vil manera en que había actuado. Amelia era consciente de que se había saltado ciertas normas y no le importaba asumir su sanción, pero detener a alguien sin pruebas era deleznable. Finalmente, claudicó: se apartó y volvió a su mesa.

De la Fuente empujó a Samuel y lo condujo, de malas maneras, hasta una pequeña habitación lateral situada al fondo de la oficina: la sala de interrogatorios. Si la comisaría era fría y austera, aquel espacio lo era aún más: tan solo contaba con una mesa de metal y cuatro sillas. El inspector cerró de un portazo antes de quitarle las esposas.

—Siéntese.

Samuel obedeció y ocupó la silla que De la Fuente le había indicado. El inspector se sentó al otro lado de la mesa. El detenido bajó la cabeza, derrotado y agotado. Bastante tenía con asimilar las muertes como para afrontar el proceso que se le venía encima. Se frotó las muñecas: las tenía doloridas por la presión de las esposas. De la Fuente lo observaba sin pestañear. El silencio empezó a hacerse pesado en la sala.

—Bien, señor Arroyo. Podemos hacer esto rápido o emprender un largo y tedioso camino que acabará desembocando en el mismo

final: su juicio por las muertes acontecidas en el IES Unión Europea. ¿Reconoce haber cometido los asesinatos?

—No hablaré sin la presencia de mi abogado —sin mirar a su opresor, Samuel repitió la frase que había escuchado a África el día anterior.

Samuel no solo no tenía abogado, sino que tampoco sabía cómo conseguir uno. En cualquier caso, no pensaba decir absolutamente nada a aquel tipo. Los agentes le habían leído sus derechos y sabía que cualquier cosa que dijera podría ser utilizada en su contra.

—Entonces hablaré yo mientras llega el abogado de oficio al que mis compañeros están llamando en este momento. —Hasta ahí, toda formalidad y educación protocolaria—. ¡¿Quién coño se cree que es para ponerse a investigar por su cuenta un caso como este?! ¿El inspector Gadget?

Samuel levantó la cabeza por fin.

—¿Quién le ha contado eso? No creo que haya logrado averiguarlo usted…

Samuel no estaba dispuesto a contestar a las preguntas del inspector, pero iba a tratar de sacarle toda la información que pudiera. De la Fuente parecía alterado y eso podía jugar a su favor para que soltara la lengua. Necesitaba mantenerlo cabreado.

El inspector entrecerró los ojos.

—¿El numerito del claustro no se lo ha dejado claro? Fue Adolfo quien me llamó para comunicármelo. Al parecer, se lo confesó una amiguita suya: Marina Galván.

Samuel abrió la boca de par en par, estupefacto.

—Marina…

El corazón se le cayó a los pies, estallando con un estruendo ensordecedor que solo él escuchó. ¿De verdad su amiga lo había traicionado de aquella manera? No, no podía ser cierto. El inspector estaba jugando con él… «Tiene que ser eso», trató de autoconvencerse.

—¿Duele la traición, eh? Así es como me he sentido yo con Villar… El caso es que se ha buscado unos cuantos enemigos jugando a ser el héroe: primero su director y luego la persona que tiene delante. ¡No se va a ir de rositas!

—¿Cómo puede haber indicios contra mí si no ha investigado ni una sola prueba? —Samuel trató de mantener la mente fría. Necesitaba olvidarse de Marina y centrarse en De la Fuente.

El inspector emitió una sonrisa de satisfacción.

—¡Oh! No se preocupe, que se los detallaré en cuanto llegue su letrado.

—Entonces es que no tienen nada contra mí. Van a tener que soltarme. —Samuel seguía con su estrategia de provocación.

Funcionó. De la Fuente tiró sobre la mesa una libreta y pasó las páginas con furia.

—¡¿Que no tenemos nada?! Sabemos que estuvo presente en el escenario de la muerte de Izan Ferrer, del cual huyó sin reportar ante la policía. ¿Qué cojones hacía allí? ¿Lo mató y después se escabulló?

El corazón de Samuel se aceleró. Sí que tenían algo; aquello era, sin duda, incriminatorio. Enseguida dedujo quién se lo había contado: Adolfo. Él mismo le había comunicado el deceso de Izan al director nada más salir de la casa del chico. ¡Qué estúpido había sido! ¡No tendría que haberle revelado que había acudido! Intentó mantener la calma; no quería que el inspector notara su nerviosismo.

—Nos consta que tuvo una discusión acalorada con Sandra Fernández unas horas antes de su muerte. Cito textualmente la última frase que le dedicó: "Deberías dejar el tabaco o esa mierda acabará matándote algún día". Aquella misma tarde, un incendio provocado por un cigarro acabó con su vida. ¿Casualidad? ¿O era una amenaza? ¿También estuvo en su casa y, tras prenderle fuego, salió corriendo?

El profesor se quedó mudo. Hasta ese momento no había caído en cuáles fueron las últimas palabras que había cruzado con ella. Desde luego, parecían poco menos que una premonición. No podían haber sido más inoportunas, pero jamás hubiera imaginado que le volverían como un *boomerang*. ¿Cómo había llegado aquel dato tan preciso a oídos del inspector?

—También presenció el momento en que la librería aplastó el cráneo de Ana Palomino. ¿Otra coincidencia? ¿Pasaba por allí? No lo

creo. Algunos testigos manifestaron que, si hubiera reaccionado antes, le habría dado tiempo a salvarla.

Samuel palideció. ¿Quién podía odiarlo tanto como para declarar semejante falacia a la policía? Trató de localizar mentalmente al chivato. ¿Álvaro? Imposible: le era leal hasta la médula. ¿Puede que fuera la venganza de Aitana por haberla considerado una posible sospechosa? Si así era, se lo tenía merecido. Las pruebas contra él se acumulaban. Comenzaron a sudarle las manos.

—Y, para terminar, parece ser que tuvo un encontronazo con Jessica Varas. En vez de defenderla, se puso de parte del alumno que la estaba acosando. Y lo que es más grave: fue ella quien lo oyó amenazar a la orientadora al salir de su departamento. ¿Trató de silenciarla con unos cacahuetes asesinos?

¡Así que había sido ella! Samuel tragó saliva. Aquello no le beneficiaba en nada. De la Fuente no tenía más que indicios, pero todos ellos juntos podían ponerlo contra las cuerdas. Se frotó las manos, cada vez más sudorosas, en el pantalón.

—Tiene alguna relación con cuatro de los siete asesinatos. ¿Le parece poco?

—No contestaré a nada sin mi abogado —recalcó Samuel, satisfecho con toda la información que le había sacado al inspector —. Sin embargo, sí quiero pedirle que readmita en el caso a la subinspectora. Ella solo trataba de resolverlo y…

—¡No me diga lo que tengo que hacer! ¡No pienso volver a trabajar con esa traidora! —se enervó De la Fuente al tiempo que se dirigía hacia la salida. Dio por terminada la conversación con un fuerte portazo.

Adolfo finalizó su jornada laboral con la sensación del deber cumplido: había logrado que detuvieran a Samuel. Era consciente de que todo lo que le había contado al inspector no eran más que infundios y meras casualidades; no había ninguna prueba sólida. Hasta el más tonto de los detectives se daría cuenta de eso enseguida.

Aun así, se había librado de su molesta mosca cojonera durante unas horas, las que pasaría en el calabozo. Estaba harto de su subalterno metomentodo, que no dejaba de inmiscuirse en asuntos que no le competían, criticando su gestión y aireando los trapos sucios del centro. ¡Era un imbécil y no lo soportaba! «La venganza se sirve en plato frío», pensó. Una sonrisa maliciosa se dibujó en su rostro.

Al llegar al aparcamiento, sacó las llaves y desbloqueó las puertas del coche. Caminó hasta su Toyota Corolla y abrió la puerta del conductor. Tiró el maletín al asiento del copiloto y se sentó al volante. Pisó el embrague, introdujo la llave en el bombín de arranque y la giró. Al instante escuchó el rugido del motor. Accionó la marcha atrás y quitó el freno de mano; el vehículo comenzó a moverse. No llevaba puesto el cinturón de seguridad; lo creía innecesario: vivía a tan solo diez minutos del instituto y el camino discurría principalmente por calles residenciales, en las que la velocidad estaba muy limitada.

Tras maniobrar, salió del *parking* y giró a la derecha. Metió segunda mientras enfilaba la calle que rodeaba al centro escolar por la parte de atrás. Al llegar a una intersección, viró el volante a la izquierda para comenzar a descender la larga cuesta de la calle Dámaso Alonso.

Pisó el freno para contrarrestar la fuerza de la gravedad, pero enseguida notó que el coche no solo no disminuía la velocidad, sino que aceleraba. Pisó a fondo el pedal, en vano: el vehículo bajaba la cuesta sin ningún tipo de control. Observó, horrorizado, cómo la calle terminaba para dar paso a la curva que enlazaba con la siguiente. Si no giraba, iba a empotrarse contra el edificio de enfrente.

—¡¿Qué coño está pasando?! ¡Joder!

Sus hormonas del estrés se dispararon en milésimas de segundo activando todo su cuerpo en busca de una solución que le salvara la vida. Con el corazón acelerado y la mirada aterrorizada, Adolfo viró el volante a la vez que tiraba del freno de mano, intentando reducir, aunque fuera mínimamente, la velocidad. Aquella fue una maniobra fatal. La aceleración del coche, sumada al giro y al bloqueo de las

ruedas traseras, provocó que el vehículo derrapara. Chocó violentamente contra el inmueble que había tratado de evitar.

Una pareja que paseaba tranquilamente por la zona fue testigo del terrible accidente. Se habían salvado por tan solo unos metros de ser atropellados por Adolfo. Ella, sobrecogida, llamó a una ambulancia; él se acercó corriendo hasta el coche. Una densa humareda ascendía del vehículo. ¡Crac! Sus zapatillas pisaron una marea de cristales rotos.

No le hizo falta escudriñar el interior para encontrar a su ocupante: el cuerpo del director sobresalía a través del parabrisas hecho añicos. La inercia y la falta de cinturón de seguridad lo habían lanzado contra el cristal delantero. Solo los sólidos muros del edificio habían frenado su avance en una colisión mortal. El joven contempló, espantado, cómo el impacto había reventado el cráneo y doblado el cuello de aquel hombre. Aunque no era médico, no le cabía la menor duda de que el conductor se había dejado la vida en aquella cuesta.

Samuel, muy angustiado, avanzó por el pasillo de la casa de Lucas sabiendo lo que iba a encontrarse. Algo dentro de él le gritaba que se girara, que huyera de aquel horror, pero no podía parar: sus piernas avanzaban sin su control. Empujó la puerta entreabierta solo para dar con lo que ya esperaba, lo que veía todas las noches: los cuerpos de Borja e Izan en la bañera; el cadáver de Lucas y, ahora también, el de Dylan en el suelo; y el reflejo de Sara antes de tirarse por la ventana. Avanzó hacia ella para evitar su salto, aunque sabía de sobra que no lo iba a conseguir.

—¡Haz algo! ¡Para las muertes! —Lo zarandeó Ana, que, una vez más, apareció de la nada interponiéndose en su camino.

Samuel abrió la boca para responder, consciente de que tampoco iba a lograrlo. Cada vez que lo intentaba, Sandra, reconvertida en Medusa, surgía de entre las sombras para atacarlo. Aquella vez no estaba sola: junto a ella estaba Jessi, con la cara deformada hasta la monstruosidad. Samuel gritó al tiempo que se desembarazaba de Ana. Debía escapar de los dos engendros antes de que llegaran a él.

Se abalanzó sobre la puerta del dormitorio. Por más fuerza que hiciera, no se abría: estaba atrancada. Ese era su final. Cerró los ojos, preparado para la agresión, preparado para morir. Solo los abrió al escuchar dos inesperados tiros, que retumbaron por toda la estancia. Delante de él se encontraba la subinspectora Villar: había abatido a sus enemigas.

—Despierta, Samuel. Solo es una pesadilla.

Samuel la miró desconcertado; no entendía lo que estaba pasando.

—¡Despierta! —insistió Amelia.

Samuel salió del mundo onírico, liberándose de su terror nocturno. Se incorporó sobre el camastro de cemento donde se había quedado dormido. «¿Ahora también sale Amelia en mi sueño? Esto es nuevo… Quizás signifique que me atrae más de lo que creo…», reflexionó.

—Buenos días, Samuel.

El profesor se sobresaltó al escuchar alta y clara la voz de la subinspectora. Levantó la mirada y se encontró con Amelia dentro del calabozo. ¿Estaba soñando o realmente la había visto entre las sombras de la tenue luz que llegaba del pasillo? Se frotó los ojos.

—Parecías estar sufriendo mientras dormías.

No había duda de que estaba en la celda.

—Es solo un mal sueño —explicó Samuel mientras se ponía en pie —. ¿Qué hora es?

—Las seis de la mañana.

—Buf… —resopló Samuel. ¡Hasta en el calabozo le hacían madrugar! Había pasado una noche de perros sobre aquel banco de obra. Apenas había logrado dormir y, cuando lo había hecho, la maldita pesadilla no le había dejado descansar. Al menos, había tenido el lujo de no compartir espacio con ningún otro detenido—. ¿Qué haces aquí?

—Vengo a comunicarte que, desde este momento, eres libre.

—¿De verdad? —se sorprendió Samuel. No podía creerse aquella grata noticia—. ¿Qué ha cambiado?

—Ayer por la tarde sucedió algo: Adolfo, el director de tu instituto, se estrelló con el coche. Murió en el acto.

De repente, Samuel sintió la necesidad de sentarse en el que había sido su duro camastro. Aquella noticia lo había impactado. Aunque no apreciaba especialmente a Adolfo, no estaba preparado para escuchar algo así. El que podía considerar su mayor enemigo estaba muerto.

Ya no podría enfrentarse a él ni recriminarle lo que le había hecho, pero tampoco tendría que seguir soportando su carácter, sus exabruptos y su mala gestión. Tenía la misma sensación que cuando se había enfrentado a la muerte de Sandra: alivio. No se alegraba de su deceso; tampoco le producía pena alguna. El instituto sería un lugar mejor sin él. Alguien más competente podría tomar las riendas y poner en marcha un plan de acción que solucionara todas sus deficiencias.

—¿Otra muerte? ¿Sabemos si está relacionada con el caso? ¿Ha sido accidental? —Samuel volvió a ponerse en pie; necesitaba conocer todos los detalles.

—Cuando hay víctimas en un accidente de tráfico, la policía científica suele revisar el estado del vehículo. Encontraron algo que no los dejó indiferentes: el latiguillo del sistema de frenos estaba roto. Alguien lo cortó deliberadamente.

El rostro de Samuel se iluminó; el brillo de sus ojos delataba su alegría.

—¡Eso es una buenísima noticia! Quiero decir… ¡que por fin tenemos pruebas de que hay un asesino suelto! —matizó un emocionado Samuel. Aquello le daba la razón.

—Exacto. Se ha reabierto la investigación de todas las muertes relacionadas con el instituto y yo he sido readmitida en el caso —comunicó Villar sin poder ocultar la satisfacción que sentía.

—¡Me alegro tanto! —Samuel no pudo reprimir el impulso de abrazar a Amelia. En cuanto se dio cuenta de que quizás no era lo más procedente, se separó de ella, ruborizado—. ¡Se ha hecho justicia!

—Tanto para mí como para ti —recordó la subinspectora tocando cariñosamente el hombro del profesor. Quería hacerle saber que el abrazo no la había incomodado en absoluto.

—Hay una cosa que no entiendo. Yo era el enemigo número uno de Adolfo y, aun así, me dejáis libre. Lo lógico sería que yo fuera el principal sospechoso.

«¿De verdad acabo de tirar piedras sobre mi propio tejado?», reflexionó Samuel.

—Que el accidente sucediera mientras tú estabas bajo custodia policial le complicó las cosas a De la Fuente. Para mantenerte en el calabozo como presunto culpable, necesitaba probar que tú podrías haber manipulado los frenos antes de ser detenido. Se puso las pilas investigando con un ímpetu desconocido hasta la fecha.

—Mejor tarde que nunca…

—Tenías coartada en todo momento. Adolfo llegó al centro sobre las 9:45, sin problema alguno en sus frenos, cuando todavía estabas reunido conmigo. Te acompañé hasta la puerta del instituto a las 10:05, aproximadamente, donde te vio entrar la conserje. Una profesora, Cecilia, afirmó haber subido contigo las escaleras hasta la segunda planta. Allí, ella entró a su despacho mientras tú accedías al tuyo. Tus compañeros de departamento confirmaron que estuviste con ellos antes de bajar juntos al claustro. Permaneciste en el salón de actos, rodeado de decenas de personas, hasta que la policía te detuvo. Es imposible que tú cortaras el cable de los frenos.

—Eso no me exime de las otras muertes.

Amelia suspiró con ternura. ¿Acaso no podía simplemente alegrarse de que ya no estaba detenido? En cualquier caso, estaba encantada de darle todas las explicaciones que fueran necesarias.

—Tu abogada de oficio, una mujer muy profesional, al recibir esta información amenazó con solicitar un *habeas corpus* al juez.

—¿*Habeas corpus*? —Samuel frunció el ceño y abrió los ojos como si acabara de escuchar una frase en chino.

—Es un derecho constitucional: se pide directamente al juez la puesta en libertad inmediata del detenido. Obviamente, el inspector sabía que no contaba con pruebas suficientes para mantenerte entre rejas y, ante el riesgo de quedar en ridículo, decidió soltarte.

El profesor asintió: por fin tenía todas las respuestas. Respiró con tranquilidad por primera vez en casi veinticuatro horas, aunque su mente acelerada apenas le dejó unos segundos de descanso.

—Soy libre, ¡de puta madre! —Samuel alzó los puños en señal de victoria—. Ahora tenemos que ponernos manos a la obra. Debemos dar con el asesino. Hay una cámara de seguridad en el *parking*, pero no funciona desde hace un tiempo.

—Lo sé. Sin embargo, estamos revisando las cámaras de las zonas aledañas. El comisario nos ha concedido la ayuda de un par de policías que están trabajando en ello. Deja que nos encarguemos nosotros. Tú tienes otra tarea: tu abogada te espera fuera para interponer una demanda contra De la Fuente por detención ilegal.

Villar se sentía tremendamente culpable por haber metido al profesor en aquel lío. A partir de ese momento, iba a liberarlo de toda tarea policial. No quería causarle más problemas, aunque le iba a costar horrores dejar de verlo.

—En cuanto termine, os ayudaré a revisar las pruebas. —Samuel no estaba dispuesto a dejar de colaborar. Si de verdad quería calmar su ansiedad, debía dar con el asesino él mismo. Si estaba relacionado con el entorno del centro, como era lógico, nadie mejor que él podía aportar datos clave a la investigación.

Amelia sacudió la cabeza.

—No. En cuanto termines, te irás a descansar a tu casa. Necesitas dormir. Es una orden. No me obligues a detenerte.

Samuel sonrió ante la pequeña broma de Amelia. Levantó los brazos aceptando su mandato sin rechistar.

Samuel no cumplió su promesa. A las 8:05 de la mañana llegaba a las puertas del instituto tras una larga espera en la comisaría para interponer la demanda y una caminata que se le hizo interminable. Vestía la misma ropa del día anterior y olía a rayos, pero no le importaba; para él, primaba obtener información sobre lo ocurrido el día anterior desde su detención hasta la colisión mortal de Adolfo.

Allí se encontró, como cada mañana a primera hora, con uno de sus alumnos. Aitor tenía la costumbre de quedarse dentro del coche de su abuelo hasta que su móvil marcara las 8:08 exactas, momento en el que salía para entrar al centro. Le extrañó verlo allí: las clases

se habían cancelado *sine die*. Se acercó y golpeó con los nudillos la ventanilla del copiloto.

—Aitor, ¿qué haces aquí? —cuestionó Samuel cuando el chico terminó de bajar la ventanilla—. ¿Es que no sabes que el centro está cerrado para los alumnos hasta nuevo aviso?

—¿Qué dices? —El joven se quedó de piedra—. ¿Me estás vacilando?

—En absoluto. El director lo comunicó ayer por megafonía. No tenéis ni debéis venir a clase.

—He faltado un par de días porque no me encontraba bien y mis amigos no me han informado. ¡Por la tarde estuve hablando con Marcos y no solo no me dijo nada, sino que encima se inventó que había deberes para hoy! ¡Qué cabrón!

—¡Esa lengua! —lo reprendió su abuelo—. Nos vamos a casa entonces.

Samuel observó cómo se alejaba el coche mientras un pensamiento le venía a la mente: le parecía inverosímil que Aitor no se hubiera enterado del cierre del instituto. Estaba seguro de que, además del mensaje de radiodifusión, el equipo directivo habría avisado a todas las familias por *email*. ¿Y si Aitor era el asesino? ¿Habría acudido al instituto en busca de su siguiente víctima? Parecía incapaz de matar a una mosca, pero Samuel ya no se fiaba de nadie.

Por otra parte, ¿podía estar seguro de que se hubiera informado a las familias? Debía tener en cuenta la incompetencia de los altos cargos del centro. Sin dejar de darle vueltas al asunto, se apartó del bordillo y avanzó unos pasos hasta el centro de la acera.

—¡Dios! —gritó con el corazón a punto de salírsele por la boca. Había faltado poco para que una ciclista lo atropellara.

—¡Ay, Samuel! ¡Mil perdones! —se disculpó su compañera Blanca —. Si es que a estas horas todavía voy dormida. ¡Menos mal que te he visto a tiempo y he frenado! ¿Estás bien?

—Sí, aunque me has dado un susto de muerte —confesó Samuel llevándose la mano derecha al pecho para ayudar a sus latidos a recuperar su ritmo habitual.

—¡Pobre! En cuanto llegue al instituto, te voy a preparar una tila; verás cómo te relajas en un periquete. ¡Ahora te veo!

Blanca retomó el pedaleo y su bici continuó el camino hacia la puerta del centro. Samuel no estaba molesto con la profesora por haber estado a punto de colisionar con él, ni por circular por la estrecha acera en vez de por la carretera, ni siquiera por no haberle preguntado por su estancia en prisión. Tampoco tenía ningún tipo de interés en los brebajes que acostumbraba a preparar.

Sin embargo, la frase que él mismo había pronunciado rondaba por su cabeza: "Me has dado un susto de muerte". ¿Y si Blanca había intentado acabar con él? ¿Era ella la asesina? Quizás había querido eliminarlo de la ecuación al descubrir que estaba investigando los hechos. «¿Con una bicicleta? Como mucho me habría provocado contusiones, pero matarme… Primero Aitor y ahora Blanca… ¿Me estaré volviendo paranoico?», se alarmó Samuel, quien, sin ser consciente, había llegado hasta el *hall* del instituto.

Aprovechó que Josefina se encontraba en reprografía imprimiendo unos documentos para escabullirse hacia el baño. Pasó de largo por la puerta del despacho que había pertenecido, hasta hacía unas horas, a Adolfo. No se estremeció al pensar que ya no volvería a verlo nunca más; ni siquiera se sintió reconfortado por ello. Simplemente, le daba igual. Su preocupación era encontrar al asesino, pero primero necesitaba mojarse la cara, despejarse y poner en orden sus pensamientos. No lo logró. Cuando estaba a punto de acceder al aseo, le tocó enfrentarse a la persona que salía del baño de mujeres: Marina.

—¡Samuel! ¡Te han soltado! —Marina se lanzó hacia su compañero con la clara intención de abrazarlo.

Samuel, en cambio, no quería tener ni el mínimo contacto físico con ella. Retrocedió un paso frenándola con los brazos extendidos hacia delante.

—¿Qué pasa? —Marina, dolida, había captado el mensaje.

—¡Sé que fuiste tú! —exclamó Samuel, furibundo, apretando los puños—. ¡Tú le contaste a Adolfo que estaba investigando las muertes con Amelia!

Marina se tornó lívida y su corazón comenzó a acelerarse. Samuel la había descubierto. El rostro de su amigo reflejaba una profunda decepción.

—¡Lo siento! Adolfo me hizo ir a su despacho. Al parecer, alguien nos había visto hablando con la subinspectora en el bar. Me preguntó y no tuve más remedio que contarle la verdad.

—¡Excusas! Podías haberte inventado algo. Cualquier cosa antes que traicionarme. ¡Por tu culpa he dormido en el calabozo!

—Yo… lo siento— repitió Marina al tiempo que volvía a intentar acercarse a Samuel. Él no dudó en rechazarla de nuevo—. No podía imaginar que Adolfo fuera a llamar al inspector para comunicárselo y, mucho menos, que eso acabara suponiendo tu detención.

—¿De verdad no podías imaginarlo? ¿Es que no sabes el asco que me ha tenido últimamente Adolfo? ¿Lo mucho que me odia desde que lo acusé de ser culpable de la muerte de Lucas? ¿O acaso no me estabas escuchando cuando te contaba todo eso? —La dureza de su semblante había dejado atrás la decepción para dar paso a una auténtica irritación.

Marina frunció el ceño. Entendía perfectamente el enfado de Samuel; estaba más que justificado. No obstante, no le había sentado bien que la acusara de no estar atenta en sus conversaciones.

—¡Ni siquiera a ti se te hubiera pasado por la cabeza que Adolfo fuera a inculparte! Yo solo conté la verdad. Quizá haya tenido consecuencias negativas, pero no he hecho nada malo.

Samuel la miró, incrédulo. ¿En serio no tenía remordimientos por habérsela jugado de aquella manera?

—Los actos tienen consecuencias, Marina. He pasado la peor noche de mi vida y Amelia fue apartada del caso.

—¿Y eso es malo? Una agente que se salta la ley a la torera promoviendo el interrogatorio de menores sin la autorización de sus padres… La subinspectora estaba fuera de control —opinó Marina dejando clara la poca simpatía que le producía Villar.

A Samuel le empezó a hervir la sangre. No iba a consentir que cuestionara la profesionalidad de la subinspectora.

—¡Ella solo intentaba resolver el caso! ¡Salvar vidas! Dada la situación con el inútil de su jefe, no tenía otra opción que hacerlo a través de subterfugios. Y, por cierto, ¿puedes llamarla por su nombre? Amelia, se llama Amelia. Ella misma nos pidió que nos dirigiéramos así a ella. ¿O tampoco lo escuchaste? —atacó Samuel sin darle un respiro a su amiga.

—¡No pienso llamar por su nombre de pila a semejante individua! ¡Es ella la que te ha metido en todo este lío, no yo! —Marina se cruzó de brazos.

—¿¡Cómo puedes decir eso!? Se jugó el trabajo para intentar pillar al asesino. ¿Acaso conoces a una persona más altruista que ella?

Marina puso los ojos en blanco.

—¡Oh, por favor! ¡Te tiene obnubilado! Eso es lo que pretendía desde el primer momento: pasar tiempo contigo para encandilarte. Todo esto de resolver el caso no era más que una excusa para poder ligar contigo. ¿Es que no te das cuenta?

—¿Te estás escuchando? ¡Se te está yendo la cabeza! —Samuel echaba humo por las orejas. Como Marina dijera alguna otra cosa que él considerara fuera de toda lógica, iba a explotar—. Y si quisiera tontear conmigo, ¿qué? ¡¿Qué mierda te importa eso a ti?!

Marina se llevó las manos a la cabeza, desesperada. ¿De verdad tenía que explicarle eso? ¿No era ya evidente?

—¡Me importa porque no me gusta que otras mujeres se acerquen a ti! ¡Me importa porque no quiero ver cómo otra mujer te toca! ¡Me importa porque estoy enamorada de ti!

Samuel tardó unos segundos en responder, como si le costara procesar la declaración de Marina. Estaba totalmente desconcertado.

—Entonces… todo esto ha sido por celos… —La expresión de su rostro denotaba un profundo desprecio hacia su interlocutora. No reconocía a la persona que tenía delante. Aquella no era su amiga.

Marina comenzó a sollozar. Acababa de confesarle su amor a Samuel y él, en lugar de reaccionar de una forma bonita o, al menos, de cesar la discusión, la había acusado de celosa. Su corazón empezaba a hacerse pedacitos.

—¡Te quiero, Samuel! ¿Es que no me has escuchado? —le devolvió ella el golpe.

—Pues quiéreme menos y quiéreme mejor —espetó Samuel—. ¡No puedo creer que hayas estado a punto de joderlo todo solo por celos!

—¡Lo siento! Perdóname, por favor. No era mi intención hacerte daño —suplicó Marina con su faz llena de lágrimas—. Solo quiero arreglarlo y que podamos estar juntos por fin.

Los ojos de Samuel refulgían de odio, una emoción que jamás pensó pudiera dirigir hacia ella.

—¿Estar juntos? ¿Después de lo que has hecho? ¡Eres tóxica! ¡Jamás estaría con una persona así! Es más, ya no me interesas ni como amiga. ¡No quiero saber absolutamente nada de ti! —Samuel dio media vuelta y echó a andar dando por terminada la conversación. No pensaba dirigirle ni una sola palabra más a aquella persona… la decepción de su vida.

Marina hizo amago de volver a implorar, pero no fue capaz: la voz se le quedó atenazada en la garganta. Su corazón estaba hecho añicos. Samuel no solo la había rechazado como amante, sino que también se había deshecho de ella como amiga. No podía soportar el dolor. Se encerró en el baño donde, sentada sobre la taza, se sumió en un llanto inconsolable.

—Buenos días. ¿Aún no ha llegado Carlos? —preguntó Pilar, la Profesora Técnico de Servicios a la Comunidad, tras acceder a la sala de profesores.

Las allí presentes negaron con la cabeza.

—Si lo veis, ¿podéis decirle que deje de ponerle faltas de asistencia a Sara Corral? No creo que a sus padres les haga gracia que les lleguen esas notificaciones… ¡Y a este paso se le abrirá expediente de absentismo a una chica fallecida! —Pilar estaba muy indignada.

—Oye, me han dicho que ayer llegó la sustituta de Sandra, la nueva orientadora. ¿Qué tal? —Ni siquiera las recientes muertes podían frenar el afán de chismorreo de Hortensia.

—¡Creo que la vi! ¿Es una mujer pelirroja? —comentó Giulia.

—Eso es, sí. La verdad que muy bien: es un encanto. Y parece muy trabajadora. Creo que se va a integrar perfectamente en el instituto —informó Pilar sobre su recién incorporada compañera de departamento antes de abandonar la sala.

Tan solo un minuto después, Samuel, todavía con la discusión con Marina torturándole la cabeza, entraba en aquel mismo lugar.

—¡Samuel! ¿Qué haces aquí? ¿Te has escapado de la cárcel?

El profesor, perplejo por el comentario, se quedó observando a quien lo había pronunciado: Vanesa, docente de Educación Física, que mantenía una forma física impecable a pesar de pasar de los cuarenta y de haber sido madre dos veces. La segunda juventud que estaba viviendo tras su reciente divorcio le había sentado maravillosamente bien.

¿De verdad le había preguntado eso? ¿Acaso sus compañeros lo veían como una especie de superhéroe capaz de enfrentarse incluso a la policía? «¿Cómo voy a escaparme de la cárcel? ¿Quién creen que soy… James Bond?»

Samuel barrió la sala de profesores con la mirada. Además de Vanesa, solo estaban allí Giulia y Hortensia. Al fondo, detectó la llamativa mochila rosa de Laura, la profesora de Física y Química, aunque ella no se encontraba presente. «¿Dónde estará? ¿Y si ella es la asesina y está preparando su siguiente homicidio? ¡Samuel, basta! Laura es una buena tía. Deja ya la puta paranoia», cortó sus propios pensamientos. Se llevó un chasco al comprobar que todavía no habían llegado sus amigos: necesitaba saber qué había sucedido durante su ausencia.

—Me han soltado. No tienen pruebas contra mí —respondió al fin.

Giulia se lanzó sobre él como si hubiera visto una pizza.

—¡Cómo me alegro, Samuel! ¡Qué bueno tenerte otra vez por aquí! —Le dio un cariñoso achuchón —¡Sabía que eras inocente!

Samuel se lo agradeció con una sonrisa en cuanto el abrazo terminó. Ambos se sentaron en los no especialmente cómodos sillones de polipiel. El profesor no pasó por alto cómo Hortensia lo miraba con recelo. La expresión que leía entre las arrugas de su

rostro le decía que sospechaba de él, que no se sentía segura en su presencia. No tardó en manifestarlo:

—¿Entonces tú no has matado a Adolfo?

—¿Cómo iba a hacerlo? Estaba encerrado en el calabozo. Su muerte me ha liberado... ¡por primera vez ha hecho algo útil! —Samuel enseguida se arrepintió del comentario. Hortensia era amiga del fallecido y debía de estar sufriendo por su reciente pérdida.

—¿Qué está pasando? ¿Por qué está muriendo tanta gente? —preguntó Vanesa.

—Ojalá lo supiera —contestó Samuel, deprimido por no tener aún ninguna pista que pudiera ayudar a resolver el caso.

—Pues espero que todo esto acabe pronto, porque el pánico se está apoderando del claustro. Muchos profesores se han negado a venir hoy a trabajar por miedo a ser los próximos en caer —contó Vanesa mientras cruzaba las piernas.

—Ayer hubo más de una crisis de ansiedad —añadió Giulia—. Los nervios están a flor de piel.

Aquella información resultaba relevante para Samuel. ¿Acaso alguno de ellos estaba utilizando el miedo a ser asesinados como excusa para desaparecer y mantenerse fuera del radar de la policía? Por otro lado, si se producía una nueva muerte en el instituto, todos los que no hubieran acudido a trabajar quedarían automáticamente descartados como sospechosos. Samuel tendría que prestar mucha atención a quién aparecía y a quién no.

—¿De verdad hay un asesino, como se comenta por ahí? —Hortensia interrumpió los acelerados pensamientos de Samuel.

—Sí. Como mínimo, alguien manipuló los frenos del coche de Adolfo.

Las tres mujeres dejaron escapar un grito ahogado: Hortensia, aterrada; Giulia, horrorizada; y Vanesa, fascinada por el giro dramático de los acontecimientos.

—La policía está ahora mismo tras su pista —continuó Samuel—. Y yo también lo intento. Si mi teoría es cierta, hay un asesino en serie suelto… y ya lleva ocho víctimas. Por eso necesito que me contéis todo lo que sucedió ayer desde mi detención.

—No hay mucho que contar. Todos nos quedamos en *shock* cuando la policía te arrestó; tardamos unos diez o quince minutos en retomar el claustro. Después, Adolfo nos explicó cómo íbamos a organizarnos hasta que el centro volviera a abrir, y poco más. Al terminar, cada uno se fue a hacer sus cosas —explicó Giulia.

—¿No ocurrió nada relevante durante el claustro? ¿Nadie discutió con Adolfo? —quiso saber Samuel.

—¡Claro que sí! Se montó una buena entre él y algunos de tus amigos: Abril, Raúl, Noemí… Tuvieron un enfrentamiento verbal digno de un *reality show*. —Vanesa no pudo ocultar la media sonrisa que se dibujó en su rostro al recordar la dantesca escena que tan entretenida la había tenido.

—¿Por qué lo preguntas? No creerás que alguno de ellos haya tenido algo que ver con su muerte, ¿no?

—No —negó tajante Samuel ante la pregunta de Giulia. No estaba dispuesto a caer en el mismo error: sus amigos eran buenas personas y, por tanto, inocentes. No volvería a sospechar de ellos.

—¿Tienes alguna idea de quién podría haber sido? —cuestionó Vanesa.

El profesor negó con la cabeza antes de hundirla entre sus manos. Su mente aprovechó ese momento de debilidad para volver a sacar a la luz su más reciente teoría: Aitor, Blanca o Laura podían ser los asesinos. Sacudió la cabeza tratando de quitarse aquella absurda idea de encima. Le reventaba ser incapaz de encontrar a alguien que tuviera un móvil. Adolfo era un gilipollas, sí, ¿pero tanto como para asesinarlo a sangre fría?

—Si es un asesino en serie, todas las muertes tienen que estar conectadas. Pensemos qué vínculo une a todas las víctimas. —Giulia, de repente, se metió en el papel de una inspectora al estilo de C.S.I.

—Tenemos cuatro alumnos: Sara, Izan, Dylan y Borja; tres profesores: Adolfo, Ana y Sandra; y un miembro del Personal de Administraciones y Servicios: Jessi —Vanesa le siguió el rollo, emocionada. Cogió un folio para tomar notas—. ¿Qué relación los une? Sara e Izan eran novios. Izan era amigo de Borja. ¿Qué pinta Dylan? Adolfo y Sandra eran amigos; sin embargo, no tengo claro que Ana formara parte de su círculo íntimo…

—En absoluto —confirmó Giulia, excompañera de departamento de la bibliotecaria—. Ana solía hablar bastante mal de Sandra. ¿Y dónde encaja Jessi?

Las dos jóvenes se quedaron un rato mirando al horizonte, pensativas, buscando el hilo que uniese todas aquellas vidas segadas. Mientras tanto, Samuel seguía castigándose por no ser capaz de dar con la clave del caso y Hortensia se comía tranquilamente una barrita de chocolate; ni siquiera un asesino en serie suelto parecía capaz de alterar su pachorrismo habitual.

—¡Buah! ¡Esto es muy complicado! —se rindió Vanesa tachando lo que había escrito—. ¿Cómo lo hará la policía?

—Analizando caso a caso. Empecemos por el principio —Giulia no estaba dispuesta a darse por vencida—: todo comenzó con la electrocución de Izan.

—Izan no fue el primero que murió; fue Lucas. —Samuel no podía olvidar la muerte de su querido alumno, ni aunque hubiera sucedido hacía seis meses, mucho antes de que comenzara a actuar el presunto homicida.

—¡Ay, Lucas! ¡Pobrecito! —Hortensia pareció salir al fin de su letargo—. ¡Ese sí que me dio pena que nos dejara!

—Ya ves… Es que era tan bueno y tan gracioso, con sus característicos tics… —rememoró Giulia con morriña.

—A mí sus golpecitos con el dedo en la mesa me ponían un poquito nerviosa, la verdad —reconoció Vanesa, que no compartía la opinión de sus compañeras.

—¡Tenía TEA! No podía evitarlo —le recordó Giulia.

—Lo que se emocionaba cada vez que hablaba de su monotema: los dioses del Olimpo…

Samuel sacó la cabeza de entre sus manos, como activado por un resorte. Algo en las palabras de Hortensia había hecho clic en su cabeza. Se levantó de un salto con una sonrisa de oreja a oreja. Hacía meses que nadie veía semejante felicidad en su rostro.

—¡Eso es! ¡Hortensia, eres una genia! —Samuel sujetó la cabeza de la vetusta docente entre sus manos y le plantó un beso en la frente—. ¡Gracias!

El profesor se lanzó corriendo hacia la puerta de la sala.

—¡¿Qué pasa, Samuel?! —Giulia no quería que Samuel se marchara sin contarles el motivo de su cambio de actitud.

Samuel frenó en seco y se volvió hacia las tres mujeres. Sus ojos brillaban y sus mejillas estaban encendidas de excitación.

—¡He descubierto quién es el asesino!

Las tres se quedaron en ascuas, con la boca abierta, mientras observaban cómo su compañero salía al pasillo tras soltar la bomba.

—*Mamma mia!* —exclamó Giulia.

A punto estuvo Samuel de chocar de nuevo con Blanca, que traía el té que le había prometido.

—¡Samuel! ¡¿Dónde vas?! ¡Tengo tu infusión! —gritó Blanca sin obtener resultado. La profesora entró a la sala bordeando el pequeño charco de líquido derramado—. ¿Alguna lo quiere? ¿Hortensia?

—¿Está caliente? —cuestionó la aludida.

Blanca asintió señalando el humo que se escapaba de la taza.

—Entonces no, gracias. Necesito algo frío —rechazó Hortensia, visiblemente acalorada, mientras sacaba un abanico de su bolso.

—¡Mírala! ¡Qué buen color tiene de repente! —Vanesa había percibido cómo la habitual palidez de la sexagenaria había desaparecido para dar paso a una piel ruborizada tras el inesperado beso de Samuel—. ¡Ya te decía yo que lo que necesitas para curar todos tus males es un buen colágeno!

Giulia, ajena a la conversación de las otras profesoras, se asomó por la ventana justo a tiempo para ver a Samuel salir disparado por la puerta del instituto. Los primeros rayos del sol iluminaban su figura atlética, que se recortaba contra el horizonte, mientras corría con determinación hacia un destino que solo él conocía.

Capítulo 9

—¡Cogedlo! —gritó el agente que custodiaba la entrada de la comisaría.

Samuel estaba tan emocionado por el descubrimiento que acababa de hacer que pasó de largo sin someterse al registro habitual. El arco de seguridad comenzó a pitar en cuanto lo atravesó. Su cerebro ignoró el sonido del detector; lo único en lo que podía pensar era en transmitir su hallazgo cuanto antes. Sin embargo, solo logró dar unos pasos más dentro de la comisaría: el placaje de un policía lo derribó y lo dejó inmovilizado.

—¡¿Qué está haciendo?! ¡¿A dónde cree que va?! —lo abroncó el policía sin soltarlo.

Samuel no fue capaz de responder: no podía respirar. Sus pulmones, al límite tras la carrera desde el instituto, empeoraban con la presión del agente, que lo mantenía aplastado contra el suelo. Intentó levantar el torso para separar su pecho de las baldosas, pero el policía no cedió ni un milímetro. Justo cuando pensaba que iba a quedarse sin aire, la subinspectora Villar apareció en escena:

—¿Samuel?

—Subinspectora, ¿conoce a este sujeto? —se extrañó el agente.

—Sí, sí. Es inofensivo, suéltelo —ordenó Villar.

Amelia lo ayudó a ponerse en pie en cuanto el policía se quitó de encima.

—¿Estás bien? —preguntó la subinspectora mientras lo conducía hacia su mesa sujetándolo por la cintura.

Samuel asintió, aunque no pudo evitar llevarse una mano al hombro izquierdo, dolorido por el fuerte impacto contra el suelo. Villar apartó la silla que se encontraba al otro lado de su escritorio para que Samuel se sentara.

—¿Qué haces aquí? ¿Ha pasado algo?

Por toda respuesta, Samuel levantó sus manos indicándole que esperara. Su respiración todavía estaba demasiado agitada como

para poder hablar.

—Sé quién es el asesino —alcanzó a decir, de forma entrecortada, unos instantes después.

—¿¡Qué!? —Amelia se quedó ojiplática. ¿Cómo era posible? ¡Ella, el inspector y varios agentes llevaban más de una hora revisando las pruebas del caso y aún no habían conseguido nada!—. ¿Quién es?

—Lucas.

—¿Lucas?

—Lucas Pastor —Samuel añadió el apellido. Era lo máximo que le permitían sus pulmones en ese momento.

—¿De qué me suena ese nombre? —La subinspectora se quedó pensativa unos segundos, hasta que por fin cayó en la cuenta—. ¿No es el alumno que se suicidó hace unos meses en tu instituto?

Samuel asintió.

—¿Su espíritu ha regresado para matarnos a todos? —se burló De la Fuente, que se había acercado a escuchar la conversación.

Samuel lo ignoró. Aquella misma mañana había interpuesto una demanda por detención ilegal contra él, y su abogada le había recomendado que su interacción con el inspector fuera mínima; nula, a ser posible. Cualquier cosa podría interferir en el buen devenir del proceso.

—Lucas no es el asesino, es el motivo. Creo que alguien está vengando su muerte —matizó Samuel con la respiración ya más normalizada.

—¿Cómo has llegado a esa conclusión? —se interesó Amelia.

—Lucas tenía TEA y, como sabrás, algunas de estas personas se caracterizan por tener intereses restringidos. Pues bien, la obsesión de Lucas eran los dioses del Olimpo. No paraba de hablar de ellos, sobre todo en mis clases. ¡Soy profesor de Geografía e Historia, por Dios! ¡Cómo no me he dado cuenta de esto antes! —se reprendió Samuel al tiempo que propinaba una patada al escritorio.

En cuanto su cuerpo recuperó el estado habitual de reposo tras la intensa carrera, volvió el machaque interno de siempre. Se sentía un inútil por no haber dado con la clave del caso, que había estado delante de sus narices todo el tiempo. Muchas vidas se podrían haber salvado si hubiera sido más inteligente, si hubiera actuado con

más celeridad. Su mente no dejaba de repetirle que era culpable de aquellas muertes. Nunca se lo iba a perdonar.

—Tranquilo, Samuel. Si de verdad has descubierto algo, eres el primero que lo ha hecho, incluso antes que la propia policía. No te martirices —lo consoló la subinspectora dedicándole una cálida mirada—. Necesito que nos expliques cuál es el vínculo entre las muertes y los dioses del Olimpo.

Samuel inspiró profundamente. Necesitaba concentrarse y silenciar a su atormentada mente.

—Lucas se quitó la vida porque le hacían *bullying*. Muchos alumnos lo veían como un bicho raro por su condición y se burlaban de él, lo trataban mal o, simplemente, lo ignoraban, como hacían Izan o Borja. Nadie hizo nada por detener el acoso escolar, destacando especialmente por su dejadez de funciones el director y la orientadora. Alguien está vengándose de todas las personas que provocaron, directa o indirectamente, el sufrimiento que llevó a Lucas al suicidio. Y lo está haciendo simulando a los dioses griegos… en su honor.

—¡Menuda chorrada! —soltó el inspector—. ¡¿Pero qué se ha fumado este?!

El profesor intuyó que De la Fuente todavía no había sido informado de la denuncia que había interpuesto contra él. Aunque sus palabras denotaban el desdén que sentía, no percibió nada más allá de eso. No encontró un ápice de odio o rencor, que sería lo lógico tras enterarse de la demanda. «Mejor así: no podría enfrentarme a otro conflicto ahora mismo», pensó Samuel.

—No, no. Tiene sentido —Villar concedió algo de crédito a la teoría de Samuel—. Izan murió electrocutado. ¿No es el rayo uno de los atributos de Zeus?

—Exacto —confirmó Samuel.

—Después tenemos a Borja, que murió ahogado… Poseidón es el dios del mar, ¿verdad? —Amelia trataba de recuperar los escasos conocimientos de mitología griega que tenía.

—Eso es. Poseidón eliminó a Borja y Zeus mató a Izan. El asesino está emulando a un dios diferente para acabar con cada víctima.

De la Fuente entornó los ojos; no encontraba ninguna verosimilitud en lo que contaba Samuel.

—Ayúdame con el resto, Samuel. Mi dominio sobre el panteón griego no es muy extenso —pidió la subinspectora mientras cogía un folio en blanco de la impresora.

—Ana fue aplastada por una estantería llena de libros; sin duda, se trata de Atenea, la diosa de la sabiduría. Jessi sufrió un *shock* anafiláctico debido al consumo de un cacahuete. Es un producto vegetal, ¿quién, si no Deméter, la diosa de la agricultura, podría haberlo hecho?

Villar anotaba con brío las explicaciones de Samuel.

—Sandra falleció en un incendio, por lo que podría ser cosa de Hefesto, dios de la fragua, cuyo taller se encontraba en un volcán. También podría tratarse de Hestia, diosa del hogar, venerada mediante una pequeña hoguera en cada casa.

—Entonces apunto ambas posibilidades.

—Dylan sufrió un infarto, una enfermedad natural desencadenada al escuchar un fuerte golpe de música. Detrás de su muerte está Apolo, dios de la medicina y de la música, entre otras atribuciones —continuó Samuel—. Adolfo tuvo un accidente de tráfico provocado por Hermes, dios de los viajeros, entre otras cosas.

—¿Y qué pasa con Sara? Ella se suicidó. ¿Existe algún dios del suicidio? —apuntó el todavía escéptico inspector.

Villar le dedicó una mirada cargada de paciencia agotada.

—No, pero sí la diosa del amor: Afrodita. Sara se quitó la vida al no ser capaz de soportar la muerte de su novio —argumentó Samuel.

—Sigue siendo un suicidio, no un asesinato —insistió De la Fuente, que no iba a cesar en su intento de tirar por tierra la hipótesis del profesor.

—Puede que alguien la incitara a ello… —propuso la subinspectora—. Necesitamos acceder a sus últimos mensajes de WhatsApp e Instagram.

Amelia se volvió hacia De la Fuente para recordarle con la mirada que era él quien debía dar la orden.

—Lo añadiré a la pila de pruebas y documentos que hay que revisar… —gruñó el inspector antes de pedirle a un agente que consiguiera dichas conversaciones.

—Eres increible, Samuel. ¡Has logrado encarrilar el caso! Te debo una muy grande. —Amelia aprovechó la ausencia de su jefe para elogiarlo.

—Gracias, aunque el mérito no es mío. —Samuel no podía dejar de pensar que, si Hortensia no hubiera pronunciado aquella frase, él seguiría sin haber dado con la tecla.

—Vamos a coger al asesino, y va a ser gracias a ti.

—La cuestión es si lo lograremos antes de que vuelva a matar… —Samuel no estaba muy convencido de que la policía, que hasta ese momento no había sido especialmente resolutiva, fuera capaz de hacerlo a partir de entonces.

—Con este gran avance, sumado a lo que saquemos de la revisión de las pruebas, no puede ser tan difícil. Tiene que ser alguien muy cercano a Lucas: un amigo o, quizás, un familiar.

Samuel se quedó en silencio. A pesar de haber descubierto el móvil del homicida, no había barajado nombres de posibles sospechosos. ¿Quién podría ser? Sin duda, debía tratarse de alguien de su entorno; incluso existía la posibilidad de que fuera alguien que él conociera. Un escalofrío recorrió su espina dorsal: el asesino podría estar más cerca de lo que pensaba.

—Dada su condición, no se relacionaba con muchos alumnos. Fuera de sus compañeros del aula TEA, solo puedo pensar en un chico: Germán Rojas, otro ratón de biblioteca.

Amelia escribió su nombre en el folio.

—Habrá que interrogarlo. ¿Qué me dices de su familia? ¿Sus padres?

Samuel se tomó unos segundos para reflexionar.

—Los conozco y no tienen pinta de asesinos en serie… pero ¿quién sabe cómo puede llegar a trastornar a alguien la muerte de un hijo?

—Serán los siguientes en la lista. ¿Tiene algún hermano?

—Sí, mayor que él. Se llevaban fatal: Rodri lo consideraba un paria social y nunca lo defendía de las burlas de otros alumnos, ni

siquiera de las provenientes de sus propios amigos, como Izan. —Samuel aún tenía grabada a fuego en su mente la última conversación que había mantenido con Rodri sobre Lucas; la dureza con la que su alumno favorito se había referido a su difunto familiar era insoportable—. Odiaba a su hermano; para él, la muerte de Lucas fue un alivio.

—Entonces lo sacamos de la ecuación. De momento, la lista de sospechosos se reduce a tres: Germán, su padre y su madre, sin olvidarnos de los otros chicos TEA. Debemos hablar con ellos al mismo tiempo que intentamos evitar las siguientes muertes. Los dioses del Olimpo eran doce… ¿o me equivoco?

—Así es. El número doce estaba cargado de simbolismo para los griegos: los doce meses del año, los doce signos del zodiaco…

—Si hay doce deidades, significa que también habrá…

—Doce muertes —Samuel completó la oración de la subinspectora.

—Llevamos ocho, quedan cuatro. No hay tiempo que perder. ¿Qué dioses faltan por actuar?

—Artemisa, la diosa de la caza y de los animales… —comenzó a relatar Samuel.

África terminó de enjabonar su cuerpo con la esponja en la ducha de su casa. La dejó sobre la bandeja oxidada y giró el grifo hacia la derecha: el agua comenzó a caer desde la alcachofa. Se enjuagó hasta que todo rastro de jabón desapareció de su piel. Cerró el grifo, colgó la alcachofa y corrió la mampara para coger la toalla. Agradeció la sensación reconfortante que siempre le producía envolverse en ella. Aunque era mediados de mayo y ya no hacía frío, esa seguía siendo su parte favorita del baño. No lo era tanto secar los cristales con el haragán, como su madre, una obsesa de la limpieza, le exigía.

—¡Bah! ¡Ya lo haré luego… si me acuerdo! —África decidió pasar de la aburrida tarea; tenía cosas más importantes que hacer: alguien la esperaba fuera—. ¡Salgo enseguida!

Abandonó la ducha y se acercó al espejo, totalmente empañado por el vaho. Cogió la toalla de manos y retiró el vapor hasta que vio reflejada su imagen. Necesitaba acicalarse antes de volver a su habitación: debía estar perfecta para su ligue. Observó, con cierto fastidio, que parte de su maquillaje se había corrido con el agua. Se puso a retocarse con su brocheta. Le sabía mal hacer esperar a aquella persona, pero para ella era casi obligatorio ducharse después de mantener relaciones sexuales. Detestaba conservar el sudor y el olor corporal ajeno.

—¡Vaya polvazo, eh! Aunque ya me gustó el primero que echamos… ¡este ha sido brutal! —gritó desde el interior del baño, con la puerta cerrada. Iba a darle conversación a su invitado mientras procedía con su operación de chapa y pintura—. ¡Y yo que pensaba que pasabas de mí por ser una choni! ¡Vaya sorpresa me llevé cuando te me lanzaste! Aunque es lo lógico: ¡soy un pivón! Esto de no tener que ir al insti y poder usar la casa mientras mi madre está currando está de puta madre. ¡Puedes venir a follar cuando quieras! Eso sí: no te enamores; esto es solo diversión.

Hizo una pausa en su alocución mientras se repasaba el rímel. Acostumbraba a abrir la boca de manera inconsciente cada vez que lo hacía, lo que le impedía articular palabra alguna.

—¡Ya salgo! ¿Quieres que salga sin la toalla? —preguntó, picarona —. ¿O prefieres quitármela tú?

Asió el pomo de la puerta, dispuesta a abandonar el baño en cuanto escuchara su respuesta. Sin embargo, lo único que oyó fue el ladrido de su mascota. Su pitbull de cuatro años, normalmente tranquilo, estaba completamente alterado; los ladridos no cesaban y cada vez parecían más urgentes. Algo no iba bien. Giró el pomo y salió al pasillo, acelerada. Allí se encontró con su perro, rígido, con la mirada fija en la puerta del piso.

—¡Horus! ¿Qué te pasa?

El can se volvió hacia ella. La miró furioso, gruñendo sin cesar, con un hilillo de baba que se escurría por la comisura de los labios; parecía tener la rabia. Dejaba entrever sus poderosos colmillos, capaces de atravesar la piel humana con suma facilidad. Al

contemplar sus ojos, se dio cuenta de que su tierno perrito había desaparecido para convertirse en una máquina de matar.

—¡Bebé! ¡Tranquilo! ¡Soy mamá!

África hizo un intento de acercarse a Horus con el brazo extendido para acariciarlo. Su mascota respondió con un sonoro ladrido, una terrorífica advertencia a su dueña. La joven retrocedió, intimidada por la fiereza del animal. Contempló, horrorizada, cómo los músculos de las patas y de su poderoso pecho se tensaban cada vez más. Había visto a su perro saltar muchas veces y supo que estaba a punto de hacerlo de nuevo. Solo que esta vez no sería para sortear el pequeño muro que separaba los jardines del parque del barrio; sería para alcanzar su cuello. Era obvio que Horus estaba a punto de atacar. ¿Por qué? Solo había una explicación posible.

La madre de África había adoptado a Horus tras divorciarse de su marido, hacía unos tres años. En la perrera municipal se enterneció con la historia del perrito: había sido maltratado por su anterior dueño y, por ello, rehuía todo contacto humano. Horus se convirtió en su pequeño proyecto de recuperación. Con cariño, dedicación y mucha paciencia, logró que el can perdiera el miedo a las personas y se volviera dócil. Solo debía tener una precaución: evitar las palabras malsonantes que le recordaban la violencia asociada a ellas, pues actuaban como un detonante que desataba en él una agresividad inusitada.

África le había contado aquella historia a su ligue. Estaba claro que lo había provocado a propósito: quería matarla, igual que había asesinado a otros antes. ¡Ahora lo tenía claro!

—¡Hijo de puta! —No pudo evitar gritar al pensar en el ser que la había traicionado.

Aquel fue un error fatal: Horus terminó de volverse loco. África decidió huir antes de que se lanzara a su yugular; estaba en peligro inminente de muerte. Temblando, retrocedió unos pasos, los mismos que avanzó su perro, cada vez más rabioso, sin apartar la vista de su presa. No serviría de nada intentar escapar así: debía echar a correr como nunca antes lo había hecho. Levantó la mirada hacia la puerta del piso, pero Horus le bloqueaba el camino. Solo le quedaba una opción: salir disparada hacia su habitación confiando en que el

sobrepeso de su mascota, sumado a las resbaladizas baldosas, le impidiera alcanzarla.

Rauda, se dio la vuelta para recorrer el escaso metro y medio que la separaba de la seguridad de su cuarto. Pero el destino tenía otros planes para ella: con el giro, la toalla que envolvía su cuerpo se soltó. Cuando estaba a punto de alcanzar el pomo de la puerta, la prenda se enredó entre sus pies y cayó estrepitosamente al suelo. En ese mismo instante, África fue consciente de que aquel era su fin.

Su perro, que había echado a correr tras ella, no tardó ni un segundo en abalanzarse sobre su cuello. Sin piedad, hincó sus largos colmillos desgarrando la piel y la carne a su paso. A pesar de los suplicantes gritos de dolor de la joven, Horus siguió apretando la garganta de África hasta que, por fin, dio con lo que buscaba: la yugular. La sangre comenzó a brotar a borbotones. Los alaridos se transformaron en un gorgoteo apenas inteligible hasta que, con el último latido de su corazón, se extinguieron por completo.

Samuel caminaba con determinación hacia el parque Manuel Azaña, situado en las inmediaciones del instituto. Había citado allí a Carolina, la maestra de Audición y Lenguaje, y a Sara, la Técnica Superior en Integración Social. Había decidido que se trataba de un lugar más discreto que el centro escolar: a aquellas horas ya sería un hervidero de profesores y sus puertas estarían atestadas de molestos periodistas.

Conocidas como las chicas del aula TEA, ambas eran las encargadas de ese espacio en el que el alumnado autista recibía el apoyo necesario para conseguir su máximo desarrollo académico, emocional y social. Samuel necesitaba hablar con ellas para obtener la mayor cantidad de información posible sobre Lucas; nadie lo conocía mejor que ellas. Había ocultado aquel encuentro a Villar: no quería que entraran directamente en la lista de sospechosas. No descartaba que pudieran serlo, pero tampoco quería cometer el mismo error que con Raúl.

Las piernas de Samuel empezaban a acusar el desgaste de la intensa carrera que lo había llevado desde el instituto hasta la

comisaría una hora antes. La incómoda postura en la que había pasado la noche, en aquella dura cama, tampoco lo había ayudado. Él, sin embargo, apenas lo notaba: su mente estaba completamente centrada en encontrar al asesino. El aroma dulce de las flores de las falsas acacias, que abundaban en el parque, lo recibió al entrar, aunque no llegó a percibirlo. Ni siquiera se fijó en la presencia, a lo largo del camino de tierra, de sus árboles favoritos: los álamos blancos.

—¡Samuel! —se alegró de verlo Sara, que inmediatamente se levantó del banco en el que estaba sentada para recibirlo con un tierno abrazo.

—¿Qué está pasando? —quiso saber Carolina, preocupada, tras imitar el gesto de su amiga.

El profesor les había explicado por teléfono que lo habían exonerado de todos los cargos y que era urgente que hablaran sobre el asunto de las muertes. No obstante, no había entrado en detalles. Los tres se acomodaron en el banco.

—Voy a contaros algo, pero no puede salir de aquí. Es secreto policial y podría afectar a la resolución del caso si os vais de la lengua.

—Entendido —aceptó las condiciones Sara al tiempo que indicaba con un gesto que continuara.

Samuel las observó en silencio. ¿De verdad iba a confesarles aquello? ¿Realmente se fiaba de ellas? No le quedaba más remedio…

—Hemos descubierto el móvil de los asesinatos…

Las dos jóvenes profirieron un grito ahogado. Por primera vez desde la detención del propio Samuel, alguien les confirmaba que, efectivamente, no se trataba de muertes accidentales, como hasta ese momento casi todo el mundo creía.

—Entonces… ¿es cierto que hay alguien matando a toda esa gente? —La integradora social se llevó las manos a la cara, horrorizada ante lo que acababa de escuchar. El piercing de su nariz quedó oculto.

—Sí, y va a seguir haciéndolo. Por eso necesito vuestra ayuda.

—¿Qué podemos hacer? —se ofreció rápidamente Carolina. Su larga melena castaña ondeaba sin cesar a causa del viento que

recorría los frescos y verdes caminos del parque.

—Necesito que me digáis todo lo que sabéis sobre Lucas Pastor.

Sus compañeras lo miraron estupefactas.

—El asesino está emulando a los dioses del Olimpo para vengarse de las personas que lo trataron mal en vida.

—¿Ese es el móvil?

—Eso creemos —respondió Samuel a la pregunta de Sara—. ¿Lo veis verosímil? ¿Os cuadra? ¿Os comentó Lucas si había tenido algún tipo de problema con las personas fallecidas?

Sara, que había dejado de fumar hacía unos meses, se alegró de no llevar ni un solo cigarrillo en el bolsillo. El cuerpo le pedía a gritos fumarse un pitillo para calmar sus nervios y no hubiera sido capaz de resistirse. ¡Aquello era demasiado fuerte!

—Podría tener sentido… —concedió la maestra—. El grupo de Izan era de los que más lo molestaban habitualmente, incluido su hermano Rodrigo, que nunca intercedió por él. Me enfrenté a ellos en varias ocasiones para defenderlo de sus bromas de mal gusto.

—En cuanto a Ana… ella misma nos comentó que no soportaba el continuo tic de Lucas de dar golpecitos en la mesa con los dedos. Creía que perturbaba el silencio que debía reinar en la biblioteca… —Sara no pudo evitar poner los ojos en blanco al contarlo.

—Jessi nos pidió más de una vez, de malas maneras, que enseñáramos a Lucas a tirar de la cadena después de hacer sus necesidades —continuó Carolina—. Era una norma social que le costaba mucho interiorizar y, sin duda, le generó muchos conflictos con ella.

—Sé que Borja también se metía con él y me consta que Dylan publicó más de un vídeo riéndose de los alumnos con TEA del instituto —añadió Sara mientras se retorcía uno de sus mechones rosas, que contrastaban con el rubio de su cabellera—. Lo que no me termina de encajar en la ecuación son las muertes del director y de la orientadora.

—Está claro: no hicieron nada por evitar el acoso que sufría Lucas, a pesar de nuestras reiteradas demandas —determinó Carolina. Se notaba a mil leguas el rencor que todavía sentía por aquella negligencia—. Y, desde luego, no hay mejor manera de

honrar a Lucas que a través de su obsesión más profunda: los dioses griegos.

Samuel respiró profundamente, aliviado. Si las chicas del aula TEA confirmaban sus sospechas, era que realmente había dado con la clave. Solo necesitaba obtener algo más de información para avanzar.

—Vosotras pasabais mucho tiempo con él, ¿podríais decirme cuál era su círculo íntimo?

—Lucas se relacionaba principalmente con sus compañeros del aula TEA, Sergio y Martín, aunque eran muy diferentes. No me atrevería a decir que fueran amigos —comentó la integradora social buscando con la mirada la confirmación de su amiga.

—No. Además, uno sufre disfunciones motoras y el otro, cognitivas, suficientemente importantes como para eximirlos de ser los autores de cualquiera de los crímenes.

«Entonces, quedan oficialmente fuera de la lista de sospechosos; dos menos», Samuel tachó sus nombres mentalmente.

—¿Tenía amigos fuera del aula?

—Durante las clases no interactuaba mucho con nadie y pasaba los recreos encerrado en la biblioteca. Se negaba a salir al patio porque allí había más riesgo de que se metieran con él —recordó Sara—. El único alumno que mencionaba a veces era Germán, con quien solía compartir espacio en la biblioteca.

Samuel asintió; estaba en lo cierto. Germán era el único alumno que podía tener algo que ver con las muertes. Por eso, la subinspectora lo había citado en comisaría en apenas media hora para interrogarlo de forma oficial, en presencia de sus tutores legales. De alguna manera, Villar había conseguido convencer a De la Fuente de que Samuel estuviera presente durante el encuentro. Supuso que el inspector había aceptado por fin que el profesor podía serles de utilidad en la investigación.

—¿Qué me decís de sus padres? ¿Podrían ser los asesinos? Como tutor de su hermano, he hablado en alguna ocasión con ellos y, a pesar de las tristes circunstancias que han vivido, me parecieron gente normal…

—Nosotras los hemos visto en persona un par de veces: una antes de que muriera Lucas y otra después. Siempre nos han resultado gente amable y muy cabal; no me los imagino matando a nadie… Aunque estaban rotos de dolor por su pérdida, no noté en ellos el mínimo malestar hacia el instituto por lo que pasó con su hijo. ¡Si ni siquiera pusieron una denuncia! —comentó Sara.

—Fíjate, a mí eso me hace sospechar —reflexionó la maestra—. ¿Qué clase de padres no lucha judicialmente contra el centro que ha dejado morir a su hijo?

—A lo mejor no tuvieron la fuerza o la valentía necesarias para embarcarse en ese proceso. Puede que no les compensara alargar el sufrimiento.

—O puede que quisieran tomarse la justicia por su mano —Carolina rebatió el argumento de su compañera de aula.

—No lo sé… Quizás deberías hablar con Pepi. Fue ella la que hizo la acogida de Lucas el año anterior —sugirió Sara—. Piensa que nosotras nos hemos incorporado este curso y apenas convivimos unos meses con él.

¡Pepi! A Samuel no se le había pasado por la cabeza que la maestra, que se había jubilado en septiembre, pudiera ser una buena fuente de información sobre Lucas. Incluso podría ser una digna sospechosa de la venganza mortal. Le costaba creer que la bonachona y dicharachera Pepi, el alma de las cenas de Navidad a pesar de su edad, fuera capaz de hacer daño a alguien, pero, tras la traición que había sufrido por parte de Marina, ya no podía fiarse de nadie. Decidió que la llamaría después.

—¿Y Carmela? ¿Puede ser ella la asesina?

—¿Su tutora? A ver, lo quería mucho y ya sabemos todos lo intensa que es…

—¡No he conocido mujer más hipocondríaca, asustadiza y blandengue que ella! —Carolina cortó a su amiga—. ¡¿No visteis cómo reaccionó en el entierro de Sara cuando se rompió el crucifijo?! ¡Casi le da un infarto! Ayer, en el claustro, se desmayó tras sufrir una crisis de ansiedad brutal. Se ha cogido la baja por estrés.

Samuel estuvo de acuerdo con la opinión de Carolina, aunque no descartó del todo que pudiera tratarse de una treta para

desaparecer del foco y poder seguir matando gente de forma discreta. No iba a eliminarla de su lista de sospechosos todavía.

—¿Se os ocurre alguien más que pudiera vengar su muerte? ¿Alguien a quien Lucas tuviera mucho cariño?

—Bueno… tú eras uno de sus profesores preferidos… Ya sabes lo mucho que le gustaba la historia… —dijo Sara con sinceridad, sin ser consciente de que sus palabras podían sonar a acusación.

—También vosotras lo queríais —devolvió la pelota Samuel casi de forma inconsciente.

—No tanto como para jodernos la vida por él —expresó Carolina al tiempo que cruzaba los brazos. No le había gustado el tono con el que Samuel había soltado la última frase: parecía una acusación.

—¿No pensarás que nosotras somos las asesinas? —cuestionó Sara, nerviosa e incapaz de dejar de jugar con su mechón rosa.

Samuel se quedó en silencio durante unos segundos. Paseó su mirada de los ojos de Sara a Carolina y viceversa, analizándolos. No vio en ellos un ápice de maldad ni de culpabilidad. Sin embargo, no se le escapaba que los psicópatas eran capaces de disimular sus emociones con gran maestría. Por el momento, seguirían en la lista de sospechosos, aunque no ocupaban, ni mucho menos, los puestos de salida.

—No, por supuesto que no. Si no, habría venido a interrogaros la policía directamente. Solo espero que, por si acaso, tengáis coartada para alguna de las muertes… —Samuel se puso en pie—. He de irme. Debo seguir trabajando en el caso. Gracias por vuestra ayuda.

—Te desearía buena suerte en la búsqueda del asesino, pero una parte de mí no puede evitar desear que, sea quien sea, acabe con todos los malnacidos que provocaron que Lucas se quitara la vida.

Samuel se giró para observar a Carolina que, tras su sincera reflexión, también se había levantado. No fue capaz de reprocharle sus palabras: a él también se le había pasado por la cabeza. Lucas no se merecía morir, y menos porque una banda de miserables le hubiera hecho la vida imposible; si alguien merecía desaparecer de la faz de la tierra, era toda esa gente. Tras dedicarle un esbozo de empática sonrisa a Carolina, retomó su camino de vuelta a la comisaría.

Samuel contempló la foto en su móvil: la jubilada Pepi aparecía en primer plano, con el mar de fondo, vistiendo un gracioso pero efectivo sombrero de paja y enseñando la fecha y hora en el móvil de su marido. Ella acababa de asegurarle que se encontraba disfrutando de los cálidos y acogedores rayos del sol en una de las playas de La Manga del Mar Menor, su tierra. El profesor le había implorado que le enviara un selfi donde se viera claramente la fecha y la hora. Si volvía a ocurrir otro asesinato durante aquel día, la exmaestra del aula TEA tendría coartada.

Justo antes de hablar con ella, había llamado a Carmela. Fue su marido quien contestó al teléfono, alegando que su mujer estaba fatal de los nervios y que no quería siquiera salir de la cama. Salvo que su cónyuge fuera un cómplice, parecía que la baja médica de la extutora de Lucas era real.

Samuel volvió a apuntar su nombre en el registro de entrada de la comisaría, aunque a esas alturas todo el personal ya conocía de sobra su identidad.

—¿Cómo ha ido el paseo? ¿Te ha venido bien para despejarte? —preguntó la subinspectora en cuanto vio aparecer a Samuel.

El profesor le había ocultado que el motivo real de su marcha era hablar con sus compañeras. Se sentía mal por haber mentido a Amelia, con quien estaba empezando a desarrollar un vínculo más allá de lo puramente profesional, por proteger a Carolina y a Sara. Si la investigación no daba sus frutos y no encontraban pronto al asesino, no le quedaría más remedio que hablarle de ellas, pero, de inicio, prefería evitarlo.

—Sí, me encuentro mucho mejor —afirmó Samuel haciendo el amago de sentarse en la silla frente al escritorio de la subinspectora.

—No te acomodes —Villar se lo impidió—. Germán y su padre nos esperan ya en la sala de interrogatorios.

Samuel se irguió de nuevo maldiciendo su mala suerte. Estaba reventado de tanto caminar y le hubiera encantado poder sentarse un rato. Justo antes de llegar a la sala, Samuel se fijó en que un gran panel había sido vaciado de casos antiguos para albergar las pruebas clave sobre el caso Unión Europea. Villar se detuvo frente a la puerta y le confió una nueva e importante información.

—Ya hemos analizado los últimos mensajes que recibió Sara la tarde en que se suicidó. Una tal Erika le contó que Izan le había sido infiel con ella, le pasó capturas de pantalla de conversaciones que había mantenido con él y fotos suyas semidesnudo. Aunque no hay ninguna frase explícita, creemos que esa chica fue el detonante que la llevó a quitarse la vida. Vamos a tratar de contactar con ella para que nos dé su versión de los hechos. Podría ser nuestra asesina.

Samuel analizó los datos durante unos segundos. ¿Erika? No había ninguna alumna que se llamara así en el instituto, al menos que él supiera. Si era de otro centro, no podía hacer gran cosa por ayudar a localizarla.

—Eso incluiría definitivamente el fallecimiento de Sara en el plan de los doce dioses, aunque imagino que seguiría sin considerarse un asesinato. Puede que interrogarla nos aporte algo de luz, pero no creo que ella sea la causante de las muertes. Dudo que tenga un nexo con el resto de las víctimas —dijo Samuel asertivamente; no quería echar por tierra el único avance que la policía había logrado hasta ese momento.

Villar, con un brillo de decepción en la mirada ante el comentario de Samuel, abrió la puerta y le indicó con un gesto que pasara. En su interior, dos de las sillas estaban ocupadas por Germán y su padre, y otra, justo enfrente, por el voluminoso cuerpo del inspector De la Fuente.

—Buenos días, soy la subinspectora Villar. Este es Samuel Arroyo; aunque creo que Germán ya lo conoce: es profesor en su instituto. Gracias por acudir tan rápidamente —saludó Amelia al tiempo que le ofrecía la silla vacía a Samuel.

El profesor la declinó y se quedó de pie junto a la mesa. Prefirió ser un caballero que dar reposo a sus trajinadas piernas.

—Hola, Germán. ¿Cómo estás? —saludó Samuel.

—Bien —se limitó a verbalizar el adolescente.

—¡Ya era hora! Llevamos cinco minutos esperando al señorito —espetó De la Fuente, en referencia a Samuel. No le importaba lo más mínimo que estuvieran delante el investigado y su tutor legal.

—¿Podemos empezar ya? Me gustaría saber por qué se ha convocado a mi hijo —casi exigió el padre de Germán.

—Por supuesto, disculpe, señor Rojas. Como le hemos comentado por teléfono, tiene relación con la muerte, hace unos meses, de Lucas Pastor. —Villar había decidido centrarse primero en su relación con Lucas antes de incidir, en caso necesario, en los recientes asesinatos—. Eras amigo suyo, ¿cierto?

—Bueno…

—¿Lo considerarías más un compañero que un amigo? —volvió a intentarlo la subinspectora.

—Un conocido —Germán pronunció más de una palabra por primera vez en aquella conversación.

—¿Cómo viviste su suicidio? ¿Qué sentiste cuando te enteraste de la noticia? —cuestionó Villar.

Por toda respuesta, Germán se encogió de hombros. Aunque Samuel nunca le había dado clase, conocía bien la habilidad que tenía el chico para no inmutarse ante prácticamente nada. La expresión de su rostro era siempre la misma: totalmente aséptica, como la de una vaca mirando pasar el tren. Solo dejaba entrever un ligero brillo en los ojos y un esbozo de sonrisa cuando hablaba de sus temas favoritos: la lectura y el gimnasio. A pesar de ser un delgado chaval de tan solo catorce años, se había permitido el lujo de dar al atlético Samuel más de un consejo sobre *fitness*. Era todo un *gym bro*.

—¿Te entristeciste por su muerte? —reformuló la pregunta Amelia.

—Sí.

—¿Lo echas de menos? —La subinspectora trataba de quebrar emocionalmente al interrogado, lo que la ayudaría con las preguntas más duras que vendrían después.

Sin embargo, no lo estaba consiguiendo con Germán, que volvió a limitarse a encogerse de hombros. De la Fuente se removió en la silla; estaba empezando a impacientarse por la actitud del chico.

—Creo que, sobre todo, coincidíais en la biblioteca. ¿Solíais hablar?

—En la biblioteca no se puede hablar. —Aunque más elaborada de lo habitual, la respuesta a la pregunta de Villar fue bastante críptica.

—¡No has contestado, campeón! ¡Que si hablabais o no! —le tradujo el inspector elevando el tono de voz. Le daba la sensación de que el interrogado no comprendía las palabras de su compañera.

El padre de Germán se removió inquieto en la silla. No le había gustado ni un pelo aquella forma de tratar a su hijo.

—A veces.

Villar reprochó con la mirada a De la Fuente el innecesario grito que había proferido antes de proseguir:

—¿En algún momento te hizo partícipe de su idea de suicidarse?

—No.

—¿Y del acoso que sufría por parte de otros alumnos? —cuestionó Amelia.

Germán volvió a encogerse de hombros, lo que fue la gota que colmó el vaso para el inspector:

—¡¿Qué coño le pasa a este niño?! ¡¿Eres autista o qué?!

El padre de Germán abrió la boca, dispuesto a defender a su hijo, pero Samuel se le adelantó abalanzándose sobre la mesa:

—¡Deja tranquilo al chico! ¡Es de malnacido insultar a alguien utilizando un trastorno! ¡Pedazo de insensible!

De la Fuente se levantó tan bruscamente de la silla que a punto estuvo de tirarla. Se dirigió hacia Samuel y lo agarró por el cuello de la camiseta.

—¡No vuelvas a dirigirte a mí de esa manera o acabarás otra vez en el calabozo!

—¡Quizás seas tú el que termine pronto en el calabozo! —Samuel hizo una referencia velada a su denuncia.

Mientras Germán observaba impasible la escena, Villar se incorporó para separar a los dos hombres. No había riesgo de pelea, pues Samuel, consciente del riesgo de cometer un delito, no había tratado de defenderse de la agresión del policía.

—¡Ya está bien, Ramón! ¡Suéltalo! No sacas nada actuando de esta manera. —Se interpuso entre ellos alejándolos con los brazos.

—¿Es solo culpa mía? ¿A tu amiguito no le dices nada? ¿O debería decir "a tu novio"? —El inspector encendió el ventilador pretendiendo repartir culpabilidades.

—Creo que deberías salir y ayudar a analizar las pruebas con el resto de agentes. Puedo seguir con el interrogatorio yo sola.

De la Fuente sopesó la propuesta de su compañera durante un breve tiempo. Aunque estaba deseando largarse de allí, ya que no soportaba ni al crío ni al profesor, no quería parecer sumiso ni resultar derrotado.

—Me voy, pero no porque tú me lo digas. Aquí las órdenes las doy yo —espetó antes de abandonar la sala sin ahorrarse un fuerte portazo.

La subinspectora respiró hondo antes de volver a sentarse en la mesa. Le sorprendió la parsimonia del compareciente, que seguía mirando al frente como si nada, como si dos personas no hubieran tenido un grave altercado delante de él. La frialdad emocional y la baja o nula empatía eran dos características habituales de los psicópatas, lo que le hizo considerar que, quizás, sí podía estar delante del asesino que buscaban. Solo había una manera de saberlo: seguir con el interrogatorio.

—Perdone lo ocurrido: todos estamos con los nervios a flor de piel con el caso del asesino en serie del IES Unión Europea —se disculpó Villar lanzando el cebo.

—¿Asesino en serie? ¿Qué tiene que ver mi hijo con eso? —quiso saber el padre de Germán, visiblemente molesto por la situación.

—El criminal está vengando la muerte de Lucas acabando con todos aquellos que provocaron su suicidio…

—Y como Germán era amigo suyo, creen que lo hizo él… —el progenitor, indignado, terminó la frase de Amelia—. ¡Esto es una vergüenza! ¿Cómo va a ser mi hijo el asesino? ¡Exijo que nos saquen de aquí ahora mismo! O, al menos, que me dejen llamar a mi abogado. ¡Es mi derecho!

—Tranquilo, Víctor. La subinspectora no está acusando a su hijo de nada. Solo queremos atar cabos sueltos, recabar más información y descartar sospechosos. Estamos seguros de que Germán no tuvo nada que ver. Sé a ciencia cierta que es un buen chaval —trató de calmar Samuel levantando las manos con las palmas hacia delante en un gesto conciliador.

El padre de Germán, todavía tenso, dirigió la mirada hacia Amelia buscando la confirmación oficial a las palabras de Samuel.

—Así es. Su hijo no está acusado formalmente de nada. Es más, este incómodo momento podrá terminarse en unos segundos: solo necesitamos que nos indique dónde y con quién estuvo Germán a esas horas y en esos días. —Villar entregó un folio donde aparecían la fecha y el momento en el que cada una de las ocho víctimas había fallecido.

Víctor alargó el brazo para coger la hoja y la estudió con detenimiento durante unos minutos.

—Tendría que hablar con mi mujer para tratar de recordar dónde se encontraba Germán en todas estas ocasiones, pero lo que sí puedo decirle es que todos los martes por la tarde, de seis a ocho, tiene clase de inglés.

—¿Asistió tanto este martes como el anterior? —inquirió la subinspectora, consciente de que, en caso de ser así, descartaría a Germán como sospechoso: tendría coartada para las muertes de Izan y Dylan.

El padre de Germán asintió.

—¿Cómo se llama la academia?

—British Blue House.

Amelia recuperó el folio y anotó el nombre.

—Hemos terminado. Pueden irse —concedió al fin la subinspectora.

Padre e hijo abandonaron la sala: Víctor, con gran alivio por la exculpación de su hijo; Germán, con la misma expresión neutra con la que había llegado. Samuel y Amelia salieron tras ellos justo en el preciso momento en el que De la Fuente acudía a su encuentro.

—Ha habido otro asesinato.

—¿Quién? —preguntó Samuel, ansioso. ¿Sería alguno de sus amigos? ¿Otro de sus alumnos favoritos?

El inspector comenzó a pasar las hojas de su libreta sin ninguna prisa. Samuel hubiera jurado que lo hacía a propósito para alargar el tiempo de espera, como si quisiera hacerlo sufrir por el incidente que habían protagonizado hacía apenas unos minutos. Su corazón se aceleró y, con cada latido, el nombre de la posible nueva víctima

invadía su mente. Pum, pum: Abril. Pum, pum: Pedro. Pum, pum: Rodri…

—África Peral Somolinos —anunció finalmente De la Fuente.

El profesor soltó todo el aire que había retenido en sus pulmones; la incertidumbre y el miedo a perder a un ser querido habían bloqueado su respiración durante unos segundos. Escuchar aquel nombre lo relajó de inmediato: no era una gran pérdida. No podía negar que no iba a echarla de menos. *Hasta nunqui*, se despidió de ella con la maliciosa fórmula que usaba habitualmente la alumna. Empezaba a preocuparse por la frialdad con la que estaba acogiendo las noticias de los últimos asesinatos, pero no podía perder ni un segundo en psicoanalizarse en aquel instante; tiempo habría para hacerlo.

—¿Qué ha ocurrido? —cuestionó la subinspectora.

—Parece ser que su propio perro la ha atacado: un pitbull. Hubiera hecho mejor comprándose un beagle…

—Artemisa… Tiene que tratarse de Artemisa —Samuel identificó enseguida a la diosa que había sido emulada en aquel homicidio.

—¿No se desmonta tu teoría con esta muerte, listillo? ¿O es que el perro es el asesino en serie que buscamos? —se burló De la Fuente.

—Tiene que haber una explicación, un motivo por el cual el perro cargó contra su dueña. El patrón es claro: lo habíamos hablado, Amelia, Artemisa es la diosa de los animales; encaja perfectamente. Además, África era una alumna insufrible, no tenía reparos en meterse con cualquiera, incluso con los profesores. Seguramente acosaba a Lucas de forma frecuente.

—Sigo creyendo en tu teoría —apoyó Villar sin miramientos, para disgusto de su compañero, que simuló una arcada—. Estamos ante la muerte número nueve. Solo quedan tres para que el asesino termine su trabajo. Debemos emplearnos a fondo. Ramón, creo que lo mejor es que nos dividamos. Si te parece bien, yo acudiré al lugar de los hechos mientras tú diriges la investigación desde aquí.

El inspector, que prefería quedarse repantingado en su cómoda silla de escritorio, accedió de buena gana a la propuesta de Amelia. La subinspectora, por su parte, se quedaba más tranquila sabiendo

que el baboso de su jefe no iba a tener la oportunidad de dedicarle miradas lascivas al cadáver de la joven.

—Te acompaño —se ofreció Samuel en cuanto De la Fuente se hubo alejado.

—No. Tienes que ir a casa y descansar. Las ojeras empiezan a ser más que evidentes en tu rostro. Nos reuniremos a las siete en punto en casa de los Pastor; he quedado allí con los padres de Lucas.

En aquella ocasión, Samuel no rechistó. Verdaderamente necesitaba un *break*.

Unos minutos antes de la hora convenida, Samuel llegó al portal del edificio donde vivía lo que quedaba de la familia Pastor. La siesta de hora y media, que se había echado tras la comida, había sido reparadora y el dolor de piernas se había mitigado bastante; no obstante, ni una semana entera durmiendo podría calmar la alterada y sobrecargada mente del profesor. Amelia ya llevaba un rato esperándolo.

—¿Subimos?

—Espera, primero quiero ponerte al día de los avances que hemos realizado en la investigación —frenó la subinspectora—. Tras analizar todos los paquetes de anacardos del mismo lote de la marca que consumía la limpiadora y que aún no habían sido vendidos, no se han encontrado restos de cacahuetes en ninguno de ellos. Parece claro que alguien los puso adrede allí con la intención de provocarle la muerte.

Samuel asintió. Su teoría se iba demostrando verídica a cada paso que avanzaba la policía.

—Por otro lado, la madre de Izan, muy colaboradora con la causa, nos hizo llegar el secador de pelo que provocó la electrocución de su hijo. Por suerte, lo había conservado como recuerdo y no lo había tirado a la basura... La científica lo ha analizado y ha descubierto que su cableado estaba manipulado. Alguien provocó la descarga que hizo que se le cayera a la bañera.

A Samuel le dio una punzada en el corazón. La muerte de Izan era la que más le había dolido de todas y todavía le costaba

rememorarla. Jamás podría olvidar aquella mirada vacía en el cuerpo inerte que sostuvo entre sus manos. ¡¿Qué desalmado podría haber acabado con su vida?!

—Los padres de Borja nos han hecho llegar las grabaciones de las cámaras de seguridad de su casa. Misteriosamente, la que apuntaba a la piscina se quedó en negro hacia las doce de la noche. Quizás Borja no quería que sus padres pudieran ver lo que sucedía en aquella fiesta…

—O quizás el asesino no quería que quedase ningún registro de cómo arrastraba su cuerpo al agua —apuntó Samuel.

—Exacto. Ya disponemos de evidencias que demuestran que todas y cada una de las muertes fueron provocadas. Tenías razón, Samuel.

Samuel no pudo evitar hinchar el pecho de orgullo. Un simple profesor de Geografía e Historia había logrado desatascar un relevante caso policial. ¡Aquello era, probablemente, lo más importante que había hecho en toda su vida!

—Y no solo eso, sabemos que el asesino fue uno de los asistentes a la fiesta.

—Podría ser, pero no es tan simple como eso —lo frenó Amelia—. Desconocemos si alguien pudo entrar en la casa cuando la fiesta ya había terminado, sin que nadie se diera cuenta. O puede que haya más de un homicida. En estos momentos, mi equipo sigue analizando todas las cámaras de seguridad del entorno de todos los crímenes. Estamos a punto de dar con él.

—Ojalá sea pronto —deseó Samuel desde lo más profundo de su corazón. Necesitaba que aquello acabara cuanto antes para que no hubiera más muertos y por el bien de su propia salud mental.

—En cuanto a África, fue su madre quien encontró el cuerpo cuando regresó del trabajo en su pausa para comer. El perro lloriqueaba sin separarse de su dueña, a la que él mismo había causado la muerte. Al parecer, había sufrido malos tratos por parte de su anterior dueño y reaccionaba de forma muy agresiva cuando escuchaba palabras malsonantes. Tanto África como su madre eran conscientes de ello y evitaban ese tipo de expresiones en su

presencia. Le extraña mucho que África hubiera incurrido en semejante descuido.

Samuel se mordió la lengua: no quería soltar un innecesario comentario sobre las capacidades cognitivas de la fallecida.

—Y hay más: la cama de matrimonio, donde duerme la madre, presentaba las sábanas revueltas. Su madre me ha asegurado que siempre la deja hecha antes de irse a trabajar.

—Puede que el perro, en medio de su arrebato de furia, se subiera encima…

—No hemos encontrado rastros de pelo de perro en su superficie, pero sí un cabello humano.

—¿De qué longitud? —preguntó Samuel, que ya intuía por dónde iban los tiros de la subinspectora.

—Mucho más corto que el de África o el de su madre; probablemente de un hombre.

—Un hombre con el que tuvo sexo antes de morir y que desencadenó el ataque del perro previo a largarse—siguió atando los cabos sueltos el profesor—. ¿El padre de Lucas? ¿Le iban los maduritos?

—Su figura no encaja con su presencia en la fiesta de Borja ni en las casas de Dylan o Izan. Probablemente el asesino sea un varón joven, un alumno. Sin embargo, es más lógico pensar que un adulto tuviera acceso a la casa de Sandra o al *parking* del instituto para cortar los frenos del director. Solo hay una forma de averiguar si se trata del padre de Lucas o no…

Villar marcó el 3.ºB, la residencia de la familia Pastor, en el portero automático. No tardaron en abrirles la puerta. Se montaron en el ascensor que, para su sorpresa, era bastante más pequeño de lo que esperaban. En aquel angosto espacio no les quedaba más remedio que estar uno pegado al otro, rozando sus cuerpos. Samuel notó como se le erizaba el vello al tocar la piel de Amelia y sentir su cálido aliento a tan solo unos pocos centímetros de su boca. Se hizo un tenso silencio que se prolongó durante todo el trayecto.

En cuanto el elevador abrió sus puertas, Samuel se precipitó hacia el rellano. Se acercó a la puerta e hizo sonar el timbre. Silvia, la madre de Lucas, los recibió con una cálida sonrisa:

—Pasad, por favor.

Una vez dentro, tanto ella como Mariano, su marido, dieron un afectuoso abrazo al que era el tutor de su hijo mayor, el único hijo que les quedaba con vida: Rodri. Los condujeron hasta el salón y les pidieron que tomaran asiento en el sofá. El matrimonio se acomodó frente a ellos, cada uno en un sillón diferente. La casa era definitivamente antigua, incluso Samuel había detectado la existencia de una puerta de servicio en la cocina.

—Gracias por recibirnos —dijo la subinspectora.

—Por supuesto. Además, siempre estamos encantados de ver a Samuel. Nos consta lo mucho que adora a Rodri y también cuánto quería a Lucas. —Silvia dedicó una cariñosa mirada al profesor.

—Precisamente por eso estamos aquí, Silvia: queremos hablaros de Lucas. —Samuel tomó la iniciativa, tal y como había quedado con Villar. Al fin y al cabo, él los conocía y tenía cierta confianza con la pareja.

—¡Mi niño! ¡Cómo lo echo de menos! —En tan solo unos segundos, la sonrisa se borró del rostro de Silvia para dar paso a una expresión de profunda tristeza.

Justo en ese instante, Samuel descubrió una foto de Lucas colgada en la pared. Le dio un vuelco el corazón: era la primera vez que veía aquella inocente cara desde su fallecimiento.

—Imagino que debió de ser muy duro para ustedes afrontar que se quitara la vida —comentó la subinspectora con el máximo tacto posible.

—Muchísimo, demasiado —confirmó Mariano—. Es algo que nunca se supera. Por eso no nos gusta hablar de este tema.

—Lo comprendemos, pero, para resolver el caso de las muertes que están sucediendo actualmente en el instituto, es relevante que entendamos bien lo que pasó con Lucas —explicó Samuel.

—¿Por qué? ¿De qué manera están relacionados? —quiso saber el padre de Lucas. No entendía a qué venía todo aquello. ¿Por qué alguien querría molestarlos con algo que les resultaba tan doloroso?

Samuel narró, a grandes rasgos, lo que él y la policía habían descubierto sobre el caso Unión Europea. Mientras tanto, Villar analizaba cada gesto, cada sonido y cada mirada del matrimonio. O

eran muy buenos actores, o no tenían absolutamente nada que ver con los asesinatos.

La expresión de horror en el rostro de Silvia al escuchar que las muertes habían sido provocadas fue, sin duda, genuina. La sorpresa y el brillo en los ojos de Mariano al conocer que la motivación del asesino era vengar el suicidio de su hijo, también lo fueron. Creyó leer en ellos orgullo e incluso una cierta satisfacción porque alguien estuviera haciendo todo eso, por muy terrible que fuera, por Lucas.

—¡Lo que nos cuentas es terrorífico! —clamó Silvia al tiempo que cogía de la mesita central un abanico. La sudoración se había activado en su cuerpo en cuanto escuchó la palabra "asesino"—. Y más cruel me parece aún que los homicidios se puedan achacar a mi pequeño. ¡No voy a permitir que nadie use el nombre de Lucas para justificar la muerte de otras personas!

Su marido bajó la cabeza; no compartía la opinión de su mujer y, en cierta manera, se avergonzaba de ello.

—Nos alegra oír eso —reconoció Amelia.

—Díganos de qué manera podemos ayudar —pidió la mujer.

—Lo primero que necesitamos es descartarlos como sospechosos —soltó la subinspectora con brusquedad. No podían perder más tiempo.

Silvia abrió tanto los ojos que a punto estuvieron de salirse de sus órbitas.

—¡¿Cómo?! —Mariano levantó la mirada de nuevo, tremendamente ofendido por lo que acababa de escuchar—. ¿Nos está acusando de asesinato? ¿Ha venido a nuestra propia casa a insultarnos?

—Tranquilízate, Mariano —rogó Silvia poniendo su mano sobre el muslo de su marido. Aunque ella también estaba absolutamente anonadada, aquellos no eran modales.

—Entiendo perfectamente tu reacción. No obstante, sois sus familiares directos; nadie tiene más motivos para querer vengar su muerte que vosotros —intentó hacerle recapacitar Samuel—. Queremos pensar que no habéis sido vosotros, es más, estoy convencido de que no sois los culpables. Solo necesitamos que nos

lo confirméis: queremos saber si tenéis coartada para alguno de los asesinatos.

—Nosotros no tenemos nada que ver, pero no puedo culpar al que esté llevando a cabo todo esto. Mi hijo se merece eso y mucho más —reconoció Mariano sin ningún tipo de miramientos y, aparentemente, más calmado—. Dicho esto, ¿de qué fecha y de qué hora hablamos?

—De esta mañana, sobre las doce —especificó Villar.

Mariano reflexionó durante unos segundos.

—Eso fue una media hora más tarde de recibir su llamada, si no recuerdo mal. Estábamos en el trabajo, como le dije por teléfono.

—¿Dónde trabajan?

—En el Laboratorio de Salud Pública del Ayuntamiento —contestó Mariano a Amelia.

—¿Los dos? —repreguntó la subinspectora.

—Sí. Nos conocimos allí y, desde entonces, trabajamos juntos, aunque cada uno en un departamento distinto —confirmó Silvia volviendo a dibujar una tímida sonrisa en su rostro. Rememorar su tierna historia de amor le había devuelto algo de la alegría que la narración de Samuel y la acusación de Villar le habían arrebatado.

—Entonces, uno es la coartada del otro. ¿Alguien más podría confirmar que habéis estado allí toda la mañana?

La pareja asintió ante la cuestión de la subinspectora.

—¿Se os ocurre quién podría estar haciendo esto? ¿Algún familiar? ¿Algún conocido de la familia? ¿Algún amigo que tuviera Lucas fuera del instituto? —preguntó Samuel.

Amelia sacó su móvil y escribió a De la Fuente para que hablara con el laboratorio y confirmara la historia de los Pastor.

—Ni idea. Nadie nos ha hecho partícipes de sus planes, no somos cómplices de nada, si es lo que planteas…

—Samuel no está dando a entender eso —reprochó Silvia a su marido—. Solo está intentando dar caza al asesino, lo cual es muy honorable por su parte. Se está jugando la vida.

—No es mi vida la que me preocupa, sino la vuestra.

La pareja interrogó a Samuel con la mirada; no entendían el motivo por el cual el homicida querría ir tras ellos. Un escalofrío

recorrió sus cuerpos ante la idea de estar en el punto de mira.

—No denunciasteis al instituto por el suicidio de vuestro hijo. El equipo directivo y la orientadora nunca abrieron un protocolo de *bullying* contra los alumnos que acosaban a Lucas y, aun así, no interpusisteis una demanda contra ellos. Siento decir esto, pero la retorcida mente del asesino puede que piense que no hicisteis lo suficiente por ajusticiar su muerte —se explicó el profesor, aun a riesgo de herir los sentimientos de los progenitores.

No tardó en atisbar una mueca de profundo dolor en el rostro de Silvia; en el de Mariano volvió a aparecer la rabia.

—¡No me faltaron ganas de denunciar a esos ineptos! Si no lo hice fue por mi mujer. Estaba rota de dolor. No comía, no salía de la cama. ¡Llegué a pensar que la iba a perder a ella también! Poner una demanda solo hubiera prolongado su sufrimiento. Necesitábamos pasar página cuanto antes.

—Es totalmente entendible, señor Pastor. En unas circunstancias tan difíciles como esas, cada uno actúa como puede, en base a la fuerza que sea capaz de encontrar —empatizó Villar volviendo a la conversación.

—¿De verdad crees que podemos ser objetivos del asesino? —cuestionó la madre de Lucas. Sus manos, colocadas sobre el pecho, denotaban una gran preocupación.

—Si no estamos errados, todavía quedan tres homicidios por cometerse. Pienso que podría tratarse de vosotros dos y de Rodri —elucubró el profesor sintiendo en el alma tener que darle aquella aterradora noticia—. De hecho, me gustaría hablar de esto también con Rodri. ¿Está en casa?

Mariano y Silvia intercambiaron una mirada preocupada. Él alargó el brazo y agarró con fuerza la mano de su mujer.

—No, salió hace un rato. ¿Por qué iba a ir el asesino tras nuestro hijo?

—Bueno… la relación de Rodri con Lucas no era precisamente la mejor… —respondió Samuel a Silvia evitando calificar el trato de su alumno favorito al pequeño de la familia.

—¡¿Cómo?! ¡Pero si Rodri adoraba a su hermanito!

Durante toda la charla, Samuel había encontrado a Silvia débil, alicaída y algo deprimida; ni siquiera sus tímidas sonrisas lograban borrar del todo su triste mirada. Era evidente que todavía no había superado la muerte de Lucas; sin embargo, tras escuchar aquel comentario, le quedó claro que la madre de los hermanos Pastor no estaba bien. Solo una mente turbada y ajena a la realidad podría afirmar que Rodri quería a Lucas.

Aunque le hubiera encantado que aquello fuera verdad, todavía no podía olvidar las últimas palabras que su tutorando le había dedicado a su hermano: "¡Ojalá nunca hubiera nacido!". Odiaba tener que llevarle la contraria a Silvia, odiaba tener que contarle cómo Rodri se comportaba con Lucas en el instituto, pero no le quedaba otra opción: el único hijo que les quedaba vivo estaba en riesgo extremo de muerte.

Justo cuando comenzaba a abrir la boca para rebatir el argumento de la mujer, un fuerte golpe sonó a su espalda. Todos, excepto la subinspectora, se sobresaltaron ante el seco sonido. El abanico se escurrió de las manos de Silvia.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó alarmada la mujer ignorando el objeto que se le acababa de caer.

—Ha sido la puerta. Algo o alguien ha chocado contra ella —aseguró Mariano.

Los cuatro se pusieron en pie y se dirigieron hacia la entrada de la casa atravesando el pasillo. A una distancia de metro y medio, Villar les pidió, sin hablar, que se detuvieran. Se oía algo al otro lado de la puerta: parecía el roce de algún tipo de objeto contra la cerradura. Alguien estaba intentando abrirla, sin éxito.

A medida que el ruido de las llaves se intensificaba, también lo hacía el latido de los presentes. Las miradas entre ellos se volvían cada vez más frenéticas y cargadas de tensión. Temían que la persona que intentaba entrar en la casa fuera el asesino. La subinspectora ordenó con un gesto al matrimonio y a Samuel que se alejaran al tiempo que sacaba su arma. Apuntó hacia la puerta en cuanto comenzó a abrirse.

—¡Alto! —gritó Amelia.

El chico, moreno, alto y joven, que atravesaba el umbral, se quedó paralizado, con una expresión de auténtico pavor en su rostro.

—¡Es Rodri! —lo identificó Samuel rápidamente—. ¡Es su hijo! ¡Baja la pistola!

«Falsa alarma», pensó Villar guardando la pistola en la funda.

A pesar de que la subinspectora ya no le apuntaba, Rodri seguía aterrorizado; sus facciones no se habían relajado ni un ápice. Terminó de entrar en la casa, cerró la puerta con rapidez y se apoyó contra ella. Estaba hiperventilando y temblaba como si un terremoto de alta intensidad lo estuviera sacudiendo. Tenía un aspecto horrible: el pelo alborotado, la piel cubierta de magulladuras y la camiseta rota.

—Cariño, ¿qué te pasa? —se alarmó su madre al verlo en ese estado.

Rodri desplazó su mirada perdida hasta Silvia. Su madre enseguida notó que su hijo la miraba, pero no la veía. Algo muy grave debía de haberle ocurrido, y no podía tratarse solo del susto por la pistola. Rodri intentó controlar su agitada respiración antes de hablar:

—Alguien me ha atacado en la calle. Creo que quería matarme.

Al escuchar las palabras de su hijo, la vista de Silvia comenzó a nublarse y su cuerpo perdió el equilibrio: estaba a punto de desmayarse. Mariano reaccionó con rapidez cogiendo a su mujer antes de que cayera al suelo.

—¡Estás sangrando! —Samuel se fijó por primera vez en el alargado corte que Rodri tenía en el antebrazo izquierdo. Sin duda, había forcejeado con alguien.

Instintivamente, Rodri se llevó la mano derecha al tajo tratando de detener la hemorragia. Samuel se acercó a él para asistirlo.

—Cuéntame lo que ha pasado —pidió Amelia con avidez.

Rodri preguntó con la mirada a su profesor si podía fiarse de ella. Seguía aterrado.

—Es la subinspectora Villar, es una amiga. Puedes confiar en ella.

Rodri asintió sin soltar la mano de su herida.

—Estaba volviendo a casa cuando alguien salió de entre las sombras de uno de los garajes al final de la calle. Me tiró al suelo y sacó una navaja. Intentó clavármela, pero peleé contra él. Logré quitármelo de encima y eché a correr hasta el portal.

—Y te llevaste un navajazo de regalo—completó la historia Samuel.

—¿Le viste la cara? ¿Cómo era? ¿Hombre o mujer? ¿Podrías identificarlo? —la subinspectora hizo una batería de preguntas. Si había respuesta a ellas, quizás podrían detener al asesino.

Rodri hizo un esfuerzo por recordar el asalto.

—Llevaba un pasamontañas. Era bastante alto y corpulento. Un hombre, imagino.

—¿Qué ropa llevaba, lo recuerdas? ¿Seguro que era tan corpulento como dices? Porque si conseguiste escapar…

—Creo que iba todo vestido de negro. Mi amigo Martín compite en judo y me ha enseñado algunos movimientos —contestó Rodri a la pregunta de Amelia mostrando cierto orgullo por haber salido casi ileso del peligroso encuentro.

—¿Intentó robarte? ¿Te pidió o quiso quitarte la cartera o el móvil?—siguió interrogando Amelia

Rodri negó con la cabeza.

—Creo que ya está bien de preguntas. Esa herida necesita una cura urgente antes de que se infecte —determinó su padre, que, tras dejar el cuerpo inerte de su mujer en el sofá, había vuelto para ayudar a su hijo. Juntos se dirigieron al cuarto de baño.

—Es obvio que se trata del asesino del IES Unión Europea, ¿no? Sabíamos que Rodri era un objetivo claro. —Samuel buscó la confirmación de lo que rondaba por su cabeza.

—Todo apunta a ello. ¿De qué dios crees que se trata?

—Por el uso de arma blanca, podría ser Ares, el dios de la guerra, o Hefesto, el dios de la fragua: él se encarga de fabricarlas.

—Entiendo. El asesino parece decidido a acabar con sus doce víctimas. No dejará tranquilo al chaval; volverá a por él. Puede que incluso siga por la zona. Voy a avisar a la comisaría para que manden patrullas que peinen el barrio.

Mientras Villar se adentraba en el salón para realizar la llamada, Samuel se apoyó en la puerta de entrada. Estaba agotado; todo aquello lo estaba consumiendo. Solo de pensar que habían estado a punto de matar a su alumno predilecto…

Observó el reguero de sangre que el brazo de Rodri había dejado por el pasillo hasta que un movimiento al final del mismo llamó su atención: Noche, el precioso gato negro del que tanto le había hablado Rodri, jugueteaba con algo que parecía una miniatura de la Torre Eiffel. Aquel objeto le resultó familiar, pero, claro, ¿quién no tenía un *souvenir* de París en su casa?

—Voy a bajar en busca de evidencias. ¿Me acompañas?

La pregunta de Amelia lo sacó de sus pensamientos. Samuel asintió. No pensaba dejarla sola con un asesino suelto. Tras despedirse de la familia Pastor, ambos salieron a la caza del homicida.

Capítulo 10

La subinspectora Villar se quedó de piedra al leer la testifical de Erika Pérez Recio. Mientras ella, Samuel y varias patrullas de la policía recorrían en vano las calles aledañas a la vivienda de la familia Pastor en busca del atacante de Rodri, De la Fuente había interrogado a la joven. Su testimonio era clave para entender el suicidio de Sara. ¿Por qué le había enviado aquellos mensajes cargados de odio a una chica que acababa de perder a su novio? ¿Por qué aprovechar precisamente ese momento para decirle que su pareja le había sido infiel con ella? ¿Cuál era su intención? ¿Hundir a Sara para que acabara quitándose la vida?

Al parecer, De la Fuente se había empleado a fondo, por una vez en lo que llevaban de caso, en la declaración de la testigo. No quería ni imaginarse las técnicas intimidatorias que, probablemente, habría utilizado con la joven. Ni siquiera quería pensar en las miradas lascivas que, sin duda, le habría lanzado si le parecía atractiva.

Lo que importaba en ese instante eran los resultados que había obtenido. De la Fuente había logrado que Erika confesara que nunca se había besado con Izan, que se lo había inventado para vengarse de Sara por insultarla durante su entierro. Aún había más: le había sonsacado que alguien la había incitado a hacerlo.

Una persona había manipulado a la chica para que enviara esos despreciables mensajes a Sara, y tenía su nombre escrito delante de ella. Villar no daba crédito a lo que leían sus ojos; no podía ser verdad. El testimonio de Erika, a juicio del inspector, era claro y no se habían detectado incoherencias en su relato. Aun así, no había evidencias de lo que estaba contando.

Cuando De la Fuente le pidió ver aquella conversación de Instagram, la chica no pudo enseñársela: su interlocutor había borrado los mensajes. ¿Por qué lo habría hecho? Obviamente, tenía algo que ocultar, aunque eso no implicaba que hubiera pretendido eliminar las pruebas de un delito. Quizás se había asustado tras

escuchar la noticia de la muerte de Sara y había decidido deshacerse de los mensajes que lo comprometían.

Villar se sorprendió a sí misma al tratar de exculpar al sospechoso. En cualquier otro caso, lo consideraría un indicio más que suficiente para detenerlo e interrogarlo. Sin embargo, en aquella ocasión algo le nublaba el juicio; no quería creer que él fuera el asesino. Su mente no dejaba de insistirle en que debía existir algún tipo de explicación que invalidara esas revelaciones. ¿Por qué se estaba obsesionando de esa manera? ¿Sería por la relación que la unía a él?

—Lo tenemos, subinspectora.

—¿Qué? —La voz del agente rompió el hilo de sus reflexiones.

—Creo que hemos dado con el homicida o, al menos, con un serio sospechoso. Como sabe, nos hemos dedicado a analizar horas y horas de grabaciones de las cámaras de seguridad de los entornos en los que ocurrieron las diferentes muertes: tanto de bancos u otros establecimientos privados, como de cámaras públicas situadas en ciertas calles —explicó el policía—. Pues bien, tras contrastar a las personas que aparecen en ellas, hemos dado con un individuo que está presente en la mayoría de los vídeos.

Amelia lo miró con esperanza. Aquella nueva prueba podría ser muy esclarecedora y, con un poco de suerte, ayudarla a descartar al sospechoso que en ese momento tenía en la cabeza. Deseó con todas sus fuerzas que así fuera.

—¿De quién se trata? —preguntó procurando no mostrar la ansiedad que sentía por conocer su identidad.

El agente le entregó una captura obtenida de las grabaciones. La imagen, aunque había pasado por los filtros del programa que manejaba la Policía Nacional para mejorar la calidad de este tipo de instantáneas, no era especialmente nítida. Aun así, a la subinspectora le bastó un segundo para identificar al individuo. Se le cayó el alma a los pies. Aquella foto confirmaba sus más temidas sospechas: era la misma persona que había enviado los mensajes a Erika.

—¿Estáis seguros? ¿Lo habéis verificado correctamente? —Se arrepintió al instante de poner en duda el trabajo de sus

compañeros, pero no estaba preparada para admitir que él era el asesino.

—Aparece merodeando por las inmediaciones de la casa de Sandra unos quince minutos antes de que se iniciara el incendio. También lo hace cerca de la casa de África y en el parking donde manipularon los frenos del coche de otra víctima. Y, por supuesto, está en las imágenes del interior del instituto…

—Entiendo —cortó Villar. Aunque sabía que aquella persona no tenía coche, no le sorprendía que pasara por la calle que daba acceso al aparcamiento: acudía a aquel centro cinco días a la semana. Tampoco consideraba una prueba de cargo que se moviera por el barrio donde estaba su instituto. Necesitaba más evidencias—. Sabemos que alguien manipuló el secador de Izan y el equipo de música de Dylan. ¿Lo habéis encontrado en las grabaciones de las inmediaciones de sus domicilios?

—Todavía no —admitió el policía—. Creemos que pudo hacerlo el día anterior a la muerte de las víctimas. Estamos revisando esas grabaciones.

—Daos prisa. Debemos estar completamente seguros de que se trata de él. Mantenme informada.

El policía asintió antes de encaminarse hacia su escritorio.

—¡Agente Martínez! —lo llamó de nuevo la subinspectora—. Una cosa más: contacta con los de científica. Diles que nos urgen los resultados de las pruebas de ADN.

—De acuerdo.

—¿Ha llegado ya De la Fuente? —Villar barrió la comisaría con la mirada, sin encontrarlo.

A pesar de que la investigación estaba en su punto álgido, el inspector se había ido a dormir a su casa. Eran casi las ocho de la mañana y aún no había regresado.

—No lo he visto por aquí.

—Llámalo y cuéntale lo mismo que me has dicho a mí. ¡Que saque su gordo culo de la cama ya! ¡Que venga *ipso facto*!

Si iba a detener al que en ese momento era el principal sospechoso, lo haría bien y con todas las garantías. Era imprescindible la confirmación del análisis genético del pelo

encontrado en la cama de África, así como la autorización de su jefe para proceder al arresto.

Aunque podría haberse encargado ella misma de ambas gestiones, en ese momento no se sentía capaz. Estaba hundida en la miseria. La información recibida en los últimos quince minutos la había dejado noqueada. Necesitaba asimilarla. ¿De verdad era él? ¿Realmente había sido capaz de jugar con sus sentimientos de aquella manera? ¡Cómo la había engañado el muy cabronazo!

Samuel recorría aquel tenebroso pasillo por enésima vez. Comenzaba a resultarle tedioso: siempre le esperaba lo mismo. Abrió la puerta del dormitorio y volvió a encontrarse con el cuerpo sin vida de Lucas, rodeado de botellas de alcohol y blísteres de medicamentos. ¡Qué sorpresa! ¡Había vuelto a llegar tarde! A su lado, yacía Dylan, encogido, aferrándose al pecho. Más allá, en la bañera, descansaban los cadáveres de Borja e Izan; el primero completamente sumergido; el segundo, como intentando salir de allí. Al fondo, Sara emergió de entre las cortinas y se lanzó al vacío. Samuel ni siquiera trató de detenerla. Era inútil: Ana siempre se interponía en su camino.

—¡Haz algo! ¡Para las muertes! —le gritaba la bibliotecaria, cada vez más consumida, con la piel pegada a los huesos.

—¡Lo intento! ¡Pero nunca me dejas! ¡Joder! —Samuel la apartó con brusquedad.

El cortisol le recorría el cuerpo como una descarga. Le tocaba enfrentarse a los horripilantes monstruos de Jessi y Sandra. Echó a correr hacia el pasillo, sabiendo ya que nunca lograba escapar. Siempre lo alcanzaban.

Cuando los afilados colmillos de Sandra ya rozaban su cuello y Jessi alzaba las garras para despellejarlo vivo, algo lo hizo caer al suelo. En mitad del pasillo yacía el cuerpo sin vida de África, con el cuello y parte del rostro desfigurados por las mordeduras de su propio perro. Samuel contuvo una arcada ante la repulsiva imagen y se incorporó de nuevo.

Las bestias de Sara y Jessi también habían tropezado con África, lo que le dio a Samuel una oportunidad inesperada. Decidió luchar por su vida. Lanzó un puñetazo a la desfigurada cara de Jessi y una fuerte patada al abdomen de la orientadora. Mientras la zombi salía despedida por los aires, algo se desprendió de su cuerpo. Los dos monstruos se desvanecieron, como si su determinación hubiera sido suficiente para derrotarlos. ¡Era la primera vez que lograba salir de allí con vida por sus propios medios! ¡Aquello era una novedad! ¿Significaba eso que quizá algún día también podría salvar a Lucas y frenar toda la cadena de muertes? Solo el tiempo lo diría…

Sintiéndose a salvo, Samuel se dispuso a analizar el objeto que se había caído de Sandra. Brillaba a unos metros, al fondo del pasillo. Se acercó hasta él. Era una pequeña reproducción metálica de un famoso monumento que no tardó en reconocer: la Torre Eiffel de París. Formaba parte de un llavero con varias llaves. Consciente de que en aquel escenario nada ocurría por casualidad, se agachó para recogerlo; quizás pudiera serle útil.

Justo entonces, unas intensas luces lo deslumbraron por completo. Alzó la mano para proteger sus ojos. Entre los dedos, alcanzó a vislumbrar lo que parecía un coche. De pronto, los faros se apagaron, y Samuel pudo distinguir mejor el interior del vehículo. Adolfo se acercaba conduciendo desde el fondo del pasillo a toda velocidad. En su sádico rostro brillaba una satisfacción casi orgásmica ante lo que estaba a punto de ocurrir. Samuel apenas pudo reaccionar antes de que el coche lo atropellara violentamente.

—¡Dios! —exclamó Samuel despertando de golpe de su recurrente pesadilla.

Aunque ya estaba habituado a ese horrible sueño, aquella vez le costó más de lo normal recuperarse. Su corazón seguía desbocado y su respiración, entrecortada, tardó unos segundos en estabilizarse. No era para menos: se trataba de la primera vez que aparecían África y Adolfo, y de la primera en la que moría atropellado. Debía dar con el asesino lo antes posible, antes de acabar perdiendo la cordura. Con ese pensamiento miró el reloj: marcaba casi las nueve y cuarto de la mañana.

Aquella noche se había echado a la cama cerca de las doce. Tras peinar las inmediaciones de la casa de los Pastor con la subinspectora Villar sin obtener resultado alguno, insistió en acompañarla a la comisaría para seguir ayudando en la investigación. Amelia, que había contado más de diez bostezos de Samuel durante el paseo, lo obligó a irse a casa a descansar; incluso pidió a un agente que lo llevase en coche.

A pesar de haber dormido unas nueve horas, todavía se sentía cansado. Más que cansado: agotado. Aun así, decidió levantarse. No había dado ni un paso cuando un dolor atroz le recorrió el muslo: agujetas. Era incapaz de recordar cuántos kilómetros había recorrido el día anterior. Avanzando con dificultad, comenzó a organizarse el día: desayunaría algo rápido, pero *fit*; se vestiría con ropa cómoda y saldría hacia la comisaría. Ansiaba conocer los avances que Amelia y el resto de sus compañeros hubieran hecho durante la noche. Entró al baño y, apoyándose en el lavabo, se limpió las legañas.

De repente, algo llamó su atención: la cadena de plata que llevaba al cuello reflejó en el espejo los rayos del sol que entraban por la ventana. Se quedó mirando aquel efecto óptico, hipnotizado, esperando una revelación. ¡La Torre Eiffel! ¡Eso era! Acababa de recordar la aparición de aquel extraño objeto en su pesadilla.

¿Qué sentido tenía? ¿Qué representaba en su sueño? Nada ocurría por casualidad; su mente intentaba decirle algo. ¿Pero qué? ¿Qué importancia tenía el llavero que había visto en casa de los Pastor? Cuando contempló al gato jugando con él, tuvo la sensación de haberlo visto antes. ¿Dónde? Se trataba de uno de los monumentos más importantes del mundo; una representación como aquella podía encontrarse en cualquier parte.

—¡Maldita sea! —Incapaz de contener la rabia, lanzó la toalla con la que se estaba secando las manos contra su propio reflejo.

Aquel violento acto desbloqueó la información que llevaba un rato intentando encontrar. Como si de un viaje al pasado se tratara, su mente lo llevó de vuelta a la escena que buscaba: Samuel estaba en el departamento de Orientación, con Sandra sentada frente a él, al otro lado de la mesa. «Siguiendo tu propio criterio de responsabilidad por inoperancia… tienes las manos manchadas de

sangre» acababa de espetarle su compañera. Samuel cerró con fuerza los puños, a punto de explotar. Fijó la mirada en el llavero dorado de la Torre Eiffel que se encontraba sobre la mesa. Deseó con verdadera ansia lanzárselo a la cara a Sandra, con tal ímpetu que la impronta del famoso edificio quedara grabada para siempre en su grasienta frente.

—¡Es el llavero de Sandra! —entendió por fin—. ¡El que desapareció el día que se incendió su casa! ¡Alguien se lo llevó para encerrarla y evitar que pudiera escapar! ¿Pero qué hace en casa de los Pastor? Si estaba allí, significa que lo hizo alguno de ellos. Si los padres tienen coartada, entonces el único que queda es… Rodri…

Fue pronunciar aquel nombre y sentir cómo le fallaba el cuerpo. La visión se le nubló, el corazón se le encogió, el estómago se le revolvió y las piernas le flaquearon. Lívido, se dejó caer en la taza del váter. Tenía que procesar el descubrimiento que acababa de hacer.

—No puede ser… No puede ser Rodri. Tiene que haber otra explicación —se dijo a sí mismo; ansiaba encontrar algo que neutralizara aquella teoría—. ¡Piensa! ¡Piensa!

Se golpeó la frente con la palma de la mano, como si aquel gesto pudiera ayudar a sus neuronas a trabajar más rápido. Súbitamente, un rayo de esperanza cruzó su rostro.

—¡Eso es! Es un objeto muy común. ¿Quién no ha ido a París y se ha comprado un *souvenir* del edificio más emblemático de la ciudad? No estoy seguro de que Rodri haya viajado allí, pero podría habérselo regalado cualquiera: una tía, un vecino… Sí, eso es. Ese llavero no significa nada. No es el de Sandra. Además, Rodri también fue atacado por el verdadero asesino. Él es otra víctima.

Más calmado, se puso en pie y se dirigió a la cocina. Mientras buscaba una taza limpia, su conciencia empezó a reprocharle que, una vez más, hubiera desconfiado de alguien a quien quería. ¿Hasta cuándo iba a seguir acusando de asesinato a sus amigos y alumnos favoritos? ¿Cuál era su problema? ¿Acaso anhelaba ahuyentarlos a todos y quedarse solo? «Estás perdiendo la cabeza. Deberías quedarte aquí encerrado hasta que te centres; deberías dejar

tranquila a Amelia y no molestarla con tu presencia; deberías dejar de pretender ser el héroe de turno…»

Sin dejar de fustigarse, desenroscó el tapón del envase de leche que acababa de sacar de la nevera. Aquel giro de muñeca pareció recorrerle todo el cuerpo hasta llegar al cerebro, donde un nuevo remolino de emociones agitó sus pensamientos. ¿Y si estaba negando lo evidente? Aquel llavero no era una prueba concluyente, pero sí un indicio sólido, que se sumaba a muchos otros. ¿No había dicho la madre de Rodri que este adoraba a su hermano pequeño? ¿Y si de verdad Rodri quería a Lucas? ¿Y si su actitud de indiferencia en el instituto no era más que una fachada para que sus amigos no se rieran de él? ¿Tan buen actor era? Si se había autoinfligido un navajazo en el brazo para despistarlos a él y a la subinspectora, sí que lo era.

Una sensación fría y acuosa en su pie derecho lo devolvió a la realidad. Bajó la mirada hacia el estímulo que su piel había detectado: una mancha blanca bañaba su extremidad inferior. Sin ser consciente de ello, había estado vertiendo la leche en la taza hasta el punto de que el líquido había rebosado el borde y caía como una catarata desde la encimera hasta el suelo.

—¡Mierda! —gritó al tiempo que ponía el brik en posición vertical y lo apoyaba sobre la superficie de granito.

Sin molestarse en limpiar el desastre, se sentó en el sofá. ¿Cómo iba a preocuparle el derrame lácteo con lo que tenía en la cabeza? ¿De verdad se estaba planteando como una opción factible que Rodri fuera el asesino? Tenía que analizar el resto de las evidencias.

Rodri estuvo en la fiesta de Borja, por lo que podría haberlo ahogado. También encajaría con el chico con el que África había tenido relaciones sexuales antes de que su perro se lanzara a su cuello. Era amigo de Izan, por lo que le habría resultado extremadamente fácil acceder a su casa para manipular el secador. ¡Un momento! Su mente acababa de desbloquear otro recuerdo: Samuel se encontraba en el pasillo de la primera planta del instituto hablando con Rodri y Pablo. «Mira, tienes que ver este nuevo *challenge*, está todo guapo» le decía Pablo al profesor. Sin embargo,

Rodri lo frenó enseguida «*Bro*, déjalo, que al profe no le interesan estas cosas».

—¡Rodri no quería que viera el vídeo del Aphrowater! Sabía que les hubiera advertido de su peligrosidad y que eso podría provocar que a Izan le entrara miedo y no lo hiciera. ¡Evitó por todos los medios que su plan se desbaratara!

Comenzó a sentir una opresión en el pecho. No podía ser cierto… No podía tratarse de Rodri. ¿Cómo iba a ser un asesino su alumno preferido? Era consciente de que no era ningún santo, pero de ahí a ser un homicida… Y, sin embargo, todas las evidencias apuntaban hacia él. Estaba vengando la muerte de su hermano.

Al menos eso reforzaba su teoría de que Rodri, en el fondo, lo quería. ¿Acaso eso era suficiente para consolarse? ¡Había estado alternando durante cuatro años con un sanguinario asesino! ¿Cuatro años? ¡Tampoco era eso! Solo los últimos seis meses, desde la muerte de Lucas. ¡Como si fueran unas pocas horas! ¡Había matado a nueve personas! Aunque algunas de ellas, sin duda, se lo merecían…

Samuel estaba totalmente destrozado. Su perturbada mente no dejaba de luchar contra sí misma. Por un lado, quería condenar los actos criminales de Rodri; por otro, no podía dejar de intentar justificarlos. Era lo mismo que llevaba haciendo desde hacía cuatro años con él y con sus amigos. Solo que, ahora, no se trataba de un comentario malicioso sobre alguna de sus compañeras, sino de vidas humanas segadas.

No podía defenderlo más. Rodri había cruzado todos los límites. Debía llamar a la subinspectora y comunicarle que tenía un sospechoso. ¿De verdad iba a hacer eso? ¿Lo iba a traicionar de esa manera? Debía hacerlo. Era lo correcto. ¡Todavía podía haber tres víctimas mortales más si nadie lo impedía! Las vidas de esas personas estaban en sus manos.

Se levantó del sofá y caminó hacia su dormitorio sin sentir rastro de las agujetas; parecían haberse esfumado de golpe. Toda su atención estaba centrada en Rodri. Se secó la frente con la parte baja de su camiseta; hasta ese momento no había sido consciente de lo mucho que estaba sudando. Cogió el móvil, que aún

descansaba sobre la mesilla de noche, y marcó el número de Villar. Enseguida cortó la llamada; ni siquiera llegó a dar tono. Tiró el móvil sobre la cama como si le quemara en las manos y lo miró despavorido.

—¡¿Qué haces?! ¡Le vas a joder la vida si lo delatas! Acabará en un reformatorio, si no es en la cárcel, de por vida. ¿Es eso lo que quieres para él? —se echó en cara a sí mismo.

Comenzó a dar vueltas por la habitación con las manos en la cabeza.

—¿Y cuál es la solución? ¿Dejar que siga matando? ¡El siguiente podría ser alguien a quien también quieras! ¡Mató a Izan! ¡A su propio amigo! ¡Está loco! Debes pararlo o la próxima muerte caerá sobre tu conciencia —se contestó en un diálogo consigo mismo.

La opresión en su pecho se incrementó. Notaba el corazón palpitar con tanta violencia que parecía que se le iba a salir en cualquier momento. Cada vez le costaba más respirar, y un hormigueo comenzó a serpentearle por todos los dedos. Le estaba dando un ataque de ansiedad. Con las manos temblando, recuperó el móvil y respiró hondo, tratando de evitar el colapso. Fue inútil. La revelación lo había roto por dentro; no podía pensar con claridad y estaba a punto de desmoronarse. Volvió a marcar el número de la subinspectora; era ahora o nunca. Sonó el primer tono.

—Aguanta, Samuel, aguanta….

Segundo tono.

—¡Maldito Rodri! ¡¿Por qué me estás haciendo esto?!

Tercer tono.

—Cógelo, Amelia… Antes de que me arrepienta…

—Buenos días, Samuel.

El profesor respiró aliviado al oír a Villar al otro lado de la línea. Su voz fue como un bálsamo que, en cuestión de segundos, logró disminuir la extrema ansiedad que se había apoderado de él.

—¿Estás bien? —preguntó Villar, alarmada por la respiración acelerada de Samuel.

—Sé quién es el asesino —lanzó directamente el profesor, sin preámbulos. Cerró los ojos: no podía creer que lo hubiera dicho. Ya no había vuelta atrás.

—¿Qué? —se sorprendió Amelia.

—O, al menos, un sospechoso potencial. Aunque… quizás no. —La duda volvió a apoderarse de Samuel; estaba reculando—. Puede que me equivoque…

—Samuel, abre la puerta.

—¿Perdona?

—Abre la puerta de tu piso —insistió la subinspectora.

Samuel salió del dormitorio sin entender la extraña petición de Villar. Le costaba andar, pero no por las agujetas, sino por los intensos temblores que lo sacudían. La crisis de ansiedad estaba lejos de desaparecer. Logró, no sin esfuerzo, llegar hasta el recibidor de su casa. Giró la llave y abrió la puerta.

—Hola, Samuel —saludó Amelia. Estaba justo al otro lado del marco.

El profesor dejó caer el móvil al suelo, por la impresión.

—¿Qué haces aquí?

—Vengo a detener al asesino —explicó ella con tono grave.

—¡¿Cómo?! —Samuel se quedó helado. ¿La subinspectora creía que él era el autor de las muertes? ¿Cómo podía pensar eso alguien con quien mantenía una relación tan estrecha? «De la misma manera que tú lo piensas de Rodri», se espetó a sí mismo.

—En realidad, he hecho una parada en el camino para trasladarte en persona el nombre del homicida —matizó Villar—. Creo que te lo debo. Es lo menos que puedo hacer por ti.

Samuel frunció el ceño. Amelia no venía a arrestarlo, venía a compartir su información.

—Entonces… ¿tú ya sabes de quién se trata? —Empezó a sentirse mejor. Si Amelia ya conocía la identidad del asesino, él no lo estaría delatando. Sus pulsaciones comenzaron a bajar.

—Sí, pero te ruego que seas tú quien diga su nombre. He estado buscando la manera menos dolorosa de transmitírtelo y no he logrado encontrarla.

Samuel se agarró al marco de la puerta: temía desmayarse al verbalizarlo. Inspiró profundamente y se armó de valor.

—Rodri.

Amelia asintió. A pesar de la dura situación en la que se encontraba, su mirada tenía un brillo especial. No podía negar el orgullo que sentía al ver que el profesor, sin ningún tipo de medios, había llegado a la misma conclusión que un cuerpo especializado como la policía. No había duda: Samuel era un hombre muy inteligente.

—Incitó a Erika para que escribiera a Sara y le contara la supuesta infidelidad de su novio. Aparece en todas las grabaciones de las zonas de los hechos en las horas clave. Y hay una prueba concluyente: El ADN del pelo que encontramos en la cama de la madre de África coincide con el de otro pelo que, sin que te percataras, recogí del sofá de la casa de los Pastor. Es él. Él es el asesino en serie.

Samuel se rompió. Una cosa era sospecharlo y otra cosa que se lo confirmaran oficialmente. Trató de contener las lágrimas; no quería que Amelia lo viera llorando. Sin embargo, fue inevitable. Villar avanzó hasta él y lo abrazó con ternura en cuanto vio las primeras lágrimas surcarle las mejillas.

La noche anterior, mientras inspeccionaban los alrededores de la casa de los Pastor, Samuel le había hablado de aquel chaval, de lo importante que era para él. Por eso, la subinspectora se enfadó tanto al leer el nombre de Rodri en el informe del interrogatorio a Erika y, sobre todo, al ver su rostro en la captura de la cámara de seguridad. Aunque todavía no conocía profundamente a Samuel, sabía que aquella noticia iba a golpearlo de lleno en el corazón.

—Lo siento mucho —murmuró Villar. No sabía qué más decir.

—No es tu culpa. Es mía. He fallado en mi tarea como profesor: no lo he educado bien. —Samuel se secó las lágrimas.

—De eso nada, Samuel. —Amelia se apartó ligeramente para mirarlo a la cara. Necesitaba que viera en sus ojos la verdad de sus palabras—. Nunca he conocido a un profesor que haya conectado así con sus alumnos. ¡Ojalá hubiera tenido yo uno como tú! Has sido una referencia para él en todos los sentidos: académica y personalmente. Eres una excelente persona, y estoy segura de que Rodri ha aprendido mucho de ti, pero cada persona elige su propio camino. No puedes culparte por las decisiones que él haya tomado.

—Estoy tan decepcionado… —Samuel negó con la cabeza—. Me ha engañado, Amelia.

—Si te sirve de consuelo, también a mí. A toda una subinspectora de policía… ¡Menuda escena la de ayer! Supongo que sacará sobresaliente en Teatro…

—No es un chico que destaque especialmente por sus notas. Creo que nunca ha cursado Teatro. Aunque sí saca muy buenas notas en Tecnología; es su asignatura favorita. —De repente, Samuel cayó en la cuenta de un dato que todavía inculpaba más a su alumno—. Claro… Eso explica la facilidad con la que manipuló el secador de Izan y los frenos de Adolfo.

Villar volvió a mirarlo con admiración. Esbozó una sonrisa.

—Y sigues aportando datos al caso… ¡Qué inteligente eres! Empático, sensible, trabajador y… —Amelia dudó por un instante si continuar— atractivo. Lo tienes todo, Samuel Arroyo.

—Arroyo Tarifa. No te olvides del segundo apellido, es esencial —bromeó Samuel recordando el incidente con De la Fuente.

La forma en que la subinspectora le acariciaba la espalda, la intensidad de su mirada y la curva de su sonrisa lograron apartar al profesor, durante unos segundos, del drama que estaba viviendo.

—Gracias, Señor Tarifa, por toda la ayuda que me has brindado en este caso. No lo hubiera logrado sin ti —reconoció Villar acercando su rostro al de Samuel.

—Ha sido un placer —aseguró Samuel mientras inclinaba la cabeza hacia la de Amelia.

Conforme sus bocas se acercaban, Samuel notó cómo su corazón se aceleraba, la respiración se le entrecortaba y un cosquilleo le recorría el estómago. Estaba a punto de besar aquellos labios carnosos que tanto tiempo llevaba deseando.

—Ejem, ejem.

Un carraspeo a sus espaldas se cargó el mágico momento. Las mariposas se desvanecieron. Ambos se giraron, sin haber llegado a besarse, hacia el origen del sonido.

—Agente, ¿qué ocurre? —Villar se separó de Samuel, disimulando.

—De la Fuente se pregunta por qué está tardando tanto. Está impaciente por ir en busca del sospechoso —explicó el policía,

visiblemente incómodo tras la escena que acababa de interrumpir.

—Dígale que bajo de inmediato —ordenó la subinspectora. Cuando el agente se hubo marchado, miró a Samuel—. Debo irme, seguiremos con esto más tarde.

—Voy contigo.

—De eso nada. Las cosas se pueden poner feas y tú ya has pasado por bastante. No voy a exponerte otra vez.

—Necesito ir, por favor. No puedo dejar solo a Rodri con esto. Sé que ha hecho cosas horribles; aun así, sigue siendo mi alumno. Además, si en alguien confía, es en mí. Creo que puedo ser útil.

Amelia suspiró. Si algo sabía de Samuel era lo obstinado que era; nada lo haría cambiar de opinión y no podía perder más tiempo discutiendo con él. Cada segundo que pasaba podía suponer la pérdida de otra vida.

—Está bien —accedió Villar—, pero seguirás mis órdenes en todo momento.

De la Fuente llamó al timbre del piso de la familia Pastor. Lo acompañaban la subinspectora Villar y una pareja de agentes. En teoría, con esos efectivos era suficiente para reducir a un simple adolescente, por muy asesino en serie que fuera. Enseguida oyeron pasos acercándose a la puerta. Unos segundos después, la madre apareció tras ella.

—Hola. ¿En qué puedo ayudarlos?

—¿Dónde está su hijo? —preguntó el inspector, sin rodeos.

—¿Rodri? ¿Por qué? ¿Ha pasado algo? —Silvia comenzó a hiperventilar. Sus ojos buscaron una cara conocida—. ¿Subinspectora?

Villar, que estaba un paso por detrás del inspector, avanzó hacia la mujer. Le sujetó suavemente los brazos, cruzados sobre el pecho, y apoyó la otra mano en su hombro. Silvia ya se había desmayado el día anterior al escuchar el supuesto intento de homicidio a su hijo. No quería que volviera a ocurrir ahora, cuando estaban a punto de darle otra terrible noticia.

—No hay manera fácil de decirle esto: su hijo es sospechoso de asesinato.

Silvia sintió que el mundo se detenía. Su boca, abierta de par en par, reflejaba el impacto de aquellas palabras.

—¿He oído bien? ¿Sospechoso de asesinato? —El marido de Silvia apareció en el pasillo desde el fondo de la casa y se acercó a ella de inmediato—. Debe de tratarse de una broma…

—La policía jamás bromearía con…

—Es cierto, Mariano. Se trata de Rodri. Nos ha engañado a todos —interrumpió Samuel a Villar.

Todos se volvieron hacia el recién llegado.

—¡¿Qué hace este desgraciado aquí?! —bramó De la Fuente. Hacía apenas una hora que se había enterado de la denuncia por detención ilegal que le había interpuesto el profesor. No quería verlo ni en pintura—. ¡Quedamos en que se quedaría en el coche de los agentes!

—Eso fue lo que le pedí… —se excusó la subinspectora.

—¿Pedir? Los inspectores no pedimos, ordenamos. ¡Lárgate de aquí! ¡Bastante me has jodido ya!

Se percibió movimiento tras alguna puerta: un vecino se asomaba a la mirilla, atraído por los gritos.

—Siento no haberte hecho caso, pero consideré necesario intervenir —se disculpó Samuel ignorando por completo al cabreado De la Fuente.

—Samuel, ¿qué es todo esto? —Silvia, desconsolada y atemorizada, quería que alguien le explicara de una vez lo que estaba ocurriendo.

Amelia soltó a Silvia para dejar que Samuel ocupara su lugar.

—La policía tiene pruebas de que Rodri ha cometido todos y cada uno de los asesinatos relacionados con su instituto. Es él el que está vengando la muerte de Lucas.

Las piernas de Silvia flaquearon. No llegó a caerse porque la sostuvieron entre su marido y Samuel.

—¡Mi hijo no es ningún criminal! —protestó Mariano.

—Tiene que ser un error… No puede ser… Rodri no es capaz de hacer eso… —negó toda posibilidad la madre del sospechoso.

—Sé que es duro de aceptar. Creedme, he pasado por lo mismo que vosotros.

—Tú no eres su padre.

Aquel dardo de Mariano impactó de lleno en el corazón de Samuel. Aunque no era familia de sangre, el vínculo que lo unía a él era indiscutible. Decidió obviarlo y no entrar en el juego de debatir aquello con sus progenitores; había ido para ayudar a Rodri en todo lo que pudiera. Además, la irritación de Mariano era completamente normal: acababan de acusar a su hijo de asesinato.

—Tengo que hablar con Rodri, Silvia, por favor.

—No está en casa. Salió hace unos diez minutos.

—¡Si no te hubieras ido a ver a tu novio y hubiéramos acudido directamente aquí, ya lo tendríamos entre rejas! —El inspector acusó de mala praxis a su compañera.

Amelia bajó la mirada, ofendida y consciente de su error. Sus sentimientos por Samuel la habían hecho cometer una estupidez, que podría arruinar la resolución del caso.

—¿Se ha ido tan pronto? ¿Un sábado por la mañana? —comentó Samuel, extrañado, tras consultar la hora en su móvil. Apenas eran las diez.

—¿Sabe dónde fue? —inquirió Villar con impaciencia.

Silvia hizo amago de abrir la boca.

—No digas ni una palabra, Silvia —ordenó su marido apartándola para cerrar la puerta.

—Si no nos dan la información que pedimos, los acusaremos de encubrimiento y de desobediencia —amenazó seriamente De la Fuente colocando su fuerte y obesa mano en la puerta.

—Se lo ruego. Si no nos dice dónde está, otra persona inocente podría morir —volvió a intentarlo Amelia apelando a la conciencia de la madre de Rodri.

Silvia, que había quedado medio oculta tras la puerta entreabierta, asomó la cabeza. Su mirada pasó de los ojos de la subinspectora a los del profesor; parecía querer averiguar si todo lo que decían era verdad. No sabía qué hacer. Estaba teniendo exactamente el mismo dilema que había tenido Samuel hacía un rato, con la diferencia de que él, en aquel momento, no conocía las

pruebas incriminatorias que sí existían ahora. La decisión de Silvia era difícil. No quería que detuvieran a su hijo, pero tampoco quería que nadie más perdiera la vida por su culpa, y menos tratándose de la persona que tenía en mente.

—Ha ido a casa de su amigo Pablo —cedió al fin.

Samuel se quedó lívido.

—¡¿Para qué hablas?! ¡Tendrías que haber dejado que acabara con todos los que hicieron sufrir a nuestro Lucas! ¡Se lo merecen! —El padre de Rodri expresó, por fin, lo que ya todos sospechaban: reivindicaba las sanguinarias acciones de su hijo. Acto seguido, cerró la puerta del todo dejando a la comitiva en el pasillo.

—¡No! ¡No! ¡Pablo no! —se alarmó Samuel, visiblemente intranquilo.

—¿Otro de tus alumnos favoritos? —adivinó Villar leyendo el miedo en los ojos del profesor.

Samuel asintió al tiempo que se masajeaba la nuca en un intento torpe de aliviar los nervios que le recorrían la espalda.

—No te preocupes. Llegaremos a tiempo. ¿Sabes dónde vive? —preguntó Amelia.

—No… Aunque puedo consultarlo en el programa informático de la consejería.

—¡Por fin aportas algo útil! —soltó el inspector—. Lo buscaremos de camino al coche. ¡Vamos!

No tardaron ni cinco minutos en llegar al bloque de Pablo. A pesar de las protestas del inspector, Samuel subió con toda la comitiva policial hasta la vivienda familiar de su alumno. Sabía que, con una denuncia de por medio, De la Fuente mediría muy mucho las acciones a tomar contra él. No se atrevería a encausarlo por desobediencia; no le interesaba para su propio proceso judicial.

Además, el docente era necesario para la estrategia planificada por Amelia: podía ser que el padre de Rodri ya le hubiera avisado de que la policía iba en su busca; sin embargo, era probable que se hubiera olvidado de mencionar a Samuel. Si Pablo y Rodri veían a través de la mirilla a los agentes, no abrirían; en cambio, si se

encontraban con su tutor, seguramente sí. En caso de que nadie respondiera al timbre, disponían del material necesario para tirar la puerta abajo; pero ese era el plan B.

De la Fuente, Villar y los policías se quedaron junto al ascensor, mientras que Samuel avanzaba hacia la vivienda. Llamó al timbre. Tuvo que esperar casi un minuto a que la puerta se abriera.

—¡Samu! ¡¿Qué haces aquí, *bro*?! —Pablo parecía verdaderamente sorprendido por la presencia de su profesor sobre el felpudo de bienvenida.

—¡Pablo! ¡Estás bien! ¡Menos mal! —Samuel no pudo evitar lanzarse hacia su alumno para darle un fuerte abrazo. ¡Se sentía tan aliviado de que Pablo todavía estuviera vivo!

—Claro que estoy bien. ¿Por qué no lo iba a estar? ¿Qué pasa? —quiso saber Pablo en cuanto se separaron.

—Estoy buscando a Rodri. Sus padres me han comentado que venía de camino hacia aquí. ¿Está contigo?

—¿Qué dices? ¡Qué va!

—Pablo, es muy importante que dé con él. ¿Seguro que no está dentro?

—No, *bro*. Sabes que siempre digo la verdad.

—Registren la casa —ordenó De la Fuente a la pareja de agentes apareciendo desde el fondo del rellano.

Pablo se quedó a cuadros: no se había percatado hasta entonces de la presencia de los cuatro policías.

—Ramón, no tenemos una orden judicial. No podemos entrar sin permiso —le recordó la subinspectora impidiendo el paso a los agentes.

De la Fuente cruzó los brazos, resignado. No podía volver a cometer otra falta.

—Rodri no está aquí. Si Pablo dice que no está, es que no está. Nunca me mentiría, lo sé.

—Quizás aún no haya llegado o haya mentido a Silvia y Mariano —propuso Villar al llegar hasta la puerta—. ¿Dónde están tus padres?

—Se han ido a llevar a mi hermana pequeña a su partido semanal de hockey. Samu, ¿qué pasa? ¿Qué ha hecho Rodri? ¿Está metido en

un lío? —cuestionó Pablo.

—En un buen lío —aseguró De la Fuente al tiempo que entraba en el ascensor.

Pablo interrogó a Samuel con la mirada; estaba totalmente desconcertado.

—Solo puedo decirte que ahora mismo corres peligro. No le abras la puerta, pase lo que pase. Si contacta contigo, sácale la ubicación en la que se encuentra e inmediatamente me la das. Tienes mi número.

—Me estás acojonando…

—Ten mucho cuidado. Cierra con llave —se despidió el profesor antes de meterse en el ascensor con los demás.

Cuando toda la comitiva estaba a punto de abandonar el portal para peinar la zona y localizar a Rodri, Villar los detuvo.

—Un momento. Deberíamos preguntarle al conserje.

Samuel enarcó una ceja. Lo decepcionaba que la subinspectora no creyera en su palabra.

—Amelia, te lo he dicho. Si Pablo dice que no está en su casa, es que no está. Confío en él.

La subinspectora lo miró con compasión. El cariño que sentía Samuel por su alumno era enternecedor, pero claramente le estaba nublando el juicio. Ella, como profesional de la lucha contra el crimen, sabía que no se podía fiar de nadie, ni siquiera de su propia sombra. Le acarició cariñosamente el hombro antes de dirigirse hacia el conserje, del cual habían pasado olímpicamente durante su atropellada entrada. Tampoco es que el portero hubiera mostrado un especial interés por su presencia allí; se había limitado a observarlos.

—Disculpe, ¿ha visto pasar por aquí a este chico? —Villar le enseñó la captura de la cámara de seguridad.

El conserje, un señor bastante mayor, entornó los ojos mientras escrutaba la imagen.

—No lo sé. Mi astigmatismo no me permite reconocer un rostro con la mala calidad de la imagen.

—¿Ha visto a un varón joven entrar al portal hace poco o no? —se impacientó De la Fuente.

—Espere. —Samuel, aunque en contra de desconfiar de Pablo, buscó en la galería de su móvil una foto de Rodri. Tenía varias de alguna excursión que habían realizado—. Este chico.

El portero observó la imagen que le mostraba Samuel.

—¡Oh, sí! Ha subido poco antes de que llegaran ustedes.

—¡Seguidme! —indicó De la Fuente a la pareja de agentes mientras salía a la calle.

—Me ha mentido… —se bloqueó Samuel sin poder creerse que otro alumno le hubiera fallado de esa manera. Primero Rodri, el asesino Rodri; después Pablo, el mentiroso Pablo. Empezaba a darse cuenta de que sus alumnos, por muy bien que se llevaran con él, no dejaban de ser adolescentes.

—Vamos, Samuel. ¡No tenemos tiempo para esto! —lo apremió Amelia—. ¡Pablo está en peligro!

Escuchar aquello sirvió para que Samuel volviera a la realidad. A pesar del engaño de Pablo, su misión era salvarlo. No estaba dispuesto a perder a otro alumno. Echaron a correr hacia el ascensor.

Mientras tanto, en el interior de la casa de Pablo, este le pedía explicaciones a su amigo:

—*Bro*, ¿qué era todo ese rollo? ¿Por qué te busca la poli?

Rodri se rascó la cabeza, extrañado.

—No lo sé. Me llamó mi padre para decirme que venían a por mí. Creen que tengo algo que ver con la peña que ha muerto en el instituto.

—¿Y es cierto? —Pablo nunca había formulado una pregunta con tanta seriedad. Empezaba a desconfiar de su colega.

—¡No! ¡Claro que no! —Rodri puso cara de cordero degollado—. ¿Crees que yo podría haberme cargado a Izan?

—Ya… perdona. Es que estoy rallado. Sé que tú no has matado a nadie, pero tendrás que hablar con la poli en algún momento. No van a dejar de buscarte…

—Sí, tienes razón. Iré luego a la comisaría con mis padres. Ahora no me veía capaz: me he asustado, *bro*. Gracias por cubrirme. ¡Eres un buen amigo! —Rodri abrazó a Pablo pasando un brazo por su espalda.

—De na… —Pablo no pudo terminar su frase. El objeto frío y punzante que acababa de atravesar su abdomen había cortado también su voz. Rodri había aprovechado el acercamiento para apuñalarlo con su brazo libre.

Pablo gritó de dolor cuando Rodri sacó de golpe la navaja, provocando nuevas laceraciones en su cuerpo. Instintivamente, se llevó las manos a la herida en un intento de taponarla y frenar la sangre que comenzaba a brotar.

—¿Qué haces? —Fue lo único que fue capaz de verbalizar antes de caer de rodillas sobre el suelo. No podía soportar el dolor.

Rodri lo agarró con fuerza del flequillo y tiró hacia arriba, obligando a su víctima a alzar la cabeza para mirarlo a los ojos. El rostro de Pablo evidenciaba el sufrimiento que lo atormentaba. Dos lagrimones comenzaron a surcar sus mejillas.

—¿Que qué hago? ¡Vengarme por Lucas! ¡Por todas las veces que te reíste de él! ¡Por todas las veces que lo acosaste! ¡Por provocar su suicidio! —Rodri hablaba con tanta furia que escupía espumarajos por la boca.

—¡Lo siento! ¡No deberíamos haberlo hecho! Fuimos unos imbéciles, pero tú…tú hacías lo mismo… —alcanzó a decir Pablo apretando los dientes; era su única forma de sobrellevar el dolor. Le costaba hablar; aun así, era de vital importancia hacerle entender a Rodri su arrepentimiento y su propia participación en los hechos, eso sí, con cuidado: su atacante todavía llevaba una navaja en las manos.

—¡Cállateeeeee! —vociferó, como poseído, Rodri blandiendo su arma.

En un impulso de heroicidad, Pablo apartó las manos de su herida y se lanzó hacia la navaja para arrebatársela. Logró asirla, pero por el lugar equivocado. Rodri alzó su brazo derecho con rapidez y potencia sacando su arma de entre las manos de su amigo. Pablo bramó de dolor: la navaja acababa de rajarle las palmas de ambas manos.

—¡No vuelvas a hacer una estupidez así! —le advirtió Rodri al tiempo que le propinaba una fuerte patada en la herida de su

abdomen—. ¡Ninguna de mis nueve víctimas anteriores pudo huir de mí! ¡Así que ni lo intentes! ¡Tu destino es el mismo que el de Izan!

Pablo plegó su cuerpo sobre el suelo mientras aullaba de dolor. Volvió a colocarse las manos sobre su tripa. El desconcierto y la valentía inicial estaban dando paso a un miedo atroz. Se encontraba tendido sobre el parqué con una herida que sangraba profusamente y que, con toda probabilidad, habría afectado a algún órgano vital. Además, tenía sus manos inutilizadas por sendos cortes que las atravesaban de arriba abajo. Estaba indefenso.

De nada le valía ser joven, atlético y haber ganado en varias ocasiones a Rodri peleando en broma; no podía luchar contra él en esas condiciones. Se estaba enfrentando nada más y nada menos que al asesino que había acabado con la vida de toda esa gente del instituto, incluido Izan. Si había sido capaz de matar a su amigo, también sería capaz de hacerlo con él. Solo le quedaba pedir clemencia.

—Rodri, esto tiene muy mala pinta. Por favor, llama a una ambulancia.

—¿Una ambulancia? ¿Estás de coña? —Rodri se puso de rodillas tras él y lo volteó, elevando la espalda de Pablo para que reposara sobre su pecho, justo antes de colocar el filo de la navaja en su garganta—. Vas a morir igual que murió mi hermano. ¡Es lo que mereces! ¡Nada ni nadie puede salvarte ya!

Pablo estaba empezando a sentir mucho frío a pesar de estar en mayo y de lucir un sol espléndido en el exterior. Cada vez se sentía más débil.

—*Bro*, piensa en tu futuro… Vas a acabar en la cárcel…

—Por eso, ¡da igual un muerto más que uno menos! ¡Si yo caigo, tú caes conmigo! Saluda a Izan de mi parte.

Justo cuando Rodri estaba a punto de hendir su arma en el cuello de Pablo, un tremendo golpe en la puerta principal lo sobresaltó. Asustado, se agarró con más fuerza al cuerpo de su víctima. Otro sonoro impacto reverberó por toda la casa. Parecía que alguien estuviera intentando derribarla. ¡Pum! La puerta tembló, resistiendo todavía la tercera embestida. Con el cuarto envite, la madera comenzó a resquebrajarse y, finalmente, a la quinta, fue la vencida.

La cerradura salió volando por los aires y una lluvia de astillas cayó sobre el *hall*. La policía acababa de reventar la puerta con un ariete. De la Fuente, Villar, los dos agentes y Samuel entraron en tropel en el interior de la vivienda.

—¡Arriba las manos! —gritó el inspector apuntando con su arma a Rodri.

El interpelado, visiblemente asustado, por toda respuesta apretó más el filo de la navaja contra el cuello de Pablo.

—Agente, pida una ambulancia —ordenó Villar a uno de los policías tras observar que Pablo estaba gravemente herido.

—¡Rodri! ¡Para esta locura de una vez! —pidió Samuel desde la parte trasera de la comitiva policial.

—¡¿Qué diablos haces aquí dentro?! ¡Te he ordenado que te quedes fuera! ¿Es que eres imbécil y tienes deseos de morir o qué? Este crío está armado y puede ser peligroso. ¡Lárgate de aquí ahora mismo! —ordenó De la Fuente sin quitar la mirada de su blanco.

—Rodri, tira la navaja al suelo. Todo esto puede terminar aquí y ahora. Ninguna muerte va a devolverte a tu hermano —trató de hacerle entrar en razón la subinspectora.

Los ojos de Rodri denotaron sorpresa. Había supuesto que lo habían pillado por dejar evidencias en las escenas del crimen; al fin y al cabo, no era un asesino profesional. Lo que no esperaba era que hubieran descubierto la motivación que lo había llevado a hacer todo aquello.

—La ambulancia viene de camino —anunció el agente.

—¡Suelta la navaja ya, maldito criajo! ¡O te pego un tiro! —comandó el inspector.

—¡No! ¡Moriré matando! —se negó el homicida.

Aquellas dos últimas frases fueron el detonante que empujó a Samuel a abrirse paso, de un violento empujón, entre los dos agentes que le bloqueaban el acceso a la primera fila.

—¡Aquí no va a morir nadie más! —exclamó al tiempo que se interponía en la trayectoria entre la pistola del inspector y Rodri.

—¡Quítate de en medio, subnormal profundo!

—Rodri, escúchame —solicitó Samuel ignorando a De la Fuente. Dio un paso para acercarse a los dos jóvenes, lo que puso en

tensión a Rodri, que hundió todavía más su arma en la piel de Pablo —. Tranquilo. No voy a hacerte nada. Solo quiero que liberes a Pablo.

—Ten cuidado, Samuel. —Aunque sabía que su intervención podría ser la mejor opción para que Rodri se rindiera, Amelia no quería que su amigo se pusiera en peligro.

Por primera vez, Samuel se fijó en la profunda herida que Pablo tenía en su abdomen y en su temblor continuo e incontrolable. La impresión que le produjo aquella imagen le dio un vuelco el corazón. Su alumno necesitaba atención médica ya.

—Rodri, ¿de verdad vas a dejar que muera tu amigo de toda la vida?

—Se lo merece. Trató mal a mi hermano —respondió Rodri a la pregunta de su profesor sin un ápice de compasión. Sus ojos refulgían de rencor y desprecio.

—¡Se acabó! ¡Estoy harto de esta niñería! ¡Voy a acabar con esto ahora mismo! ¡Quítate para que pueda pegarle un tiro en la frente!

—Eso sería completamente antirreglamentario —le recordó Villar al inspector—, sin tener en cuenta que podrías errar el tiro y matar a la víctima.

Samuel se fijó en el descompuesto y pálido rostro de Pablo. Sus ojos le imploraban ayuda.

—Rodri, mira su cara. Está aterrado. Estoy seguro de que ya ha aprendido la lección. Todos lo hemos hecho. Nos has ayudado a entender los errores que cometimos con tu hermano. Has logrado tu objetivo. Ya no necesitas seguir matando.

—Tengo que terminar lo que he empezado. —Cegado por el odio, Rodri ni siquiera dio una oportunidad a las palabras de Samuel.

El profesor avanzó un poco más hacia sus alumnos. La reacción de Rodri fue inmediata: clavó todavía más la navaja en la garganta de Pablo hasta que un hilo de sangre comenzó a brotar.

—¡Quítate de en medio, puto tarado! ¡Quiero meterle una bala entre ceja y ceja a ese niñato!

El profesor se volvió, hastiado, hacia el inspector.

—¡No pienso quitarme! ¡Tendrás que dispararme a mí antes! —Samuel no iba a permitir, de ninguna de las maneras, que ninguno

de sus dos alumnos falleciera. Ni Rodri iba a degollar a Pablo, ni De la Fuente iba a disparar a Rodri. ¿Cómo lo iba a lograr? No lo sabía; estaba actuando por puro instinto.

—¡Si tengo que hacerlo, lo haré! —aseguró el inspector, lleno de rabia.

—Samuel, por favor, apártate. Nadie va a disparar a nadie, ¿verdad, Ramón? —intentó mediar la subinspectora.

—¡Claro que sí! ¡Estoy hasta los cojones de este tocahuevos! Me ha jodido la vida con la puta denuncia. No va a estropearme también la resolución del que podría ser mi último caso. ¡Si no se quita, tengo derecho a dispararle por desobediencia y resistencia a la autoridad!

—Eso no es así, Ramón, y lo sabes…

—¡Adelante! ¡Hazlo si tienes huevos! —interrumpió Samuel a Amelia en un conato de bravuconería.

—¡¿Me estás retando?! —bramó De la Fuente con la yugular a punto de estallarle de la tensión y sin bajar la pistola, que ahora apuntaba al profesor.

—No voy a consentir que le toques un pelo a Rodri. —Sería un homicida, pero Samuel iba a protegerlo mientras pudiera. Por muchas vidas que hubiera segado durante aquellos días, aún estaba convencido de que el joven no merecía ese destino. Intentó jugar la carta del chantaje emocional—. Rodri, ¿de verdad vas a dejar que me peguen un tiro? ¿Yo también merezco morir por el suicidio de Lucas?

Rodri sacudió la cabeza, desconcertado por la escena que estaba presenciando. Aun así, no separó ni un milímetro el arma del cuello de Pablo, que seguía sangrando.

—¡Entonces suelta la navaja! ¡Sálvame!

—¡Ya he tenido suficiente! ¡O te apartas o te disparo! ¡Tienes tres segundos! —amenazó el inspector con la pistola a la altura de la cabeza de Samuel.

—Rodri, por favor… Hazlo por mí… —siguió intentándolo el profesor.

—Tres… —empezó a contar De la Fuente.

—¡Ramón, para! Tienes la pistola apuntando a un órgano vital. ¡Eso es ilegal! Te pueden caer varios años de cárcel por esto… —le advirtió Villar. Se sentía impotente por no ser ella quien estuviera al mando.

—Dos…

—Samu… no creo que aguante mucho más… —Pablo no dejaba de tiritar. Su rostro reflejaba verdadero pavor.

—¡Aguanta, Pablo! —rogó Samuel con la esperanza de que aquella demencia acabara pronto.

—Uno…

—Lo siento, Samu. Tengo que hacerlo… Por los dioses… Ellos me lo piden —explicó Rodri sin soltar a su presa.

«¿"Los dioses me lo piden"? ¿De verdad acaba de decir eso? Está totalmente trastornado», fueron los últimos pensamientos de Samuel, ajeno al trágico destino que lo esperaba.

—Cero…

Samuel se giró hacia De la Fuente. Aun con los músculos agarrotados por la tensión, logró alzar la mano derecha para cubrirse el rostro, como si su palma fuera a prueba de balas. De la Fuente no observó ni un ápice de clemencia en el rostro de su oponente, que lo miraba desafiante. ¡Bang! Aquella descarada falta de sumisión desencadenó el movimiento del dedo del inspector sobre el gatillo. La bala salió silbando en busca de su objetivo: la frente de Samuel.

El profesor la vio acercarse a cámara lenta, como si alguien hubiera ralentizado el tiempo. El proyectil pasó entre sus dedos anular y meñique; había salvado su mano, pero estaba lejos de salvar su vida. No podría apartarse a tiempo. Cerró los ojos, resignado a recibir el disparo y dar su vida por la de Rodri. Escuchó el violento sonido de la bala al impactar; sin embargo, no sentía nada en su frente: ni dolor ni agonía. ¿Lo habría dejado el proyectil inconsciente de forma instantánea? Abrió los ojos esperando contemplar, ya como ser etéreo, su cuerpo tendido sobre el suelo con un orificio en mitad de la cabeza. Únicamente vio sus pies sobre el parqué, sin una sola gota de sangre. Seguía vivo.

Aturdido y desorientado, levantó la mirada hacia el frente. Amelia agarraba con fuerza el brazo derecho del inspector. De la Fuente había errado el tiro porque Villar había desviado su trayectoria en el último momento. La subinspectora, en un alarde de fuerza inusitado, logró bajarle el brazo al inspector y doblárselo a la espalda:

—Quedas detenido por intento de homicidio.

—¡¿Qué?! ¡He actuado en el ejercicio de mis funciones! —se revolvió De la Fuente.

—Agentes, colóquenle las esposas —ordenó Villar arrebatándole la pistola al inspector.

Los policías se miraron entre sí; dudaban de si cumplir la directriz de la subinspectora.

—¡Es una orden! —gritó furiosa Amelia.

—Vamos, chicos… Me conocéis de toda la vida… Yo fui quien os recibí en la comisaría… Sabéis que no habría disparado si no fuera estrictamente necesario.

Finalmente, uno de ellos tomó la iniciativa. Retorció el brazo libre del inspector y lo unió al que sujetaba Amelia. El otro agente sacó las esposas y se las colocó con decisión.

—Llévenselo al coche —pidió la subinspectora.

—Samu… —la voz de Pablo, cada vez más débil, reclamó su atención.

El profesor se volvió hacia él. Para su sorpresa, lo encontró solo, tirado en el suelo. Al parecer, Rodri había aprovechado aquel follón para escabullirse a alguno de los cuartos. El disparo, que había estado a punto de matarlo, al menos había servido para que Rodri temiera por su vida.

—¡Pablo! Te vas a poner bien… —prometió Samuel mientras se arrodillaba junto a él —. La ambulancia llegará enseguida.

—Siento haberte mentido… —logró balbucear Pablo a duras penas —, pero Rodri me pidió que…

—Olvídate de eso ahora —interrumpió Samuel, muy angustiado por el mal aspecto que presentaba la herida abdominal de su alumno—. No gastes energía en hablar. Debes conservar todas tus fuerzas; debes luchar por mantenerte despierto.

—Voy a proceder a detener a Rodri —informó la subinspectora encaminándose hacia el fondo de la casa.

—¡No! Deja que sea yo quien hable con él —solicitó Samuel mientras aplicaba presión en la herida con un tapete bordado que había encontrado sobre una mesita del pasillo.

—De eso nada. Todavía va armado con la navaja y…

—Por eso mismo. Sé que a mí no me atacará. Sabe lo mucho que quería a Lucas y el cariño que le tengo. ¡Acaba de ver cómo estaba dispuesto a morir por salvarlo! Si vas tú… puede que intente defenderse. No quiero que caigan sobre él más cargos y, por supuesto, no quiero que nada malo te pase.

El reproche en el rostro de Villar por la peligrosa petición que acababa de hacerle Samuel se tornó en una mirada cálida, con una mezcla de admiración y ternura. Cada vez le costaba más decirle que no al profesor.

—Está bien. Me quedaré atendiendo a Pablo hasta que lleguen los paramédicos.

—Prométeme que aguantarás —imploró Samuel a Pablo—. Si no, ¿quién va a hacer bromas sobre mi chaqueta azul de fontanero?

El joven logró esbozar una sonrisa entre fuertes temblores al tiempo que cogía el tapete para seguir taponando la herida. El profesor acarició con cariño su cabeza antes de ponerse en pie. Solo esperaba que aquella no fuera la última vez que lo viera con vida. Se acercó a Amelia.

—Ten mucho cuidado. Si me necesitas, simplemente grita mi nombre.

—Gracias por confiar en mí. Y gracias por salvarme la vida.

—No hubiera podido soportar tu pérdida —confesó Amelia.

Samuel, a tan solo unos centímetros de ella, la observó fijamente. Villar, sintiendo cómo la mirada de Samuel desnudaba su alma, se mordió el labio. Los ojos del profesor se posaron en su boca; deseaba aquellos carnosos labios desde la primera vez que los había visto. Las manos de la subinspectora, las mismas que habían evitado su muerte, rodearon su cintura. El corazón de Samuel se aceleraba cada vez que Amelia lo tocaba. Aquella mujer no solo era preciosa por fuera, también lo era por dentro. Samuel sujetó su rostro con

delicadeza y, por fin, la besó. Durante unos segundos, ambos se olvidaron de la dramática situación en la que se encontraban; para ellos, en ese momento, solo había fuegos artificiales sobre sus cabezas.

—Seguiremos después —aseguró Samuel en cuanto separó sus labios. Podría haberse quedado horas besándola, pero el deber llamaba. Sonrió con dulzura a su amante antes de ir en busca de Rodri.

Lo encontró atrincherado en la que parecía, a juzgar por la decoración exterior de la puerta, con pósteres de futbolistas, la habitación de Pablo. Llamó con los nudillos:

—Rodri, soy Samuel. Voy a entrar.

—¡No! ¡Vete de aquí!

El profesor intentó abrir la puerta sin éxito; Rodri la había atrancado con algún tipo de mueble.

—Por favor, déjame entrar.

—¡No!

—O entro yo o entra la policía. Ya has visto que no se andan con chiquitas. Podrías acabar acribillado a balazos si no cooperas —explicó Samuel. Decidió obviar el hecho de que De la Fuente ya no estaba allí. Le interesaba que Rodri pensara que todavía se encontraba al otro lado de la puerta, dispuesto a pegarle un tiro entre ceja y ceja. Y, al parecer, funcionó.

—¿Estás solo? —quiso asegurarse Rodri.

—Sí.

—¿De verdad?

—Sabes que yo no te mentiría —dijo con cierta acritud el profesor sin poder olvidar que su alumno sí lo había engañado a él.

Samuel escuchó cómo Rodri apartaba el mueble que había parapetado contra la puerta. Segundos más tarde, el joven giró el pomo desde dentro, dejando una pequeña abertura. El profesor se deslizó sin pensarlo al interior de la habitación.

—Siéntate en la cama —ordenó Rodri apuntándolo con la navaja. Su filo emitió un destello aterrador.

Samuel obedeció al tiempo que su alumno volvía a colocar el escritorio de Pablo contra la puerta. Enseguida se sintió estúpido por

haberse encerrado con un homicida armado. Si algo le pasaba, los únicos testigos serían las fotos de futbolistas que decoraban las paredes y un Funko de Bulbasaur, el famoso Pokémon. Oyó sirenas a través de la ventana del cuarto.

—¿Por qué? —preguntó Samuel sin rodeos a Rodri en la intimidad de aquel cuarto.

—Porque no quiero que entre la poli.

—No. ¿Por qué lo has hecho? ¿Por qué has matado a toda esa gente?

—¡Ah! —Se encogió de hombros—. Ya lo sabes: por Lucas.

—¿No había otra manera de castigar sus actos? ¿Era necesario quitarles la vida?

—La vida no es un cuento de Disney. A veces es necesario mancharse las manos. Además, el fin justifica los medios —aseguró Rodri con cierta frivolidad sin dejar de jugar con la navaja.

—¿Incluso matar a tus amigos? ¡Cómo has podido hacerle eso a Izan y a Pablo! —gritó Samuel poniéndose en pie. Se había propuesto hablar con calma para no alterar a Rodri; sin embargo, no había podido controlar la fuerte indignación que sentía.

—¡Eran unas malas personas! ¡Maltrataban a mi hermano!

—¡Exactamente igual que tú! —espetó el profesor señalándolo con un dedo acusador.

Rodri lo fulminó con la mirada. Samuel percibió cómo los músculos de su antebrazo se tensaban al agarrar con más fuerza el arma.

—Lo siento, Rodri. Jamás te vi defender a Lucas de los comentarios de tus amigos. No puedes engañarte a ti mismo.

—Me pudo la presión social —reconoció el asesino—. Sabía que, si me ponía del lado del rarito de mi hermano, me quedaría sin amigos.

—Fuiste un cobarde por no actuar como debías. Y lo sigues siendo: tratas de acallar tu sentimiento de culpabilidad, tu conciencia, tus remordimientos, segando la vida de todos aquellos que actuaron como tú. ¡Ellos hicieron *bullying* a un niño inocente, pero tú has matado! ¿Acaso te crees mejor que ellos? ¿No te das cuenta de tu hipocresía?

Samuel se estaba calentando. Era consciente de que Rodri todavía estaba armado y él seguía controlando por el rabillo del ojo la localización de la navaja; aun así, no podía quedarse callado. Debía decirle a Rodri lo que pensaba de él. Tenía que hacerle entrar en razón, convencerlo de que todo aquello era un sinsentido y lograr que se entregara.

—¡Debiste acudir a mí! Contarme cómo te sentías. Te pregunté mil veces, tras la muerte de tu hermano, cómo te encontrabas. Nunca fuiste lo suficientemente valiente como para expresar tus sentimientos. Tú y tu estúpida necesidad de mostrarte siempre como un machito. ¡Mira a lo que te ha llevado! ¡A tirar tu vida por la borda! ¡Has matado a nueve personas! Diez, si Pablo no logra recuperarse, y espero que lo haga, o jamás te perdonaré por ello, como jamás te perdonaré por asesinar a Izan.

Durante un instante, Samuel creyó ver un ápice de culpabilidad en los ojos de Rodri. Duró poco: su mirada enseguida se tornó gélida de nuevo.

—¡¿Cómo has podido hacer esto?! ¡¿Qué coño te ha pasado?! ¿Crees que Lucas estaría orgulloso de ti? ¡No! Lucas se avergonzaría de tener un hermano así, igual que yo me avergüenzo de haber elegido como alumno favorito a un asesino. Estoy sumamente decepcionado contigo, y lo único que puedo esperar ya de ti es que empieces a hacer las cosas bien. ¡Suelta esa puta navaja! ¡Compórtate como un hombre de una vez!

Rodri lo observó con detenimiento sin siquiera pestañear durante un rato, que a Samuel se le hizo eterno. Sus ojos centelleaban de ira. Al fin, el joven reaccionó al discurso del profesor. Avanzó lenta pero decididamente hacia su tutor, navaja en mano y sin apartar la mirada de él. El cuerpo de Samuel se puso rígido, en guardia, dispuesto a defenderse de una posible embestida de su alumno. ¿De verdad iba a clavarle aquella arma? ¿Iba a traicionar al profesor que tanto había hecho por él? No quería creerlo; todavía conservaba algo de esperanza. En cualquier caso, tendría la respuesta en tan solo un segundo.

Rodri había terminado de cruzar la habitación y se encontraba a tan solo unos centímetros de él. Samuel tragó saliva, expectante.

Todavía con la mirada encolerizada, Rodri alzó la mano que sujetaba la navaja y, con un giro de muñeca, le dio la vuelta. De forma totalmente inesperada, le ofreció a su profesor el mango. Samuel se la quitó con rapidez, replegó la hoja y guardó el peligroso objeto en su bolsillo.

—Tienes razón: fui un cobarde y muy poco hombre por no haber defendido a Lucas cuando debí hacerlo —se rindió Rodri sentándose sobre la cama de Pablo.

Samuel exhaló por fin; no había sido consciente de que estaba conteniendo la respiración. Tardó unos segundos en recomponerse. Era la segunda ocasión en la que temía por su vida en apenas unos minutos. Arrastró la silla de ruedas del escritorio hasta situarla frente a su alumno y se sentó en ella.

—Me alegra escuchar eso, aunque me temo que ya es demasiado tarde para ti. Te has cargado tu futuro… —se lamentó Samuel. ¡Había soñado tantas veces con reencontrarse con él y sus compañeros al cabo de unos años para que lo pusieran al día sobre sus vidas! Siempre lo había imaginado trabajando como ingeniero, casado y con dos hijos. Ahora solo podía visualizarlo entre rejas—. ¿Y para qué? ¿Te ha devuelto esto a Lucas? ¿Ha calmado tus remordimientos por no haberlo ayudado cuando de verdad podías hacerlo? No. Y cuando este suflé emocional que te ha llevado a hacer semejante locura se baje, sumarás la muerte de nueve, quizás diez, personas a tu conciencia.

Ambos escucharon, de fondo, a los sanitarios atender a Pablo. Habían sido bastante rápidos, lo suficiente como para salvarlo, esperaba Samuel.

—Lo siento. Los dioses me obligaron a hacerlo —confesó Rodri con la cabeza gacha.

—¿Los dioses?

—Sí. Los dioses del Olimpo. Ellos guiaron mis obras. ¿Cómo crees que he logrado cargarme a nueve personas al primer intento y sin que me pillen? ¡Solo soy un adolescente! Simplemente he llevado a cabo sus planes.

¿De verdad Rodri creía que las deidades olímpicas lo habían empujado a cometer aquellos asesinatos? Si así era, puede que

hubiera una manera de alegar algún tipo de enajenación mental, y eso podría rebajar su pena. Aquello alivió al profesor; ni siquiera sus crímenes podían hacer que dejara de preocuparse por él.

—¿Cómo empezó todo? ¿Cuándo lo planeaste? —Samuel quería conocer todos los detalles.

Rodri elevó la mirada hacia el techo, como preguntándole a los dioses si podía contar su plan.

—A los pocos días de morir Lucas, entré una tarde en su habitación. Había estado cerrada desde que se suicidó allí mismo. Sobre su escritorio encontré la lista de dioses griegos que le gustaba escribir una y otra vez, con su nombre romano, lo que representan… En ese momento pensé que, si Lucas estaba tan obsesionado con ellos, quizás era porque de verdad existían. Les pedí ayuda para silenciar los remordimientos que me atormentaban día y noche. En tan solo unos segundos, el plan de venganza comenzó a formarse en mi mente; parecía que me lo estuvieran dictando. Y lo vi claro: ellos eran sus verdaderos héroes, los que, en su imaginación, lo defendían de sus acosadores. Yo debía comportarme como ellos; ser su héroe.

—Y empezaste a emularlos matando a cada víctima como si tuvieras los poderes de cada uno de ellos —completó la historia Samuel, que no podía evitar sentir cierta admiración por la inusitada originalidad del plan—. Sin embargo, retrasaste su inicio durante meses. ¿Por qué?

—Tenía miedo de no ser capaz de hacerlo —reconoció Rodri—. Pero cuando apareció en mi móvil el TikTok del *challenge* Aphrowater… lo vi claro. ¡Un reto con el nombre de uno de los dioses! ¡Esa era la señal! Izan debía morir electrocutado. Zeus, el señor del cielo y el rayo, el rey del Olimpo, debía ser el primero en actuar.

La ligereza con la que hablaba del asesinato de su amigo le provocó un escalofrío al profesor.

—Así que no solo le enseñaste el vídeo, sino que además manipulaste el secador de su casa para que le diera una descarga cuando estuviera dentro de la bañera. ¿Cómo lo hiciste?

Rodri se sorprendió de que Samuel conociera aquellos detalles.

—Quedamos el día anterior en su casa para ensayarlo. Aproveché para tocar algunos cables y dejarlo preparado para el día siguiente. Ya sabes lo bien que se me da la tecnología… —comentó el asesino con cierto orgullo.

—Y después aprovechaste la devastación de Sara por su fallecimiento para incitarla al suicidio. Muerte por amor, el dominio de Afrodita. ¿Cómo sabías que funcionaría?

Rodri se encogió de hombros.

—No podía saberlo, así que me aseguré de ponerla al límite. Escribí a Erika, una tía con la que Izan siempre estaba zorreando, para que le contara que se habían liado, que le había puesto los cuernos, aunque en realidad nunca pasó.

—Te vino de perlas el numerito que Sara le montó en el entierro de Izan —recordó Samuel.

—La verdad que sí —Rodri esbozó una sonrisa—. Eso, sumado a la dependencia que tenía de él, terminó por hundirla.

—Tuviste suerte, podría no haberlo hecho y tu plan se hubiera frustrado —advirtió Samuel.

—Habría pensado en otra manera. Y no fue suerte, ya te lo he dicho: fueron los dioses.

Samuel asintió. Estaba determinado a reforzar su teoría divina; aquello ayudaría a que el juicio fuera un poco más favorable para su alumno.

—Y le llegó el turno a Sandra. Aquí es donde más dudas tengo. ¿Qué dios te incitó a hacerlo? El fuego puede representar a Hefesto y a Hestia. Y, sobre todo, ¿cómo lograste incendiar su casa?

—Hestia, la diosa del hogar, representada por una llama en cada vivienda. ¿Qué mejor manera de honrarla que crear un gran incendio en casa de esa estúpida? Vive a escasos portales de aquí; me la he encontrado muchísimas veces. Sabía todos sus movimientos y no fue difícil fingir un encuentro casual con ella después de clase. Me acerqué a ella llorando, diciéndole lo mal que estaba por la muerte de Izan, cómo aquello me había recordado el suicidio de mi hermano… Le dije que estaba fatal, que necesitaba hablar con ella. ¡Una actuación de Óscar! —volvió a enorgullecerse Rodri.

—¿Y te invitó a su casa?

—Así es. Seguro que te habían llegado los rumores: a Sandra se le caían las bragas con los jovencitos guapos. Una vez allí, le pedí un vaso de agua. En cuanto salió del salón, incendié el sofá con el cigarro que estaba fumando. Cogí sus llaves y la encerré.

Samuel estaba alucinando. ¿Cómo se había atrevido Sandra a meter a un alumno en su casa? Otra ineptitud más que añadir a su lista.

—Y, en vez de deshacerte del llavero, te lo quedaste. Vi a tu gato jugar con él en tu casa. Es así como te he descubierto.

Rodri se llevó las manos a la cabeza. No podía creerse que aquella tontería lo hubiera delatado.

—¡Vaya fallo! ¡No volverá a pasar!

—¿Por qué lo guardaste? —curioseó Samuel.

Rodri suspiró.

—Se había comentado en casa la posibilidad de hacer un viaje a París en Semana Santa. Lucas estaba muy ilusionado con la idea, así que, cuando vi la Torre Eiffel, me recordó a él y no fui capaz de tirarla.

—Siempre he sabido que, en el fondo, eras un sentimental. —A Samuel se le escapó una sonrisa cómplice—. Borja: imagino que lo ahogaste tras emborracharlo. Comandado por Poseidón, claro.

—Bueno, él se emborrachó solito. Me quedé hasta las tantas hablando con él; mientras él bebía, yo simulaba hacerlo. En cuanto se quedó dormido, solo tuve que arrastrar su cuerpo hasta la piscina. Fue demasiado fácil.

—En el caso de Ana, aflojaste los tornillos que sujetaban la estantería al suelo, ¿verdad?

Rodri asintió con un brillo de excitación en los ojos. Parecía disfrutar desgranando con alguien todo su plan.

—Exacto. Saqué el libro más gordo que había en la parte de arriba y lo dejé en la zona de devoluciones. Con lo bajita que era, no iba a quedarle más remedio que apoyarse en la estantería para poder subirlo. Estaba claro que volcaría sobre ella.

—Y Atenea, diosa de la sabiduría, hizo la magia para que justo una de las baldas impactara contra su cráneo —siguió su juego

Samuel—; de otra forma, podría haber resultado herida, pero no necesariamente haber muerto.

—¿Samuel? —Se oyó la voz de Amelia al otro lado de la puerta.

—¡Todo bien! —la tranquilizó el profesor —. ¿Cómo está Pablo?

—Cada vez más débil. Se lo acaban de llevar al hospital. ¿Necesitas ayuda?

—Lo tengo todo controlado. Déjanos solos, por favor —pidió el profesor.

—Descuida —aseguró Amelia.

Se escucharon los pasos de la subinspectora alejándose.

—Después me cargué a Dylan. Conocía la enfermedad cardiaca que tenía, así que, cuando me propuso grabar una escena para su Instagram, le dije que sí. Fui a su casa y aproveché para dejar la radio de su equipo de música a tope. Su corazón petó del susto. ¡Qué imbécil! ¿Para qué se compra una minicadena tan potente si no podía poner la música alta?

—Está claro que Apolo, dios de la música y de la medicina, está detrás de ese crimen. Igual que Deméter, diosa de la agricultura, lo está del de Jessi. ¿Cómo sabías que la limpiadora era alérgica al cacahuete?

—¿Estás de broma? —se sorprendió Rodri—. ¡Si la pava le contaba su vida a todo el mundo! Fue pan comido introducir unos deliciosos cacahuetes en su bolsita de anacardos. Y de paso me comí algunos.

Rodri se relamió. Samuel dudó si lo hacía por el sabor salado de los frutos secos o por el sabor dulce de la venganza.

—Hermes, dios de los viajeros, te inspiró para manipular los frenos del coche de Adolfo. Así fue como la policía empezó a sospechar que había un asesino. He de reconocer que, hasta ese momento, habías hecho un trabajo excelente haciendo creer a todo el mundo que se trataba de muertes accidentales —alabó Samuel, consciente de la frivolidad de lo que estaba diciendo.

—Me imaginaba que pasaría… Solo esperaba tener la oportunidad de acabar mi plan antes de que me pillaran… —De un arrebato, Rodri tiró al suelo el cojín que decoraba la cama de su amigo. Se sentía verdaderamente frustrado.

—Sin embargo, solo te dio tiempo a que, por medio de tu voz, Artemisa, la diosa de la caza, enloqueciera al perro de África para que la atacara.

—Esa tía siempre había estado detrás de mí. Yo pasaba de ella porque era una choni, pero aun así venía a hablarme cada dos por tres. En una ocasión, me contó la historia de su perro. Sabía que solo tenía que gritarle insultos para sacar a la bestia que llevaba dentro. Me la fui trabajando poco a poco. Primero me la tiré en la fiesta de Borja, para ir creando confianza y que se animara a llevarme a su casa. Después de follármela otra vez, mientras se duchaba, me puse a decirle de todo a su perro. Aunque ella no ha sido mi última víctima, no te olvides de Pablo.

—Todavía confío en que se salve.

Rodri negó con la cabeza.

—Lo dudo. Las armas que Hefesto forja en su fragua son plenamente efectivas.

—¿Es la misma navaja con la que ayer te autoinfligiste el corte en tu antebrazo?

—Eso es. Acababa de comprarla en el chino cuando…

—¿Pero no la había fabricado Hefesto? —interrumpió Samuel con un deje de burla.

Rodri entornó la mirada: no le había gustado el malicioso comentario.

—Os vi llegar al portal de mi edificio. Supuse que me habíais pillado. Tenía que ganar tiempo, despistaros. Así que me la clavé y me inventé que alguien me había atacado.

—Sin duda te mereces el Óscar. ¡Qué pena que no exista la categoría al mejor asesino! —ironizó Samuel.

—Si la hubiera, no me lo darían a mí —comentó el alumno, visiblemente apenado—: no he sido capaz de terminar mi trabajo.

Samuel incluso sintió lástima por él. ¿Por qué seguía teniendo empatía por aquel homicida? Supuso que ni siquiera aquellos violentos actos podían arrebatarle el inmenso cariño que le tenía.

—Tengo curiosidad: ¿quiénes eran las víctimas número once y doce de tu plan?

—Dos de los gitanos que más se metían con Lucas: Jhon y Luna.

—¿Cuáles eran tus planes con respecto a ellos?

—Con Jhon pensaba crear una guerra entre clanes. Malmeter, contar algún bulo, para que alguien de otro bando fuera a por él. Ya sabes cómo se las gastan los gitanos…

—Guerra… se trata de Ares, sin duda; ese es su campo.

Rodri asintió satisfecho: el profesor estaba dando en el clavo.

—A Luna quería dejarla preñada. Para los gitanos es una deshonra que una mujer tenga sexo antes del matrimonio. Su padre se la hubiera cargado a puñetazos.

—Ahí tenemos a Hera, la diosa del matrimonio y la familia. Bien jugado, aunque no te hubiera sido nada fácil lograr estas dos muertes; dependías de muchos factores externos —apuntó Samuel.

—Te noto impresionado por la genialidad de mi plan. —A Rodri se le hinchó el pecho de orgullo.

—He de reconocer que es muy original. Me costó mucho entender el nexo de unión entre todas las muertes. Has sido muy inteligente. Sin embargo, hay un detalle que te ha faltado para que fuera perfecto.

Rodri interrogó a Samuel con la mirada.

—Si algo obsesionaba a tu hermano, era que, a pesar de que el número de dioses del Olimpo siempre ha sido doce, hubiera catorce deidades de especial relevancia que, en un momento u otro, habían formado parte de ese listado, obviamente a costa de sacar a otras. Tus doce muertes se corresponden con los doce que aparecen en el listado habitual, pero te has olvidado de los otros dos: Dioniso y Hades. Lucas siempre los incluía en su lista. Siempre estaban los catorce.

—Y por eso también ellos están presentes —rebatió Rodri, un tanto ofendido—. Lo que ocurre es que no he tenido que encargarme de sus respectivas muertes, porque estas ya habían sucedido.

Ahora fue el profesor el que interrogó a su alumno con la mirada.

—Piénsalo, Samu. ¿Cómo murió Lucas?

Samuel cayó en la cuenta enseguida.

—Se intoxicó al ingerir medicamentos mezclados con alcohol. Imagino que detrás de esa acción se esconde la mano de Dioniso,

dios del vino.

—Así comenzó todo. Fue el primero.

—¿Y Hades? No ha muerto nadie más. ¿Dónde entra el dios del inframundo y de los muertos?

—¿No es obvio? Va, tú puedes sacarlo —lo retó Rodri sin poder evitar una sonrisa de suficiencia.

El profesor se quedó callado durante unos segundos con la mirada perdida en un punto indefinido. Su mente trabajaba a toda velocidad; tenía que dar con la respuesta. Era profesor de Geografía e Historia: no podía permitir que un alumno le ganara a ese juego. Trató de atar todos los cabos.

—Vale. Tengo dos posibles soluciones.

—Dispara —animó Rodri provocando un escalofrío en Samuel al recordar que había estado a punto de perder la vida por un disparo hacía tan solo unos minutos.

—Crees que eres Hades, decidiendo quién muere y quién no, y llevando a cabo el sacrificio tú mismo.

Rodri sacudió la cabeza.

—Mejor, porque en ese caso habrías cometido un gran error: Hades no mata ni decide quién fallece; solo gobierna a los muertos. Eso me lleva a mi segunda opción: el suicidio de tu hermano te mató en vida y, una vez convertido en un cadáver viviente, Hades controla todo tu ser. Es él quien te ha hecho asesinar a toda esa gente.

—¡Bingo! Nunca han sido doce muertes… Siempre fueron catorce. Es su plan divino.

Samuel todavía no podía creer que estuviera manteniendo aquella conversación con su alumno. Era demencial. ¡Rodri creía de verdad que los dioses griegos controlaban sus actos! Estaba loco, pero al menos eso explicaba la masacre que había llevado a cabo. No era mala persona, simplemente estaba enfermo. ¡Y Samuel pensando que se trataba de un sanguinario asesino sin corazón! No tardó en culparse por haber pensado así de su alumno preferido. Lo miró con compasión. Le dolía en el alma dar el siguiente paso. Lo destrozaba tener que separarse de él para siempre.

—Rodri, es hora de que afrontes las consecuencias de tus actos. Tienes que entregarte a la policía.

—Tengo miedo, Samu —confesó Rodri aferrándose a los bordes de la cama, como si no quisiera salir de allí nunca, de aquella burbuja donde se sentía seguro junto a su querido profesor. Era la primera vez que se mostraba vulnerable ante Samuel. Su coraza se había hecho añicos por fin.

—Lo sé. Pero yo estaré contigo. No te dejaré solo. Te lo prometo —aseguró Samuel colocando con cariño una mano sobre su rodilla.

El profesor se levantó y apartó el escritorio para abrir la puerta. Esperó pacientemente a que Rodri se pusiera en pie; le dio el tiempo que necesitaba para mentalizarse de lo que estaba a punto de suceder. Cuando estuvo preparado, Samuel rodeó sus hombros y salieron al pasillo. Juntos recorrieron los últimos metros de libertad que le quedaban a Rodri. Era hora de que Dike, la diosa griega de la justicia humana, se ocupara de él.

Epílogo

Samuel bajó las escaleras que daban a la planta baja del IES Unión Europea a paso rápido. Enseguida le llegó el delicioso olor a galleta horneada, procedente de la cocina, que, como cada año, inundaba los pasillos. Era tradición que la profesora de Alemán cocinara con sus pupilos aquellos dulces justo antes de Navidad.

—¡Samuel! ¡Mi ídolo! —gritó a su paso Vero, una de las chicas de cuarto, acompañada como siempre por Francesca, su dupla, como ellas mismas se llamaban.

Desde que se había difundido la noticia de que él había descubierto al asesino, se había convertido en una especie de superhéroe para todo el mundo. El verano había pasado y ya estaban a mediados de diciembre del siguiente curso, pero las muestras de admiración por parte de los estudiantes no cesaban.

Sonrió a las dos alumnas, de las más flojas y alocadas de la clase, antes de seguir su camino. Aún no había llegado al final del tramo de escaleras cuando otro chico, que volvía del patio, se sumó a las alabanzas haciéndole una reverencia. Adrián, uno de sus nuevos alumnos de 1.º de ESO, había adoptado aquella costumbre cada vez que se cruzaba con él.

—¡*Bro*! ¡Eres un notas! —se burló Ángela, una de sus compañeras.

—Tienes envidia porque sabes que soy su favorito —le espetó el aludido.

Adrián no se equivocaba. Se lo había ganado a pulso gracias a esa combinación perfecta de nobleza, respeto cuando tocaba ponerse serio y bromas siempre dentro de los límites. Ángela, escéptica, dibujó en su rostro una cómica expresión, como diciendo: «¿Pero qué me estás contando?»

—Oye, Samu. ¿Qué temas entran en el examen del viernes? —aprovechó para preguntar Vera, la amiga del alma de Ángela, con su larga y lisa melena negra.

Samuel entornó los ojos. ¿A dos días del examen le preguntaba eso? ¡Había cosas que nunca cambiarían!

—El 1.7 y el 1.8 —contestó el profesor.

—¿Lo ves? ¡Lo que te he dicho! —protestó Ángela.

Samuel los dejó atrás y enfiló el pasillo de la izquierda. Llegó hasta la puerta del despacho de dirección, el que había pertenecido a Adolfo hasta su repentina muerte. Llamó y entró sin esperar respuesta. Allí lo esperaban dos mujeres, una a cada lado del escritorio.

—¡Ah, Samuel! Ya estás aquí. Genial. Toma, revísalo, por favor.

Teresa, la nueva directora del instituto, le entregó un documento para que verificara si todos los nombres y datos que aparecían eran correctos. Aquella misma tarde se iba a celebrar un pequeño acto en memoria de todas las víctimas mortales del curso pasado, en presencia de sus familiares y amigos. El claustro había tomado la emotiva y acertada decisión de renombrar el salón de actos como "Dioses del Olimpo" en su honor. La directora era la encargada de leer el discurso y no quería que nada saliera mal.

—Está perfecto. No hay ningún error y es muy conmovedor. Les va a encantar —aseguró Samuel.

—¿Seguro que no quieres leerlo tú? —preguntó Teresa alargando el brazo para coger el papel que le devolvía Samuel—. Después de todo lo que hiciste, el mérito debería ser tuyo.

—No, no. Prefiero mantenerme en un segundo plano. —Bastante protagonismo había tenido ya Samuel durante aquellos meses.

—Yo creo que te mereces, como mínimo, que demos también tu nombre a algún espacio —propuso Rosa, la nueva y entusiasta jefa de estudios—. No sé cuál podría ser… Es una pena que no seas profesor de Biología y Geología; ¡sería maravilloso llamar al huerto Samuel Arroyo y crear en él un pequeño arroyo!

—¡Qué ideas tienes! ¡Deja, deja! Solo faltaba que se ahogue algún alumno… —descartó la idea la directora.

—Pues algo hay que hacer… —insistió Rosa, pensativa, tocándose su rubia melena—. ¿Y si dedicamos el proyecto STEM a los ríos y arroyos? ¿Qué os parece?

La incorporación de Teresa y Rosa al centro había sido un soplo de aire fresco. Tras la muerte de Adolfo, todo el equipo directivo cayó con él. Los profesores postularon a Samuel como nuevo director, pero él se negó. Le gustaba demasiado pasar tiempo con sus alumnos como para reducir sus horas de clase y, además, odiaba el papeleo. Como nadie se ofreció, a la inspectora no le quedó otro remedio que buscar al nuevo órgano de gobierno en otros lares. Teresa y Rosa aceptaron el reto de sacar adelante el IES Unión Europea sin pensárselo, y lo cierto era que lo estaban logrando.

Teresa había llegado pisando fuerte, con sus características botas altas, que vestía siempre, fuera verano o invierno. A base de incorporar decenas de proyectos nuevos y de una excelente gestión institucional, estaba devolviendo al centro el prestigio que había perdido tras los asesinatos en serie. Además, había implementado los nuevos y necesarios planes de promoción de la salud mental y prevención del suicidio.

Por su parte, Rosa mostraba un talento natural para lidiar con alumnos y profesores. Sin perder nunca los nervios ni borrar la sonrisa de su rostro, por muy atareada o estresada que estuviera, atendía las mil y una dudas de sus compañeros y luchaba por enderezar a los alumnos rebeldes. Para Samuel, ella era la verdadera superheroína: ¡solo Rosa era capaz de compatibilizar su trabajo en el instituto con las clases que impartía en la universidad y el cuidado de sus tres hijos!

El equipo directivo lo completaba Pedro, el profesor de Inglés y amigo de Samuel, que había asumido el cargo de secretario. Cumplía a la perfección su labor de cuadrar las cuentas y de mantener a raya, con puño de hierro, a los profesores más derrochadores.

Samuel salió al pasillo después de escuchar la última ocurrencia de Rosa: dibujar las costas de Tarifa en una de las paredes del centro en honor a su segundo apellido. El profesor le había dicho que se conformaba con que el curso siguiente le pusiera menos guardias en el horario. Justo cuando estaba a punto de girar hacia las escaleras, Josefina lo interceptó:

—Tu chica ha venido a verte.

Samuel dirigió la vista hacia el fondo del *hall* y allí, recortada contra la luz de la entrada, reconoció a Amelia. Sin poder borrar una tonta y tierna sonrisa de su cara, se acercó a ella y la besó en los labios.

—¡Uhhhh! ¡Qué romántico! —soltó, en tono de guasa, Bruno.

—¡¿Pero tú no decías que no creías en el amor?! —le afeó su contradicción Abel, otro de los compinches de Bruno en sus habituales robos de llaves a Samuel, mientras meneaba la melena, que le llegaba hasta la nuca, al sacudir la cabeza.

—Bueno… eso fue hasta que conocí a Amelia.

—Ya, ya… —dijo Bruno, incrédulo.

—¡Largo de aquí! ¡Que aún le pido que os detenga! —bromeó Samuel recordándoles que su novia era subinspectora de policía y, quizás, en poco tiempo, inspectora. Tras la suspensión de empleo y sueldo de De la Fuente, Amelia se estaba preparando para ocupar su puesto mediante las preceptivas oposiciones. En cuanto sus alumnos se escabulleron, le preguntó por qué había venido.

Amelia lo miró fijamente mientras decidía cómo contarle a Samuel la noticia que había ido a darle. El profesor llevaba varios meses acudiendo al psicólogo y, por fin, parecía que empezaba a mejorar. Aunque le había costado horrores superar la muerte de sus alumnos y compañeros, así como la implicación de Rodri en los hechos, cada día lo atormentaba menos. Había dejado de culparse por la muerte de Lucas y había aceptado que no estaba en su mano salvar a las víctimas de Rodri.

Además, hacía un par de semanas que ya no había vuelto a tener su pesadilla recurrente. Samuel se encontraba bien y su relación amorosa iba viento en popa. No quería que nada perturbara la paz mental del profesor ni arruinara su noviazgo. Sin embargo, debía transmitirle aquella información.

—Acaba de salir la sentencia del juicio de Rodri. Mi contacto en el Juzgado de Menores me la ha hecho llegar por adelantado.

—¿Y? —Samuel ansiaba saber cuál era el castigo que le esperaba a su alumno.

—Su diagnóstico de trastorno de estrés postraumático con sintomatología psicótica ha sido considerado como circunstancia

atenuante para la pena. Pasará cinco años internado en un centro psiquiátrico.

Samuel suspiró aliviado. La Fiscalía y algunas de las acusaciones pedían hasta ocho años de reformatorio, incluso con la posibilidad de que, al cumplir los dieciocho, fuera trasladado a la cárcel. Un lustro seguía siendo mucho tiempo, pero al menos le serviría para estar bajo vigilancia médica, con la perspectiva de lograr curarse algún día. Eso es lo que deseaba Samuel para Rodri: una pronta recuperación y que pudiera pasar página y seguir con su vida cuanto antes. Aunque jamás podría olvidar los crímenes que había cometido, ya lo había perdonado. No era Rodri quien había matado, sino su psicosis.

Samuel no podía negar que echaba de menos a su alumno favorito, igual que le ocurría con Izan y Pablo, que había sobrevivido al ataque de su amigo. Afortunadamente, la navaja no había afectado a ningún órgano vital y, aunque su situación había sido crítica durante unas horas, los médicos del Hospital Ramón y Cajal consiguieron mantenerlo con vida. Aquella experiencia había dejado a Pablo traumatizado, por lo que sus padres consideraron que lo mejor era cambiarlo de centro, alejarlo de aquellos aterradores y dolorosos recuerdos. Para Samuel, el instituto se sentía vacío sin las risas y los juguetones vaciles del trío de alumnos.

No eran los únicos a los que iba a extrañar. Cecilia había dado por terminada su vida laboral. ¡La veterana maestra les había enseñado tanto a todos! ¡Era la única capaz de mantener a raya y en silencio a toda una clase entera, incluso a los más indomables! Sus técnicas de la vieja escuela eran, sin duda, infalibles. Noemí, la profesora de Inglés, se encontraba de baja por maternidad. Había sorprendido a su grupo de amigos dándoles la buena nueva poco tiempo después de que cesaran las muertes. ¡Samuel estaba deseando conocer al bebé que venía en camino!

Otra gran ausencia entre el profesorado era la de Marina, que había sido destinada aquel curso a otro instituto. Samuel tenía sentimientos encontrados al respecto. Por una parte, la echaba de menos: había sido su amiga durante casi dos cursos completos; pero, por otra, no podía negar que el ambiente se había enrarecido

tras su traición. La había perdonado; con todo, le costaba mucho olvidar lo que había pasado. No podía entender cómo una persona adulta no había logrado controlar sus celos, cómo no había medido las consecuencias de sus actos. Tampoco había ayudado el rechazo y el desengaño amoroso que Marina había padecido. Quizás la distancia los ayudara a sanar a ambos.

Por suerte para todos, nuevas caras se habían incorporado al instituto. No obstante, tras lo ocurrido con Rodri, Samuel recelaba ahora de todo el mundo. ¿Podría ser alguno de ellos otro potencial asesino en serie? Cualquiera era susceptible de serlo, incluso los aparentemente angelicales y responsables Liam y Raúl. El primero, de rizos rubios, era ligeramente más alto que su mejor amigo, moreno y algo más atrevido. Los dos eran deportistas: Liam jugaba en dos equipos de vóley y Raúl, en uno de rugby. A sus doce años, ambos eran alumnos de sobresaliente y muy inteligentes, lo que los convertía, a ojos de Samuel, en posibles sospechosos. No les quitaría la vista de encima.

¿O quizás sería alguno de los nuevos profesores? ¿Tal vez Eurídice, del departamento de Lengua y Literatura? Metódica y sistemática, era la docente mejor organizada de todo el centro. Cumplía la normativa a rajatabla e impartía hasta la última frase del libro de texto. Aunque su profesionalidad era indudable, Samuel temía que aquella mentalidad tan cuadriculada pudiera esconder algo oscuro.

¿O se trataría de Aurelio, de Física y Química? Estaba causando estragos en el centro con su elevada tasa de suspensos. Le honraba el hecho de impartir su asignatura al alto nivel que él consideraba que debían alcanzar los alumnos, pero, a veces, daba la sensación de que disfrutaba haciéndolos sufrir. Fuera como fuese, lo que estaba claro era que Goya, la profesora de Economía, estaba encantada con su presencia. Su prototipo de hombre eran los calvos y, aunque estaba casada, se rumoreaba que empezaba a caer en las redes de Aurelio.

Ya fuera un romance o un nuevo asesinato, solo el tiempo revelaría los misterios que ocultaban los muros del IES Unión Europea.